



---

---

# BREVE ANTOLOGÍA ESCOLAR DE LA LITERATURA CANARIA

---

---

SELECCIÓN, EDICIÓN E INTRODUCCIÓN  
VICTORIANO SANTANA SANJURJO  
DEL IES JOSÉ ZERPA

---

---

1ª EDICIÓN: SEPTIEMBRE, 2016

---

---



© DE LOS TEXTOS LITERARIOS SELECCIONADOS:

Los autores identificados como tales y/o los poseedores de los derechos.

© DE LA SELECCIÓN, EDICIÓN E INTRODUCCIÓN:

Victoriano Santana Sanjurjo.

© DE LAS FOTOGRAFÍAS INTERIORES Y DEL AUTOR EN LA SOLAPA:

Víctor Muñoz Arocha.

© DE LA EDICIÓN:

Mercurio Editorial.

PRIMERA EDICIÓN:

Septiembre, 2016.

DISEÑO DE CUBIERTA Y MAQUETACIÓN:

SADALONE.ORG

CITA DE LA CONTRACUBIERTA:

Antonio Becerra Bolaños: *La constancia de la escritura : a vueltas con la literatura y el canon*. Las Palmas de Gran Canaria : Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, Servicio de Publicaciones, 2014. Págs. 111-112.

IMÁGENES INTERIORES:

Pág. III. Adaptación del mapa astrológico de las Islas Canarias, vistas como una representación del signo zodiacal de Cáncer, publicado por Leonardo Torriani en su *Descripción e historia del reino de las Islas Canarias: antes Afortunadas, con el parecer de sus fortificaciones* (1592).

Pág. 1. Adaptación de un grabado de Wolfgang Kilian publicado en *Nova Typis Transacta Navigatio. Novi Orbis Indiae Occidentalis* (1621), obra del benedictino Fr. Don Honorio Philopono, seudónimo de Plautius Caspar. El título con el que se conoce a esta imagen que representa el viaje del monje irlandés San Brandán de Clonfert (480-576), conocido como San Borondón, a la que era conocida como las Islas de los Bienaventurados es: "Misa de Resurrección sobre la ballena en aguas de las Islas Canarias".

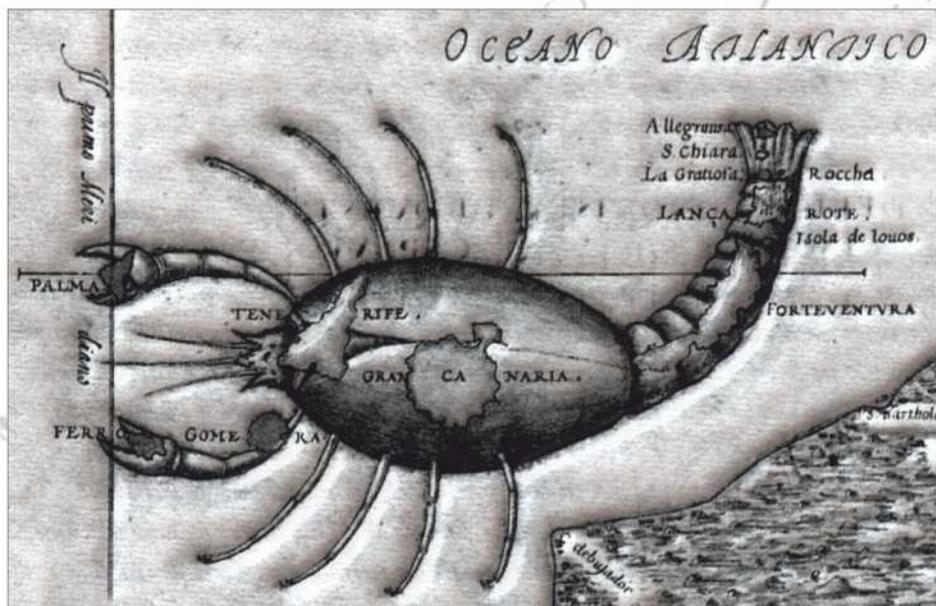
Pág. 99. Adaptación de un mapa del noroeste africano hecho por Guillaume Delisle en 1707.

ISBN:

DEPÓSITO LEGAL:

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



A quienes ayer algo enseñé *en las aulas*  
 y de quienes tanto aprendí;  
 a quienes *en las aulas* hoy tanto me enseñan;  
 y a quienes mañana, *en las aulas*,  
 me seguirán cultivando...

Con la esperanza  
 de que fluyan  
 siempre  
 en todos  
 estos versos

: Ahora sí, ¿qué quieres que te diga?

Yo no creía que la poesía fuera  
 tan bonita. Tan entretenida. Tan... no sé.

Yo nunca creí que la poesía fuera  
 así. Pero nunca, nunca, nunca. Hasta  
 ahora.

Ahora sí que me gusta la poesía.

Manuel Padorno Navarro (1933-2002)  
*En absoluta desobediencia* (1981-1988)

## INTRODUCCIÓN

### XIII | A LOS DISCENTES

Sobre la brevedad y la antología .....	XII
Sobre los dos parámetros confluyentes .....	XIV
Etapas histórico-culturales de la literatura española .....	XV
Cronología elemental de la historia de Canarias .....	XXIV
Sobre la palabra “poesía” .....	XXVIII
Sobre libros y lecturas .....	XXX
Un último apunte a modo de consejo .....	XXXVII

### 000 | A LOS DOCENTES

En el camino, el destino .....	XXXVII
En el título, la intención .....	XLII
<i>Breve AELC</i> .....	XLIII
<i>B Antología ELC</i> .....	XLIV
<i>BA Escolar LC</i> .....	LV
<i>BAE Literatura canaria</i> .....	LXI

### 000 | A LOS CURIOSOS

Suma de “qués” y “porqués” .....	LXX
Criterios de edición .....	CXXIV
Bibliografía .....	CXXXII
Agradecimientos & Índice onomástico .....	CXXXV

## BREVE ANTOLOGÍA ESCOLAR DE LA LITERATURA CANARIA

### AB OVO

<b>Cayo Plinio Cecilio Segundo:</b>	
001   «XXXII. De las islas bien aventuradas» .....	002
<b>Píndaro</b>	
002   «Oda II» .....	006
<b>Estrabón</b>	
003   <i>Geografía</i> .....	006
<b>Plutarco</b>	
004   <i>Vidas paralelas</i> .....	007
<b>Pomponio Mela</b>	
005   «XII. La costa del mar Atlántico, sus islas y su término» .....	008

### A MODO DE PRÓLOGO

<b>Leyendas ambientadas en la Canarias prehistórica</b>	
006   «La princesa de la isla del fuego» .....	009
007   «El Garoé» .....	010
008   «La leyenda de Gara y Jonay» .....	018

**SIGLO XV**

009		<i>Endechas a la muerte de Guillén Peraza</i> .....	024
-----	--	---	-----

**SIGLO XVI****Bartolomé Cairasco de Figueroa**

010		‘Canarias’ de <i>Comedia del Recibimiento</i> .....	025
011		«Canto XV» de <i>Jerusalén libertada</i> .....	028
012		«Santa Lucía» de <i>Templo militante</i> .....	029

**Bernardo González de Bobadilla**

013		<i>Ninfas y pastores de Henares</i> .....	033
-----	--	---	-----

**Antonio de Viana***Antigüedades de las Islas Afortunadas*

014		«Canto I» .....	037
015		«Canto II».....	038
016		«Canto III» .....	040
017		«Canto IV» .....	044
018		«Canto V».....	045

**SIGLO XVII****Fray Juan de Abréu Galindo***Historia de la conquista de las siete islas de Gran Canaria*

019		‘Venta de las islas a Guillén de las Casas’ .....	051
020		‘Muerte de Doramas’ .....	052
021		‘¡Atis Tirma!’ .....	054

**Pedro Álvarez de Lugo y Usodemar***Las vigiliás del sueño*

022		‘A un viejo con incendios de mozo’ .....	055
023		«A Juan Arellano, famoso pintor...».....	056
024		«Dase consejo a una que procuraba...» .....	056
025		‘Habla el Buen Celo’ .....	057

*Convalecencia del alma*

026		‘La soberbia frente a la humildad’ .....	058
027		‘En sabiduría, la grandeza del pequeño’ .....	059
028		‘Sobre la falsa humildad’ .....	060
029		‘En la fortuna, mayor la del pobre es’ .....	063
030		‘Pregunta sobre los males de la ira’ .....	063

**Juan Bautista Poggio Monteverde**

031		«Inventiva al gran visir que no socorrió a Buda...» .....	063
032		«Desengaña al entendimiento de apariencias humanas» .....	063
033		«Persuade a Fabio ser él mismo la inquietud...» .....	063

**Tomás Arias Marín de Cubas***Historia de las siete islas de Canarias*

034		‘Guillén Peraza prosigue la conquista’ .....	063
035		«...y muere el valiente Doramas».....	063

036	‘Salto de las Mujeres’ .....	063
037	‘¡Atis Tirma!’ .....	063

## SIGLO XVIII

### Cristóbal del Hoyo Solórzano y Sotomayor

*Carta del Marqués de la Villa de San Andrés...*

038	‘Madrid de correveidiles’ .....	071
039	‘Supersticiones y simplezas religiosas’ .....	072
040	‘Dispensa matrimonial’ .....	075
041	‘Una protesta laboral’ .....	075

### José Clavijo y Fajardo

*El pensador*

042	«XI. Sobre la pedantería» .....	076
043	«XII. Sobre la educación» .....	079
044	«XX. Vida ociosa de muchas de nuestras damas» .....	080
045	«XXI. Vida ociosa de muchos de nuestros caballeros» .....	082
046	«XLI. Contra los ociosos y holgazanes» .....	084
047	«LVI. Vanos y ridículos gastos de boda» .....	086
048	«LXV. Sobre los viejos y viejas que ocultan su edad» .....	089
049	«LXXIII. Sobre la irreparable pérdida del tiempo» .....	093

### José de Viera y Clavijo

*Noticias de la Historia General de las Islas Canarias*

050	‘Campos Elíseos y Afortunadas’ .....	094
051	‘Del nombre de Canarias’ .....	096
052	«La famosa cuestión de San Borondón» .....	100
053	‘Muerte de Guillén Peraza y loa’ .....	103
054	«Desafío de Doramas, su muerte y elogio» .....	104
055	«Vistas de don Fernando Guanarteme...» .....	106
056	‘¡Atis Tirma!’ .....	108

### Tomás de Iriarte y Nieves Ravelo

*Fábulas literarias*

057	«VIII. El burro flautista» .....	109
058	«XXVIII. El asno y su amo» .....	110
059	«XXXVI. La compra del asno» .....	111
060	«XLII. El gato, el lagarto y el grillo» .....	112
061	«XLIX. El jardinero y su amo» .....	114

## SIGLO XIX

### Graciliano Afonso Naranjo

062	<i>El juicio de Dios o la Reina Ico</i> .....	115
-----	---	-----

*Álbum de literatura isleña*

063	José Plácido Sansón: «Los esposos» .....	122
064	Rafael Bento y Travieso: «A la Srta. D <sup>a</sup> . Francisca P.» .....	124
065	Ricardo Murphy y Meade: «Amor y desengaño» .....	124
066	José Benito Lentini Lindo: «Hojas marchitas» .....	125

<b>Nicolás Estévez y Murphy</b>		
067	<i>Canarias</i> .....	128
<b>Benito Pérez Galdós</b>		
068	<i>La desheredada</i> .....	132
<b>Luis y Agustín Millares Cubas</b>		
069	«El eterno círculo».....	137
070	«Cristobalito Molinos».....	140
<b>SIGLO XX</b>		
<b>“Ángel Guerra”</b>		
071	<i>La lapa</i> .....	145
<b>Domingo Rivero González</b>		
072	«Yo, a mi cuerpo».....	149
073	«Como las olas».....	150
074	«El humilde sendero».....	150
<b>Tomás Morales Castellano</b>		
<i>Las rosas de Hércules</i>		
075	«Criselefantina».....	150
076	«Puerto de Gran Canaria».....	152
<b>“Alonso Quesada”</b>		
077	«Ericka, 1882-1902».....	152
078	«Tierras de Gran Canaria».....	153
079	«Siempre».....	154
<b>Saulo Torón Navarro</b>		
080	«Al dejar la antigua vivienda».....	155
081	«Las últimas oraciones, II».....	156
082	«A Lázaro Santana».....	157
083	«El doble ».....	157
<b>Josefina de la Torre Millares</b>		
084	«Si ha de ser, quiero que sea...».....	158
085	«Me voy a hacer un collar...».....	158
086	«Morir y tras la sombra...».....	159
087	«Dios, al darnos la vida...».....	159
<b>Fernando González Rodríguez</b>		
088	«Elegía de los laureles».....	160
089	«Las piedras de esta calle».....	162
<b>“Mercedes Pinto”</b>		
090	<i>El</i> .....	164
<b>Agustín Espinosa García</b>		
<i>Crimen</i>		
091	‘Preludio a una elegía’.....	169
092	«La mano muerta».....	171
<b>Pedro García Cabrera</b>		
093	«5» de <i>Transparencias fugadas</i> .....	172

094	«Eternidad desnuda».....	172
095	«Con el alma en un hilo».....	173
096	«Casa de alquiler».....	173
097	«Hoy es la muerte de una mariposa».....	175
098	«Islas del despertar».....	176
099	«Amnistía».....	176
<b>“Pancho Guerra”</b>		
<i>Los cuentos famosos de Pepe Monagas</i>		
100	«De cuando Pepe Monagas le hizo la cuenta de la pata a Soledad, su señora».....	177
<i>Antología cercada</i>		
101	<b>Agustín Millares Sall:</b> «El martillo del minuto».....	180
102	<b>Pedro Lezcano Montalvo:</b> «Edicto».....	181
103	<b>Ventura Doreste Velázquez:</b> «Guerra en la paz».....	183
104	<b>José María Millares Sall:</b> «Labios de acero».....	184
<b>Pedro Lezcano Montalvo</b>		
105	«Consejo de paz».....	185
106	«Al grupo Mestisay».....	187
107	«La maleta».....	188
108	«Romance de la paz condenada».....	191
109	«Crónica de una guerra».....	192
<b>Agustín Millares Sall</b>		
110	«No vale».....	193
111	«Saludo».....	193
112	«Recuerdo de Juan el Nuestro».....	195
<b>Manuel Padorno Navarro</b>		
113	«Víspera tercera».....	198
114	«Toast funèbre».....	199
<i>Para mayor gloria</i>		
115	«Ganar en somnolencia».....	200
116	«Un solitario muchas veces».....	200
117	«Yo, a mi cuerpo cansado».....	201
118	«Fantástica, la noche».....	202
<i>Poesía canaria última</i>		
119	<b>Manuel González Barrera:</b> «Si aún en este día».....	202
120	<b>Lázaro Santana:</b> «Poema para un nuevo día».....	203
121	<b>Eugenio Padorno Navarro:</b> «M.S. transeúnte sin prisa».....	204
122	<b>Jorge Rodríguez Padrón:</b> «El vendedor».....	205
<b>Lázaro Santana</b>		
123	«3» de <i>Noticia de un amor</i> .....	207
124	«Los cuervos».....	207
125	«Que no habremos vivido».....	208
126	«El último Viana».....	209

<b>Eugenio Padorno Navarro</b>		
127	«IV» de <i>Habitante en luz</i> .....	210
128	«Plaza de otro tiempo» .....	210
129	«Los dones del insomnio» .....	211
<b>María Dolores de la Fe Bonilla</b>		
<i>Happenings para Jacob</i>		
130	« <i>La perfecta casada</i> ».....	211
131	«Cuando el marido no ha salido aficionado a la cocina» .....	213
<b>Isaac de Vega Gil</b>		
132	<i>Fetasa</i> .....	215
<b>Víctor Ramírez Rodríguez</b>		
133	<i>Nos dejaron el muerto</i> .....	220
134	<i>Cada cual arrastra su sombra</i> .....	222
<b>Rafael Arozarena Doblado</b>		
135	<i>Mararía</i> .....	225
<b>Emilio González Déniz</b>		
136	<i>Bastardos de Bardinia</i> .....	239
<b>Última generación del milenio</b>		
137	<b>Frank Estévez Guerra:</b> «I» de <i>Como del mar, las olas</i> .....	245
138	---: poema de <i>Pretéritas sombras</i> .....	246
139	---: poema de <i>Del barco del recuerdo</i> .....	246
140	<b>Alicia Llarena González:</b> «I» de <i>Fauna para el olvido</i> .....	247
141	---: «Releyendo a Garcilaso, años después» .....	247
142	<b>Paula Nogales Romero:</b> «Guerra de los sexos».....	248
143	<b>Pedro Flores:</b> «Poema de amor busca» .....	249
144	<b>Tina Suárez Rojas:</b> «Cremosa natura».....	250
<b>Frank Estévez Guerra</b>		
145	«Telde...Palabras en el tiempo» .....	251
<b>SIGLO XXI</b>		
<b>Antolín Dávila Sánchez</b>		
146	<i>Una rosa en la penumbra</i> .....	253
<b>Santiago Gil García</b>		
<i>El parque</i>		
147	«Mickey Mouse» .....	259
148	«Una pareja que pasa» .....	262
149	«La modelo» .....	264
<b>Víctor Álamo de la Rosa</b>		
150	<i>Terramores</i> .....	267
151	<i>El año de la seca</i> .....	270
152	<i>Isla nada</i> .....	274
<b>José Luis Correa Santana</b>		
153	<i>Muerte en abril</i> .....	280
154	<i>Muerte de un violinista</i> .....	282
155	<i>Mientras seamos jóvenes</i> .....	285

<b>Alexis Ravelo Betancor</b>	
156   «Gallina que canta...».....	289
157   <i>Tres funerales para Eladio Monroy</i> .....	292
158   <i>Las flores no sangran</i> .....	294
159   <i>La otra vida de Ned Blackbird</i> .....	300

## A MODO DE EPÍLOGO

<b>Antonio Cabrera Perera</b>	
160   <i>Divagaciones</i> .....	307

### Ángel Hernández Suárez

#### *Placeres textuales*

161   «La matraquillosis».....	312
162   «Indocencia» .....	316

### Faneque Hernández Bautista

#### *Romancero sureño*

163   «Desafío y muerte de Doramas» .....	323
---	-----

### Juan Quintana Rodríguez

164   <i>La Casa de Padreabuelo</i> .....	326
---	-----

### Julio Pérez Tejera

#### *Caleidoscopio*

165   «Isla intestinal» .....	339
166   «La chica del yogur» .....	343

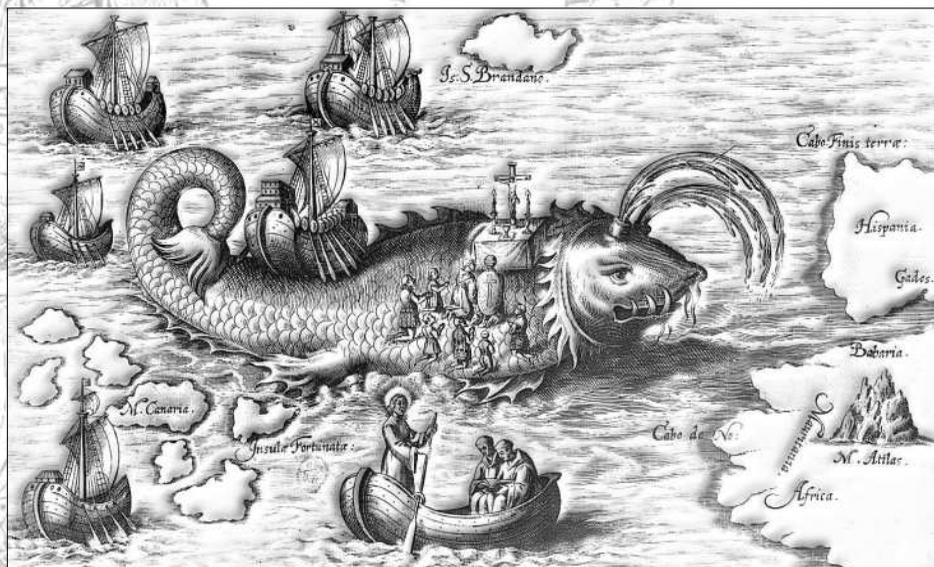
## CODA

### Emilio González Déniz

167   «Libros como goles de la UD Las Palmas» .....	344
---	-----

## INTERMEDIOS

I   <b>Marcial Morera Pérez:</b> <i>En defensa del habla canaria</i> .....	022
[Las Palmas de Gran Canaria : Anroart Ediciones, 2006. Págs. 89-92]	
II   <b>Nicolás Guerra Aguiar:</b> <i>Voces de nuestra lengua</i> .....	050
[Las Palmas de Gran Canaria : Anroart Ediciones, 2010. Págs. 59-60]	
III   <b>Juan Manuel García Ramos:</b> <i>Por la buena memoria de las islas</i> ..	070
[Gran Canaria : Gobierno de Canarias, 1986. Págs. 9-12]	
IV   <b>Manuel Alemán Álamo:</b> <i>Psicología del hombre canario</i> .....	143
[Gran Canaria : C.C.P.C., 1986. 3ª edición. Págs. 34-36 y 48-49]	
V   <b>Jesús Páez Martín:</b> «Hacia una definición de...» .....	251
[en <i>Canarias. La gran enciclopedia de la cultura</i> . Santa Cruz de Tenerife : Centro de la Cultura Popular Canaria (C.C.P.C.), 2004. Págs. 188-191]	



# BREVE ANTOLOGÍA ESCOLAR DE LA LITERATURA CANARIA

Si después de leerlo sientes sed  
es que el discurso es fértil;  
léelo aún, y más: la sed engendra sed.  
Qué error del saciado;  
no conoce la sed de la sed que no acaba.

Luis Fera Hardisson (1927-1998)  
*Cuchillo casi flor* (1989)

Capítulo XXXII del sexto libro. Manuscrito compuesto entre 1567-1570 que contiene la traducción y comentarios del Dr. Francisco Hernández (?1517?-1587). Págs. 223v-225r.

**D**elas islas bien  
aumentadas.

Capitulo. II

Trinta y dos

Hay algunos que creen estar mas adelante  
destos las islas fortunatas o bien aumentadas, //  
y algunas otras a cuyo numero ayuntando tambien  
sebo las distancias, dixo distan lade Juno de Calis, //  
setecientos y cinquenta mill passos, y desta la Pluuia  
lia y Capraria hazia el poniente otro tanto, que  
en la Pluuialia no hay agua, sino de lo que lleue, y  
que estas estan las fortunatas dosientos y cinquenta  
mill passos, y que contra lamano izquierda de  
Maurutania ochomill passos se llama otra region

del sol, en vn valle rodeado de montes, por su conue-  
xidad, y planaria por su figura, con circuito de vn  
valle de trescientos mill passos. y que crecen alli los  
arboles hasta ser de tamaño de ciento y quarenta y  
quatro pies. Juba siguió desta manera de las islas  
fortunatas, que están puestas al medio dia, cerca  
del poniente, setecientos y veinte <sup>y cinco</sup> mill passos de las  
Purpurarias, de manera que se nauegue doscientos  
y cincouenta encima del poniente, y despues se vaya  
al oriente por trescientos y setenta y cinco mill. Que  
la primera se llama Ombion, con ningunos ras-  
tros de edificios, que tiene vn lago en los montes, y  
arboles semejantes a caña heja, de que se exprima  
agua de las negras amarga y de las blancas muy bue-  
na de beuer. Que se llama otra isla La Junonia, y  
que hay en ella vna hermita sola mente edificada de  
piedra. y otra menor no lexos desta del mismo nombre.  
Despues la Capriaria llena de grandes lagartos. Que  
a vista desta esta la Niuarria llena de nieblas, q  
tomo el nombre dela continua nieue. Que es co-  
mo a esta la Cannaria dicha así dela mu-  
chadumbre de los perros de espantable grandesa que  
cua. De los quales fueron traídos dos a Juba, y pa-  
recen alli rastros de edificios. y que como todas abú

den en copia de fructas y aues de todos generos, esta tambien en las palmares que lleuan Cariotas, y pinares. Que hay tambien copia de miel, ansimismo el junco que llaman papyro, y siluros en los rios. Queson a que xadas de bestias que son cada dia expellidas y sepuden pero ya serabien, pues hauemos mostrado el mundo por de fuera y por de dentro abundante monte, que sumamos en breue la medida de sus mares

## DEL interprete

**C**reosse ser las que oy llamamos las Canarias las que llamo fortunatas la antiguedad, yaunque por no ser tan dichosas o de tan prospera habitacion como los antiguos dixeron, antes pobres y de grande sterilidad, han algunos pensado que podria ser las fortunatas las que oy llamamos de Cabo verde, mas fertiles, y no de muy diferente graduacion de la que Ptolemeo les attribuye, pero porque creen otros ser las de cabo verde las islas del mar Atlantico que llamaron los antiguos hesperidas, no muy contrariason (puesto que otros sientan ser las Hes

perides las tierras todas del mar oceana) y los grados  
no son muy desconuenientes, ni los antiguos pudieron  
juzgar de su fertilidad, como gente que apenas osaua  
passar el estrecho, confor mar nos hemos por agora cõ  
los que dizen ser las canarias las fortunatas. Estas  
(puesto que los antiguos cuentan solas seis) halla-  
mos ser siete. **L**ancarote que por ventura es la Au-  
tola o Junonia, Fuerte ventura, Gran canaria, q  
los antiguos llamaron con el mismo nombre por  
los perros que criaua (como Plinio dice) en grande  
cantidad, y de espantable grandeza, Tenerife, la Go-  
mera, Palma, y la isla del hierro, que por ventura  
es la Pluuial, donotienen mas agua que la que se ape-  
ga y destilla delas hojas de vn arbol de cierto genero, yes-  
to se puede pensar ser ansi por ser *treççs* acerca de los  
Griegos pluuial de do pudo hierro corromperse que es  
el nombre de oy. (De manera) quiere decir que no hay  
esta distancia por camino derecho, sino caminando //  
primero hacia occidente los passos que dice, y vol-  
uendo despues al oriente treççtos y setenta ycin-  
co mill, porque no se ouia de saber otro mas derecho cami-  
no entonces.

PÍNDARO  
2 | «ODA II»<sup>1</sup>

¡Oh, cuán bella es la isla  
de los santos recreos!  
La bañan perfumadas  
las brisas del Océano;  
brillan doradas flores,  
ya sobre el verde suelo,  
ya en los copudos árboles  
o ya del agua en medio.

Guirnaldas entretejen  
y sartas con sus pétalos,  
con que alegres circundan  
frente, manos y cuello  
los bienaventurados  
que a aquel paraje ameno  
de Radamanto envía  
el fallo justiciero.



ESTRABÓN  
3 | *Geografía*<sup>2</sup>

Sabiendo Homero la expedición que hizo hasta aquí Ulises, parece que le dio ocasión para escribir, al modo de la *Iliada*, la *Ulisea* u *Odisea*, mudando en una narración fabulosa, según costumbre de los poetas, lo que era verdaderamente historia [...]

Sabiendo además Homero que estas expediciones llegaron a lo último de España y habiendo conocido por los fenicios la opulencia y demás bienes de estos sitios, fingió allí el asiento de los justos y el Campo Elíseo, donde dice Proteo que habitará Menelao:

---

1. Píndaro [518-440 a.C.]: *Odas*. Traducidas en verso castellano, con cartaprólogo y notas de Ignacio Montes de Oca y Obregón [1840-1921]. Madrid : Luis Navarro Imp. Central a cargo de V. Sanz, 1883. Págs. 16-17.

2. Estrabón [63 a.C.-19 d.C.]: *Geografía*. Traducido del latín por Juan López. Libro III. Madrid : Por la Viuda de Ibarra, Hijos y Compañía, 1787. Págs. 117-121.

Fuera del postrer límite terrestre  
te llevarán los númenes sagrados,  
para que habites campo delicioso,  
al Elíseo, que ocupa Radamanto,  
donde se pasa vida muy dichosa.  
Allí no cubre Júpiter los campos  
de fría nieve; no hay lluvias ni invierno.  
El favonio respira siempre grato  
y mitiga, viniendo del oeste,  
los calores del hombre porfiado.

[*Odisea*. Lib. IV, v.568]

En efecto, es propia de esta región la buena disposición del aire y el dulce soplo del favonio, siendo la tierra en sus límites occidental y templada [...]

Semejantes a estas cuentan los poetas modernos varias fábulas, como la expedición por los bueyes de Gerión y otra por las manzanas de las Hespérides. También hacen memoria de ciertas Islas nombradas de los Beatos, dichosas o fortunadas, que aún existen, y se conocen poco distantes de los extremos de Mauritania, opuestas a Gades. [...]



PLUTARCO

4 | *Vidas paralelas*<sup>3</sup>

Habiendo por fin cedido el viento, aportó a unas islas entre sí muy próximas, desprovistas de agua, de las que hubo de partir; y pasando por el estrecho gaditano, doblando a la derecha, tocó en la parte exterior de España, poco más arriba de la embocadura del Betis, que desagua en el mar Atlántico, dando nombre a la parte que baña de esta región.

Diéronle allí noticia unos marineros con quienes habló de ciertas islas del Atlántico de las que entonces venían. Estas son dos, separadas por un breve estrecho, las cuales distan del África diez mil estadios y se llaman Afortunadas.

---

3. Plutarco [45-120]: *Las vidas paralelas*. Traducción del griego de Antonio Ranz Romanillos. Tomo III. Madrid : Imprenta Nacional, 1822. Págs. 293-294.

Las lluvias en ellas son moderadas y raras; pero los vientos, apacibles y provistos de rocío, permiten que aquella tierra muelle y crasa no solo se preste al arado y a las plantaciones, sino que espontáneamente produzca frutos que, por su abundancia y buen sabor, bastan para alimentar sin trabajo y afán a aquel pueblo descansado.

Un aire sano, por el que las estaciones casi se confunden, sin que haya sensibles mudanzas, es el que reina en aquellas islas. Los cierzos y solanos que soplan de la parte de tierra, difundiéndose por la distancia de donde vienen en un vasto espacio, van decayendo y pierden su fuerza; y los de mar, el ábrego y el céfiro, siendo portadores de lluvias suaves y escasas, por lo común con una serenidad humectante, son los que refrigeran y mantienen las plantas, de manera que hasta entre aquellos bárbaros es opinión muy válida que allí estaban los Campos Elíseos, aquella mansión de los bienaventurados que tanto celebró Homero.



#### POMPONIO MELA

5 | «XII. LA COSTA DEL MAR ATLÁNTICO, SUS ISLAS Y SU TÉRMINO»<sup>4</sup>

[...] A la parte del calor abrasada corresponden enfrente las *islas* que dicen haber habitado las *Hespéridas*. Entre los arenales, el monte *Atlante* levantándose entero, pero con riscos tajados, siendo todo él un despeñadero y precipicio inaccesible. Cuanto más va subiendo, tanto más va adelgazándose en su cumbre; y porque más alto se levanta, puede percibirse con la vista hasta esconderse entre las nubes. No solo se ha llegado a decir que toca con su cima al cielo y las estrellas, sino que los sustenta también. Opuestas a él están las *Islas Fortunadas*, que, de su propia naturaleza, abundan de frutos que nacen sucesivamente todos los años y alimentan, sin que estén cuidadosos, a sus habitantes más cumplida y regaladamente que las otras ciudades cultivadas.

---

4. Pomponio Mela: *Compendio geográfico e histórico del orbe antiguo y descripción del sitio de la Tierra*. Libro III. Edición de José Antonio González de Salas [1588-1651]. Madrid : impreso por Diego de la Carrera, 1644. Págs. 232-233.

---

# A MODO DE PRÓLOGO

---

## LEYENDAS AMBIENTADAS EN LA CANARIAS PREHISPÁNICA

6 | «LA PRINCESA DE LA ISLA DE FUEGO»<sup>1</sup>

Hace mucho, mucho tiempo, llegó a la isla de Lanzarote, entonces conocida por sus habitantes como Tytheroygatra, una de esas casas que caminan por el mar. Un temporal la había arrasado hasta sus costas con serios desperfectos. Zonzamas, el entonces rey de la isla, permitió a los extranjeros que arreglaran la nave y, mientras tanto, acogió en su propia casa a Martín Ruiz de Avendaño, el capitán del navío. La joven esposa de Zonzamas, llamada Fayna, era muy hermosa y se enamoró del apuesto huésped vizcaíno. Pero su amor era imposible, ya que sus caminos eran totalmente distintos. Aún así, tuvieron relaciones amorosas. Una vez que la embarcación estuvo reparada, llegó el día de la partida con gran pesar de los jóvenes enamorados que tuvieron que ocultar su amor a la vista de los demás. Nueve meses después, la reina Fayna dio a luz una hermosa niña de tez muy blanca y cabellos dorados a la que le pusieron por nombre Ico.

A Zonzamas le sucedió en el gobierno de la isla su hijo Tinguafaya, pero fue hecho prisionero con su mujer y otros ciento sesenta isleños por los piratas que se los llevaron para esclavizarlos. Al quedar vacante el trono, lo ocupó Guanarame, casa-

---

1. Luis Pérez Aguado [1949-]: *Cuenta la leyenda...* Las Palmas de Gran Canaria : Mercurio Editorial, 2015. Págs. 17-18.

do con Ico. De esta unión nació Guadarfía, que sería el sucesor; pero, antes de ser coronado rey, muchos nobles se opusieron, ya que alegaban que su madre Ico no era noble por no ser hija de Zonzamas, sino de un extranjero.

Después de mucho deliberar, y no habiendo llegado a un acuerdo entre el sábor reunido para decidir sobre tan penoso tema, decidieron someter a Ico a la cruel prueba del humo. Consistía en encerrar a la reina viuda con tres de sus criadas, que tenían que ser plebeyas, en una dependencia llena de humo. Allí tendría que permanecer cierto tiempo, considerando que si salía viva de la prueba quedaría demostrado que era noble.

Llegó el día de la prueba, pero quiso la suerte que Uga, la fiel aya que la cuidó desde la más tierna infancia, consiguiera acercarse a ella con una esponja empapada en agua y, sin que nadie la viera, pudiera entregársela indicándole que la sostuviera delante de su boca y nariz mientras durara la prueba.

Encerrada con sus criadas en el aposento tapiado y lleno de humo, siguió las indicaciones de la anciana. Cuando llegó el momento de conocer el resultado, que el pueblo seguía con gran expectación, se produjo el asombro de todos, ya que Ico, con la esponja entre los labios y la natural irritación producida por el humo en sus ojos, seguía viva, mientras que los cuerpos de las desgraciadas nativas yacían sin vida en el suelo.

De esta forma quedó demostrado que Ico pertenecía a la nobleza, pudiendo, por tanto, su hijo Guadarfía ser elegido rey de Tytheroygatra sin obstáculo alguno.



71 | «EL GAROÉ»<sup>2</sup>

Pluvalia es una isla afortunada. El agua, que no viene de la lluvia, y que viaja escondida entre las nubes, humedece el gran árbol del til que llaman Garoé, que es el más hermoso de la isla y que tiene hojas como manos donde se materializa el agua de las nubes y cae luego en dos pocetas de las que se aprovisionan los naturales.

---

2. Emilio González Déniz [1951-]: «El Garoé» en *Leyendas canarias*. Santa Cruz de Tenerife : Centro de la Cultura Popular Canaria, 2006. Págs. 94-102.

Habita la isla el pueblo bimbache, el reino más pequeño del mundo, unos centenares de personas que viven gracias al agua del Garoé. El agua es suficiente para ellos y para el ganado, y la humedad que recoge los bosques de sabinas hace crecer la hierba sobre los ríos de lava seca.

Cuando algún extranjero llegaba a la isla se le daba agua, pero nunca se le revelaba su procedencia. El secreto del árbol del agua era guardado bajo pena de muerte, pues lo que aquel til desprendía era la vida del pueblo bimbache.

El rey de los bimbaches era el viejo Armiche, que tenía como heredero a su joven hermano Augerón hasta que una mañana los piratas extranjeros lo capturaron y se lo llevaron a Europa. El trono de Pluvalia quedó sin heredero y había que elegir entre los más jóvenes alguien capaz de sucederle porque ya era muy anciano y sus días esperados eran pocos.

Fue así cómo el tagoror, que era el consejo de ancianos de la isla, designó al joven Yone como heredero y, por lo tanto, quien tendría que casarse con Moneiba, la joven que estaba destinada a ser la esposa de Augerón, el hermano del rey que ya dieron por perdido en manos extranjeras.

Moneiba era, como todos en la isla, hija de pastores. Cuando nació, al verla tan sana y hermosa, los ancianos del tagoror decidieron que aquella niña tan bella y tan fuerte tendría que ser la esposa del futuro rey. Por eso la llamaron Moneiba, como la diosa de las mujeres de Pluvalia.

El día del encuentro entre Yone y Moneiba amaneció nublado. Las hojas del árbol sagrado se habían cargado de agua y la derramaban sobre las pocetas. Yone esperaba junto al Garoé. Estaba nervioso porque el rey le había hablado de la belleza de Moneiba y soñaba con conquistar su corazón. Por fin apareció, de la mano de Armiche, y entonces Yone pudo comprobar que el viejo rey no mentía: Moneiba era más que una mujer, era una diosa.

Moneiba aceptó su destino. Pensó que con el tiempo acabaría amando a aquel joven tan noble. Sonrió a Yone y se propuso ser una buena esposa cuando llegase la hora, que Armiche

deseaba que fuese pronto porque tenía el deseo de conocer al hijo de este matrimonio, que también sería rey en el futuro.

...

La boda se celebró en un pequeño llano cerca de la costa de acantilados. Cuando sólo faltaba por llegar el rey Armiche, alguien gritó:

—¡Que viene una nave por el mar!

Era el barco de los extranjeros, que ellos confundieron con la visita prometida desde siempre por Eraoranhan, el dios de los hombres. Mientras el barco se acercaba a la costa, los habitantes de la isla quedaron en silencio porque pensaban que era el mismo dios el que los visitaba.

Pronto vieron que no era el dios, sino el cautivo Augerón, hermano del rey, que venía con unos normandos. Decía que los extranjeros protegerían a la isla contra los piratas. La boda se suspendió, pero la fiesta continuó en honor de los visitantes.

Pronto se dio cuenta Yone de que no había que fiarse de los normandos, ni tampoco de Augerón, que los había llevado hasta su isla y les servía de traductor. Y sus temores se hicieron realidad de madrugada. Mientras los bimbaches dormían, los normandos entraron en sus viviendas y tomaron como esclavos a cien hombres. Hasta el propio rey Armiche fue hecho prisionero.

Pero aquella vez los extranjeros no se marcharon. Augerón intentó convencer a su hermano Armiche de que lo mejor era rendirse. El viejo rey, cansado por los años y destrozado por la traición de su hermano, casi no tenía fuerzas. Las cien personas que los normandos habían apresado pasaron a ser esclavos y el rey Armiche fue humillado también con la esclavitud, pues el jefe de los normandos lo convirtió en su servidor personal.

Los bimbaches que quedaron libres huyeron a los bosques de sabinas, que los protegían con sus brumas y la tupida foresta que crecía alrededor de sus troncos. Armiche había sido convertido en esclavo y Augerón celebraba el triunfo con los normandos. Necesitaban un jefe.

—¡Yone! -dijo Moneiba-

Todos estuvieron de acuerdo en coronar rey de Plualia al joven Yone, pues esa había sido la voluntad del tagoror cuando Armiche buscó un heredero.

—Nuestras fuerzas son inferiores a las de los extranjeros -dijo Yone a su gente-. Ellos son menos, pero tienen armas muy poderosas; y montan animales muy veloces que nosotros no tenemos. Se han apoderado de nuestros rebaños, pero nosotros podremos sobrevivir escondidos, comiendo raíces durante mucho tiempo. Y, sobre todo, nosotros tenemos el Garoé y ellos no. Si no descubren de dónde sacamos el agua, la sed hará que se vayan. Ningún hombre, bimbache o extranjero, puede vivir sin agua.

—¿Y qué pasará con los bimbaches que son esclavos de los extranjeros? -preguntó un pastor-.

—Cuando los extranjeros se queden sin el agua que han traído en su barco y empiecen a padecer sed, cuando vean que el ganado no da leche porque no bebe, tendrán que irse porque los amenazará el hambre. Cuando vean que el agua escasea, se irán solos porque serán menos para beber de sus reservas. Y por eso, nadie revelará el secreto del árbol del agua o recaerá sobre quien eso haga la pena de muerte.

Pronto los extranjeros se dieron cuenta del peligro que corrían. Yone contaba con que Augerón conocía el secreto del Garoé, pero también había sido engañado y, al ver a su hermano, el rey, convertido en un esclavo, se daría cuenta de su error. Era tarde para arrepentirse, pero no para ayudar a los bimbaches.

Una noche, Yone logró llegar al campamento normando. Pudo hablar con algunos bimbaches cautivos y les explicó el plan para que corriese la voz entre los prisioneros. Si nadie hablaba, los extranjeros nunca encontrarían el árbol del agua.

Los extranjeros exploraron la isla, que, aunque pequeña, era muy montañosa. Cuando un grupo de normandos se acercaba a la zona donde estaba el Garoé, los bimbaches libres se dejaban ver para que los persiguieran y de esta forma los despistaban de su búsqueda. De madrugada, burlando a los centinelas, los bimbaches libres llevaban agua a los cautivos

Una tarde que Moneiba paseaba por el sabinal, quedó paralizada. Creyó, al principio, que era el miedo lo que la había impresionado, pero enseguida se dio cuenta de que lo que la había dejado sin respiración era la visión de un extranjero que hizo que su corazón le golpease como nunca en el pecho.

En segundos, aprendió lo que es el amor.

—No temas -dijo el extranjero-, no voy a hacerte daño.

Moneiba no contestó, pues apenas conocía unas pocas palabras en la lengua que hablaba el normando. Las había aprendido el día que llegaron en su gran nave.

—Soy Maciot -dijo él, y ella debió entender que ese era su nombre porque fue capaz de pronunciar el suyo: Moneiba-.

Moneiba se había enamorado al instante. En los días que siguieron, la muchacha volvió al mismo lugar y Maciot dejaba el campamento para pasar juntos la noche, sin hablar, pero dejando que sus ojos y sus manos dijeran lo que sus palabras no podían hacer entender al otro.

Los normandos estaban al borde de la desesperación. Durante días, buscaron ansiosamente en toda la isla, pero no encontraron el lugar del que los bimbaches sacaban el agua.

—En alguna parte tiene que haber agua -decía el jefe de los extranjeros-.

—Puede que estos hombres sean diferentes a nosotros y sean capaces de vivir sin probar una sola gota -dijo uno de los suyos-.

—Eso es imposible -rugió el jefe-. Los perros, las vacas, las ovejas, los caballos y hasta las ratas beben agua. Ningún ser puede sobrevivir sin agua. En esta isla hay agua y tenemos que encontrarla antes de dos días.

Moneiba anduvo perdida por la isla hasta bien entrada la madrugada. Los bimbaches vigilaban desde la oscuridad el campamento normando, en el que se apreciaban los preparativos para marcharse al día siguiente.

—Yone, acepta a Maciot como un bimbache, no sabría vivir sin él -suplicó Moneiba al joven rey de Pluvalia-.

—No es posible -dijo Yone, severo-. Maciot ha venido a estas tierras a llevarnos cautivos, a cazar personas para luego ven-

derlas como animales en los mercados. No puedo aceptar a ese hombre.

Moneiba iba a enloquecer. Su amor no tenía salida. Maciot y ella procedían de pueblos y culturas diferentes, y ninguno de los dos sería aceptado por la sociedad del otro. Estaba casi resignada a perder a Maciot. Desde que le dijeron que tenía que casarse con Augerón y, luego, con Yone, supo que nunca sería feliz. Por un momento, tuvo la esperanza de que sus temores fueran infundados; tal vez Maciot fuese la respuesta a sus preguntas sobre el amor. Pero todo había sido una ilusión. Aquella madrugada, Moneiba volvió a pensar que el amor no estaba hecho para ella, que estaba destinada a no ser feliz.

Desesperada, la muchacha pensó que si los normandos encontraban el agua antes de mediodía, Maciot no tendría que irse. ¡El agua era la solución!... Pero para ello tendría que descubrir el secreto del Garoé.

En su locura de amor, Moneiba tomó de la mano a Maciot y lo condujo hasta el lugar donde se levantaba majestuoso el sagrado árbol del agua. Maciot quedó deslumbrado ante el prodigio. Estaba amaneciendo y la niebla llegaba hasta el Garoé. El árbol, generoso con los bimbaches, destilaba gota a gota toda el agua que necesitaba Pluvalia. Maciot comprendió que Moneiba había querido revelarles el secreto y corrió hacia el campamento normando a dar la noticia.

Habiendo encontrado el agua, los extranjeros ya no tendrían dificultades para dominar a los bimbaches. Era sólo cuestión de tiempo. El jefe de los invasores sería el nuevo señor de la isla y la añadiría a los territorios que ya poseía.

...

Los bimbaches que estaban cautivos en el campamento normando perdieron toda esperanza de que los extranjeros se marcharan.

—Alguien nos ha traicionado -dijo Armiche-; de otra forma ellos solos no habrían sabido jamás que el agua de la isla nos la dan los dioses por medio del Garoé.

Los normandos llegaron hasta las pocetas del agua poco antes de que despuntara el día. Pluvalia estaba perdida. Los invasores tenían mejores armas y acabarían por dominar incluso a los habitantes que se escondían en los bosques de sabinas, que saldrían de su escondite para no morir de sed. Ahora eran los normandos los que controlaban el agua.

Los normandos creyeron que dominar a los bimbaches iba a serles fácil, pero los nativos conocían su isla mejor que nadie y atacaban por sorpresa. Aguantaban bien la sed y a menudo lograban robar agua del Garoé sin que los centinelas se dieran cuenta. Como el ganado estaba también en poder de los invasores, los pobres bimbaches se alimentaban de raíces y de la pesca que lograban capturar a escondidas cuando podían bajar a la orilla del mar.

Armiche y otros nativos fueron embarcados y nunca más se volvió a saber de ellos. Unos dicen que el viejo rey murió durante la travesía hasta Lisboa; otros, que dejó de respirar antes de salir de la isla. Hay incluso quien dice que fue vendido en un mercado de esclavos de Europa: aunque su vejez le daba escaso valor como bestia de carga, era una curiosidad que alguien fuese el dueño de un rey.

Moneiba no volvió a ver a Maciot. Desde que le fue revelado el secreto del árbol del agua, el normando no acudió a las citas acostumbradas con la mujer que tanto lo amaba. Supo entonces Moneiba que Maciot no la había amado nunca, y que sólo la había utilizado para lograr sus propósitos invasores, que ella colmó traicionando a su pueblo.

Cuando comprendió que su traición había llevado la desgracia definitiva a los bimbaches, Moneiba se dijo que nunca debió enamorarse del extranjero. Fue una ingenua al creer que él también la amaba, aunque tal vez se engañó porque nunca pudo entender una sola palabra de boca del normando. A veces, las miradas y las caricias mienten más que las palabras.

—No te atormentes más, Yone, buscando al traidor -dijo finalmente Moneiba, destrozada por los remordimientos-. Yo soy la persona que reveló a los extranjeros el secreto del Garoé.

—No, Moneiba, tú no -se resistió Yone a creerla-; no puede caer sobre mí esta nueva desgracia. Eres la única mujer que he amado y me dices delante de mi pueblo que has revelado nuestro secreto más sagrado, el secreto del agua que nos da la vida y que nos hacía conservar la libertad.

—Si es verdad que me has amado, tal vez comprendas que el amor a veces puede ser terrible -dijo ella-, yo amé al extranjero y me volví loca. No fui capaz de pensar en mi pueblo. Ahora haz lo que tengas que hacer.

Yone sabía lo que tenía que hacer. Desde siempre la revelación del secreto del Garoé se castigaba con la muerte y él mismo había renovado la vieja ley días antes, cuando se dio cuenta de que la salvación de su pueblo dependía de guardar el secreto máspreciado de la isla.

Los ancianos comprendieron que Yone sufriría durante toda su vida por haber tenido que condenar a muerte a la mujer que tanto amaba; por eso, y para mitigar el dolor de su joven rey, se reunieron en el tagoror. Serían ellos los que decidirían sobre Moneiba y las decisiones de la suprema asamblea eran respetadas incluso por el rey. En realidad, era un trámite: todos sabían que el tagoror sólo podía decidir la pena de muerte; pero, hasta que fue pronunciada la sentencia, Yone tuvo la esperanza de que los ancianos fuesen comprensivos y perdonarían la vida a Moneiba, sobre todo cuando ya su muerte no tenía sentido, pues no iba a devolver la isla a los bimbaches.

Finalmente, los ancianos fueron implacables y tomaron la más dura decisión. A la joven traidora le arrebataron el nombre de Moneiba, que era el de la diosa de las mujeres, y la empezaron a llamar Agarfa; y acordaron que Agarfa debía morir inmediatamente.

Cuando se hubo cerrado la noche, un grupo de guerreros bimbaches llevó a Agarfa, la que antes fue Moneiba, hasta el acantilado más alto de Pluvalia y desde allí la arrojaron al mar.

Los bimbaches resistieron con fiereza a los normandos, pero al final vinieron más hombres y más barcos, y Pluvalia quedó bajo el dominio extranjero. El dios Eraoranhan nunca llegó a la isla en una nave blanca como habían anunciado desde siem-

pre las tradiciones bimbaches, y este pequeño pueblo es hoy sólo el recuerdo de su enorme dignidad, la memoria de su nobleza, el relato de un pueblo, el más pequeño de la historia, que se extinguió. El sagrado árbol del agua, el Garoé, siguió en pie durante dos siglos más, hasta que un huracán lo derribó.



8 | «LA LEYENDA DE GARA Y JONAY»<sup>3</sup>

Jonay era príncipe de Tenerife y Gara princesa de La Gomera, princesa pastora, claro; y cada uno vivía un mundo de ensueño, un mundo ideal, un mundo aparte de todo lo que les rodeaba. Jonay se pasaba los días arriba en los peñascos, frente a La Gomera, mirando hacia ella, obsesionado; y Gara, deshojando las margaritas, no quería relacionarse con nadie.

Atraído por esa fuerza misteriosa, Jonay llegó a La Gomera sobre dos odres inflados. Se adentra en la isla y se encuentra con unos pastores, dialoga con ellos y les pregunta cómo era la princesa Gara. Un pastor, el más locuaz, un día que los demás están adentrados en el bosque, le dice:

—Gara es la princesa más bella que jamás haya existido en La Gomera, pero no quiere oír palabras de amor de ninguno de los pastores. Se pasa todo el día deshojando margaritas, aislada, sola; y cuando le hablamos de amor, ella dice que su amor vendrá por el mar. Mira, en la próxima luna se celebrarán las fiestas del Bellesmén, y su padre se la entregará al mozo que la pretenda. Tú eres joven, tú eres animoso, tú eres fuerte y podrás ganar si te presentas a las luchas; pero, previamente, tienes que hacerte amigo nuestro.

Jonay pensó: «Yo sí voy a luchar por ella, pero no voy a esperar a la próxima luna, lo haré ahora mismo». Y le dice al pastor:

—¿Dónde la puedo ver?

—Cuando el sol caiga, ella irá por agua a la fuente con el gánigo; te escondes detrás del tajinaste y allí le podrás hablar. Pero no le digas que yo te lo he dicho.

Así lo hace. Cuando llega Gara, empieza a hablarle:

---

3. Maximiano Trapero [1945-]: «Leyendas populares canarias: la leyenda de Gara y Jonay en la Gomera» en *Aguayro*, número 153. Mayo-junio, 1984. Págs. 4-6.

—Gara, mi corazón te presentía, pero nunca imaginé que fueras tan hermosa. He venido por ti desde la isla grande y quiero oír de ti una palabra de amor.

Gara, por su condición de mujer, lo rechaza; Jonay sale huyendo, pero la gacela había sido herida: cien pájaros revolotean en su seno.

—¡Es él! Mi corazón lo presentía; pero no puedo hablarle, mis leyes me lo prohíben. No puedo hablar con un extraño y, menos aún, con uno que no sea de mi estirpe.

Jonay vaga todo el día apesadumbrado, vuelve a la vereda y pisa una y otra vez sobre las pisadas que dejó Gara. Tiene una cueva donde duerme y cada mañana renueva sus deseos de volver a verla. Tiene que decirle todo su amor y que un trono de reina le espera en la isla grande. Y se vuelve a repetir la escena: Jonay la requiere de nuevo y de nuevo Gara lo rechaza.

—¡Es posible que no quieras oír una palabra de amor! ¿Por qué no quieres sentir de cerca los latidos del corazón que te ama? En la isla grande un trono de reina te espera. ¿Por qué me rechazas?

—Si sigues importunándome, llamaré a los míos y vendrán a prenderte.

Jonay, desesperado, febril, loco de amor, le da una bofetada:

—Ahora ya tienes motivo para llamar a los tuyos, hermosa princesa.

Gara no gritó, pero un pastor que escondido presenciaba la escena se la comunicó a los del clan por medio del silbo; y antes de que se diese cuenta, Jonay estaba rodeado y atado con gruesas correas para comparecer ante el tagoror.

Gara, en su cueva, ponía las finas yemas de sus dedos sobre sus blancas y suaves mejillas, como queriendo aprisionar, como queriendo retener, aquel rumor de espliego, de romero, de mirto, de alhelí, cual eran las manos de Jonay. Y pedía fervorosamente a su dios que pudiera librar del hacha las manos de su amor.

Se reúne el tagoror y comienza el interrogatorio:

—¿De dónde has venido?

—De la isla grande.

—No te burles, hermano; eso no es posible.

—Sí -dice un pastor-, yo lo he visto llegar sobre cueros.

—¿Y qué has venido a buscar a La Gomera?

—He venido a buscar a Gara.

—¿Sabías quién era Gara?

—No lo sabía, pero lo presentía; sabía que estaba al otro lado del mar, lo sabía por el polen, por las gaviotas, por el viento.

—¡Terminemos! ¿Cuál es la condena? La condena por requerir de amor a una princesa en un descampado y pegarle es la pérdida de la mano y la muerte.

Jonay invoca también su condición de príncipe:

—Yo soy hijo de Tinerfe el Grande, que reina desde las orillas del mar hasta las cumbres del Teide gigante.

—Si es así, por tu condición de príncipe se te perdona la muerte, pero se te cortará la mano.

—Mi vida y mis manos las hubiera dado gustoso por el amor de la princesa, pero ella me ha rechazado y ya no me importa morir.

—Entonces, serás ejecutado mañana al amanecer.

Jonay es encerrado en una cueva, atado con gruesas correas. Allí no puede ordenar sus pensamientos: quiere rechazar los pensamientos que le hablan de Gara, pero no puede. Febril, sudoroso, descorazonado, no puede dormir. A la hora del alba, oye unos pasos ligeros. Es Gara que viene a libertarlo:

—¡Huyamos, príncipe Jonay! Nunca pude creer que tu amor fuera tan sublime: te doy la libertad y yo me encadeno a ti con mi amor. Pero apresurémonos para ganar la orilla, yo quiero ir contigo a tu isla.

Llegan al mar y comprueban que las corrientes habían roto las correas que ataban los odres. Ya no pueden navegar. Mientras tanto, los guanches descubren que Jonay no está en la prisión ni Gara en su cueva e inician su persecución. Van cercando los lugares por donde pretenden huir: por La Laguna Grande, por los Roques de Acamadre, pasan por el Barranco de Budiel, por el Llano de Armomame; y se ven cercados en el monte más

alto, aislados en la altura, imposibilitados de huir a ninguna parte.

—Jonay, no podremos escapar.

—Sí, pero mi condición de príncipe me impide morir sin luchar. Mi sangre se mezclará con los de tu clan. Las lágrimas de mi madre se mezclarán con las lágrimas de las madres de los tuyos.

—No, Jonay, las lágrimas de tu madre se mezclarán con las mías.

—Yo quiero morir sin verte llorar.

—Yo no quiero que tu sangre manche esta tierra.

—Ambas cosas no serán posibles.

—Sí, Jonay, verás que serán posibles.

—¿Es verdad que me quieres, Gara?

—¡Sí, te quiero, Jonay!

—¡Yo también te quiero hasta más allá de la vida!

—Yo quiero ir contigo a ese lugar: más allá de la vida, más allá.

—Oh, hermosa Gara, qué palabras más hermosas saben decir tus labios. Y los sello con este beso: mi primero y último beso de amor sobre la tierra.

Era ya el atardecer. El disco del sol, por una combinación mágica, simulaba un corazón sangrante que se hunde en el mar. Rojo el horizonte en un prodigio de maravillosa fantasía, ardían en mil tonalidades distintas los caminos del cielo por donde pronto, muy pronto, iban a rodar entre rosadas “londas” las almas entrelazadas de Gara y Jonay.

Jonay corta un ramo de brezo, afila sus dos extremos y lo pone en medio de los dos, al lado del corazón.

—Estréchame con tus brazos. ¡Vamos, amor mío! ¿Nos queremos hasta más allá de la vida?

—¡Sí, Jonay, más allá, más allá!

Cuando las espadas de madera, los puñales improvisados, se hundieron en los inocentes pechos de los amantes, un estremecimiento sacudió toda la fronda, una agonía de muerte invadió toda la isla. Enmudeció el postrero cantar del pajarillo, y enmudecieron los suaves susurros de las palomas, y enmudecieron los murmullos de los barrancos; y el agua, y las playas, y el

mar. Luego, al troncharse los tallos de los brezos, la nieve caía. La nieve caída tiñó su blancura con aquellas dos rosas recién abiertas. Son rosas de amor, rosas de amor cuyo perfume sigue aromando la isla donde las suaves brisas susurran eternamente en los oídos de los enamorados isleños en las noches de luna:

—¿Nos queremos hasta más allá de la vida, Gara?

—¡Sí, amado mío, nos seguiremos queriendo más allá, más allá!

=====INTERMEDIO I=====

(...) Si se adopta un punto de vista humanista y cultural, lo que hay que hacer en las aulas de clase es más bien evitar reprimir en los niños las voces regionales que usan en su actividad lingüística espontánea, evitar motejarlas de expresiones vulgares o chabacanas. Esta actitud censora es tremendamente nociva por varias razones. 1º, porque infunde en el alma de los niños el sentimiento de que las cosas de su tierra son rústicas magadas de las que debe sentirse profundamente avergonzado. Así pierden muchos de nuestros alumnos el respeto y la estima, no solamente por su cultura y por su vocabulario, que terminan siendo abandonados por afrentosos y ridículos, sino también por sus paisanos y sus parientes. En cierta ocasión, yo mismo fui testigo de cómo una paisana mía de clase humilde, que paseaba por la calle con un militar peninsular, negaba el saludo a su padre, modesto marinero, que pasaba por su lado ataviado con el honrado traje del trabajo. 2º, porque despierta en los niños un miedo enfermizo a expresarse libre y espontáneamente, sin las ataduras de una censura previa. Ante el temor a hacer el ridículo, el hablante canario prefiere callarse. Ésta es una de las explicaciones de su tan cacareado lacinismo. 3º, porque el impedirles emplear su vocabulario más espontáneo, ese que los conecta automática y naturalmente con su medio, y el obligarlos a emplear otro ajeno implican, de un lado, el extrañamiento de su realidad. Como las palabras determinan las cosas, y no las cosas a las palabras, el hablante canario que se ve impelido a usar voces ajenas en lugar de las suyas propias tiene la sensación de estar hablando de algo desconocido, la sensación de ser casi un extranjero en su tierra; de otro lado, la dificultad para encontrar en ese nuevo vocabulario la palabra que se ajuste a la experiencia que quiere comunicar. (...) 4º, porque los niños terminan actuando como insidiosos "agentes" de la cultura oficial, al reprimir en el habla de sus padres las expresiones regionales que el maestro les ha corregido previamente a ellos. Téngase en cuenta que muchos canarios piensan, infundadamente, que carecen de cultura y que los valores auténticamente correctos y legítimos son aquellos que la enseñanza oficial ha inculcado a sus hijos (...)

=====

---

## SIGLO XV

---



«Ya he indicado la sospecha de que en Canarias puedan existir viejos romances llevados allá en el siglo XV por los conquistadores castellanos y andaluces. Si se encontrasen, sería buen hallazgo porque en casos análogos se observa que las versiones insulares son más arcaicas y puras que las del continente, como sucede en Mallorca con relación a Cataluña, y en Madera y las Azores con relación a Portugal.

»De poesía histórica relativa a Canarias no conozco más que las célebres *endechas* que en Lanzarote se cantaron por los años de 1443, a la muerte del sevillano Guillén Peraza. Las recogió en 1632 de la tradición oral («cuya memoria dura hasta hoy») el franciscano Abreu Galindo, y de él las han copiado los demás historiadores del Archipiélago. Dicen así:...»<sup>1</sup>

---

1. Marcelino Menéndez y Pelayo [1856-1912]: *Antología de poetas líricos castellanos*. Tomo X. Madrid : Librería de Hernando y C., 1900. Págs. 229-230. Reproduce luego la *endecha* apuntada en cuatro tercetos con rima asonante y, en una nota al pie de la página 230, señala lo siguiente: «*Historia de la Conquista de las siete islas de la Gran Canaria*, escrita por el Reverendo Padre Fray Juan de Abreu Galindo. Año de 1632. Santa Cruz de Tenerife, 1848 (*Biblioteca Isleña*), pp. 63-64». Cuando lleguemos al siglo XVII, se abordará oportunamente la citada obra histórica y, por el testimonio seleccionado, volveremos a tener ocasión de saber más sobre Guillén Peraza.

»Aproximadamente, un siglo y medio más tarde, un fraile con designio de historiador, fray Juan de Abreu y Galindo, recoge en la isla de Timanfaya esos versos, que él llama «*endechas*», y cuya memoria «dura hasta hoy» (1593, 1604 o 1632). Historiadores posteriores recogen en sus obras esas «*endechas*», pero el espaldarazo literario definitivo les llegará en la última década del siglo XIX, cuando don Marcelino Menéndez y Pelayo las incluye en su *Antología de poetas líricos castellanos*, demostrando con ello un buen gusto no muy frecuente en el gran polígrafo. A partir de entonces, serán incluidas en antologías [...] y

9 | *Endechas a la muerte de Guillén Peraza*

Llorad las damas,	Tus campos rompan
Si Dios os vala,	Tristes volcanes,
Guillén Peraza	No vean placeres
Quedó en La Palma,	Sino pesares,
La flor marchita	Cubran tus flores
De la su cara.	Los arenales.
No eres palma,	Guillén Peraza,
Eres retama,	Guillén Peraza,
Eres ciprés	¿Dó está tu escudo?
De triste rama,	¿Dó está tu lanza?
Eres desdicha,	Todo lo acaba
Desdicha mala.	La mala andanza.

---

convertidas en objeto de estudio y discusión por especialistas canarios durante las décadas de los cuarenta y cincuenta, principalmente, como M<sup>a</sup>. Rosa Alonso, Juan Álvarez Delgado, José Pérez Vidal, Joaquín Artiles» [Fernando Cómez Delgado (1953-): «Las “Endechas a Guillén Peraza”: examen de algunos de sus aspectos críticos» en *Revista de Filología de la Universidad de La Laguna*, nº 2, 1983. Pág. 46].

Sugiero, además de la lectura de este artículo y el que dedica Maximiano Trapero [1945-] a las endechas “de Canaria”, publicado en *Historia y Crítica de la Literatura Canaria* [Vol. I. Las Palmas de Gran Canaria : Cabildo Insular de Gran Canaria, 2000. Págs. 51-113], el de María Rosa Alonso [1909-2011]: «Las “Endechas” a la muerte de Guillén Peraza», publicado en *Anuario de estudios atlánticos*, nº 2, 1956. Págs. 457-471. La célebre investigadora da forma en el siguiente fragmento a la pregunta que, inevitablemente, surge en el ánimo del lector tras leer el poema: «¿Quién pudo escribir tan delicada elegía? Desde luego un exquisito poeta español, tal vez del séquito de Guillén, que vivió sin duda en la segunda mitad del siglo XV o primera del XVI. Puede que en Lanzarote compusiera esta arqueta poética del gótico florido, impresionado por la temprana muerte del joven Guillén. El clima literario de las *Endechas* está alojado en ese tiempo del llamado primer Renacimiento español: época de ilustres malogrados, de revalorización de la diosa Fortuna y de invocaciones a la muerte. Hay una desazón en el alma de aquel tiempo cada vez que se comprueba la arbitrariedad de la Fortuna, que siega vidas jóvenes y valiosas y deja las decrepitas o inútiles» [458-459].

Es muy recomendable también el abrumador estudio que Francisco Rico [1942-] hace de la composición en *Texto y contextos. Estudios sobre la poesía española del siglo XV*. [Barcelona : Crítica, 1990. Págs. 95-168].

La versión de la endecha que ofrece esta antología es la que aparece en la referida obra de Abreu Galindo, dispuesta en versos pentasílabos. Con esta reproducción del poema tal y como vio la luz impreso por primera vez, quiero rendir un humilde testimonio de agradecimiento a su transcriptor por haber fijado con letras esta maravillosa pieza poética, todo un preludio de las joyas que irán conformando el tesoro patrimonial de nuestra literatura en los siglos posteriores.

---

# SIGLO XVI

---



## BARTOLOMÉ CAIRASCO DE FIGUEROA

10 | ‘Canarias’<sup>1</sup>

INVENCIÓN:

Estad atentas a escucharme.  
Este es el bosque umbrífero  
que de Doramas tiene el nombre célebre  
y aquestos son los árboles  
que frisan ya con los del monte Líbano;  
y las palmas altísimas,  
mucho más que, de Egipto, las pirámides,  
que los sabrosos dátiles  
producen, a su tiempo, dulces tamaras.  
Aquí de varia música  
hinchán el aire los pintados pájaros;  
la verde yedra errática  
a los troncos se enreda con sus círculos;  
y, más que el hielo frígidas,  
salen las fuentes de peñascos áridos.

---

1. Bartolomé Cairasco de Figueroa [1538-1610]: *Comedia del recibimiento*. Edición, introducción y notas de Oswaldo Guerra Sánchez [1966-]. Las Palmas de Gran Canaria : Ediciones Archipliego, 2005. Págs. 30-31 y 52-55.

Aquí, de Apolo Delfico,  
no puede penetrar, el rayo cálido;  
ni del profundo Océano  
pueden damnificar vapores húmedos.  
Aquí, con letras góticas,  
se escriben epigramas, nombres, títulos,  
en árboles tan fértiles  
que parece que estuvo regalándose  
en ellos el artífice  
de la terrena y la celeste fábrica.  
Aquí, pues, de la próspera  
Fortuna, está gozando un fuerte bárbaro,  
que por sus propios méritos  
alcanzó la corona y regia púrpura,  
y en la terrestre máquina  
es celebrado el ejercicio bélico.  
Doramas es el ínclito  
nombre de aqueste capitán indómito.  
Si os parece, llamémosle,  
que dé la bienvenida al Ilustrísimo. [...]

DORAMAS:

[...] Sobre las claras ondas levantadas,  
cerca de la arenosa Berbería,  
habitan siete ninfas, extremadas  
en discreción, belleza y gallardía;  
las cuales, muy de atrás, certificadas  
de vuestro gran valor y cortesía,  
me mandaron, señor, venga a deciros  
el gran deseo que tienen de serviros.

La principal de todas, que en la llama  
de vuestro amor está más encendida,  
la Gran Canaria se intitula y llama,  
en quien la caridad siempre se anida.  
Suplícaos que la améis, pues ella os ama,  
que no la olvidéis, pues no os olvida;

y dice que, si amor consiste en obra,  
en esta se verá quién falta o sobra.

Llámase Tenerife la segunda;  
do está, de Teide, el pico memorable;  
en pan y vino próspera, fecunda,  
y mucho más en fe firme, inviolable.  
En esta siempre se ha fundado y funda  
que a Dios nadie sin ella es agradable;  
y dice que, pues fe sin obras muere,  
ellas dirán si la queréis y os quiere.

Es la tercera ninfa tan hermosa  
que es de los más valientes pretendida,  
y llámase La Palma victoriosa,  
de vuestras claras obras merecida.  
Dice que, aunque tan agra y montuosa,  
por vos se allanará toda la vida  
y que espera tener con vos privanza  
porque en su altura reina la Esperanza.

La cuarta es una dama tan gallarda,  
de tanta agilidad y fortaleza,  
que a los heroicos hechos no acobarda,  
antes en ellos muestra su firmeza.  
De arcabuz, coselete y alabarda  
triunfa con dardo, piedra y ligereza:  
llámase La Gomera; muy más fuerte  
será en quereros bien hasta la muerte.

La quinta y más pequeña, que en un cerro  
tiene el árbol famoso celebrado,  
sin el agua del cual sería destierro,  
sin haber allí gente ni ganado.  
Dice, señor, que, aunque se llama El Hierro,  
será en amaros oro tan cendrado  
que, de Fortuna insana los combates,  
jamás podrán quitarle sus quilates.

La sexta, que en la fe fue la primera,  
de quien tomaban los obispos nombre,  
que, a pesar de Fortuna, la bandera  
ha sustentado siempre y el renombre,  
se llama Lanzarote; y tan entera  
está en el valeroso sobrenombre,  
que contra Mauritania y contra Francia  
tendrá en vuestro amor perseverancia.

La postrera y mayor, a quien conviene  
el nombre de tan fuerte y venturosa,  
por serlo en obras en que se entretiene,  
de orchilla y de ganados caudalosa,  
por vos, señor, grande esperanza tiene  
de ser presto más fuerte y más dichosa;  
y dice que, aunque ha sido la postrera,  
en amaros pretende ser primera.

Estas, pues, son las siete ninfas bellas  
por quien os vengo a dar la bienvenida;  
la cual permita el rey de las estrellas  
que sea con dichosa y larga vida,  
cuanto lo es el amor de todas ellas,  
y así, señor...

11 | «CANTO XV»<sup>2</sup>

[...] En su contorno puso seis estancias  
porque la soledad no la enojase;  
que, con sus ricos dones y abundancias,  
cualquiera la sirviese y regalase;  
y porque el contrapunto y resonancia  
en la tierra y el cielo resonase,  
quiso que fuese el número de siete,  
que virtudes y dones nos promete.

---

2. Torcuato Tasso [1544-1595]: *Jerusalén libertada*. Traducción de Bartolomé Cairasco de Figueroa [1538-1610]. Edición, prólogo y notas de Alejandro Cioranescu [1911-1999]. Santa Cruz de Tenerife : Aula de Cultura de Tenerife, 1967. Págs. 329 y 331-332.

Esta es la fortunada Gran Canaria,  
de las islas atlánticas princesa,  
do esparce el cielo su virtud plenaria  
y pone a los sentidos rica mesa;  
con diligencia tan extraordinaria,  
que hizo a todo el orbe ilustre presa  
de lo mejor que en él se guarda y sella  
para tenerlo con ventaja en ella.

Aquí los frescos aires, las mareas,  
el toldo de las nubes relevadas,  
de los floridos campos las libreas,  
los verdes bosques, aguas plateadas,  
el temple, sanidad, ricas preseas,  
los cantos de las aves variadas,  
en sagrado silencio, en paz entera,  
conservan una eterna primavera.

Aquí florece la admirable selva  
que el nombre ha de heredar del gran Doramas,  
do no entrará discreto que no vuelva  
con rico asombro de su sombra y ramas.  
El que mejor escribe, se resuelva,  
que es digna de sus versos y epigramas;  
y aun al sagrado Apolo le parece  
que no han de darle el punto que merece. [...]

12 | «SANTA LUCÍA»<sup>3</sup>

[...] El nombre de esta luz era Lucía,  
que mil ventajas hizo a las del alba,  
porque si aquella da principio al día,  
el mismo día a aquesta hizo salva;  
y si del sol aquella se debía,  
aquesta con el sol divino es malva,

---

3. Bartolomé Cairasco de Figueroa [1538-1610]: *Templo militante, Flos sanctorum y Triumphos de sus virtudes*. Cuarta parte. Lisboa : por Pedro Crasbeeck, 1615. Págs. 226-227.

que siempre está mirando al sol divino  
quien le sabe servir y amar contino.

En viva fe tan doctrinada estaba  
que, aun antes que de ser niña dejase,  
a su madre decía y predicaba  
que en actos de virtud se ejercitase;  
y lo que siempre más le encomendaba  
era que de los pobres se acordase,  
que prueba de ser bueno es evidente  
quien procura <sup>[que]</sup> lo sea la otra gente.

Mas antes que pasemos adelante,  
dime, Musa: ¿Qué causa señalada  
hubo en aquesta virgen tan bastante  
que fuese de los ojos abogada?  
Porque de los antiguos no hay quien cante  
palabra de ellos ni refiera nada,  
que la antigua verdad y su memoria  
es quien quilata la moderna historia.

Decir que por el nombre de Lucía,  
que significa 'luz', es esta santa,  
de la vista abogada, santa y pía,  
es causa que muy poco se adelanta;  
y para tanto efecto convendría  
que otra mayor fundase aquesta planta,  
que no es de chicas causas conveniente  
salir efectos grandes, ni aun posible.

Solo vemos que pintan el retrato  
de aquesta preciosa margarita  
con unos bellos ojos en un plato,  
particular empresa y exquisita.  
Mas en su historia, esto que aquí trato,  
ni aun sola una palabra se ve escrita;  
que la verdad que arguye la pintura,  
la niega el no decirlo la escritura.

Una cosa diré: que otros autores  
dan a otra santa de este mismo nombre  
y engañanse y engañan <sup>[a]</sup> los lectores,  
que solo es de esta santa este renombre.  
Y es que nació tan bella, que de amores  
tuvo su gran belleza preso un hombre  
principal de su pueblo; que es usado  
andar, el que está ocioso, enamorado.

Dio en lo que dan los míseros amantes,  
que es en ser importunos y pesados,  
y engañanse los tristes ignorantes  
que a veces son, por esto, desamados.  
Dio en letras, tonadillas y discantes,  
en dádivas, promesas y recados,  
que esta es la munición y artillería  
con que planta este amor su batería.

Y por calificar sus pensamientos,  
dio en máscaras y justas, y torneos;  
en suspiros, en ansias y en tormentos;  
en varias esperanzas y deseos;  
y en otros imposibles argumentos  
de su mucha locura y devaneos,  
que estas son las señales de amor ciego  
cual vacilante humo lo es del fuego.

Como la inexpugnable fortaleza  
de alcaide valeroso defendida  
o cual peña de insólita dureza  
del mar y de los vientos combatida,  
así Lucía, con mayor firmeza,  
defendía su honor su alma y vida,  
que en las grandes tormentas y combates,  
se ven, de la constancia, los quilates.

En todos los mensajes que enviaba  
el ciego amante y lo que le decía

alguna vez que, a su pesar, le hablaba,  
era que por sus ojos se moría;  
y que, por sin duda alguna, muerto estaba  
por las hermosas luces de Lucía,  
diciendo que los ojos de una dama  
dan muerte y vida a quien la sirve y ama.

Considerando aquesto la doncella  
y el escándalo viendo de su vista,  
y entendiendo a la letra lo que de ella  
nos dice de los cuatro un coronista,  
sacó de entrambos ojos la luz bella  
y ellos con ella por sentencia en vista,  
de espíritu del cielo revelado,  
que fuera sin aquesto gran pecado.

Puso en un plato los hermosos ojos  
y con una criada, que de espanto  
enmudeció, enviolos por despojos  
a su galán con un mensaje santo:  
«Ahí va el principio y fin de tus enojos,  
déjame ya, no me importunes tanto,  
que cierto la inquietud es gran enfado  
a quien sirviendo a Dios se ha retirado».

Mostró el turbado amante leda frente  
en viendo entrar la moza con el plato,  
y entre esperanza y miedo su alma siente  
un no sé qué de gozo y de rebato;  
mas como oyó el mensaje y vio el presente,  
atónito y suspenso estuvo un rato,  
sin poder responder el afligido,  
que un súbito pesar quita el sentido.

Y vuelto en sí, «son estos los hermosos  
ojos», decía, «claros y serenos,  
y osan verlos los míos alevosos  
de luz vacíos y de sangre llenos.

Ay, tormentos de amor, ojos piadosos,  
ya que así me miráis, miradme al menos,  
que vista de ojos muertos, aunque esquivos,  
más vale el alma que la de ojos vivos».

Este dolor y sentimiento extraño  
pudo tanto en el alma del amante  
que no solo salió de aquel engaño,  
mas siguió la virtud de allí adelante.  
Y con la nueva luz y desengaño,  
cristiano se volvió, y lo fue constante,  
que por caminos nuevos nunca oídos  
se suelen reducir los escogidos.

No quiso el sumo Dios <sup>[que]</sup> quede sin vista  
la que por gusto suyo había cegado,  
aunque ella andaba alegre en su conquista  
con la del alma que le había quedado;  
y así le dio otros ojos, en revista,  
mejores de los que antes le había dado,  
que quien los da a quien no los tuvo, es justo  
darlos a quien los dio por darle gusto. [...]



BERNARDO GONZÁLEZ DE BOBADILLA

13 | *Ninfas y pastores de Henares*<sup>4</sup>

[...] En este tiempo, Fílira, en la soledad de la noche, se sentía dolida por verse destituida de la ventura de Lydia, que estaba colocada en el estado en el que, sin ofensa, tantos frutos de amor acarrea, mientras que ella estaba tan lejos y olvidada de su querido Florino. Con un suspiro y un sentimiento tierno, alzó demasadamente la voz, significadora de su impaciencia penosa, de este modo:

4. Bernardo González de Bobadilla: *Ninfas y pastores de Henares*. Edición, introducción y notas de Victoriano Santana Sanjurjo [1973-]. Las Palmas de Gran Canaria : Anroart Ediciones, 2011. Fragmento del segundo libro, páginas 125-129.

- Yo soy a quien Amor persigue tanto  
que no quiere espirar en mí su aliento  
para decir si quiera mi tormento  
en lúgubre, en ansioso, en triste canto.  
Jamás de la tristeza me levantó,  
antes estoy en ella tan de asiento  
que, si quiero cobrar algún contento,  
abro la vena de mi largo llanto.  
Mi dolor, con el tiempo, no se afloja,  
por tener estampado en la memoria  
el mal que gravemente me congoja.  
Antes mi corazón buscando gloria  
por mil honduras ásperas arroja  
y halla después fatigas, halla escoria.

Bien entendía Fílira que nadie escuchaba sus lamentos y no se acordó de que allí cerca estaba la humilde habitación de las tres ninfas (Lisia, Favorina y Celinda), quienes, oyendo las quejas de Fílira, se levantaron de presto y fueron a la parte donde su llanto sonaba para preguntarle por la ocasión y dar algún alivio a su fatiga. Mas Fílira, temerosa al oír las presurosas pisadas, por entender que eran de algunos descomedidos serranos que venían a robar su rebaño, levantó la voz de esta suerte:

- ¿Quién anda alborotando mi rebaño  
en noche tan oscura y tenebrosa,  
encubridora del presente engaño?

Entonces Celinda, como sagaz que era, dijo a las otras que, sin hablar palabra, allí se detuviesen; y se confió en la oscuridad de la noche, en la que no podía ser conocida de vista, para, mudando la voz de delicada en grosera, a imitación de un tosco aldeano, responder a la pastora de esta forma:

- Fílira, al ruido de tu voz quejosa  
vine por esta senda apresurado  
para aliviarte de tu pena ansiosa.

FÍLIRA:

— Pastor de mi congoja lastimado,  
tal compasión te recompense el cielo  
con aumento feliz de tu ganado.  
En decir, me darás sumo consuelo,  
tu nombre, pues impide el conocerte  
la triste noche con oscuro velo.

CELINDA [COMO VELANIO]:

— Fílira, dulce, pues la buena suerte  
me trajo a este lugar, tiempo y ventura  
de merecer mis tristes ojos verte  
sin que pueda estorbar la niebla oscura,  
con tus cabellos y ojos ilustrada,  
el contemplar tu angélica hermosura.  
Sabrás que soy pastor de una manada  
del rabadán Filerio y que tus ojos  
tienen mi corazón y alma prendada.  
A mí <sup>[me]</sup> llaman Velanio, quien en enojos,  
en pasiones y penas voy nadando  
por el airado mar de mis antojos.

FÍLIRA:

— Velanio, si mi aspecto contemplando  
acaso de algún lustre te parece,  
es que te está la noche deslumbrando;  
que si tu vista en verle se embebece,  
cuando la luz dorada resplandezca  
verá cuán bajo grado que merece.  
Mas porque mal a alguno no parezca,  
vete con Dios, pastor, que estoy medrosa;  
pues podemos hablar cuando amanezca.

CELINDA [COMO FLORINO]:

— Fílira, espera, que no he dicho cosa  
que lleve de verdad algún camino;  
no huyas de mi nombre temerosa,  
que no me llamo yo, sino Florino.

FÍLIRA:

— Cielo de nubes lóbregas cubierto,  
 fresca ribera, río cristalino,  
 si el que delante está, Florino es cierto <sup>[que es]</sup>,  
 ¿cómo no relucís y gloria tanta  
 no la manifestáis al descubierto?  
 Y, ¿cómo el dulce rui señor no canta?  
 ¿Cómo no esparcen olorosas flores  
 y el céfiro mejor no se levanta?  
 ¿Cómo dormís, zagalas y pastores?  
 ¿Cómo el aire de cantos no se llena?  
 Y, ¿cómo permanecen mis dolores?  
 ¿Cómo no luce más Cintia, serena,  
 que si Febo llevase el carro de oro?  
 Y, ¿cómo en mi reinar puede la pena?  
 ¿Cómo no danza el citereo coro?  
 ¿Cómo no suena la templada lira?  
 Y, ¿cómo darme puedo al triste lloro?  
 ¿Cómo un olor divino no respira?  
 ¿Cómo no siente más vigor mi vida?  
 Y, ¿cómo el soto umbroso no se admira?  
 ¿Cómo se está la noche oscurecida?  
 ¿Cómo no viene la rosada aurora  
 a darle el parabién de la venida?  
 ¿Cómo el suelo que pisa no se dora?  
 ¿Cómo no cae un rocío aljofarado?  
 ¿Cómo la hermosa Venus no le adora?  
 No es posible ser tú, pues mi cuidado  
 no toma de consuelo algún camino  
 con tu presencia favorable hallado;  
 si te *dijeras* tú, pastor, Florino,  
 espiraras en mí luego un aliento  
 aliviador de mi cruel destino.<sup>5</sup>

---

5. La intervención de Fílira se formula a través de una serie de tercetos encadenados un tanto suigéneris, pues el segundo verso y el penúltimo quedan sueltos. Los últimos seis versos prueban cómo el instinto o la sensibilidad poética deben acompañarse de la

CELINDA:

— Fílira, ya que sé tu pensamiento,  
 quiero que salgas de tu cierto engaño  
 y declararte mi piadoso intento:  
 Celinda soy, pastora de un rebaño  
 del rabadán Flavino, caudaloso,  
 que vine conmovida de tu daño  
 a dar a tu tristeza algún reposo  
 si <sup>[es que]</sup> en los males de amor, ser dado, puede;  
 pues se muestra al más fiel más engañoso,  
 sin haber quién por su dolor no ruede.

---

ANTONIO DE VIANA<sup>6</sup>

14 | «CANTO I»

Canto el origen del canario nombre  
 y el renombre de «bien afortunadas»  
 de las siete estimadas islas bellas.  
 Publico de ellas y de sus varones  
 grandezas, invenciones y costumbres;  
 amores, pesadumbres y discordias;  
 de guerras, las concordias y altos hechos;  
 de los hispanos pechos, las victorias  
 con fama, honor y glorias conquistadas.

---

técnica y de ciertos recursos lingüísticos, lo que no sucede en muchas ocasiones con González de Bobadilla. Este es uno de esos casos. En el verso 30 se lee: «si *te dijeras* tú...» cuando debería ser «si *fueras* tú...», ya que Fílira, tras la hermosa enumeración de fenómenos que deberían darse si quien le habla en ese momento fuese Florino, concluye su observación apuntando que si su interlocutor “fuera” su amado, él debería espirar en ella su aliento aliviador. Mantengo el “dijeras” original para que no se vea afectada la cuenta silábica del verso. También mantengo el género masculino del adjetivo “hallado” por respeto a la rima con “cuidado” y “aljofarado”, cuando, en realidad, debería ser “hallada” porque depende del sustantivo “presencia”.

6. Antonio de Viana [1578-¿...?]: *Antigüedades de las Islas Afortunadas*. Stuttgart : gedruckt auf Kosten des literarischen Vereins, 1883. Canto I: págs. 9-10; Canto II: págs. 38 y 47-48; Canto III: págs. 76-80; Canto IV: págs. 101-105; y Canto V: págs. 111-115. Se cotejó esta edición con la realizada por Alejandro Cioranescu [1911-1999] bajo el título *La conquista de Tenerife* [Santa Cruz de Tenerife : Aula de Cultura de Tenerife, 1968. Págs. 19-20, 46, 55-56, 80-85 y 103-106].

Vos, de quien son amadas y queridas  
 las islas escogidas de Canaria,  
 patrona Candelaria, dadme lumbre  
 desde vuestra alta cumbre, que confío<sup>[en]</sup>  
 que el pobre ingenio mío en esta historia  
 hará<sup>[que]</sup> vuestra memoria se eternice.

A vos, por quien me dice mi deseo,  
 insigne Guerra, pues creo que desprecia  
 la furia recia del temor contrario,  
 columna del canario honor os llama;  
 ya desde hoy más la Fama da audiencia  
 con clemencia a mi humilde canto llano,  
<sup>[que]</sup> hareyslo contrapunto soberano.

En el océano mar, término atlántico,  
 yacen, en medio de las ondas varias  
 a quien resisten, firmes y altas rocas  
 de pardas peñas y arenosas playas.  
 Las islas son: Canaria, Tenerife,  
 Palma, Gomera, Hierro, Lanzarote,  
<sup>[y]</sup> Fuerteventura; tan cercanas de África  
 que ochenta leguas distan de su costa  
 y de Cádiz, doscientas y cincuenta.  
 Nordeste, en ellas; sudeste, oeste,  
 y este, vientos favorables soplan.

Llamaron<sup>[en]</sup> otro tiempo a Tenerife  
 Nivaria; y a La Palma, Pintuaría;  
 Caspería, a la que ahora es La Gomera;  
 Capraria o Hero, al Hierro; y<sup>[a]</sup> Lanzarote,  
 Junonis; y Pluitula o Mahorata  
<sup>[a]</sup> Fuerteventura, nombres antiquísimos. [...]

15 | «CANTO II»

La República es cuerpo compuesto  
 que lo gobierna y rige la cabeza,  
 y si ella enferma, el cuerpo está indispuerto,  
 que es donde hay más valor y más flaqueza.

Debe el buen Rey considerar con esto  
que en los miembros está la fortaleza;  
y siendo miembros tales tus vasallos,  
muy mal podrás sin ellos gobernallos.

Si en vez de serles defensor y amparo,  
tú, propio, les ofendes y maltratas,  
contra tu mismo honor eres avaro  
y tus propias murallas desbaratas;  
tú mismo te das guerra, vedlo claro,  
pues propias vidas de tu vida matas  
ciego de la ambición con <sup>[la]</sup> que mal riges  
el reino pobre que por oro afliges.

¿Qué contra tus vasallos ves o sientes  
por do merezcan ser tan mal tratados?  
Que cuando no te fuesen obedientes  
será muy justo fuesen castigados,  
no con venderlos a tiranas gentes,  
sujetos como esclavos aherrojados;  
mas con justicia y leyes de castigo  
para el vasallo, amigo y enemigo.

[...] Fuese desde allí Silva a Lanzarote,  
no queriendo más guerras con canarios.  
Avisándole a Diego de Herrera  
de todo por extenso, y viendo el caso  
y la pujanza de los enemigos,  
y los continuos trances de batalla,  
pases trató con otro guanarteme  
que llamaron de Telde, a diferencia  
del que reinaba en Gáldar, que estos eran  
los reyes y señores de la isla,  
para, con estas paces y seguro,  
poderles destruir con más secreto  
y hacer más segura la conquista,  
Pidió que, como “amigo”, consintiese  
y le dejase hacer en el distrito

de Gando una gran casa, fuerte y torre,  
donde pudiese recoger su gente  
para, con su “amistad”, dar mayor guerra  
al otro guanarteme, su contrario,  
pues eran los dos mortales enemigos.

Al fin, consintió en ello de buen grado,  
ya fuese por vengarse del de Gáldar,  
ya por temerse de los españoles;  
mas pidiole rehenes y, en seguro,  
le dio Herrera treinta infantes, hijos  
de sus vasallos, y fundó la torre  
con ayuda de muchos naturales.

Después de hecha y bien fortificada,  
se volvió a prevenir a Lanzarote  
y a convocar más número de gente  
dejándoles mandado a los soldados  
que la tierra corriesen y, en escuadras,  
<sup>[que]</sup> en los canarios gran matanza hiciesen  
de los de Telde o Gáldar en secreto  
porque, en el ínter<sup>[in]</sup>, con mayor pujanza  
volvería a la isla en breves días.

#### 16 | «CANTO III»

Ya cuando el alba bella aparecía,  
víspera alegre del florido mayo,  
a las anuales fiestas y placeres  
se prevenían los nivarios príncipes.  
Sale Dácil, la hija de Bencomo,  
doncella hermosa de su reino y corte  
a la vega do estaba la laguna  
con la licencia de su caro padre;  
y <sup>[también con ella]</sup> el capitán Sigoñe y cien soldados  
en guarda suya, porque allá desea  
tener las fiestas del alegre día.

Hace con su presencia el prado ameno,  
más bello, deleitoso y apacible,  
pero todo le da melancolía,  
pues el alma siente un cuidado aflicto.

Díjole Guañameñe, el agorero,  
que un personaje de nación extraña,  
que por la mar vendría al puerto y sitio  
marítimo llamado Anaga entonces,  
de ser había (al fin de mil desastres,  
guerras, batallas, cautiverio y muertes)  
su amado esposo en dulce paz tranquila.  
Pareciole ser cosa, aunque creíble,  
de suceder difícil; por esta causa,  
la soledad, le agrada, de aquel bosque,  
y no el bullicio de la corte alegre.

Es de muy poca edad, gallardo brío,  
tiene donaire, gracia, gentileza;  
frente espaciosa, grave, a quien circuye  
largo cabello más que el sol dorado;  
cejas sutiles que, del color mismo,  
parecen arcos de oro, y corresponden  
crecidas las pestañas a sus visos.  
Los ojos bellos son como esmeraldas  
cercadas de cristales transparentes,  
entreveradas de celosos círculos;  
cual bello rosicler las dos mejillas  
y afilada nariz proporcionada;  
graciosa boca, cuyos gruesos labios  
parecen hechos de coral purísimo,  
donde a su tiempo la templada risa  
descubre y cubre los ebúrneos dientes,  
cual ricas perlas o diamantes finos;  
largo el hermoso rostro, en color nieve,  
con fuego y sangre mixturado a partes;  
y, como a cielo claro, lo estrellaban  
algunas pecas como flores de oro.

Por causa de que quiso en su belleza  
 naturaleza señalarse tanto,  
 que, por curiosidad superflua, hizo  
 excesos tales, pasando de sus límites [...]

Al fin, desde un robusto y alto monte,  
 cercano a la laguna, atenta mira,  
 del mar inquieto, las revueltas ondas;  
 contempla en él el bien de su ventura,  
 y pensativa y lastimada dice:

- “Incierto mar, no sé si es bien que crea  
 que atesoras el bien de mi esperanza,  
 que aunque en creer es fácil quien desea,  
 temeraria es la incierta confianza;  
 dudosa estoy <sup>[sobre]</sup> cómo posible sea,  
 estar entre tus ondas de mudanza  
 aquel que ha de venir a ser constante  
 mi dueño, esposo y verdadero amante.

“Las aguas apresura porque venga  
 con más presteza; mira que lo espero,  
 y es muerte el esperar; no lo detenga  
 tu inquieto movimiento porque muero;  
 aplaca ese rigor lo que convenga  
 y tráeme ya <sup>[a]</sup> mi amado forastero,  
 que lo desea y ama el pensamiento,  
 y amar y desear es cruel tormento.

“Mucho puede el cuidado fatigarme  
 y mucho la fortuna concederme,  
 mucho amor y deseo atormentarme,  
 y mucho el tiempo largo prometerme;  
 mucho, esperanza firme asegurarme,  
 perderse el pensamiento y más perderme;  
 mas tú sólo eres, mar, quien el mal junto  
 me puede dar o el bien de todo punto.

”Un pájaro muy grande, extraño, ajeno,  
 espero que vendrá por ti volando.  
 ¡Oh, si volase bien!, que por él peno  
 y no pena menor, que deseando  
 traerá para mi bien dentro, en su seno,  
 la prenda que deseo. ¿Cuándo, cuándo  
 te veré afable, mar, y en tu bonanza  
 seguro y quieto <sup>[esté]</sup> el bien de mi esperanza?”

Estando en esto, dando recias voces  
 llega Sigoñe, el capitán valiente;  
 lleno de espanto y confusión terrible,  
 y señalando con los fuertes dedos  
 de la nervosa mano y diestro brazo  
 hacia la mar, turbado, así le dice:

- “¿No ves, infanta bella, junto al roque  
 de la punta de Anaga, <sup>[en]</sup> el mar surcando  
 quince bultos muy grandes, sin que toque  
 el uno al otro, cual por tierra andando?  
 ¿Quién tal verá que a espanto no provoque  
 el ánimo más fuerte? Blanqueando,  
 parecen grandes pájaros que tienen  
 alas de nieve y a la tierra vienen”.

Tan suspensa quedó la bella Dácil  
 después <sup>[de]</sup> que puso los hermosos ojos  
 en los quince navíos españoles,  
 que no habló palabra, de <sup>[lo]</sup> turbada <sup>[que estaba]</sup> [...]

Dácil se queda con los ojos fijos  
 en las gallardas naves y en un punto  
 le da mil saltos en el casto pecho  
 el corazón ardiendo en vivas llamas;  
 cércanla amor y miedo, mas no sabe  
 a qué determinarse o qué hacerse,  
 pues es indeterminable la ignorancia. [...]

## 17 | «CANTO IV»

— «[...] Ayer salí con Dácil de la corte,  
que fue a tomar placer a la laguna,  
mas suele dar en los placeres corte  
con desastrados fines la fortuna.  
Dejad, dejad, que un poco me reporte;  
dad perdón a mi culpa, si es alguna,  
porque no la merece el mensajero  
si el aviso es forzoso y verdadero.

”Cuando hoy, del sol, los rayos se esparcían,  
de aquellos montes hacia el mar mirando  
grandes bultos vi en él que parecían  
pájaros negros por el agua andando.  
Con alas blancas todos se movían  
hacia la tierra, juntos, se acercando.  
Causome admiración, y que los vieses  
quiso la infanta, que hasta el puerto fuese.

”Vi que llegaron cerca de la orilla  
y aquellas alas blancas encogieron.  
Temor me dio y, por ver tal maravilla,  
de suerte me escondí, que no me vieron.  
Luego en la mar, que pareció hundilla,  
rayos, truenos, relámpagos vertieron  
los pájaros de sí, como en invierno  
el cielo arroja hasta el hondo infierno.

”Sin alas, otros pájaros pequeños  
salieron de entre esotros al momento,  
con pies y manos como grandes leños  
que el agua azotan con furor violento.  
Dentro de sí traían a sus dueños,  
hombres, personas son a lo que siento;  
mas no son hombres, no, como nosotros,  
que el talle tienen de hombres, pero de otros.

”Llegaron prestos a pisar la arena  
y el que primero en ella los pies puso  
sacó una insignia en brazos, mala o buena,  
con gran exceso... Es que estoy confuso.  
Diome temor mirarla, mas no pena,  
que antes a cierto gozo me dispuso:  
dos palos son, no más, pero cruzados  
y no sin causa de ellos respetados.

”El cabo del madero más cumplido  
hincaron en la arena y lo adoraron.  
Digo adoraron por lo que he sentido,  
que devotos ante él se arrodillaron.  
Formaron luego un escuadrón lucido  
y con armas no vistas se adornaron.  
Hubiérame holgado de entendellas,  
para poderos dar noticia de ellas. [...]

Salió luego una escuadra de cincuenta,  
tras de los cuales vine, aunque escondido.  
En la laguna quedan. Por mi cuenta,  
dos horas ha que desde allí he partido.  
Lo que mi pena, gran Bencomo, aumenta  
es Dácil, que hallarla no he podido  
en el bosque y laguna. En procuralla  
no me detuve, mas iré a buscalla. [...]

18 | «CANTO V»

Dácil estaba cerca de una fuente  
que tiene en sí la falda de una sierra,  
cuyas vertientes claras descendiendo  
al lago llevan un bullicioso arroyo.  
Era el espeso bosque tan cerrado,  
que no se divisaba en él la gente.

Cerca de aquel lugar, en la ladera,  
junto a la fuente, la española escuadra  
hacía una gran presa de ganado  
para llevarla sin ruido al puerto.

Ocúpanse los unos en juntarlo,  
otros sirven de espías y atalayas  
para seguridad de sus personas.

Apártase Castillo a entretenerse,  
en tanto, por el bosque y prado ameno,  
mide con cortos y vagantes pasos  
acá y allá, mirando el gran repecho  
de aquella sierra; y las vertientes sigue  
del agua que desciende de la fuente,  
a quien cercaban árboles espesos.

Era el estanque de la fuente grande,  
largo, espacioso y hecho de artificio;  
con cantos enterrados en la arena  
y con el masapés bien embarrados;  
dando comodidad una gran peña  
de la parte de arriba, a quien cubrían  
diversas hierbas y esmaltadas flores,  
y a quien cercaban de frondosos árboles  
entretejidas ramas, defendiéndola  
de la violencia de los tiempos varios,  
como a manantial del agua clara.

Gozaba Dácil del alegre sitio  
sentada encima de la peña misma,  
en lo más alto de ella, entre las flores,  
mirándose en las aguas de la fuente  
donde hacía una agradable sombra  
como en espejo de cristal purísimo.

Oía el murmurar del claro arroyo  
que desde allí, tomando su principio,  
bajaba al hondo y espacioso valle,  
y de las aves la sonora música;  
más pensativa estando sola y triste.  
Con el cuidado en el suceso nuevo  
de los recién venidos, mira atenta  
y ve subir hacia la fuente un bulto.

Era el famoso capitán Castillo  
 que, ajeno de ser visto y descuidado,  
 iba llegando cerca de la fuente,  
 así diciendo lleno de alegría:

- “¡Oh, isla afortunada! ¡Oh, fértil tierra,  
 cuán grata y bella que a mis ojos eres!  
 Mayores glorias tu pobreza encierra  
 que España con sus prósperos haberes.  
 Desecho los cuidados de la guerra,  
 pues promete tu paz dulces placeres,  
 y contemplo tu vega, monte y prado  
 de flores matizadas esmaltado.

“Con justa causa, “bien afortunada”  
 te nombran los que gozan tus recreos  
 y con mucha razón eres llamada  
 los deleitosos Campos Eliseos,  
 pues das, de tantas glorias adornada,  
 hartura como cielo a los deseos.  
 ¡Qué claras aguas, qué hermosa fuente!  
 Excesivo placer mi alma siente”.

Diciendo aquesto, estaba ya muy cerca  
 de la agradable fuente; pero Dácil  
 tiene los ojos puestos en su aspecto.  
 Túrbase al ver aquel gallardo brío,  
 pulido traje y militar arreo;  
 tan diferente en todo a su costumbre  
 que, con dificultad, juzga ser hombre.  
 Quiere huir y teme, y así dice:

- “Cielo, ¿qué será esto que aquí veo?  
 ¿Qué puedo hacer? ¡Ay, triste, si me siento!  
 ¡Quiero huir!... Pero que es hombre creo.  
 ¿Hombre? Sí, más extraño y diferente.  
 Combate mi temor con mi deseo,  
 un extranjero tengo ya presente.

¿Verele bien? Mas temo de miralle.  
 ¡Qué lindo, qué galán, qué de buen talle!”.

Mientras entre sí Dácil forjaba  
 aquestos y otros tales pensamientos,  
 llegó Castillo a la agradable fuente.  
 Deléitase con ver el agua clara  
 que salta, hierve y hace quietas ondas;  
 descálzase los guantes de gamuza,  
 baña las manos y refresca el rostro,  
 saca el lenzuelo, enjuágase y descansa.

Contempla el agua pura y, clara en ella,  
 al vivo, la figura de su sombra;  
 y advierte junto a sí la que la infanta  
 hace también por encima de la peña.  
 A todas partes mira quién la causa,  
 pero no puede verla, pues lo impiden  
 las verdes ramas de los frescos árboles,  
 y así, confuso y admirado, dice:

- “Un bulto solo soy, pero dos sombras  
 veo en el agua: aquesta, cierto es mía;  
 mas, ¿tú quién eres, sombra que me asombras?  
 ¿Qué es esto, loca y vana fantasía?  
 Entre las flores, como sobre alfombras  
 bordadas de preciosa pedrería,  
 parece estar sentada una pastora.  
 ¿Pastora? Sí, y más... Se mueve ahora.

” ¡Vista notable! Pero en el contorno  
 de esta fuente sólo a mí me veo.  
 Aguas, ¿qué es esto? Mas a mirar torno.  
 Allí la sombra está y, aunque el arreo  
 de la zagala es poco y sin adorno,  
 parece clara con la sombra oscura  
 y peregrina, y rara su hermosura.

“Loco debo de estar. ¿Qué es esto? ¿Acaso es Narciso a sí mismo aficionado; o aquesta, aquella fuente del Pegaso, y este, lugar de ninfas encantado? ¿Es esta alguna musa del Parnaso, monte por hechicero celebrado? ¿O qué es aquesto, cielos soberanos? ¿Al fin no es esta tierra de cristianos?”

Mira con esto acá y allá solícito,  
vuelve y revuelve las espesas ramas  
que alrededor estaban de la fuente,  
pero no puede ver <sup>[a]</sup> la infanta bella,  
la cual, entre sí, hace este discurso:

- “Ya del deseo está el temor vencido,  
verlo y mirarlo más y más me place;  
mas, ¿cómo está en el agua embebecido?  
Mucho le agrada o mucho le desplace,  
pero no haberme visto mucho ha sido,  
que a todas partes mira; si lo hace,  
la rama de este lauro que me encubre...  
Mas, ¡ay, que ya la aparta y me descubre!”

Tanta fue de Castillo la porfía,  
que no pudo encubrírsele la infanta,  
pues al fin quitó las ramas con las manos,  
<sup>[las]</sup> que le impedían su agradable vista.  
Admírase al verla y dice a voces:

- “No se engañaba, no, mi pensamiento.  
¡Oh, santo cielo, qué zagala bella!  
Sin duda que lo es y, por lo que siento,  
muestra ser noble el grave aspecto de ella.  
Mírame, aunque turbada, y de su asiento  
se ha levantado. ¿Irarse? Es una estrella.  
No la quiero perder, antes seguilla,  
que su beldad me llama y maravilla.”

Habíase ya Dácil levantado,  
 viendo que la miraba el caballero;  
 mas él dejó la fuente y fue siguiéndola  
 con presurosos y turbados pasos.  
 Llégase cerca de ella, considera  
 su traje extraordinario y, sobre todo,  
 la rara y no compuesta hermosura;  
 y ella se estaba en él embelesada,  
 vencida y llena de vergüenza honesta.  
 Sienten los dos un no sé qué de gloria,  
 mezclado con un sí sé qué de pena y ansia;  
 saltos da el corazón dentro de sus pechos,  
 y ambos se juzgan por aficionados. [...]

=====INTERMEDIO II=====

(...) Entre las lenguas desaparecidas en el siglo XVI figura el guanche, término que, con rigor científico, hemos de reservar para la variedad bereber que se hablaba en la isla de Tenerife, aunque luego la voz se generalizara para referirse a las distintas lenguas que se hablaron en las otras Islas (hubo inicialmente una misma lengua común para todos los aborígenes pero, precisamente por ser un ente vivo, fue transformándose al paso de los siglos, obviamente con muy marcadas diferencias por el propio condicionante de la insularidad, es decir, del "islamamiento"). Por tratarse de lenguas básicas y elementales -aunque suficientes para establecer correctas comunicaciones entre sus hablantes- su léxico ni era tan rico como el del castellano ni, por supuesto, la propia estructura lingüística era tan compleja y completa, tan perfectamente organizada como corresponde a un idioma que deriva del latín. Por esta razón (...) las lenguas habladas en Canarias desaparecieron con rapidez y no dejaron textos escritos ni conocemos más de media docena de formas verbales, y sabemos que sin verbos es imposible la construcción de oraciones. Ambas circunstancias impiden, taxativamente, cualquier intento de recuperación (por eso, además, hay que ser muy prudente con topónimos y antropónimos). Lo que sí quedan son muchos términos (recogidos y contrastados con escrupuloso rigor por lingüistas como los doctores Morera, Ortega, Corrales... cito de memoria) conocidos como "canarismos" y que, en realidad, no son más que palabras conservadas en Canarias, ya procedentes de las lenguas prehispánicas (y que, no olvidemos, conocemos a través del oído fonético de los conquistadores) o de otras que, por distintas razones, dejaron muchos términos en las Islas (portugués, gallego, inglés, etc.).

=====

---

# SIGLO XVII

---

---

## FRAY JUAN DE ABREU GALINDO<sup>1</sup>

### 19 | LIBRO PRIMERO, CAPÍTULO XXII

#### CÓMO VENDE LAS ISLAS EL CONDE DE NIEBLA A GUILLÉN DE LAS CASAS

Guillén Peraza de las Casas era hijo de Hernán Peraza. Fue un mozo que, guiado por el deseo de corresponder en sus hechos a sus mayores y verse rico y poderoso señor de estas islas, partió de Sevilla con tres navíos de armada con doscientos hombres ballesteros. Llegó a Lanzarote y Fuerteventura, donde se le juntaron otros trescientos hombres y fueron después a La Gomera; de allí pasaron a La Palma. Atracó en el término de Tihuya, señorío de Chedey, quien encomendó la

---

1. Fray Juan de Abreu Galindo: *Historia de la conquista de las siete islas de Gran Canaria*. Santa Cruz de Tenerife : Imprenta, litografía y librería isleña, 1848. Págs. 63, 133-134 y 149-150. Situamos a este autor en el bloque correspondiente al siglo XVII atendiendo al criterio de la composición de la obra: según Rumeu de Armas [1912-2006], la obra fue escrita entre 1600 y 1632, y no fue dada a conocer hasta mediados del siglo XVIII, cuando el navegante escocés George Glas tuvo acceso al manuscrito del fraile. Dadas las circunstancias de su elaboración, en la que la sombra de Gonzalo Argote de Molina induce a sospechar sobre la absoluta originalidad de la historia por parte del religioso, y que el autor no pisó Lanzarote hasta 1588, lo más razonable es que la ubicación temporal del escritor y su obra quede supeditada a la fecha en la que se considera que concluyó su trabajo, o sea, 1632. Véase al respecto el artículo del citado investigador: “Fray Juan de Abreu Galindo, historiador de Canarias” en *Anuario de Estudios Atlánticos*, nº 50, tomo 2. Madrid-Las Palmas : Cabildo Insular de Gran Canaria, 2004. Págs. 839-851.

defensa de la tierra a su hermano Chenaucó. Eran capitanes de la armada de Guillén Peraza de las Casas los siguientes hombres: de la gente de Sevilla, Hernán Martel Peraza; de la de las islas, Juan de Adal, Luis de Casañas y Mateo Picar.

Al llegar, se metió tierra adentro. La isla de La Palma es muy alta y áspera de subir y andar, y la gente que llevaba Guillén Peraza de las Casas no estaba acostumbrada a semejantes asperezas. Los palmeros, que eran diestros y ligeros, se colocaron en los lugares más ásperos y dificultosos y desde allí acometieron a los cristianos de tal manera que los desbarataron. Aunque estos se defendían animosamente, lograron los isleños que se recogiesen. Quiriendo Guillén Peraza de las Casas hacer rostro <sup>[o sea, mirar bien, lo que le convertía en un blanco fácil]</sup>, le dieron una pedrada y cayó muerto.

Visto el desgraciado fin de su capitán, se tornaron a embarcar. Tenían muchas bajas en sus filas. El capitán Hernán Martel Peraza llevó el cuerpo del joven a Lanzarote, donde se cantaron unas endechas *cuya memoria dura hasta hoy*: «Llorad las damas...».

## 20 | LIBRO SEGUNDO, CAPÍTULO XVIII

DE LA ENTRADA QUE HIZO EL GOBERNADOR PEDRO DE VERA  
EN ARUCAS Y MUERTE DE DORAMAS

Después de que el gobernador Pedro de Vera hubo aquietado el Real y enviado preso al capitán Juan Rejón y consortes a la corte, un día, por ver la tierra, tomó la gente del Real que le pareció más suelta y algunos caballos, y se fue a recorrer el término de Arucas, donde había cierta cuadrilla de canarios.

Dio con ella y comprobó que era la del valiente Doramas, quien estaba allí junto con otra cantidad de canarios que se le juntaba. Estos venían desde la parte del bañadero, cerca del mar, a meterse en la montaña que tenía su nombre.

El valiente Doramas, como vio que los cristianos se le acercaban, envió a decir si había entre ellos algún caballero que con él se quisiese probar. Se le respondió que sí y ambos bandos se encontraron.

Quiso salir Pedro de Vera, mas la gente no se lo consintió, diciendo que si le sucedía alguna desgracia, Dios no lo quiera, quedaban todos en dificultades por faltarles su capitán y gobierno.

Entre los de a caballo venía un hidalgo llamado Juan de Hocés, quien dijo que él quería probar su persona con el canario que no conocía y se fue hasta donde estaba Doramas. Este, tan pronto lo vio venir, le lanzó su magado a modo de dardo, el cual le traspasó la adarga y la cota que llevaba en el pecho y cayó muerto.

Pedro de Vera sintió mucho la muerte de este hidalgo y comenzó a salir hacia él con mucho reposo. Conociendo Doramas que el que se le acercaba era el capitán de los cristianos, con el orgullo y soberbia propios de los que tienen suerte, consideró que sucedería lo mismo con Pedro de Vera. Cuando lo tuvo a tiro, le tiró un magado, pero fue repelido con la adarga y, ladeando el cuerpo el jinete, pasó de largo.

Doramas se aproximó más y le tiró al capitán otro magado, pero este se agachó cuanto pudo y el arma le pasó por alto. Sobre la marcha, apretó las espuelas al caballo y arremetió contra el canario. Le dio una lanzada en un costado que le hirió gravemente. Cuando iba a rematarlo, Doramas hizo una señal de rendición.

Los canarios, como vieron caído a Doramas, arremetieron con gran furia, ímpetu y rabia contra los cristianos. Hubo una bien reñida pelea porque estaba allí la fuerza y flor de los canarios. Murieron muchos de ellos; el resto fue retrocediendo.

Regresaron hasta donde estaba Doramas caído y malherido, quien les dijo que quería ser cristiano. Le apretaron la herida, de la cual le había salido mucha sangre, y comenzaron a venirse al Real. Cuando subían la cuesta de Arucas, le dieron grandes bascas y angustias de muerte y pidió que lo bautizasen allí mismo. Trajeron agua en un casco y lo cristianaron. Fue su padrino Pedro de Vera y de él tomó su nuevo nombre: Pedro.

Acabado de bautizar, con muestras de cristiano expiró, dando su ánima a Dios. Los cristianos lo enterraron encima de las

montañas. Algunos canarios que habían venido con él y que no lo habían querido dejar le hicieron un cercado en el mismo lugar donde está enterrado y pusieron una cruz que está hoy allí.

## 21 | LIBRO SEGUNDO, CAPÍTULO XXV

CÓMO SE ACABÓ DE CONQUISTA ESTA ISLA DE GRAN CANARIA  
Y SE ENTREGÓ AL GOBERNADOR PEDRO DE VERA

El gobernador iba con la determinación de no volver al Real de Las Palmas sin primero allanar la isla; los canarios, por su parte, con la de morir todos antes que rendirse. Comenzó a marchar con todo el ejército y puso su campo al pie de la sierra, junto a la fuerza de Ansite. Entendió D. Fernando, guanarteme que había sido de Gáldar, la determinación del gobernador Pedro de Vera y le pidió licencia para ir a hablar a los canarios que estaban alzados antes de que los acometiesen, condoliéndose de los que iban a morir en aquella refriega donde había más de seiscientos hombres, canarios de pelea, y más de mil mujeres y niños.

Dada la licencia, fue hacia donde los canarios estaban, los cuales, tan pronto como lo vieron y lo reconocieron, se acercaron a él y, tras una gran grita y muchas lágrimas y voces, estuvieron un buen rato sin hablarle. Él se condolió al verlos.

Estaba con los canarios un hijo del guanarteme de Telde junto con un faycán de Telde que era muy viejo. El joven pretendía casarse con la hija de D. Fernando de Gáldar y hacerse señor de toda la isla. Ella se llamaba Tenesoya. Le acompañaban muchos hidalgos, sus parientes con sus mujeres e hijos. Todos se habían recogido a esta fuerza de Ansite como último refugio y remedio, dispuestos a morir antes que rendirse ni desampararse.

Apaciguados los canarios y quietos, don Fernando les habló con amorosas y blandas palabras, rogándoles que mirasen y tuviesen piedad de sí y de sus mujeres e hijos, que todos iban a morir si no se daban y entregaban, que él les prometía que serían bien tratados de los cristianos y honrados, guardándoles las preeminencias que tenían y sustentándoles en sus hacien-

das, y que de ello él les daba su palabra de que sería <sup>[todo]</sup> mejor de lo que él prometía.

Tanto supo decirles y con lágrimas prometerles, que acordaron los canarios rendirse y entregarse; y dando nuevamente grandes gritos y llantos, se desprendieron de las armas y se pusieron en manos de D. Fernando de Gáldar.

Cuando el hijo del guanarteme de Telde, pretensor del señorío de la isla, vio la determinación de los canarios que allí estaban con él, perdió la esperanza y se partió con el faycán a una parte de los riscos, y diciendo «Atis Tirma», abrazados, se desriscaron de manera que murieron inevitablemente. Lo mismo hicieron otras dos mujeres en otro risco. Hasta hoy, se conoce el lugar como el Risco de las Mujeres.



### PEDRO ÁLVAREZ DE LUGO Y USODEMAR

#### *Las vigiliás del sueño*<sup>2</sup>

22 | SONETO «A UN VIEJO QUE, AUN CON LA NIEVE  
DE SUS CANAS, NO VENCE INCENDIOS DE MOZO»

¿Quién juzgará, Daliso, quién juzgará  
que aquellas canas, ya señas seniles  
de apagados ingenios juveniles,  
no fuesen la ceniza en esa cara?

¿Tu anciano discurrir no te declara  
que tus verdores son más que pueriles,  
y que al verse la edad con más abriles  
se ha de mirar de flores mas avara?

Deja, pues, las que gastas, que, indecentes  
a tu madura edad, flores tan vanas  
causan a la verdad fiero despecho;

pues, Mongibelo hipócrita, desmientes  
con la abundante nieve de tus canas  
incendios que alimentas en el pecho.

2. Pedro Álvarez de Lugo y Usodemar [1628-1706]: *Primera y segunda parte de las vigiliás del sueño*. En Madrid : por Pablo del Val, 1664. Primera parte: págs. 37, 61 y 75-76; Segunda parte: págs. 1-3.

- 23 | DÉCIMA «A JUAN ARELLANO, FAMOSO PINTOR DE MADRID,  
HABIENDO PINTADO CON TODA PERFECCIÓN UNAS FLORES»

Aquellas flores hermosas,  
del natural trasladadas,  
tan bellas son que, pintadas,  
no es posible ser mejores.  
Bien, Arellano; en primores  
imitáis al criador,  
que les concedió el primor  
nativo, pues se ven tales  
que, para ser naturales,  
solo les falta el olor.

- 24 | «DASE CONSEJO A UNA QUE PROCURABA DISIMULAR  
UN MAL SONANTE ACHAQUE DE VENTOSIDAD»

Ser airosa por detrás  
cosa es tan sobresaliente  
que, cuando menos se siente,  
es cuando se siente más;  
y así sabe que, aunque das  
las balas del nalgar cabo  
con estruendo menos bravo,  
cualquier nariz sin antojo  
ve con el rabo del ojo  
faltas del ojo del rabo.

En vano, pues, ha estrechado  
tu modestia viento igual,  
pues su hedor más liberal  
es cuando más apretado.  
Y así, la modestia a un lado  
deja y dispara de lleno,  
no me causará el veneno  
de tripas tanto desmayo,  
pues lo temo como a rayo,  
Filos, mas no como a trueno.

25 | SEGUNDA PARTE, CAPÍTULO I  
'HABLA EL BUEN CELO'

[...] Mostrándoseme improvisadamente a la vista el Buen Celso, aquel venerable anciano de quien hice mención en la primera parte de este libro, y declarándome primero en los caracteres tristes, que leí en su semblante airado la sentencia de mis desaciertos, cogió entre manos un cuaderno, cuyo título reconocí ser el de mis obras. Poniendo todo cuidado en ellas y en las acciones del Buen Celso, vi que, dejando lo serio de algunos sonetos y la moralidad de algunas chanzas que se hallaban en muchos versos de aquel cuaderno, iba restando en otros algunas obscenidades de palabras; y sin decirme otras, que las de estas coplas, se me desapareció al instante:

Un renglón con otro ensaya,  
borrando en él lo importuno,  
porque la raya del uno  
enseñe al otro a hacer raya.

Que el ser de cualquier renglón  
todo el de su autor afirma,  
pues poner en él su firma  
es poner su aprobación.

Y si al escribir un hombre  
comete una impropiedad,  
es hacer la necedad  
y firmarla de su nombre.

Que al menor crítico asalto,  
si hoy algún descuido lea,  
por muy pequeño que sea,  
no se le pasa por alto. [...]



### *Convalecencia del alma*<sup>3</sup>

26 | [PRIMERA PARTE] CAPÍTULO I

DE LOS DESPRECIOS MAYORES DE SÍ MISMA, HACE LA HUMILDAD  
EL PLATO MÁS PRECIOSO A VALERIANO EN SU CONVALECENCIA

Es la soberbia un incendio cuyos humos son las llamas con que el ofendido del desprecio que le hicieron hace claras a todos las tinieblas de quien, para lucirse, procura despreciando oscurecer a todos. Empero la humildad encogida, resplandeciente, sin humos, es una antorcha que en resplandores crece todo aquello que deshace en sí misma su modestia. Es una luz cuyos rayos se levantan al Cielo, creciendo por ser hacha que se inclina en llamas con que se ilustra. Es una luz que oscurece las faltas de quien se humilla.

Es la soberbia una eminencia por donde se desciende brevemente al valle de los desprecios; empero la humildad es el valle más profundo por donde se camina a la cumbre más alta de las felicidades permanentes.

Es la soberbia un achaque de despiertos dormidos y de dormidos despiertos: dormidos para el desvelo de los negocios del alma y desvelados siempre para todo lo que es en esta vida sueño. Empero la humildad es el mismo desvelo de las conveniencias del alma. Es una ave de aquellas que, para vencer al sueño, ocupan de unas piedras sus dedos; pues, porque no se duerma la memoria en registrar los principios de su ser, se vale el humilde siempre de aquella piedra que, desasida del monte para postrar vanidades fundadas en barro frágil, fue desvelo soñado al babilonio monarca.

Es la soberbia el estanque de todos los honores, un compuesto de lustres engañosos, un ser de lustres falsos con que se deslucе descubriendo sus faltas con las sobras de esplendores violentos.

---

3. Pedro Álvarez de Lugo y Usodemar [1628-1706]: *Convalecencia del alma*. Madrid : por Juan García Infanzón, 1689. Los capítulos del libro se hallan distribuidos en siete partes sin enunciado. Se pagan los fragmentos escogidos poniendo entre corchetes a qué bloque corresponden. [Primera parte], págs. 6-8, 22-23 y 29-31; [Segunda parte], págs. 44-46; [Cuarta parte], págs. 93-94.

Es la soberbia un monstruo a quien le faltan los ojos para ver sus defectos; mas la humildad es un lince para ver sus mismas faltas, es un topo a quien se esconden así las virtudes propias como las faltas ajenas.

Es la soberbia el indicio de la ruina más cierta, es una cuerda falsa que, estirándose, revienta; empero la humildad es siempre la solidez más firme. Es el áncora y cable más seguros en el mar tempestuoso de este siglo.

Es la soberbia oropel ruidoso que se empaña con el aire de su desvanecimiento. Es una luminaria que se abrasa entre sus resplandores, siendo el aire que la sopla el mismo que la destruye. Pero la humildad, que siempre se halla alegre entre los desprecios, entre los desaseos en los lugares que ocupan los que no ocupan lugares, en lo más escondido de las dichas del siglo, en lo más retirado de las glorias mundanas, es la noche donde lucen como estrellas las virtudes.

Es la humildad, finalmente, el vacío más lleno, la oscuridad más clara, la flaqueza más robusta, la nada más cuantiosa, siendo el cero que aumenta a las virtudes que se juntan con ella. Tan grande es la distancia que observa la razón entre estos dos opuestos; tan grande es mi hermosura y tanta la fiereza de este monstruo cuyos humos altivos, por ser tales, hacen verter lágrimas al alma. [...]

## 27 | [PRIMERA PARTE] CAPÍTULO VI

EL JUZGARSE LOS HOMBRES EN LO SUMO DE SUS LETRAS (O EN CUALESQUIERA PRENDAS QUE ENNOBLECEN) TAN AJENOS DE HABERLAS ADQUIRIDO, COMO SE HALLASEN EN LOS MISMO RUDIMENTOS, ES LA CIENCIA MÁS ÚTIL PARA VENCER LA SOBERBIA

Solo sabe ser grande el que sabe ser pequeño y sabe solamente ser pequeño. El que sabe ser hombre, el saberlo ser consiste, Valeriano, en saber que no sabes, aun cuando más aprovechado juzgares que te hallas en letras o en primores que ilustran y acreditan el ingenio.

Ninguno supo que supo que ese conocimiento delirante no le enseñase a ignorarse a sí mismo, de suerte que la escuela del conocimiento propio se le olvidó en las escuelas. Sujetos hay

tan soberbios porque entienden que entienden que no hay en donde se hallan persona alguna que pueda entenderse con ellos. Entendidos se juzgan con extremo y en lo que mira a conocerse a sí mismos se muestran más desentendidos y, por el consiguiente, más soberbios.

§I. El que se halla en la esfera de un juicio tan capaz que solo ignora lo que sabe y solo entiende que ignora, llegó a la comprensión de la dignidad del hombre y, con ella, a la del conocimiento propio. Por eso, Sócrates tuvo la primacía de docto, porque se juzgó ignorante; porque llegó a saber que no sabía, llegó a alcanzar lo más que pudo saberse y lo consiguen todos los que procuran imitarle confesándose ignorantes. Modestia que acredita de entendido al que, imitando a Sócrates, confiesa ser, más que todos, indocto en el dístico siguiente:

*Nescio, vel, si forte scio, me nescio scire.  
Quod scio, Socratice me scio scire nihil.*<sup>4</sup>

## 28 | [PRIMERA PARTE] CAPÍTULO VIII

HA DE SER LA HUMILDAD TAN HIJA DEL CORAZÓN  
QUE LO COPIEN AL VIVO LAS ACCIONES EXTERIORES

Humildes hay que merecen castigarse por humildes. De aquellos hablo que hacen a la humildad cómplice de sus maldades, enmascarando los vicios con la virtud más sencilla. No son humildes todos aquellos que lo parecen. Mongibelos son algunos, que ostentan nieve y abrasan, descubren la candidez y ocultan fuego, manifiestan ceniza y son carbones en que las virtudes se están quemando.

§I. Tiene el vulgo por humilde al que habiéndole crecido su fortuna felizmente confiesa a cada paso los principios asquerosos que tuvo para sus medras; y es, las más veces, sacrílega esta confesión que hace. Parece en ella valiente porque vence al

---

4. Estos versos corresponden a un epigrama del latinista John Owen [1564-1622], también conocido como Owenus, Ovenus o Audoenus. El título de la composición es: «De modo faciendi lapidem philosophorum», cuya traducción vendría a ser, más o menos, 'Sobre cómo hacer la piedra filosofal'. En español, el dístico dice: «Yo no sé o si sé, yo no sé lo que sé y, a la manera socrática, sé que no sé nada».

amor propio, que influye con los dineros impulsos de vanidades y de veneraciones a favor del que los tiene, y es cobarde en la realidad, pues le hace fuerza el miedo que tiene de que le digan sus faltas para decirlas él antes, porque se siente menos el azote que descarga el impulso de las propias que el de las manos ajenas.

§II. Parece humilde y pretende ser soberbio con esta anticipación despreciar a todo el mundo. Pretende picar a todos con su lengua, hiriendo sobre el seguro de que no puedan herirle con sus faltas, pues le quita de este modo las armas al despique con que suele el enojo desahogarse menos culpablemente, según las leyes humanas, en medio de ser delito culpable contra la ley divina semejante desahogo.

[...] §IV. Tiene el vulgo por humildes a los que con pertinacia desechan las dignidades y es soberbia ambiciosa de más lustre, pues quieren aumentar las llamas del incendio que alimenta sus humos con el aire que hallan en los aplausos de su modestia afectada. «Así como es soberbio desigmo (dijo don Jacinto Polo) rehusar con porfía de las dignidades, tanta altivez esconde cómo pretenderlas con ambición. Es afectar moderación por el aplauso, buscarse nuevo estudio al lustre».<sup>5</sup> Por eso, aquellos que habiendo obtenido algunas dignidades se hallan con los deseos vivos de mayores cimientos, se afectan desabridos en los puestos que ocupan, desestiman los honores para conseguir con esta afectación estimaciones más altas que la modestia hipócrita granjea.

§V. Tiene el vulgo por humildes a los que a cada paso confiesan que no merecen aquellas dignidades en que se hallan. Y es soberbia de más humos, pues se suponen tan dignos que los honores los buscan sin que ponga los pasos la pretensión. Sin que la pretensión ponga los pasos, he dicho, pues solo un sam-

---

<sup>5</sup> La cita corresponde al tercer discurso, titulado "Discreta reportación", de *A Lelio, gobierno moral* de Salvador Jacinto Polo de Medina [1603-1676]. En la página 255 de *Obras en prosa y verso de Salvador Jacinto Polo de Medina* (Zaragoza : por Diego Dormer, 1670) puede hallarse el extracto; y entre las páginas 241 y 275 la obra completa, compuesta por doce discursos cuyo estilo y naturaleza son muy parecidos al de *Convalecencia del alma*.

benito, unas galeras y azotes se dan sin que se pretendan por merecimientos propios, como dijo un ingenio bien entendido. Sea, pues, Valeriano, tan sin dobleces la humildad que deseo a tu perfección que el semblante y el pecho se conformen. Tu corazón apruebe sus palabras, si quieres que las apruebe la verdad infalible.

29 | [SEGUNDA PARTE] CAPÍTULO V

ES MUCHO MEJOR LA FORTUNA DE UN POBRE MENDIGO  
QUE LA DE UN RICO AVARO

Es el pobre la sátira del pueblo, el blanco de los apodosos viles, el asunto más rico de las burlas, el montón de Mercurio, donde paran las piedras de los oprobrios. Es el blanco de la risa, el tizne de quien huye, el melindre de los vanos. Es el asco de las mesas de los soberbios fineos; pues, como a inmundicia arpía, le apartan de los banquetes. Es el silencio de los corros donde llega, pues apenas le ven cuando se hielan en los labios las palabras. Es el pobre el que, en medio de los concursos, se halla en medio de los yermos. Es, finalmente, el cero, que no vale porque nadie se le arrima.

¿Ves cuántas cosas juntas es el pobre en lo que mira a ser nada? Pues mucho menos que el pobre es el avaro con ser la misma opulencia. Mejor suerte es la del pobre con ser tan corta su suerte. Atiende a la diferencia: el pobre se contenta con lo poco, viendo que no puede ser menos; pero el avaro se entristece con lo mucho viendo que no puede ser más.

El pobre es pobre porque lo quiere así la abundancia de su desdicha, pero el avaro es pobre porque lo quiere así la desdicha de su abundancia.

El pobre, en los actos exteriores, esfuerza ostentarse rico en todo aquello que hace, pero el avaro se muestra aún más que pobre, un mendigo, en todo lo que padece.

El pobre hace rostro a las desdichas, brindado de esperanzas remotas; pero en el infeliz avaro las dichas le hacen rostro, mostrándosele desdichas luego que son posesiones.

El corazón del pobre estando vivo se halla como difunto en medio de los ahogos, sin que asuste con latidos a sus venas para que le socorran; pero el corazón del avaro, en lo mucho que palpita con los robos imaginados, se halla como vivo con estar sepultado en las arcas del tesoro.

El pobre, cuando se acuesta, hace paces con los sentidos, confiado en que le guardan el sueño y le aseguran la vida, el dinero que le falta y el desprecio que le sobra; pero el avaro, la misma quietud lo inquieta. El silencio de la noche es el mayor ruido con que suele desvelarse, pues hasta que llega el día no se le cierran sus ojos, recelando que puedan abrírsele sus arcas.

30 | [CUARTA PARTE] CAPÍTULO I

HACE LA PACIENCIA A VALERIANO CONTRA LAS CALENTURAS  
DE LA IRA, PLATO DEL SUFRIMIENTO MÁS HEROICO

§I. ¿Cuántas veces el fuego de la ira te oscureció la luz de la razón, dejando entre sus llamas helada la operación del discurso, te borró la plaza de racional añadiendo al número de las bestias un hombre con propiedades de bruto; un bruto con rastros de racional, un racional desmentido con realidades de fiera, una fiera equivocada con apariencias de hombre; y, finalmente, un compuesto de hombre y bruto o, por mejor decir, un bruto fieramente descompuesto?



JUAN BAUTISTA POGGIO MONTEVERDE

31 | «INVECTIVA AL GRAN VISIR QUE NO SOCORRIÓ  
A BUDA Y A SUS OJOS LA PERDIÓ. AÑO 1686»<sup>6</sup>

¡Al muro, héroes! A la brecha, al fuerte,  
que ni está aquí el visir ni hay tal venida;  
que está en la otra parte de la vida  
quien se ve tan de parte de la muerte.

6. Juan Bautista Poggio Monteverde [1632-1707]: *Sonetos a los héroes ilustres y sucesos insignes de Hungría*. Introducción de Andrés Sánchez Robaina [1952-]. [Santa Cruz de Tenerife] : Gobierno de Canarias, Viceconsejería de Cultura y Deportes, 1993. Pág. 10.

Distante vive quien su riesgo advierte;  
que es el temor en sí torpe huída,  
carrera innoble, perezosa brida,  
suerte sin gloria y deshonor sin suerte.

Viste a Buda, visir, mas no miraste;  
alzaste el brazo, pero no heriste;  
fuiste al asedio, pero no llegaste;

El tiempo que no llegas lo huiste;  
los pasos que no das los retiraste;  
y esa triste quietud es fuga triste.



32 | «DESENGAÑA AL ENTENDIMIENTO DE APARIENCIAS HUMANAS»<sup>7</sup>

Entendimiento, ¿por qué no escarmientas  
de aparentes imágenes burlado?  
Siempre ha dado en vacío tu cuidado:  
todo intentas tocar y nada tientas.

Si todo es vanidad, ¿para qué intentas  
examinar de lleno lo evacuado?  
Con el examen solo, lo has dudado;  
y, con solo dudarlo, el juicio afrentas.

Entendimiento, ¿por qué engañadoras,  
crédito te merecen, fantasías;  
pasma de lo que no es, lo vano adoras?

¿Triste bañas de lágrimas tus días?  
Di, ¿quién te aflige para cuanto lloras?  
O ¿quién puede hacer que no te rías?

---

7. Juan Bautista Poggio Monteverde [1632-1707]: *Celeste zona. Sonetos completos*. Edición, introducción y notas de Rafael Fernández Hernández. La Laguna : Universidad, Instituto de Estudios Canarios, 1992. Pág. 28; el siguiente poema también aparece en esta publicación, en la página 30.

33 | «PERSUADE A FABIO SER ÉL MISMO  
LA INQUIETUD DE LA QUE DESEA HUIR»

Si otra patria, otras leyes, otro fuero,  
otra edad o fortuna te desees,  
no es porque con razón infeliz seas,  
es que hallas en ti mal compañero.

Huye de la borrasca el marinero  
y, más que el mar, le turban sus ideas.  
Mudarás de sudor, no de tareas;  
de heridas mudarás, mas no de acero.

Si, cual ciervo <sup>[con]</sup> la flecha en la herida,  
tus pensamientos tiñes de corales,  
estafeta es de penas tu huida.

Tú y las penas corréis cursos iguales,  
a un tiempo huyen muerto y homicida:  
huye, Fabio, de ti, no de los males.

---

TOMÁS ARIAS MARÍN DE CUBAS<sup>8</sup>

34 | LIBRO PRIMERO, CAPÍTULO XV

DON GUILLÉN DE LAS CASAS PROSIGUE EN LA CONQUISTA DE LAS ISLAS

Llegando al Hierro y La Gomera, fueron apaciguados y oídas sus quejas, que siempre tenían. Hernán Peraza los agasajó y regaló, ofreciéndoles cuanto pudiese y no negándoles el hacerles bien. Le pareció adecuado proseguir la conquista por La Palma y salió para la isla, y dio fondo en el Puerto llamado Tihuya, donde habían ido los castellanos para acabar con el rey Ehedey.

Saltó a tierra. Como no apareció ningún natural, tuvieron la oportunidad los cristianos de escuadronarse y ponerse a caballo con lanza y adarga. Era el capitán de la gente de Sevilla, Hernán Martel Peraza; de la gente de las Islas, los capitanes

---

8. Tomás Arias Marín de Cubas [1643-1704]: *Historia de las siete islas de Canaria*. Edición de Ángel de Juan Casañas y María Régulo Rodríguez. Las Palmas de Gran Canaria : Real Sociedad Económica de Amigos del País, 1986. Págs. 124-125, 191-192, 209 y 212-214.

eran: Juan de Aday, Luis Casañas y Mateo Pícar; de las lanzas de a caballo, era capitán Guillén Peraza, quién llegó a ser el blanco de los palmeros.

En forma de escuadrón empezaron su marcha hasta muy adentro de la isla, donde repentinamente fueron acometidos por dos escuadras de gentiles: una estaba capitaneada por un hermano del rey, Chenuco; la otra, por Dutynymara.

Aunque al principio las ballestas hicieron mucho daño, como los caballos, haciendo buenos a Hernán Peraza y a su hijo, más señalados en armas y en obras, la fortuna estuvo aquel día de parte de los gentiles. De una pedrada en la cabeza cayó del caballo Guillén Peraza y quedó muerto. Se aflojó la guerra. El capitán Martel retiró el cuerpo y, como pudieron, regresaron huyendo mientras eran apedreados.

Heridos se embarcaron y mandó Hernán Peraza que el cuerpo de su hijo se llevase a enterrar a Lanzarote. La cabeza de Guillén Peraza está pintada, como seglar, junto con las de dos de religiosos en el sello de la Provincia de Canaria.

Pasó Hernán Peraza a La Gomera con grave sentimiento de su desgracia y cantáronsele a su muerte algunos romances. Por ser de aquella antigüedad y tiempo, pongo aquí algunos de ellos: «Llorad las damas...».

### 35 | LIBRO SEGUNDO, CAPÍTULO VII

#### DASE LA BATALLA A LOS CANARIOS Y MUERE EL VALIENTE DORAMAS

Bien sentidos los españoles de las burlas pesadas de los canarios y de sus atrevimientos, intentó Pedro de Vera castigarlos; así, por acuerdo de todos, salió el día de San Andrés, miércoles, dejando bastante guarnición en el Real, con 50 lanzas de a caballo y 200 peones. Iban en busca del enemigo camino de la sierra, hacia el valle de Tenoya, antes de Arucas. Llevaban los caballos entre sí apartados, ocupando mucho campo. Capitaneábalos el general Pedro de Vera. Llevaba el pendón blanco de dos puntas con Castilla y León en señal de paz, como siempre lo traía, el alférez Jáimez. Dispuestos primero todos como

cristianos y hecha la exhortación de hacer cada uno el deber *a ley de bueno*.

Habiendo caminado una legua, se veían algunos canarios armados que se iban juntando. Media legua más adelante, se vio a muchos en los riscos emparedados o metidos en corrales de piedras a modo de fortaleza, esperando a que llegasen hasta a ellos.

Hicimos un alto y vimos que, de improviso, venían hacia lo alto del valle muchos canarios armados de montantes de palo, muy presurosos y a caballo. Era esta la cuadrilla del afamado Doramas, que venía del mar donde se había bañado hasta que la nueva de nuestra llegada les hizo venir.

Disparáronles primero los ballesteros algunos tiros <sup>[de flechas]</sup> y otros de fuego; mas, no dando lugar a más, fue necesario alancearlos y se les hizo mucho daño. Pelearon algunos con gran reputación, tanto de los cristianos como de los gentiles; y lo más célebre fue el estrago que hizo Doramas: meneaba en rueda con una mano su espada que no podía entrarle hombre alguno. Otros tiraban un dardillo que pasaban a un hombre armado y a caballo; y, desde afuera, los tiros de fuego les hacían daño. Decía Doramas: «Lleguen a mí seis, doce, veinte... y no tiren desde afuera»; y siempre estuvo gritando y diciendo oprobios («perros fementidos», «traidores», etc.) en su lengua. Hacía muchos movimientos con el cuerpo, ya retirado, ya descubierta, empleando sus golpes a su salvo.

Viendo Pedro de Vera a quien destacaba por los mayores estragos que hizo, le reconoció y se fue hacia él. El primero que le acometió fue Juan de Flores, quien picando recio al caballo se entró tanto que, quebrándole Doramas la lanza, también le quebró la cabeza del revés. Siguióle Pedro López, soldado de a pie, y también se llevó la espada de su mano desbaratando a otros.

A caballo entraron otros dos y Pedro de Vera para rodearlo como a un toro. El primero, sobre el costado izquierdo y que no vio Doramas, fue Diego de Hoces, cordobés, quien le hirió sobre la espalda derecha, y se llevó de retorno un revés que le

quebró la pierna izquierda. Entró luego Pedro de Vera dándole la segunda lanzada por el pecho, y luego le dieron un balazo en un brazo.

Al primero, dijo Doramas: «No te irás alabado»; a Pedro de Vera: «No eres tú quien me ha matado, sino este traidor por detrás». Por último, pidió que no le tirasen desde afuera como perros traidores, que a todos bebería la sangre. Luego comenzó, atontado y desangrándose, a pedir agua con las ansias de la muerte. Entendieron que quería bautizarse y no que era para beber. La trajo uno a caballo, pues estaba casi a 80 pasos de allí, en un sombrero alemanisco lleno; echáronla en un casco de hierro, bebiola y salía clara por las heridas. Al poco, murió.

Fue cortada la cabeza y traída delante por un canario cautivo en un asta gruesa de sus camaradas, que se dejaron prender por no desampararle. Los otros canarios huyeron al verle ya herido. Picaba el sol. Eran las diez del día. Deshicieronse los paredones y, descansando algún poco, ordenó Pedro de Vera la vuelta al Real.

Estuvo muchos días en la plaza de San Antón la cabeza para escarmiento de atrevidos. La espada de palo con la que él jugaba con una mano, como si fuera con una caña, no podía un español, con sus dos manos, bien menearla. La fuerza que tenía causó admiración en todos. No era muy alto de cuerpo, mas era grueso, ancho de espaldas, gran cabeza, el rostro redondo, las narices pequeñas y muy anchas las ventanas; la edad mediana y bien repartido de miembros.

### 36 | LIBRO SEGUNDO, CAPÍTULO IX<sup>9</sup>

JÚNTANSE LOS CANARIOS PARA DAR LA OBEDIENCIA  
A DIEGO HERRERA Y PASAN A LANZAROTE

Se corría la tierra por todas partes y entre los gomeros fueron muy señalados en fuerza y valor algunos veinte que tuvieron luchas y desafíos celebres con los canarios. Saliendo ciertos

---

9. El fragmento reproducido corresponde a la transcripción realizada por Faneque J. Hernández Bautista [1955-] para su ponencia “*La reina de Canaria. Fundamentación histórica*”, expuesta en las VI Jornadas de Patrimonio Histórico celebradas en la Villa de Agüimes del 12 al 15 de octubre de 2010. Pág. 13, nota 4.

castellanos y gomeros de la torre de Agaete a traer ganado o cautivos, cogiendo la playa de la mar, vieron salir de una cueva dos mujeres huyendo por sobre unos riscos, la una era madre, algo anciana, y la otra, su hija, muy hermosa, de mucho cabello y rubio con unos faldellines de pieles y lo demás desnudo como en todas se veía. Estas, viendo llegar a querer subir el risco tras ellas, arrojaron tantas piedras que mataron a un soldado, e hirieron a muchos a la subida del risco de Tirma. Mas viendo la resistencia dos castellanos subieron rodeando otro camino por unos andenes bien peligrosos y pudiendo la más anciana huir y escaparse volvió sobre la moza que se ponía en defensa y pareciéndole imposible escapar de cautiverio le des-envolvió el cabello largo a la moza y dándose dos vueltas al brazo derecho con él se arrojó del risco abajo trayéndosela consigo; se hicieron pedazos y hoy llaman el Salto de las Mujeres. Hubo otras canarias que buscando leña fueron sentidas de castellanos y también se desriscaron.

### 37 | LIBRO SEGUNDO, CAPÍTULO X

VUELVE A CANARIAS MIGUEL DE MÚJICA  
CON GUANARTEME Y SE DA FIN A LA CONQUISTA

Desembarcó la demás gente en el puerto de Tasartico en silencio, por los canarios, pues hubo un aviso de que estaban fortificados en una fortaleza de Ansite, cerca de Tirajana, que hoy llaman El Sitio. Divisábanse otros riscos con más gente llamados Veneguera, Mogán. Antes de sitiar el Peñón de Ansite, se mandó a acometer otras fuerzas y se pregonó que fuesen todos pasados a cuchillo cuando, por bien, no quisiesen darse a el rey de Castilla.

Envió Pedro de Vera a su hijo Rodrigo de Vera con tres compañías y con Guanarteme a un risco peinado altísimo llamado Titana, que tenía la subida por una montaña agria y de malos pasos por donde de improviso ganaron los cristianos la entrada, quedando de guardia veinte arcabuceros.

Mataron a veinticinco canarios y los demás pidieron la obediencia con muchas familias que hicieron bajar ante Pedro de Vera. Estos, amigablemente, fueron perdonados y tratados.

Trajeron grandes cantidades de bastimentos, gofio, cebada, cecinas, cabras, manteca, higos pasados, dátiles y otras cosas de su uso; y mandáronles que se fuesen a habitar a Gáldar o a sus territorios como antes.

Después de que estos canarios salieron de Titana, otros desmandados la ocuparon llenándola como hormigas, con más fiereza que los primeros. Mandaron que se sitiase otra, llamada Fataga, donde estaba el rey Tazarte con la gente más feroz y atrevida de aquella tierra áspera y muy agria. Enviose adelante a Guanarteme para que les avisase del peligro en que todos los canarios estaban de morir a cuchillo si no se rendían de buen grado. El asedio se realizó por dos lados a un mismo tiempo, cogiendo las entradas y salidas con increíble presteza y valor; tanto, que los canarios se hallaron suspensos y aturcidos.

Halló Guanarteme a un tío suyo que era faycán o consejero, quien aceptó la propuesta de perdonar a los canarios. Mandó Pedro de Vera que bajasen todos sin armas. El feroz Tazarte, no queriendo reducirse y sin poder pelear por estar sitiados, subió a la punta más empinada del risco y, tras cruzar los brazos al pecho, dijo muy alto: «Atis Tirma, atis Tirma», dio una vuelta en el aire y se desriscó de aquella eminencia.

=====INTERMEDIO III=====

(...) El canario, bien es verdad, no ha sido un hombre de archipiélago, ha sido un hombre "insular", concediéndole a esta palabra su acepción más restrictiva. La idea de reunión no está asumida. Cada isla ha afrontado su soledad y la ha combatido a su modo. Y cuando ha tenido que recurrir al exterior de sí misma ha recurrido, en la mayoría de los casos, al exterior del archipiélago, no a la isla o a las islas de al lado. Empezamos por no conocernos a nosotros mismo. No sabemos qué nos singulariza como territorio acotado, como isla en sí, y qué nos homogeniza como necesaria comunidad (...) En el vacío cultural se encuentra la clave de muchas de nuestras aflicciones. Los pueblos son los hombres y las mujeres que los conforman. Y a los hombres y mujeres más sensibles, imaginativos y documentados, pueblos más sensibles, imaginativos y cultos. Pueblos que sabrán dar pasos más firmes en la historia, pueblos despiertos. (...)

=====

---

# SIGLO XVIII

---



## CRISTÓBAL DEL HOYO SOLÓRZANO Y SOTOMAYOR<sup>1</sup>

38 | 'MADRID DE CORREVEIDILES'

[...] ¿Descubrimos algo más que orégano o jengibre sea en este dentro de Madrid? No lo descubro. Lo que veo es suma ociosidad y una pobreza en sus dos terceras partes tan suma que incita la compasión a todos, y a mí el mayor deseo de salir de aquí me incita. En tanto que en esta Corte está el Rey, es el bullicio de la gente más granada, como el de los muchachos en La Palma cuando ponen las velas para Corpus; y no se habla de otra cosa que en los pensamientos de Palacio. Y es, por lo general, mentira o aprehensión cuanto dicen, infiriendo de una cosa indiferente una materia de Estado formidable; de Pedro, que con Juan habló, una consulta que saldrá llevándose las esquinas; y de un extraordinario que llegó de Portugal, que suele ser las más veces con pescado fresco para la Princesa, un tratado de paz o de guerra concluido. Todo a propia voluntad, todo con muy poco fundamento y todo ello apadrinado con «haberlo oído al Duque en la antesala del Rey»; y otros, con

---

1. Cristóbal del Hoyo Solórzano y Sotomayor [1677-1762]: *Carta del Marqués de la Villa de San Andrés y Vizconde de Buen Paso respondiendo a un amigo suyo lo que siente de la Corte de Madrid*. [S.l.] [s.n.], ¿1740? Págs. 195-196, 239-242, 250-251 y 254.

mayor confianza, que «al Príncipe se lo oyeron ellos mismos». Y todo es simple fantasía, o compuesta ostentación es todo, porque en rigor ni tal Príncipe ni tal Duque, tal Rey ni tal antesala hay.

Otros, estirando las cejas, hacen sin ser curas sacramentos; otros, soplando los carrillos, se suponen vejigas silenciosas de las más recónditas novedades; otros, meneando como figurita de palo la cabeza, hacen burla de lo que oyen y dan a conocer a un tiempo que lo saben por el Gabinete todo y que es preciso callarlo; y, en una palabra, queriendo y afirmando todos que sola su novedad es la segura, como con los relojes acontece.

Auséntase la Corte y queda esto como Candelaria fenecida la Fiesta de San Blas o como la plaza de La Palma acabado de desbaratar el tablado. Yo no salgo de mi casa si no es a la oración en ese tiempo; para ir a visitar a un amigo, que rara o ninguna vez se hallará en la suya a esa hora, o para concurrir en alguna de mis asambleas conocidas. Porque has de saber que el sol, abstrayendo a los gremios y a los hombres de oficio, para todos los demás ociosos sale a las cuatro de la tarde en el invierno y a las ocho en el verano.

En cuyas conversaciones nada más que chismes se oyen: si en la calle amaneció un hombre muerto, hay que hablar de él y de las circunstancias de su hallazgo y juicio del acontecimiento quince días; si hurtaron una joya en una iglesia; si al entrar en un zaguán dieron un pistoletazo a uno; si se casó tal señora y si se descasa la otra, la poca o mucha razón de esta, el mucho o poco cortejo del marido de la otra; si paga o no doña Fulana a sus criados; si debe ser el pelo a la romana o a la papillote; si tal señora concurrió dos veces con un mismo vestido al besarnos; si se pone hábito la otra por devoción o por faltas... y, en conclusión, la concurrencia de señoras aun es peor que en Garachico porque se da todos los días y siempre la misma. [...]

39 | 'SUPERSTICIONES Y SIMPLEZAS RELIGIOSAS'

[...] Pues ya ve usted: ninguna de tantas supersticiones y simplezas como noto y he notado aquí y en otras partes he visto.

Verá ninguna en La Palma, olvidando la sencilla falsa educación de vestir con perlas y diamantes las imágenes de Nuestra Señora. Mencía, mi sobrina, camarera de Nuestra Señora de la Encarnación, da chocolate y bizcochos a los que van a decir y oír misa en su santuario los viernes del Espíritu Santo. Nada hay allí supersticioso ni malo con tal de que el chocolate sea bueno y no sean las jícaras dedales.

La imagen de N. S. en el Planto, la primera que a mi memoria se presenta cuando las congojas de mi mala vida me acometen, nada tiene reparable si no son las telarañas que aquellas ermitañas golosas dejan criar con descuido en las paredes cuando tardan las señoras de tributar allí inciensos, a los que acompañan pasteles, pavos, etcétera.

[...] Y no en lo espiritual solamente está La Palma puntual, sino en lo político también. En el comercio de Indias (baste este desengaño por muchos), que es el objeto de nuestra conservación (hablo en mi tiempo), no miro las maldades que en Santa Cruz acontecen. [En La Palma,] el buque se reparte con justicia, los encomenderos retornan las encomiendas con verdad, con sanidad los aguardientes se envían y los demás efectos se embarcan; en Santa Cruz está todo diferente. Cuando no hay otra maldad, como hacer un conciliábulo en una bonanza, estos embusteros vienen para poner de común acuerdo las calcetas, el tafetán por un precio y todo lo demás con igualdad. Sobra mucha madera en ese desvergonzado Teide para ahorcarlos a todos.

Pero, ¿cómo podrá ser menos si suele ser muchas veces *un beatus vir* el juez de Indias y el superintendente general un *quidam homo*, que las más veces va a chupar (como el muchacho de Borges) la cabra de nuestra desunión? Por esta, don Andrés Bonito divulgó en las oficinas de esta Corte, en la antecámara del Rey, en el cuarto del Príncipe y en otros muchos agujeros, horrores de Canarias. Exceptuó La Palma y con el cairel de que en aquella isla sólo estaba limpia la nobleza. Súpelo yo por lisonja y en la tertulia del duque de la Mirandula le di las gracias por la palmera ejecutoria, respecto de ser mi madre palme-

ra. Mas con ardiente resolución le pregunté por las porquerías babilonas; pues, siendo babilón mi padre, quería a lo menos saberlas. Satisfizome diciendo que exceptuaba a mi familia y que el ramo, que de este árbol seguía yo, estaba por todos sus pimpollos verde. Estrechelo más y más; pero como para indemnizar La Palma esto me basta, no debo decirte de Bonito más.

Adonde sí hallarás a costales las supersticiones es en Tenerife. Apuntarete, por llenar el día de hoy, algunas: en el primer Domingo de Ramos en el que yo me hallé en Garachico, ya fenecida aquella célebre feria que se predica en Santa Ana, excluyeron de la iglesia la mayor parte de la gente, cerraron las puertas y bajaron de la cruz, para ponerla en la urna, la imagen de N. S., que dos meses había estado expuesta a la devoción de los fieles, al paso de los ratones y al reposo de las moscas. Dividieron en partes la santísima imagen y, con toda majestad, tomaron la mitad de un brazo los beneficiados, que, separado ya del todo, no era más que un pedazo de palo con barniz, y lo fueron dando a besar a las señoras. Pasaron a los hombres y, antes de llegar a mí, pregunté si aquellos besos tenían perdones o algunas gracias concedidas. Respondiéronme que no; y dije yo enfervorizado: «Luego, la gracia mayor sería ver si se podía besar a las que besan»; y uno, dándome de codo, me dijo: «A la torta venimos, Virgen de Illescas».

No paró esta comedia aquí. Lavaron el brazo y vuelven a pasear la iglesia, dando a beber aquella agua, que todas y todos, menos yo, probaron; porque tengo por simpleza beber un agua tan puerca sin saber por qué se da ni por qué se bebe.

No sé, después de mi predicación, el estado en el que hoy estamos, pero sé que aun hoy en día los frailes de San Francisco, en La Laguna, lavan la santa imagen de N. S. en la Cruz todos los viernes y dan esta agua como medicamento eficaz para dolores de estómago. Valentín Rodríguez, soldado en el castillo de Paso Alto, me dijo a mí que él había bebido y que no le aprovechó. Que los legos en aquel convento, con sencilla fe o con alguna interesada malicia, divulguen el prodigio y regalen con el agua a sus comadres, no me causa novedad; pero que un guar-

dián discreto y una comunidad tan docta lo consienta, a cualquiera sí le ha de hacer espanto y causar admiración. [...]

40 | 'DISPENSA MATRIMONIAL'

[...] Pero, por no despedirte tan a secas después de tanto húmedo trabajo o sudor sin utilidad, quiero que a los márgenes de todos estos mandatos anotes la mucha sencillez, de poco conocimiento, con que cierto amigo de ambos me pidió que, con juramento (lo mismo sería sin él), declarara tres motivos o causas por las que intentaba pedir en Roma una dispensación para cierto matrimonio: 1. Deshonrada la señora por la continua entrada del señor mío en su casa; 2. Pobres que de su industria vivían; 3. Que otro igual no había que se quisiera casar con la señora.

A esta tercera causa respondí al notario y juez que me demandaban que yo quería, aunque sin solicitarlo; y que otros como yo la solicitaban. A la segunda dije que yo, en ningún portal comía y que, sin embargo, trocaría mi mayorazgo por el suyo y le daría cuatro mil doblones para guantes. Y a la primera, en fin, *causa causarum*, respondí que era historia falsa porque me constaba que no había perdido de su cuerpo la señora, de su honor, ni de su ropa, un solo pelo.

No quise declarar, en conclusión (como tampoco en la información de utilidad que Soler hizo para vender La Calzada); sin embargo, qué grandes canonistas, como el Polifemo, grandes y con tantos ojos... Me aseguraban que, *solicitud bullarum*, podía declarar sin el escrúpulo menor. ¡Qué bizarra teología! Y pretenden hacer una universidad en La Laguna. ¿Para qué si desde el vientre de nuestras madres nacemos eruditos en Canarias todos? Para decir tres misas en Navidad ningún sacerdote necesita al obispo. [...]

41 | 'UNA PROTESTA LABORAL'

[...] Iba en su silla mi señora, la duquesa, y al llegar a una de las distantes calles de su casa pararon la silla y los doce que iban de librea, tanto en el coche de cámara como los silleteros, dijeron:

«Páguenos V.E. o váyase a pie, que no queremos servirle». Dos pajes y dos criados mayores, sujetos de honra que iban en el coche y que se quedaron sin cocheros igualmente, salieron con ruegos y amenazas a persuadirles de que se les pagaría, y que miraran el delito que cometían, pero no tuvo remedio ni castigo. Mi señora, la duquesa, entró en casa del Marqués de los Balbases, etc. Que se pague a quien se debe es religión y racionalidad, mas que tales atentados se ejecuten con una mujer de tal tamaño y que se queden frescos sin experimentar, de 200 azotes, el calor o, de una galera, el fresco es lo que a mí me causa más admiración. [...]



### JOSÉ CLAVIJO Y FAJARDO<sup>2</sup>

#### 42 | PENSAMIENTO XI

SOBRE LA PEDANTERÍA. | [...] Apenas acabada de cerrar la última carta que dirigí a Vm., cuando empezaron a correrme por el cerebro multitud de ideas y, con el socorro de la imaginación, comencé a correr muchísimo país: vicios por aquí, defectos por allá, necedades por acullá... Todo me pasaba confusamente por la cabeza hasta que vinieron a fijarse mis ideas con más distinción en una ridiculez que, aunque no de mucha consecuencia, no deja de ser de grande enfado y desagrado en la sociedad civil: hablo de la pedantería, defecto muy común en nuestra nación y enfermedad casi incurable, pues ni se conoce ni casi se tiene idea clara y distinta de su nombre.

Ordinariamente, se entiende por esta voz un cierto carácter vicioso de los hombres de letras; pero, en su más exacta analogía, puede extenderse y convenir con mucha propiedad a todo

---

2. José Clavijo y Fajardo [1726-1806]: *El pensador*. Seis tomos. Madrid : Imprenta de Joaquín Ibarra, 1763-1767. Tomo 1: pensamientos XI [págs. 3-29] y XII [págs. 3-31]; tomo 2: pensamientos XX [págs. 191-220] y XXI [págs. 223-252]; tomo 3: pensamiento XLI [págs. 363-392]; tomo 5: pensamientos LVI [págs. 51-73] y LXV [págs. 219-233]; y tomo 6: pensamiento LXXIII [págs. 15-30]. El título de cada pensamiento solo aparece en la tabla de contenidos. Se muestran en la antología junto a la numeración romana para que se tenga presente el tema que abordará el autor en el fragmento seleccionado.

hombre de cualquiera profesión que sea, sin que ninguno se reserve con tal de que dé en el vicio que la constituye, que es el que pienso explicar.

[...] Un hombre, por ejemplo, cuyo oficio es instruir a la juventud y que, con un aire serio y respetable, la tiene siempre en sujeción y sabe inspirar amor a la virtud es un Maestro de Escuela, un sujeto necesario a la república y útil a la sociedad. Pero aquel que, con un genio tétrico y aire magistral, va cargado, para explicarme así, a todas partes con su palmeta; que cree hallar su escuela en todas las compañías en que entra; y que no sabe hablar si no acompaña las cosas más triviales con pasajes latinos y da a las frioleras más comunes un tono importante y decisivo, ese es un pedante.

Un hombre que, encerrado en su gabinete y rodeado de sus libros, tan pronto se sienta como se pasea; que unas veces camina precipitado y otras se detiene; que por un rato mira a todas partes y, por otro, fija la vista sobre un objeto sin verlo, este es *un hombre que estudia*; pero si saliendo de allí no se sacude el polvo de los libros y, con el cerebro cargado de su literatura, va a fatigar con su conversación a las mujeres y gentes de la Corte que encuentra, y a espantarlos con sus contorsiones y manoteos, <sup>[ese hombre]</sup> *es un pedante*.

[...] Todo lo dicho hasta aquí mira solamente a una cierta pedantería grosera que todas las gentes sensatas saben distinguir; pero hay otra mucho más fina y delicada que puede esconderse a un mediano discernimiento y que suele hallarse en personas dotadas de espíritu y talentos, que se toman el privilegio de ridiculizar la pedantería de los demás al mismo tiempo que ellos están incurriendo en la suya. Estos son sobradamente hábiles para caer en la grosera pedantería de no querer hablar sino de materias sublimes, o científicas. No, verdaderamente no es este su defecto. Ellos descienden a tratar hasta de los asuntos más ordinarios de la conversación y siempre hablan demasiado bien: hay una elección muy exquisita de términos; mucha cadencia en los periodos; mucha lentitud en la pronunciación; parece que escriben cuando hablan; y apenas han di-

cho una palabra cuando todo el mundo conoce que hacen profesión de elocuentes y de lo que, si estuviera recibida la frase, pudiéramos llamar bello espíritu.

Con lo que he dicho creo que habré dado a conocer la idea que tengo de la verdadera naturaleza del pedantismo, que, bien reflexionado, no es otra cosa que una ridícula vanidad con la que queremos indiscretamente que nuestras luces, nuestra expresión y noticias sean siempre el modelo y el asunto de las conversaciones; y de aquí debe también concluirse que todo hombre que no ha estudiado más que una sola materia, por hábil que sea en ella, está expuesto a no poder abrir los labios sin caer en este defecto.

[...] Yo conozco alguno que cuando ha pronunciado el nombre de “at-mós-fe-ra” le falta poco para reventar de vanidad, según lo hinchado y hueco que queda, tan contento de sí mismo como si su conocimiento le avisara de que venía de dar mucha luz a una materia importante para el género humano.

Este mismo pasa por un oráculo entre las gentes de su especie; y es muy natural que sea así porque él dice que lee mucho y, en efecto, pasa mucho tiempo leyendo: tiene una buena biblioteca, pero no estudia; solo va a pillar las palabras retumbantes que encuentra y que no entiende.

[...] A pesar de todo esto, se cree tan erudito como el que más: desprecia a sus compatriotas, todos le parecen ignorantes; y algunas veces, con sus más íntimos, se queja del capricho de la fortuna, que no lo pone en empleos en que pueda ejercitar sus talentos en beneficio de la humanidad.

[...] Cada hombre es dueño de escoger por preferencia una profesión o un género de estudio y darle a este la flor de su espíritu y de su aplicación; cualquiera puede ser en su casa matemático, físico, jurisconsulto o poeta, pero si quiere serlo siempre y en todas las ocasiones, *será pedante*. En el comercio de la vida civil no se vive ni como poeta ni como orador, ni como filósofo ni como oficial: se vive como hombre y se debe tener juicio y discernimiento. Si se añade viveza, espíritu y fuego, tanto mejor; pero es menester saber moderar estas cali-

dades y ponerlas al nivel de las gentes, con quien se trata. Sobre todo, es preciso tener complacencia y dulzura, y huir de la necia vanidad de querer brillar solo y oscurecer el mérito de los demás. [...]

#### 43 | PENSAMIENTO XII

SOBRE LA EDUCACIÓN | Yo emprendo <sup>[ahora]</sup> una materia no menos vasta que útil, y no menos útil que necesaria para el bien de la sociedad; esta es: la educación; una materia que, para tratarla con todo el rigor de un sistema, pediría gruesos volúmenes y mayor caudal de observaciones, de juicio y de discernimiento. Por lo mismo, no me propongo formar un sistema ni seguir con toda la mayor exactitud la progresión de fuerzas y capacidad que acompañan al hombre en las diferentes edades de la vida; ni llenar los discursos que deberé emplear en este asunto de ideas abstractas, de divisiones ni subdivisiones que el mayor numero de mis lectores no entendería; pues, lejos de producir el fruto que deseo, los harían inútiles.

Tampoco me detendré en probar la utilidad de la educación y la urgente necesidad de corregir la que se practica en nuestros tiempos. Nadie ignora que así como la gloria, la prosperidad y la duración de los Estados dependen de las costumbres de las naciones que los componen, así la felicidad y la salud de los Pueblos consisten en el cuidado de formar la juventud y aun la infancia de sus individuos; que, entregados los hombres a la ceguedad y debilidad con la que nacen, ni subsistirían sobre la tierra ni, en caso de que por un prodigio singular pudiesen subsistir, se diferenciarían de los brutos, sino solo en la figura; y que, por consiguiente, ni habría religión ni leyes, ni policía ni sociedad... ni hombres, en una palabra.

Por otra parte, todo el mundo se queja de la mala educación que se da a las tiernas plantas. Todos conocen que, en el actual plan de educación, hay multitud de vicios que crecen con la edad y cuyos efectos se manifiestan con el tiempo en los tribunales y las cátedras, en el manejo de los negocios y en todo el comercio de la vida civil y política. [...]

## 44 | PENSAMIENTO XX

VIDA OCIOSA DE MUCHAS DE NUESTRAS DAMAS | [...] Levántase por la mañana una dama de estas que presumen de tales y a quienes una cierta riqueza o el capricho de algún hombre ha puesto, como suele decirse, en chapines. La primera diligencia es tomar chocolate. Las que son aseadas suelen pedir agua para lavarse; y se lavan, en efecto. Estas son el menor número; son aquellas, faltas de noticias, que no han cursado en la escuela del buen parecer ni saben las reglas de conservar la belleza. Las que entienden este arte, siguen otro rumbo: un pedazo de bayeta humedecido y no con agua les sirve de Jordán, sacrificando un poco de porquería al ídolo de conservar la tez.

Ya se ve que no quiero mezclarme en asuntos mayores tocantes al departamento del rostro; y eso que estos me darían un dilatadísimo campo si quisiese entrar a examinar el pormenor de los aderezos, ungüentos y salserillas con los que el arte suele hacer milagros dándonos, a pesar de la naturaleza, ciertas hermosuras pintadas y bellezas de un día. Pero estimo más perder las sales y chistes que produciría esta materia, que darla al público, quizá con perjuicio de alguna inocente, a quien la natural curiosidad pudiera hacer caer en tales extravagancias.

[...] Conclúyese el ceremonial y pasa madama al cuarto de conversación, que es el de la chimenea en el invierno y alguna pieza fresca en el verano. En este no le acompaña más mueble que el abanico, y la dama pasa el resto de la mañana haciéndose aire, muy satisfecha de haber empleado dignamente su tiempo; en aquella, suele hacerle compañía un saco de labor o una almohadilla, alhajas ambas de tanto uso como los espadines de nuestros petimetres. Pero en ambas partes es igual la conducta y se ven los mismos efectos de la ociosidad: se preguntan noticias y se saben embustes; se sueltan las riendas a la vanidad y a la murmuración; y se saben las personas decentes y caracterizadas que entran en la Villa, para enviarles recado de llegada a estas a fin de que vengan a hacer la corte, y a aquellas para tener esquila de convite, si da alguna diversión de baile o música.

Llega la hora de comer y, ordinariamente, se sirve en una mesa poco limpia una comida grosera y mal sazónada. Nuestras damas, por la mayor parte, no son las más aseadas; y las que se pican de más pulcras suelen contentarse con serlo en los zapatos, los velos y el escote: prefieren el presentarse con una bata rica al placer de tener un amigo a su mesa; y la limpieza del coche, guarniciones y mulas al aseo de su misma persona.

Duérmese la siesta, se va al paseo o se pasa la tarde en la comedia o la visita; y como si este género de vida les dejase demasiado tiempo de que disponer y no supiesen en qué emplearlo, se ponen a jugar para llenar este hueco y lograr por su medio aumentar su corte y juntar una sociedad, tanto más numerosa cuanto el necio y el hombre de talentos hacen igual figura alrededor de una mesa de revesino. «Es necesaria alguna diversión», dicen nuestras damas: nada es más justo. ¿Pero su ingenio no ha podido hallar diversión más digna que la de disputarse un poco de dinero, muchas veces con empeño y algunas sin decencia? ¿Puede ser diversión el aumentar la pasión del interés, que infelizmente está demasiado arraigada en los corazones? ¿Es entretenimiento pasar una buena parte de la vida sin más conversación que la que motivan las mismas cartas, haciendo depender la serenidad o la inquietud del vario giro de estas? Quizá será entretenimiento para las dichosas en el juego. Las que no lo son, harían muy bien en no jugar; pues si vieran la cara que ponen a un caballo de copas o a un dos que pierden en última y, sobre todo, a un revesino cortado en tiempo, estoy seguro de que no querrían volver a jugar en su vida.

Llega la hora de retirarse y lo hacen citándose para el día siguiente, en el que continuarán la misma vida.

[...] Está una señora de pie en una pieza de su cuarto y ve un taburete en un lugar que no le corresponde. Nada sería más útil que el colocarlo; pero no, señor, esto sería perder sus privilegios de ama y ajar su dignidad con un ejemplo muy pernicioso y de malísimas consecuencias. Ha de venir el criado que, quizá, estaba sirviendo en cosa más útil; ha de mudar el taburete y llevarse de camino un millón de impertinencias. Y dígan-

me, señoras: esas lindas manos, ¿se las han dado a ustedes solo para lavarlas con pasta de almendras y depositarlas después en un par de guantes? Parece que así lo creen, pero yo entiendo todo lo contrario. En tal caso, la naturaleza o, por mejor decirlo, su Autor les hubiera dejado sin manos, dándolas solamente a los infelices destinados al impertinente ejercicio de servirlos.

Yo sé de una señorita, criada con alguna escasez, que mientras estuvo en casa de sus padres sabía peinarse, calzarse, y vestirse, y era la muchacha más mañosa de todo el barrio. Casose después con un sujeto rico y al punto se le olvidó cuanto sabía, y apenas tres criadas eran bastantes para servirla a su gusto en estos ministerios. [...]

#### 45 | PENSAMIENTO XXI

VIDA OCIOSA DE MUCHOS DE NUESTROS CABALLEROS | Seamos imparciales: esto pide la razón y la justicia. El discurso antecedente ha hecho ver parte de la ridícula ociosidad o indolencia de la que está llena la vida de las damas. ¿No es justo que también sepamos los vicios que acompañan a la de los hombres? Sí, por cierto. Los dos sexos son fértiles en necedades; y casi ninguna podemos atribuir a las mujeres en la que los hombres no seamos también cómplices. Lo demás es cuento. Tan ridículos y tan extravagantes somos unos como otros.

Nosotros nos hemos levantado con el magisterio, hemos pretendido dar el aire y el tono; y, a fuerza de decirlo y repetirlo millares de veces, hemos venido a establecer el sistema de que las mujeres sean más defectuosas, pero yo no quisiera salir por fiador de esta verdad, pues, examinada la materia con desinterés, sería seguramente muy problemática. Estoy persuadido de que todos los vicios y todos los defectos que se condenan en el uno de los dos sexos se encuentran en el otro: si hay mujeres ligeras, inconstantes, engañosas y malignas, también hay hombres maldicientes, frívolos, sin fe, sin solidez, traidores y crueles; y el número de estos no es menor que el de aquellas.

Los que han vivido en el mundo y han llegado a conocerlo saben, por experiencia, que hay muchos hombres que no solo

extienden los defectos que suelen atribuirse a las damas hasta la raya a la que estas acostumbran a llevarlos, sino que procuran hacerles muchas ventajas y lo consiguen.

Pongamos, como ejemplo, algún caballereite, de estos que llaman petimetres y que, para decirlo así, andan en la maroma. No es creíble el cuidado de este Narciso a fin de no ajar su belleza. Acuéstase con guantes para conservar la blancura de las manos y con papeles puestos en el pelo para que se mantenga el rizo; y no falta alguno que conserva aún por la mañana tal cual reliquia de los emplastos en los que ha puesto su rostro en infusión durante la noche. Antes de levantarse de la cama, consulta con su criado el vestido que debe sacar a luz en aquel día y, acabada felizmente la conferencia, sale de su lecho a pensar en nuevas necedades.

Apenas dos criados, después de trabajar una o dos horas, vienen al cabo de preparar sus adornos y ponerlo en estado de pasar al tocador. Allí empieza la más graciosa de todas las escenas. El aparato de brasero, hierros, polvos, alfileres y pomadas suele ser magnífico; y el ayuda de cámara empieza su ministerio por enredar el pelo, cargarlo de sebo y manteca, y llenarle luego de polvos el rostro y la cabeza. En esto se pasa muy bien media hora. Después entra el peinado de ala de pichón, de grana de espinacas o de alguna de aquellas modas que tan dichosamente ha inventado el genio de los hombres. En muchos de estos <sup>[peinados]</sup> hacen consistir su merito y talentos.

En fin, cuando se cree que el tocador de este mozalbete está acabado y que solo le falta, para lograr desmentir enteramente su sexo, colocar un poco de color en las mejillas y un par de lunares en paraje que hagan gracia y simetría, repara en un rizo que no está puesto con arte; en que un lado del peinado abulta algo más que el otro; y en que de una parte cae alguna línea más que de la otra. Se enfurece y llena de oprobrios al criado. De nada sirve todo lo hecho y se empieza de nuevo el tocador, que suele ocupar casi toda la mañana.

[...] Vístese nuestro petimetre y manda poner el coche, y sale a hacer alarde de su figura en todos los estrados. No parece

sino que lleva azogue en los pies. En todas partes entra y en ninguna se detiene. No va tanto por ver como por ser visto. Habla de novedades y de modas, y alaba el gusto de las señoras en los vestidos y el peinado. Creen estas que es por lisonjearlas y solo es porque <sup>[ellas]</sup> le alaben el gusto del peinado y la extrañeza del vestido. Estos son los negocios de importancia en que gasta su tiempo. Es tal el petimetre, que estima en más el ser conocido por este epíteto y las alabanzas que suele adquirir su buen gusto, que todos los elogios debidos a las acciones más dignas de la humanidad.

[...] Por la noche se introduce mi petimetre en alguna tertulia o en casa donde haya baile, música, u otra diversión.

[...] Las tertulias en las que solo hay conversación suelen ser muy favorables a los mozalbetes, y suelen también humillarlos. Esto depende de la buena o mala calidad de la tertulia: si se compone de personas cuerdas e instruidas, no pueden hacer figura en ella unos entes sin instrucción y sin cordura; si de gentes ignorantes y ridículas, allí es su centro y el paraje en que más brillan. Allí dicen frioleras y necedades, unas veces con entusiasmo y, otras, hablando con proverbios y equívocos: aquellos, bajos y triviales; y estos, poco decentes.

[...] ¡Pobre de la persona que es asunto de estas abominables conversaciones! Sus defectos van a ser publicados y oscurecidas sus virtudes. Dentro de pocos días, hablarán de ella en todas partes; pero hablarán mal y deberá este beneficio a la necia pasión de hablar que tienen semejantes hombres y que, por no saberse moderar, los precipita a entrar en curiosidades dañosas a muchas reputaciones inocentes. [...]

#### 46 | PENSAMIENTO XLI

CONTRA LOS OCIOSOS Y HOLGAZANES | [...] Los males sobre los que más he reflexionado estos días son la ociosidad, holgazanería, negligencia e indolencia aun de sí mismo, que todos se refunden en su primera madre: la pereza. Está tan multiplicada y extendida esta maldita generación, que apenas se halla desorden en los hombres que no pueda reducirse a este principio.

[...] El que gasta un poco menor de lo que tiene, es prudente: el que todo, loco; y el que más, ladrón. Por eso se dijo que ninguna cosa es tan necesaria como saber lo que es necesario.

[...] Me parece que en el número de los holgazanes de profesión podemos contar a Alcímedon, un artesano de los más famosos. Cualquier pieza trabajada de su mano es, con razón, más pagada que las de los otros de su mismo arte; pero en el día que toma una porción de dinero de alguna grande obra que ha concluido, ya se juzga acomodado. Mientras le dure (que durará poco) el dinerillo, no hará otra, aunque se le pague como merece y aunque sea para el sujeto de mayor autoridad. Abandona su taller y sale a tomar el sol en el invierno, a la huerta en el verano; a la merienda o al baile con los amigos, y así vive hasta que la necesidad le hace volver al trabajo.

Tiene un hijo de habilidad que, enseñado por tal maestro, le igualara si no le excediera, pero dice el padre: «¿A mi hijo lo había yo de poner a esto? Primero le cortara las manos». Y sin examinar ni su genio ni su vocación, le obliga a tomar destino, que lo suele hacer infeliz. La república pierde así un insigne artífice, y él no adelanta su casa.

En proporción, se verifica esto mismo en los pobres de oficios ínfimos y aun jornaleros. Se contentan con lo del día y, al instante, sueltan el trabajo para ir a la plaza a escuchar el romance que ha salido nuevo, que canta el ciego, que lo vende; a echar un cigarro con los amigos en los poyos de la Cruz; y a dar al juego y a la taberna lo que habían de dar al panadero. Así descuidan a la mujer y abandonan a los hijos, quienes, despilfarrados, corren y gritan por las calles y las plazas, turbando día y noche el sosiego de los vecinos.

[...] Es de más consecuencia este desorden de lo que parece, porque de este abandonado enjambre salen después los mal trabajadores, los holgazanes, los vagos, los que llamamos de la vida airada, los ladrones y (los más inocentes y no menos peligrosos) los pordioseros y mendigos, quienes vistiendo su holgazanería con el traje roto de la miseria abusan de la piedad del común con perjuicio de los verdaderos pobres, y son unos esta-

fadores públicos. Todos estos, no solo son inútiles, sino perjudiciales al Estado; y aunque el Gobierno ha tomado siempre providencias, como la raíz del mal es tan inveterada, extendida, y profunda, remedia lo que puede; pero no lo puede todo porque este es un mal que ha de empezar a curarlo el mismo que lo padece; y al hidrópico, que se regala con el agua, no lo sanarán los Podalirios más sabios.

Me ha hecho ponerme serio y melancólico la malignidad de las demás naciones, que notan al español de tardo y perezoso; y para guisarnos esta sátira con más pimienta dicen que años pasados volvió a este mundo nuestro primer padre, Adán, a reconocer su antiguo dominio: dio vuelta a Asia y a África, y nada conoció de lo que había dejado; llegó a Europa, visitó Italia, Francia, Inglaterra, Holanda, etc., y halló todos estos países tan trocados que empezó a dudar si Dios había criado otro mundo diferente del que él había poseído. Llegó a España y, alborozado con el desengaño, dijo: «Esto sí, ya conozco esta tierra. Esto está como yo lo dejé». Sin duda que a este Adán lo ha engañado la sierpe de la envidia: los españoles tienen la gloria no solo de haber mejorado su mundo, sino también la de haber descubierto y cultivado otro, nuevo, mayor que el conocido; un blasón que no pueden contar las demás naciones. Pero reclamar contra esta calumnia no es vindicarla. Desechar el ocio, abrazar el trabajo, aprovecharse de la industria... estos son los únicos medios de desmentir más aquella nota. [...]

#### 47 | PENSAMIENTO LVI

VANOS Y RIDÍCULOS GASTOS DE BODA | [...] Una de las cosas que siempre he mirado con horror es el crecido y ridículo gasto que ordinariamente se hace con ocasión de una boda, y los afanes que se toman muchos tontos para comprar, a costa de su dinero y de su fatiga, la crítica y la murmuración. Según el estado actual de nuestras costumbres, son tantas y tan enojosas las etiquetas de una boda que casi no debiera casarse un hombre cuerdo por no sufrirlas. Lo de menos es el ceremonial de pedir la novia, recibir su respuesta, tomarla el dicho, formar las capi-

tulaciones y otros semejantes requisitos, pues, al fin, alguna formalidad debe preceder a este contrato; pero, ¿dónde hay paciencia que baste para el ceremonial que se sigue luego?

Lo primero que se presenta son los papeles de aviso y las visitas dando cuenta de la boda; y Dios nos libre de que en esto haya algún descuido: la amistad más íntima y más bien cimentada suele acabarse para siempre por falta de una visita o un papel. Siguen luego los regalos que se hacen a la novia, para cuya cuenta y razón casi es precisa una oficina. Debe haber lista de ellos en la casa para servir de noticia e instrucción a todas las personas que vienen a verlos; debe haber también listas para todas las damas curiosas y ha de quedar, por lo menos, un duplicado para que sirva de régimen a la novia, a fin de cambiar los frenos en las primeras ocasiones que se presenten. Llamo “cambiar los frenos” al retorno de los regalos, pues ya se sabe que esto se reduce a enviar a una señora el regalo que otra hizo; si no es que alguna vez, por equivocación, le vuelvan el suyo mismo a las barbas.

[...] Llámase a un cocinero de la nueva cocina y a un repostero, ambos de los más famosos (si es que no tiene la casa estos oficios o si, por no ser del primer orden, necesitan asesorarse), y se ajustan la cena y refresco, en las que los empresarios no se quedan cortos. Es tiempo de regocijo y ocasión de lucimiento, y no se repara. «Esto sucede una vez en la vida», dice el que ajusta: «Déjenme ustedes con lucimiento, y en lo demás no hay que reparar». Así aprietan la mano, que para gastar en un día de estos cuatro o seis mil pesos no es menester ser un duque. Los cocineros y reposteros saben que no es extraño el estarse sin pagar un refresco y una cena de boda diez o doce años, con lo que se animan a tirar un poco más largo de lo que hacen por costumbre e inclinación, a fin de que no les salga errada la cuenta.

Convídase a todo el género humano, que así se puede decir según el crecido número de gentes que concurren: comen, beben, diviértense; dicen a la novia media docena de indecencias, con las que suelen hacerle salir los colores a la cara, y luego se retiran muy contentos, no del festejo, sino de que llevan

motivo de crítica. Por más cuidado que se ponga, por más dinero que se gaste, jamás falta sobre qué recaiga la censura:

—«Dicen que todo ha estado bueno (*exclama una dama remilgada*). Bien, puede ser; pero lo que yo sé es que quise probar de un pastel de macarrones y estaba helado»;

—«No puede negarse (*dice otra muy preciada de crítica*) que todo ha sido magnifico; pero la bebida de fresa no es del tiempo, el sorbete de leche hubiera estado mejor si se hubiera servido dos minutos antes y los dulces no han sido con la abundancia que yo me figuraba»;

—«¿Abundancia? (*replica otra señora*) Buena abundancia, por cierto: muy escasos han estado y con mucha miseria. La primera bandeja no pudo llegar hasta donde yo estaba y la segunda apenas traería unas tres libras de dulces, de suerte que con ellos no pude cumplir con mis tertulianos y fue preciso enviar a la confitería, y bautizar los que me trajeron por “de boda”. Pero dejando esto aparte, ¿qué les pareció la novia? ¿No es verdad que embestía con aquel vestido? Pues el aderezo que tenía no es cosa. Tal cual diamantillo tiene; pero lo demás, son chispas y todo ello de muy mal gusto. ¿Y el novio? ¡Jesús, qué hombre tan cerril! A mí me pareció que estaba espantado. El vestido que llevaba no tenía nada extraño; y los encajes bien pueden ser de Inglaterra, pero parecen hechos en Vallecas. El adorno de la casa no estaba malito; sin embargo, hemos visto otros mucho mejores. Lo que me admira es, que no haya habido una buena alma, que les advirtiese que ya no se usan las cortinas en pabellón. No obstante, es menester decir que todo ha estado bueno porque, en fin, hay esperanza de que nos den muchos bailes este carnaval; pero, si he de decir mi parecer, todo ha sido muy charro y muy mezquino»;

—«¿Y la música (*dice un petimetre*), han visto cosa más ratonera? Es cierto que la música y el baile han estado muy donosos, y es difícil encontrar una tan grande porción de hombres y mujeres inútiles. Sobre todo, el minueto que bailaron los novios, que fue pieza original. Yo no podía contener la risa porque se me figuraba que estaba viendo aquellos perrillos vivara-

chos que, en tiempos pasados, bailaban en el Teatro de la Cruz; y particularmente la novia era un retrato perfecto del perrillo de la bata».

Estas y otras infinitas bachillerías, que son más fáciles de imaginar que referir, se sacan de estos gastos y convites. Gasta un hombre su hacienda, y a veces se empeña para toda la vida, para obsequiar a sus parientes, amigos y conocidos, y luego estos hacen armas del mismo obsequio para zaherirle y criticarle. La experiencia me ha hecho ver en cabeza ajena lo que sucede en estos casos. He visto comprar a muchos con su dinero y afán la mofa que se ha hecho de ellos, y no quiero que me suceda lo propio. Se burlarán también, si se les antoja; pero ni lo pagará mi dinero, ni mi comodidad. [...]

#### 48 | PENSAMIENTO LXV

SOBRE LOS VIEJOS Y VIEJAS QUE OCULTAN SU EDAD | «¿Ves con gusto aumentarse tu edad cada vez que cumples años?». Esta pregunta, que hacía Horacio a su amigo Julio Floro, y que acaso en aquel tiempo tendría mucho donaire, en el nuestro sería una injuria muy grosera. Ver contentos a un hombre que se va llenando de canas y a una mujer que empiezan a perseguirla las arrugas es paradójico y es pedir a las gentes que estén contentas con aquellas cosas a las que tienen mayor repugnancia.

Tales de Mileto creía que lo más dulce y agradable del mundo era la posesión de lo que se desea. ¿No hubiera sido más acertado poner este agrado y dulzura en la esperanza de la posesión? Las cosas más deseadas y en las que tal vez fundamos nuestra dicha pierden mucho de su precio desde que las poseemos, y vuelve a quedar en nuestro corazón el mismo vacío que antes sentíamos. No hay joven que no desee llegar a viejo, ni viejo que no aspire a serlo más; y, sin embargo, aún una vejez mediana, digámoslo así, honrada y honesta, que ni toca en decrepitud ni se equivoca con la mocedad, es un peso muy gravoso y se mira por ciertos viejos y viejas como una situación vergonzosa. Es verdad que la prudencia y el juicio no acompañan siempre a la vejez, y que no suele costar más trabajo encontrar viejos locos que jóvenes ligeros y presumidos.

[...] Los hombres parece que, de común acuerdo, han resuelto borrar del catálogo de sus años todos los que pasen de cincuenta y cuatro; y las mujeres, los que excedan de treinta y cinco; y, al mismo tiempo, los jóvenes de ambos sexos, que no prevén que ha de llegar el día en que se sirvan del mismo artificio, parece que también se han convenido en declararles la guerra y estar continuamente ajustándoles la cuenta de sus edades. Si esto debe graduarse de malignidad, déjolo a la decisión de mis lectores. Yo no creo que haya en esta práctica de las personas ancianas tanta culpa como algunos imaginan.

Supongamos un viejo robusto, de aquellos que, para hacer papel de tales, parece que se han enharinado la barba y el cabello. Este tiene enteras sus pasiones: gusta de vestirse como un muchacho petimetre y de comer con regalo; tiene su poco o su mucho de cortejo; es amigo de bailar y de decir media docena de requiebros a las niñas, y de hacer de Adonis; no sabe el catecismo ni si están abiertas o cerradas las puertas de los templos en los días de trabajo, ni elevar los ojos o el espíritu a quien le da el pan del que se sustenta y el aire que respira. ¿Con qué cara podrá decir este animal que tiene sesenta años no habiendo aprendido en ellos a dominar sus pasiones, a despojarse de los antojos de la niñez, de los ímpetus ciegos de la juventud, a conocer los principios de su religión, ni a dar tributo de adoración al Señor de todo lo criado? Si este, que no puede llamarse hombre, dice que tiene treinta años, dice demasiado. ¿Cómo se podrá creer que tenga treinta años quien, sin faltarle potencia alguna, no ha llegado aún al uso de la razón?

[...] Vamos ahora en busca de una dama anciana, y no la escojamos de las peores. Yo estoy viendo una que en su juventud tuvo créditos de hermosa y aun se dice que fue famosa en conquistas; pero la hermosura desapareció, y solo han quedado los adornos, la rigurosa observancia de las modas, los melindres, los lunares, los sustos y los vapores; muebles accesorios e inútiles cuando falta lo principal. El mundo la ha abandonado y ella no puede resolverse a dejar el mundo. Los hombres no gustan de su rostro desfigurado ni de sus arrugas; pero, por

desgracia, ella gusta del trato de los hombres. Si esta mujer tuviese juicio (dicen cien veces los jóvenes y las noventa de modo que lo pueda oír), se retiraría de las diversiones buenamente y sin esperar a que se lo rogasen; dejaría su lugar a otra, que lo ocupase dignamente, y no frecuentaría unas concurrencias que, si en otro tiempo fueron teatro de sus triunfos, ahora solo le suministran motivos de rubor. Mas nada basta para reducirla a la razón. Esta es la manía de las que han presumido de lindas. Aunque desfallece su cuerpo, no su espíritu. Porque alguna vez fueron celebradas, creen tener derecho a serlo siempre; y para que salgan de este error no sirven razones ni escarmientos.

Además de esto, la señora tiene cierta pretensión, que se reduce a ver si puede salir del triste estado de viuda haciendo su marido a un caballereite, mayorazgo en renta, figura y entendimiento. Sería errarlo si, con este proyecto en la cabeza, se retirase a un rincón o si confesase su edad, que raya en los sesenta, a un hombre que tiene treinta y uno y que, por más mayorazgo que sea, no querría casarse con una tabla cronológica. Para estos casos es la prudencia y la maña: decir que los años son treinta y cuatro, y echar la culpa de lo restante a la viudedad, las aflicciones y los quebrantos. Es preciso ser de muy mala complexión para hallar qué criticar en este artificio.

[...] Cuentan que llegó a cierta ciudad un charlatán que llevaba un secreto maravilloso para remozar a las viejas. ¡Como para que no fuese bien admitido! Acudieron muchas y muchos también. Mandó que cada asistente llevase por escrito la fecha de su edad, pero la exacta, porque si faltaba esta circunstancia no tendría virtud el remedio. Fijó día; y se dice que en aquel intermedio se hicieron poderosos los que tenían a su cargo los libros bautismales. Dieron todas y todos sus esquelas. La que tenía ochenta, no se atrevió a rebajar siquiera un año, sometiéndose a pasar por este rubor con tal de verse luego en la edad de veinticinco. Pasaron algunos días y convocó el charlatán a toda su feligresía. Díjoles con semblante muy triste que había perdido por una rara casualidad las esquelas y que era preciso que le diese cada persona un duplicado; y que, para que

viesen su candor y consultasen su voluntad, les declaraba que la que, confrontadas todas las esquelas, se hallase ser la más anciana, había de ser quemada, debiendo ser sus cenizas uno de los ingredientes del secreto. Todas se conformaron y trajeron sus duplicados; pero con notable alteración en las fechas. Visto esto por el charlatán, sacó las esquelas anteriores: «El prodigio está ya hecho, señoras», les dijo. «Usted, que hace seis días tenía ochenta años según esta esquela, ya no tiene más que cincuenta; usted, que tenía cincuenta, solo tiene ahora veinticinco. Trátese, pues, de satisfacerme lo pactado». Discúrrase qué cara pondría el burlado vejestorio, aunque algunos aseguran que la primera confesión fue para él lo más sensible.

Este y otros semejantes chascos pueden servir de excusa para la ridiculez de andar ocultando la edad. Pero si he de decir lo que siento, ¿no es muy extraño y pueril que unas gentes, que debían tener juicio, se estén afanando en ajustar cuentas, trastornando toda la cronología de los sucesos de su vida, a fin de descartar una docena de años, haciéndose de este modo la risa y la fábula de las gentes que lo oyen? ¿Qué cosa es ver a una señora que el año de cincuenta tenía treinta y cuatro años, y en el de sesenta y siete no ha podido completar aun, por esfuerzos que ha hecho, los treinta y cinco?

Sin embargo, no es esto lo más notable. Lo singular es que haya damas y caballeros ancianos empeñados no solo en ocultar su vejez a costa de mentir en orden a su edad, sino en practicar también para desmentirla cuanto suelen hacer los jóvenes mas distraídos. Si viera un viejo la figura que hace cuando con pasos trémulos, con brazos sin vigor ni gracia y con un cuerpo agobiado del peso de los años se presenta para bailar; o cuando al lado de una joven hermosura, que sufre su conversación por pura civilidad, hace ostentación de un afecto importuno y de un rendimiento fuera de sazón. Si viera, digo, este caballero lo mal que le sienta este manejo, la risa, los apodos, los dicterios que excita su conducta, la abandonaría, sin duda alguna. Conocería que pierde por aquella ridiculez todos los respetos y obsequios a los que es acreedora una ancianidad cuerda y bien

acondicionada; y que el afán de salir de su esfera, lejos de producirle conveniencia ni ventaja, solo conduce a acreditarlo de loco y aun de vicioso.

¿Y qué diremos de una dama anciana que, sobre su mentida mocedad, quiere fundar el derecho a ser querida? Un poco de fiereza no suele sentar mal a las damas hermosas, y antes bien es un medio de realzar la belleza; pero si recae en una dama fea o en una señora mayor, produce un efecto contrario. ¿Por qué ha de pretender una dama casi caduca, por más que no pierda diversión alguna ni perdone gastos, cuidados ni afanes para lucir, y que se admiren los surcos profundos que ha grabado el tiempo en su semblante del mismo modo que por merito o por lisonja se admiraba su hermosura en el tiempo que la tenía? Aun cuando conservase algunos restos, siempre serían restos y nada más; y de nadie se puede exigir que estime una rosa marchita del mismo modo que una fresca. La memoria de haber sido hermosa, que debía servir de freno a su orgullo, quiere que sirva de excusa a su fiereza. Se persuade de que puede todavía hacer el papel de linda: se viste como una diosa de teatro, habla de sus cortejos, hace un misterio de su edad y cree que con esto está cumplido con el mundo. Si esta dama y aquel caballero no son locos, no hay locos en el universo. [...]

#### 49 | PENSAMIENTO LXXIII

SOBRE LA IRREPARABLE PÉRDIDA DEL TIEMPO | Entre todas las pérdidas que pueden tener los hombres, ninguna es tan irreparable como la del tiempo. La hacienda perdida, la salud y aun la honra pueden recuperarse; el tiempo pasado no volverá jamás. ¿Quién creería que siendo el tiempo una cosa tan preciosa y la reparación de su pérdida tan imposible tuviésemos casi todos tan poco cuidado de distribuirlo con economía, empleándolo de un modo digno y útil? Sin embargo, esto es lo que generalmente sucede. El tiempo llega y desaparece, sin dejarnos más utilidad que la que saca un avaro de un pedazo de oro que no toca. El discurso de nuestra vida no se puede contar por el uso que hemos hecho del tiempo, sino por el número de los años;

como el dueño de una heredad que no se cultiva no puede contar el valor de ella por los frutos que produce, sino solo por la extensión del terreno. Somos pródigos de la única cosa en la que la avaricia puede ser virtud, y procedemos como necios e insensatos.

[...] Cicerón dice que los hombres que no se ocupan en alguna cosa considerable no merecen ser contados entre los vivientes. Entre las leyes que Solón tomó de los egipcios y dio a los atenienses, había una que no solo obligaba a todos, sin excepción de persona y con pena de muerte, a dar cuenta de su ocupación, sino que daba también facultad a cualquier persona para acusar jurídicamente a los que empleaban mal el tiempo. Esto debió engendrar en los atenienses la loable costumbre de emplear útilmente su tiempo; y yo no sé cómo otros legisladores, que previendo los funestos efectos de la disipación de la hacienda prescribieron reglas para impedirla, olvidaron las concernientes a atajar la disipación del tiempo, que en mi concepto es más nociva. [...]



### JOSÉ DE VIERA Y CLAVIJO<sup>3</sup>

50 | «6. POR QUÉ FUERON REPUTADAS POR CAMPOS ELÍSEOS  
Y SE LLAMARON ISLAS AFORTUNADAS»

Estas gloriosas cualidades del clima de unas islas, por otra parte fértiles, alegres y, lo que valía mucho más, colocadas fuera del común término de la tierra conocida en los siglos de fenicios, cartagineses, griegos y romanos, no podían menos de infundir una brillante idea de sí mismas en el espíritu de aquellas naciones de genio ponderativo.

[...] El primero que habló de los Campos Elíseos fue el primer autor profano de quien se conservan las obras. Homero, en el libro cuarto de la *Odisea*, introduce al dios marino Proteo

---

3. José de Viera y Clavijo [1731-1813]: *Noticias de la Historia General de las Islas Canarias*. Edición realizada bajo la dirección de Elías Serra Ràfols [1898-1972]. Tres volúmenes que contienen cuatro tomos. Santa Cruz de Tenerife : Goya Ediciones, 1950-1952. Tomo 1: págs. 25-28, 52-58, 82-106, 314 y 365-367; tomo 2: págs. 69-71, 83-84 y 85-86.

haciendo a Menelao el feliz pronóstico de que no moriría, sino «que los dioses le enviarían a los Campos Elíseos, que están en lo último de la tierra, donde Radamanto da la ley y pasan los hombres una vida dulce y tranquila, sin experimentar nieves ni inviernos rígidos ni lluvias, sino un perenne aire fresco, nacido de las respiraciones de los céfiros que el océano exhala».

Cualquiera que, con juicio desnudo de preocupación, pase la vista por este texto original habrá de concluir que a ningún sitio de la tierra conviene mejor que a las Canarias. Estas, dice Servio, «fueron, en dictamen de Salustio, las celebradas en los versos de Homero», cuya descripción circunstanciada, según creyó el comentador Pío, se ha desmembrado de sus obras. Madama Dacier, en las notas a su traducción de la *Odisea*, reconoció, auxiliada de las luces del sabio Bochart, que Homero estuvo instruido y poseyó un conocimiento perfecto de la cosmografía desde el Ponto Euxino hasta las Columnas de Hércules y mar Atlántico u océano occidental, adquirido por las relaciones de los fenicios, en cuya inteligencia sabría sin duda que estas islas eran las últimas tierras descubiertas y, por consiguiente, las tuvo en la memoria cuando colocó los Elíseos en lo último de la tierra, respirando los aires del océano por todas partes.

Aquellos que, cubiertos con la autoridad de Estrabón, se figuraron no haber hablado aquí el poeta sino de la costa de España hacia la embocadura del Betis, han tenido muchas brechas que reparar, pues, además de que no parece este un temperamento tan benigno que se le pueda adaptar de buena fe la expresión de que en él «no se experimenta el rigor del invierno, sino los más apacibles céfiros», era muy advertido aquel incomparable griego para que intentase hacer creer a nadie que un país tan conocido en sus días, cual era España, estaba habitado de Radamanto, Eaco y otros héroes o almas separadas; esto sólo sería bueno para referido de unas islas distantes de las que se tenían ideas confusas.

La tradición que establecía los Campos Elíseos en islas y no en el continente fue seguida de todos los autores más sabios,

quienes al respecto las llamaron islas afortunadas y morada de bienaventurados; de tal manera que, entre filósofos y poetas, pasaban por sinónimas las voces “Campos Elíseos” e “Islas Afortunadas y Felices”. [...]

51 | «17. DE LA GRAN CANARIA TOMAN EL NOMBRE GENÉRICO DE CANARIAS» Y «18. OPINIONES SOBRE EL ORIGEN Y ETIMOLOGÍA DEL NOMBRE DE CANARIA»

Estas islas, pues, que hasta el siglo XI sólo eran conocidas con el antiguo epíteto de “Afortunadas”, lo perdieron casi instantáneamente, cambiándolo por el de “Canarias”. No se puede dudar de que la fama de la isla de Canaria, su ruidosa conquista y la recomendación de sus circunstancias, que le adquirieron el carácter de *Grande* y la dignidad de capital, fue también la causa de que su nombre absorbiese el de las otras y se difundiese, haciéndose el genérico de todas. Pero lo que han dudado muchos, no sé si con razón, es: ¿De dónde tomó su etimología Canaria? O, para decirlo mejor, la multitud de opiniones que ha habido acerca del origen de este nombre da motivo para que muchos todavía lo duden.

Cuando Núñez de la Peña se creyó en la obligación de ilustrar la cuestión, vemos que prefirió por desgracia la imaginación más extraordinaria que pudiera ofrecerse a un gramático poseído de preocupaciones. No quiso contentarse con menos que con sacar de su casa a Noé, una hija y un hijo llamados Grana y Grano (de quienes no nos dejó noticia Moisés) y, haciéndolos transitar desde el continente a estas islas, para lo que tal vez tuvieron a mano en el monte de Ararat el arca del diluvio, los desembarca en una de ellas, hace que le pongan sus propios nombres y que estos se conserven hasta que se fuesen corrompiendo con el transcurso de los siglos, de modo que de “Granaria” degenerase en “Canaria”.

En verdad, no había dicho tanto Antonio de Viana, de quien nuestro cronista tomó aquella singular anécdota. Este poeta tuvo por lo menos la atención de dejar tranquilos en su reino de Italia a Grano y Grana, hijos atribuidos a Noé, y so-

lamente hizo que ciertos vasallos suyos armasen algunos bajeles que, recorriendo los mares en busca de sus aventuras, penetrasen hasta nuestras islas y que, estableciéndose en una de ellas, le diesen el nombre de “Cranaria” en contemplación de sus príncipes, cuyo nombre retuvo hasta que le mudaron en “Canaria” los españoles.

[...] Si el citado Viana no hubiese tomado su partido, alucinado de esta opinión que sólo tenía el mérito de magnífica, y hubiese fijado el juicio sobre una especie que acababa de insinuar para despreciarla, tendría acaso alguna disculpa, y aun se creería que quería sostener el carácter de poeta. Del verbo latino *cano*, que significa ‘cantar’, se deriva *canoro*. ¿Y quién no sabe que en Canarias se crían aquellos pájaros tan estimados en todo el mundo por la melodía de su canto, bajo del renombre de “canarios”? Véase aquí cómo, por ser la patria de un ave canora podía haber tomado la isla el epíteto de “Canora” y, después, por alteración, “Canaria”. Pero en el supuesto de que estos pájaros son comunes a todas las siete islas y que nadie supo de ellos en la Europa antes de las conquistas, cualquiera deberá creer, con Jacob Savary, que los pájaros tomaron el nombre de las islas y no las islas de los pájaros. Esto último dejémoslo para las islas de las Azores.

Otra producción todavía más a propósito que los pájaros halló en Canaria un escritor erudito para la etimología de su nombre. Supo que la fama no exageraba nada cuando publicaba que esta isla era feracísima en cañas de azúcar, para cuya fábrica había en ella hasta doce ingenios. Reflexionó que los latinos decían *canna* para significar la ‘caña’; y bastole tener esto presente para dar el último paso y decidir que Canaria se llamó así a causa de sus cañas de azúcar. Sin embargo, es menester convenir en que si Ambrosio Calepino hubiese adquirido alguna noticia más circunstanciada de nuestra historia natural, hubiera desistido de esta opinión, pues es constante que las cañas dulces eran unas plantas incógnitas a los antiguos isleños, y sabemos que no se cultivaron en la isla sino algunos años

después de que la ocuparon los españoles y, consiguientemente, muchos siglos después de que se intitulaba Canaria.

[...] El autor del *Origen de los americanos* es uno de los que han resuelto la materia de nuestra cuestión con tanta cordura que el célebre P. Don Agustín Calmet, tratando sobre la región adonde se retiraron los cananeos a la entrada del ejército victorioso de los hebreos en la Siria, no dudó en adoptar su opinión y aún ilustrarla. Estos suponen la dispersión casi general de aquellos pueblos, dan pruebas plausibles de sus establecimientos a lo largo de las costas del África y se persuaden de que algunos cananeos errantes, transitando desde allí a nuestras islas, dieron el nombre a la de Canaria, así como dieron el apellido de “Canarias” a ciertas poblaciones de las faldas del monte Atlante.

Estas conjeturas, que han sido de la aprobación de Grocio, de Laet, de Harris y de otros críticos, serían convincentes de no encontrarse otras mejores. No es todavía tiempo de examinar el verdadero origen de los primeros pobladores de las Canarias; mas, entre tanto, se podrá hacer sospechoso a los mismos que respetan la autoridad de unos escritores de tanto mérito ver que no prueban la venida de los cananeos a Canaria, sino por la afinidad de estos nombres, siendo así que la voz “Canaria” tiene toda la traza de latina y que puede derivarse de principio muy diferente.

Es cosa digna de admiración que, habiéndose buscado por tantos caminos la etimología del nombre de Canaria, hasta ahora ninguno, que yo sepa, se haya acordado del cabo que Tolomeo y otros geógrafos de la antigüedad llamaron «la última Caunaria» o «Chaunaria extrema». Este cabo, según todas las apariencias, es el que en la actualidad se nombra de Bojador, pues aunque algunos modernos le han reputado por el de Non, fue por no tener presente que el verdadero cabo de Non antiguo es el actual de Bojador, del cual se creía supersticiosamente que cualquiera que tuviese la temeridad de doblarlo no volvía jamás. Sólo con dar una ligera vista a la carta geográfica se hallará que la isla de Canaria está fronteriza al referido cabo de Bojador o promontorio Caunaria, y distante poco más de

30 leguas. ¿Qué repugnancia habría de que, en fuerza de esta situación, tomase la isla el nombre de aquel cabo, que quizá era la mejor señal para llegar a ella? De “Caunaria” a “Canaria” es tan fácil la transición que yo no admitiría etimología diferente si fuese más adicto a mis invenciones que a la verdad.



Pero no me es posible abandonar la autoridad de Plinio el Naturalista sobre este punto. Este escritor, que es el primero que, tratando de nuestras islas, señala el nombre particular con que entonces era conocida cada una, es también el primero que da el nombre de “Canaria” a la isla de nuestra cuestión. Es verdad que si Plinio no hubiese hecho otra cosa, dejaba todavía en libertad nuestro juicio y abierto el campo a las opiniones; pero hizo más, pues no sólo especificó el nombre de la isla, sino el origen de él. Y no lo publicó puramente sobre su palabra, sino con arreglo a las memorias del rey Juba, quien había tenido la curiosidad de informarse acerca de las circunstancias de nuestras islas, despachando algunas embarcaciones a esta singular expedición.

[...] Si los mismos que se la dieron declararon que se derivaba de *canis*, que en la lengua de los romanos significaba ‘perro’, por el número y corpulencia de los que había en la isla; si ni Juba ni Plinio, ni Solino, ni Tolomeo tuvieron reparo en

asegurarlos, ¿por qué no hemos de adherirnos a su autoridad? Aquellos a quienes el historiador Gomara hizo creer que el general Pedro de Vera «no halló al tiempo de la conquista de Canaria ningunos canes», debían guardarse de su crítica y desconfiar de su exactitud. Al rey Juba se llevaron dos mastines de Canarias, se le presentaron y supo este suceso toda la república literaria de aquel tiempo. Pero supongamos que posteriormente se hubiese extinguido la raza de los perros en la isla, como se extinguió en Inglaterra la de los lobos, ¿faltaría por eso la verdad de la etimología que seguimos? [...]

52 | «28. LA FAMOSA CUESTIÓN DE SAN BORONDÓN»

El rumor de las apariciones de esta isla es, sin duda, posterior al descubrimiento y conquista de las Canarias porque si los historiadores de Béthencourt el Grande hubiesen adquirido noticia de ella, no es probable que se resolviesen a omitirla. Pero es constante que, desde los principios del siglo XVI, ya la reputación de esta nueva tierra atormentaba el juicio de los naturales y extranjeros. Ya entonces dice el portugués Luis Perdigón que el rey de Portugal había hecho merced de esta isla a su padre, si la descubriese; bien que, cuando se firmaron los artículos de la paz de Évora y la corona de Portugal cedió a la de Castilla su derecho a la conquista de las Canarias, se nombró entre ellas la “Non Trubada” o “Encubierta”.

Ya desde entonces, negarle a los habitantes de La Palma, Hierro y Gomera que lo que solían ver en ciertos tiempos del año hacia el sudoeste de La Palma y al noroeste de El Hierro no era una tierra real y verdadera, sino una ilusión de la vista auxiliada de la imaginación preocupada, era darles la mortificación de negarles una cosa evidente, porque entre ellos siempre ha habido personas que saben distinguir entre la tierra y una acumulación de nubes; que observaron aquella aparición a una misma distancia, en el mismo sitio, de una misma magnitud y configuración; que tuvieron cuidado de dibujar la perspectiva en diferentes ocasiones y que, comparando los dibujos, han tenido la satisfacción de hallarla uniforme.

[...] Hace pocos años que, retornando de la América uno de los registros de nuestras islas, creyó un día su capitán haber avistado la de La Palma; pero al día siguiente, en que esperaba descubrir la de Tenerife, se halló con la verdadera isla de La Palma. ¿Qué debía inferir? Que la primera tierra que descubrió había sido la de San Borondón.

[...] La existencia de la isla de San Borondón es un problema acerca del cual tenemos tres sistemas. El primero es el del vulgo supersticioso e ignorante, que atribuye su inaccesibilidad a una especial providencia divina o magia diabólica. El segundo es el de los que se obstinan en sostener su realidad con pruebas de hecho y buscan razones para que no se haya descubierto todavía y para que con dificultad se pueda descubrir. El tercero es el de los críticos y filósofos, que niegan absolutamente que exista tal isla fuera de nuestros ojos o de nuestra imaginación.

Los partidarios del encantamiento de San Borondón compensan la poca autoridad que tienen sus dictámenes en el mundo con los bellos ratos que su fantasía les ofrece. Esto de hablar de encantadores, hechizos, brujerías, nigromancias y otros prestigios mágicos, y hablarlo seriamente, es un placer que siempre embaucó a la mayor parte de los hombres; así entiendo que la isla de San Borondón encantada vale más para nuestro ínfimo vulgo que diez San Borondones descubiertas. ¡Qué maquinarias, qué teatros, qué escenas, qué personajes no se representan en aquel monstruoso país! ¡Cuántos portugueses se han lisonjeado de tener allí a su suspirado rey don Sebastián! ¡Cuántos castellanos han creído que el infeliz rey don Rodrigo, huyendo de los moros, se acogió a esta isla del océano como a una barrera que no podía forzarse! En ella hay un arzobispo y seis obispos; hay siete ciudades opulentas, por lo que algunos la llaman «la isla de las siete ciudades»; tiene puertos y caudalosos ríos, y la habita un pueblo cristiano, rico y colmado de todos los bienes de fortuna.

[...] Y si se ha de creer todavía existente el paraíso terrenal en un sitio inaccesible por voluntad divina, ¿qué otro mejor país para este efecto que la isla de San Borondón que, además

de ser una de las Afortunadas o Beatas donde colocaban el paraíso los gentiles, tiene la propiedad de presentarse a los ojos y de huirse de entre las manos? ¿Acaso será porque el querubín defiende la entrada con espada de fuego? ¿Habitáranla Enoch y Elías? ¿Será preciso que se hunda una de las siete Canarias para que esta se descubra a fin de que nunca dejen de ser «símbolo de los siete sacramentos»?

[...] Este extraño suceso, que no es menester criticar, dio sin duda todo el fundamento para que a nuestra isla incógnita se le aplicase el título de San Borondón; pues, como se tenía presente que San Brandón había desembarcado en una isla que apareció y desapareció de repente; como se creía que las Canarias fueron el teatro de aquella escena, y como se hablaba de una isla inconstante más allá de las de La Palma y de El Hierro, fue muy regular que se llamase esta tierra la isla de San Blandón o San Borondón.

Y, a la verdad, los que le impusieron este nombre la definieron. Son muchos los que han observado sus frecuentes apariciones. Muchos son los que han creído ver una verdadera tierra, pero que se escapa a modo de la ballena de San Brandón, que fluctúa sobre el océano y que nos hace entrar en desconfianza de nuestros mismos ojos. ¿Si serán estas apariciones algún juego incomprensible de la naturaleza, algún fenómeno delicado, alguna travesura óptica? [...]

[...] También es prueba singular y muy equívoca la del diario que se alega u otra semejante, porque haberse divisado en una tarde la isla de La Palma y hallarse el bajel al día siguiente sobre la misma Palma sólo indicaba que el viento o las corrientes le fueron poco favorables durante aquella noche. El quedar las calmas de esta isla a la parte del oeste, antes sería efecto de su configuración y de la situación de sus cabos que del abrigo de una tierra que, cuando menos, dista de allí 54 millas. El encallar sobre las orillas de El Hierro y La Gomera algunos limones, frutas, ramos verdes, etc., después que han soplado vientos occidentales, tampoco es argumento de que la tierra de San Borondón las envía, porque cuantos han visto estos frag-

mentos convienen en que son producciones americanas, no habiendo ninguna dificultad en creer que transmigran desde aquel continente o de sus islas. Mucho más distan Irlanda y Escocia de la América que las Canarias, y esto no estorba para que en las riberas de aquellas comarcas se hayan recogido repetidas veces diferentes frutos del Nuevo Mundo, así como en las islas Azores han aportado canoas y cadáveres de indios. [...]

53 | «23. INVADE GUILLÉN PERAZA LA ISLA DE LA PALMA,  
EN DONDE MUERE» Y «24. ELOGIO DEL JOVEN PERAZA»

Confirió el mando de estas tropas a su hijo Guillén y poco después vio salir de la bahía de La Gomera su gallarda escuadra. Luego que esta surgió en La Palma <sup>(tras llegar a la isla)</sup> hacia el distrito de Tihuya, donde reinaba el príncipe Echedey, se conmovió la tierra y corrieron los bárbaros como furiosos a la defensa de su patria, de la que eran amantísimos. Echedey dio el gobierno de sus fuerzas a su hermano Chenuco y el de las chusmas auxiliares a Dutínmara, palmero valiente, astuto y primer ministro de Tiniaba, príncipe de Tagaragre en el territorio de Barlovento. Estos naturales, pues, que conocían perfectamente todas las ventajas del terreno, uno de los más fragosos del mundo, ganaron sin pérdida de tiempo las avenidas, gargantas y desfiladeros de las montañas, apostándose con superioridad.

Por nuestra parte mandaba el cuerpo de los ballesteros españoles Hernán Martel Peraza, y el de los isleños: Juan de Aday, Luis de Casañas y Mateo Picar. Guillén Peraza, consultando más con su ardor que con la prudencia, dio orden para que, avanzando sus tropas tierra adentro, atacasen por todas partes al enemigo hasta desalojarle. Los palmeros los recibieron con tanta firmeza como algazara y, al momento, se hallaron los invasores oprimidos bajo el peso de las monstruosas piedras que precipitaban de las alturas inmediatas o que disparaban con las manos. La agilidad y prontitud con que estos bárbaros trepaban por los riscos más escarpados y con que se desaparecían y volvían a caer de repente sobre los cristianos era un espectáculo asombroso.

Ya los europeos, que se veían desordenados, tomaban el partido de la fuga, retirándose a la ribera, cuando, queriendo el joven Peraza rehacer una parte de los fugitivos y detener el choque de los palmeros con su espada, vino perdida por el aire una piedra fatal que, hiriéndole en la cabeza, le dejó muerto.

Jamás hubo infortunio más lastimoso. La retirada a los navíos se hizo entonces general y muchos españoles perdieron la vida al lado de Hernán Martel por embarcar el cadáver del malogrado jefe. Así regresó la escuadra, cargada de luto, a La Gomera, donde dieron sepultura al hermoso guerrero y en sus exequias entonaron los pueblos las endechas siguientes, cuyas cláusulas nobles, patéticas y sencillas nos conservó el padre Abreu Galindo en su historia: «Llorad las damas...».

54 | «32. DESAFÍO DE DORAMAS, SU MUERTE Y ELOGIO»

Habíase apostado Doramas, guanarteme de Telde, sobre una de las eminencias del país de Arucas, desde donde insultaba con sus huestes el poderío español. El general Vera, que estaba resuelto a atacarlas, se apostó también sobre otro cerro opuesto, dando a sus soldados la extensión conveniente para hacerlos más respetables. Así se estuvieron observando los dos ejércitos mutuamente, sin moverse, durante algunas horas, hasta que, ensoberbecido Doramas con la idea de su valor, envió un canario a Pedro de Vera para decirle que si entre sus afeminados europeos se hallaba alguno que se atreviese a salir con él a un combate singular, en presencia de ambos campos, se podría evitar la batalla.

Nuestro general quiso ser el Manlio Torcuato que postrase las altiveces de aquel bárbaro, acordándose de que en su familia había habido grandes duelistas en todos tiempos. Él mismo, siendo todavía muy joven, por desagaviar el honor del rey don Enrique IV, había cortado la cabeza en un desafío a cierto caballero navarro, la cual expuso a la vista de aquel monarca y de toda su corte. Pero sus oficiales, que tenían más sangre fría o más prudencia, pudieron disuadirle por entonces.

Sin embargo, como los moros habían hecho en España aquel género de certamen demasiado común, no faltó un hidalgo llamado Juan de Hoces que, admitiendo el desafío, saliese al campo. Este soldado servía en la caballería y habiendo dejado las líneas, montado en un bello caballo andaluz, acometió denodadamente a Doramas, quien, sin darle lugar para que se acercase demasiado, le arrojó su magado con tanto brío que, traspasándole la adarga, cota y corazón, lo derribó muerto. La terrible algazara con que vitorearon los canarios la hazaña de su guanarteme redobló el encono de los españoles, no sólo por la pérdida del malogrado Hoces, sino por el descrédito de sus armas.

Entonces fue cuando no pudiendo Pedro de Vera ser dueño de sí mismo salió arrebatado de furor contra Doramas y, lisonjeándose este bárbaro victorioso anticipadamente de la muerte del general enemigo, le arrojó su dardo con la mayor violencia y le traspasó la adarga; pero huyendo Pedro de Vera el cuerpo, evitó la herida. Inmediatamente, metió espuelas a su caballo para ponerse más al alcance del guanarteme. Ve venir silbando por el aire otro dardo; baja la cabeza y, cosiéndose con el pescuezo del bruto, evita por segunda vez el tiro. Malogrado este, se abalanza rápidamente contra Doramas y, logrando alcanzarle, le mete la lanza por un ijar y le derriba. Sintiéndose malherido el isleño y viendo a su rival en acción de descargarle un nuevo golpe, se rindió pidiendo cuartel.

Cuando los canarios observaron caído a su estimado jefe y todo bañado en su sangre, salieron de sus puestos como bestias feroces y embistieron a las tropas españolas. El combate se hizo casi general, y por una y otra parte se ejecutaron prodigios de atrevimiento y valor. Pero como reconocieron los bárbaros que perdían mucha gente sin conseguir romper nuestras líneas y que no les era posible recuperar al guanarteme, se desparramaron por las cumbres, dejando en la fuga un número considerable de prisioneros y heridos.

Intentaba Pedro de Vera llevar a Doramas consigo, para que adornase su entrada en el Real de Las Palmas, que pensaba hacer como en triunfo; mas, habiendo llegado a la cuesta de

Arucas, se halló aquel prisionero tan débil y extenuado por la falta de sangre que empezó a experimentar los últimos parasismos. Se dispuso que pidiese el bautismo y se condujo el agua dentro de un casco de acero. El mismo general quiso servirle de padrino, y murió Doramas algunos instantes después. Fue sepultado en la célebre montaña que retiene su nombre. Acompañó casi todo el ejército su entierro, con un gran número de canarios que prefirieron el cautiverio a la pena de separarse del cadáver. El P. Abreu Galindo asegura que hasta sus días se conservaba el sepulcro de aquel isleño, orlado de un cerco de piedras y, en medio, levantada una cruz.

Así murió, colmado de la sólida gloria militar, aquel héroe salvaje después de haberse hecho un lugar tan distinguido entre los suyos por sus bríos, su capacidad, sus hazañas y aun por sus delitos. Todas las acciones de Doramas tuvieron la propiedad de interesar. La patria, cuyo gobierno había usurpado para defenderla y por la que sacrificó la vida, le lloró amargamente llamándole su ornamento y el último de los canarios. Los españoles, que le aborrecían y respetaban, reconocieron que desde que el guanarteme de Telde había fallecido se había comenzado a conquistar verdaderamente el país.

55 | «42. VISTAS DE DON FERNANDO GUANARTEME  
CON LOS CANARIOS QUE OBEDECÍAN A BENTEJUI»

Imaginaba el general Pedro de Vera que la presencia del guanarteme don Fernando tendría más eficacia para con los suyos que un ejército de españoles; y así determinó que este personaje, adornado de las magníficas vestiduras que le habían dado los reyes, pasase a Gáldar acompañado de Juan Mayor y de la correspondiente escolta para abocarse con sus antiguos vasallos. Esto en verdad era exponer la fidelidad del noble cautivo a una dura experiencia. Don Fernando Guanarteme halló casi desolados sus estados de Gáldar; y luego que sus paisanos le reconocieron vestido a la española, levantando el grito, empezaron a derramar abundantes lágrimas. Todos le andaban

alrededor, le palpaban la ropa y le preguntaban por las circunstancias de su prisión, viaje y cautiverio.

Las respuestas que el guanarteme dio a estas cuestiones los acabó de enternecer: «¡Ay, hijos míos! -dijo-. Yo soy prisionero de guerra y presto lo seréis vosotros si os obstináis en conservar vuestra independencia. Los españoles son poderosos e incansables. No puedo olvidarme de haber visto a sus guanartemes, más brillantes que el sol y la luna, adorados de unos pueblos inmensos y rodeados de cierta grandeza y autoridad de la que ninguno de vosotros tiene idea. Desengañémonos: la pobre Canaria no puede resistir a las fuerzas de esta innumerable nación, siendo como es una corta peña colocada en medio del mar; y nosotros a manera de un marisco despreciable que habita en ella. ¿Habéis visto acaso que este se defiende mucho tiempo de los pescadores? Los reyes de España os prometen entera libertad en el caso de que queráis ser pueblo suyo; y yo, como vuestro príncipe y guanarteme, humillado a sus pies, les he ofrecido vuestra fidelidad y vasallaje. ¿Me haréis mentir? Yo soy ya cristiano; es necesario que también vosotros lo seáis».

Como este discurso sólo persuadió a los que ya estaban persuadidos, se echó de ver que la mayor parte del gentío, adicto al nuevo guanarteme y gobernado por el magnánimo Tazarte, se exhaló en quejas y reprehensiones amargas: «¿Qué? ¿También Tenesor Semidán, al que nosotros llamábamos el Bueno, se ha puesto del bando de los que nos persiguen cuando él era el primero que debía morir por la libertad de la patria? No, este no es hijo de Artemi, que nos defendió de Bethencourt. ¡Cuánto ha degenerado! Anda, guanarteme indigno de tu nacimiento y de tu nombre, vuelve a que los pérfidos europeos te engañen; vuélvete para ser el panegirista de esos mastines de presa; vuélvete y déjanos siquiera morir con honra... Pero no, no te vayas todavía: tienes súbditos que poder mandar. Mándalos y verás cómo pierden la vida defendiéndose. Quédate con nosotros. Todavía Canaria no ha desaparecido del mundo y aquí la tienes toda sobre estos cerros».

El guanarteme don Fernando, volviendo cubierto de confusión al Real de Las Palmas, dio a Pedro de Vera la exacta descripción del país que los isleños ocupaban y le pintó los horrosos precipicios, avenidas y lugares inaccesibles donde el grueso de la nación se había fortificado, especialmente el famoso puesto de Bentaiga, cerca de Tejeda y Acusa, guardado por los más resueltos, por ser este como su almacén general de víveres.

56 | «44. ATAQUE DE LOS PUERTOS DE TITANA, AMODAR Y FATAGA»  
Orgullosos con esta ligera ventaja, se animaron los nuestros a avanzar hasta la fortaleza de Titana, colocada en la cima de un peñasco muy eminente y escabroso, donde la naturaleza, ayudada del arte, parecía haber puesto al abrigo de todo insulto a cuantos se refugiaban en ella. Pero como el general Vera la hizo atacar improvisamente por sus tropas y por una partida de isleños desertores, prácticos en aquellos desfiladeros, logró desalojarlos, matarles veinticinco hombres y saquearles todas las provisiones que tenían allí almacenadas.

Cuando los bárbaros entendieron que los nuestros habían abandonado a Titana para marchar hacia otros puestos, volvieron a ocuparla, fortificándose de modo que no pudiesen experimentar segunda sorpresa.

[...] Nuestras tropas le atacaron con tal denuedo que, a pesar de la obstinada resistencia de los bárbaros, se hicieron dueños de él, dando muerte a cuantos se oponían al paso y apriñando a los que no tuvieron tiempo de ponerse a salvo. Aquí fue donde se vio una nueva prueba del fiero carácter de esta nación. No sólo la romana tuvo sus Porcias y sus Arrias. Dos mujeres, por no caer en manos de sus enemigos, corrieron intrépidamente hacia uno de aquellos precipicios y, arrojándose de ellos, se hicieron mil pedazos. Abreu Galindo asegura que hasta su tiempo se llamaba aquel el Risco de las Mujeres.

De Amodar marcharon los nuestros a Fataga, otro lugar fuerte, situado sobre una sierra áspera, que allanaron del mismo modo. Esta campaña, en verdad, tenía más visos de una

batida contra fieras, refugiadas en las malezas de los bosques, que de una guerra contra criaturas racionales.

Así, viendo los canarios que seguían a Tazarte y al nuevo guanarteme que las armas de los españoles tomaban cada día más predominio y que sus más incontrastables asilos no eran inaccesibles a los ataques, empezaron a dar oídos a Aitami, el faycán de Gáldar, que era tío de don Fernando Guanarteme y sacerdote del estado. Este viejo no cesaba de aconsejarles aquello mismo que les había aconsejado su sobrino; esto es, que se sometiesen de buena fe a Pedro de Vera y a los poderosos monarcas que querían gobernar aquella tierra. Pero cuando el valeroso Tazarte observó que la mayor parte de los suyos seguía el dictamen de un cobarde, abandonando la salud de la patria, arrebatado de dolor y de frenesí, corrió al borde del célebre risco Tirma de Gáldar y, clamando en voces muy altas «¡Atis Tirma!», se precipitó al mar. [...]



#### TOMÁS DE IRIARTE Y NIEVES RAVELO<sup>4</sup>

57 | «FÁBULA VIII. EL BURRO FLAUTISTA»

*Sin reglas del arte, el que en algo acierta, acierta por casualidad.*

Esta fabulilla,  
salga bien o mal,  
me ha ocurrido ahora  
*por casualidad.*

---

4. Tomás de Iriarte y Nieves Ravelo [1750-1791]: *Fábulas literarias*. Madrid : Imprenta Real, 1782. Las ediciones modernas de este título suelen incorporar debajo del enunciado de cada fábula un pequeño texto que sirve de moraleja. En la edición manejada, estos pequeños escritos aparecen al final del libro bajo la denominación: «Índice de las fábulas y de sus asuntos». Esta parte del volumen original no está paginada, lo que no impide deducir que, de estarlo, ocuparía el espacio correspondiente a las páginas que van de la 159 a la 171. En el último tramo del libro, páginas 172-174, tampoco paginado en el original, se abordan los distintos tipos de metros utilizados en las fábulas. En esta antología que nos convoca se seguirá con la tradición editorial de incorporar bajo el título el pequeño mensaje. Las páginas que a continuación se indican informan de la ubicación de las diferentes fábulas en la obra original, a saber: 19-20, 60-61, 78-80, 92-93 y 114-115.

Cerca de unos prados  
que hay en mi lugar  
pasaba un borrico  
*por casualidad.*

Una flauta en ellos  
halló que un zagal  
se dejó olvidada  
*por casualidad.*

Acercose a olerla  
el dicho animal  
y dio un resoplido  
*por casualidad.*

En la flauta el aire  
se hubo de colar  
y sonó la flauta  
*por casualidad.*

«Oh», dijo el borrico:  
«¡Qué bien sé tocar!  
Y dirán que es mala  
la música asnal».

Sin reglas del arte  
borriquitos hay  
que una vez aciertan  
*por casualidad.*

58 | «FÁBULA XXVIII. EL ASNO Y SU AMO»

*Quien escribe para el público y no escribe bien no  
debe fundar su disculpa en el mal gusto del vulgo.*

Siempre acostumbra hacer el vulgo necio  
de lo bueno y lo malo igual aprecio:

«Yo le doy lo peor, que es lo que alaba».

De este modo sus yerros disculpaba

un escritor de farsas indecentes;

y un taimado poeta que lo oía

le respondió en los términos siguientes:

«Al humilde jumento

su dueño daba paja y le decía:

“Toma, pues que con eso estás contento”.

Díjolo tantas veces que ya un día

se enfadó el asno y replicó: “Yo tomo

lo que me quieres dar; pero, hombre injusto,

¿piensas que sólo de la paja gusto?

Dame grano y verás si me lo como”.

Sepa quien para el público trabaja

que, tal vez, a la plebe culpa en vano;

pues si en dándola paja, come paja,

siempre que le dan grano, come grano».

## 59 | «FÁBULA XXXVI. LA COMPRA DEL ASNO»

*A los que compran libros solo por la encuadernación.*

Ayer por mi calle  
pasaba un borrico,  
el más adornado  
que en mi vida he visto.

Albarda y cabestro  
eran nuevecitos,  
con flecos de seda  
rojos y amarillos.

Borlas y penacho  
llevaba el pollino;  
lazos, cascabeles  
y otros atavíos;  
Y hechos a tijera,  
con arte prolijo,  
en pescuezo y anca,  
dibujos muy lindos.

Parece que el dueño  
-que es, según me han dicho,  
un chalán gitano  
de los más ladinos-  
vendió aquella alhaja  
a un hombre sencillo;  
y añaden que al pobre  
le costó un sentido.

Volviendo a su casa  
mostró a sus vecinos  
la famosa compra.  
Y uno de ellos dijo:  
«Veamos, compadre,  
si este animalito  
tiene tan buen cuerpo  
como buen vestido».

Empezó a quitarle  
todos los aliños  
y bajo la albarda,  
al primer registro,  
le hallaron el lomo  
asaz malherido,  
con seis mataduras  
y tres lobanillos,  
    amén de dos grietas  
y un tumor antiguo  
que bajo la cincha  
estaba escondido.  
«Burro», dijo el hombre.  
«Más que el burro mismo  
soy yo, que me pago  
de adornos postizos».

A fe que este lance  
no echaré en olvido,  
pues viene de molde  
a un amigo mío;  
el cual, a buen precio,  
ha comprado un libro  
bien encuadernado  
que no vale un pito.

60 | «FÁBULA XLII. EL GATO, EL LAGARTO Y EL GRILLO»

*Por más ridículo que sea el estilo retumbante, siempre habrá necios  
que le aplaudan solo por la razón de que se quedan sin entenderle.*

Ello es que hay animales muy científicos  
en curarse con varios específicos,  
y en conservar su construcción orgánica  
como hábiles que son en la botánica,  
pues conocen las hierbas diuréticas,  
catárticas, narcóticas, eméticas,  
febrífugas, estípticas, prolíficas;  
cefálicas, también, y sudoríficas.

En esto era gran práctico y teórico  
 un gato, pedantísimo retórico,  
 que hablaba en un estilo tan enfático  
 como el más estirado catedrático.  
 Yendo a <sup>[la]</sup> caza de plantas salutíferas,  
 dijo a un lagarto: «¡Qué ansias tan mortíferas!  
 Quiero, por mis turgencias semihidrópicas,  
 chupar el zumo de hojas heliotrópicas».

Atónico el lagarto con lo exótico  
 de todo aquel preámbulo estrambótico,  
 no entendió más la frase macarrónica  
 que si le hablasen en lengua babilónica;  
 pero notó que el charlatán ridículo  
 de hojas de girasol llenó el ventrículo,  
 y le dijo: «Ya, en fin, señor hidrópico,  
 he entendido lo que es zumo heliotrópico».

Y no es bueno que un grillo, oyendo el diálogo,  
 aunque se fue en ayunas del catálogo  
 de términos tan raros y magníficos,  
 hizo del gato elogios honoríficos.  
 Sí, que hay quien tiene la hinchazón por mérito  
 y el hablar liso y llano por demérito.

Mas ya que esos amantes de hiperbólicas  
 cláusulas y metáforas diabólicas  
 de retumbantes voces el depósito  
 apuran, aunque salga un despropósito,  
 caiga sobre su estilo problemático  
 este apólogo esdrújulo-enigmático.



## 61 | «FÁBULA XLIX. EL JARDINERO Y SU AMO»

*La perfección de una obra consiste en la unión de lo útil y lo agradable*

En un jardín de flores  
había una gran fuente  
cuyo pilón servía  
de estanque a carpas, tencas y otros peces.

Únicamente, al riego  
el jardinero atiende,  
de modo que entretanto  
los peces agua en que vivir no tienen.

Viendo tal desgobierno,  
su amo le reprende;  
pues, aunque quiere flores,  
regalarse con peces también quiere.

Y el rudo jardinero  
tan puntual le obedece,  
que las plantas no riega  
para que el agua del pilón no merme.

Al cabo de algún tiempo,  
el amo al jardín vuelve.  
Halla secas las flores  
y amostazado dice de esta suerte:

«Hombre, no riegues tanto  
que me quede sin peces;  
ni cuides tanto de ellos  
que sin flores, gran bárbaro, me dejes».

La máxima es trillada,  
mas repetirse debe:  
no escriba quien no sepa  
unir la utilidad con el deleite.

---

# SIGLO XIX

---

---

GRACILIANO AFONSO NARANJO

62 | *El juicio de Dios a la Reina Ico*<sup>1</sup>

[...] Ico, la hermosa de luengos cabellos;  
de perla y corales, la boca riente;  
grana, sus mejillas; sus ojos, destellos  
del astro que anuncia la aurora naciente;  
de cuerpo gallardo, de airosa apostura,  
mal grado la cubra la piel vedijosa,  
luciendo la marcha y la donosura  
de ninfa que al Betis besó cariñosa.

Que fuera la reina, la esposa, la hermana  
del rey Guanarame, que yerto yacía,  
y cabe la mesa su cuita inhumana,  
asaz malhadada, tristosa plañía:

— “Mítigo tan, Guanareme, mi altaha” [...]

...

---

1. Graciliano Afonso Naranjo [1775-1861]: «*El juicio de Dios a la Reina Ico*» en *Antología poética de Graciliano Afonso*. Introducción, edición y notas de Antonio Becerra Bolaños [1970-]. [Las Palmas de Gran Canaria] ; [La Laguna, Tenerife] : Academia Canaria de la Lengua, 2007. Págs. 116, 118-121, 123-124, 127-131 y 138-140.

[...] Amotinada la rebelde plebe  
en torno grita del alcázar regio:

- “Ico achicaxna, no será tu hijo  
Guadarfía, mencey de nuestro imperio.

”Fayna, tu madre, que la fe vendiera  
de Zonzamas, su esposo, al extranjero,  
puso en tu rostro la señal impura,  
que de oprobio cubrió tu nacimiento” [...]

El jefe de los guayres, revestido  
del velludo tamarco, en tono severo,  
en la tostada lanza se apoyando,  
desde la piedra habló que le da asiento:

- “¡Guayres!, que con fuerte lanza  
de Tite sois el amparo,  
y de la ley el preclaro  
escudo en blanda templanza.  
Mirando estáis la venganza  
de atrevido vulgo insano,  
que insulta cruel, inhumano,  
a Ico hermosa, cuya suerte  
es perder con una muerte  
su rey, su esposo y su hermano.

”¿Era este, acaso, el momento  
de redoblar con rigor  
el crudo acerbo dolor  
que a Ico bella dé tormento?  
Ese vulgo desatento,  
que un partido necio agita,  
obedecer necesita,  
mandar no, que la nobleza  
salvar sabe su grandeza  
sin añadir cuita a cuita”.

- “Pues sálvela en el instante”,  
gritó Sigóñé encendido,

“sobrado el pueblo ha sufrido  
con tal reina y tal reinante:  
Si Zonzamas tolerante  
a su Fayna repudiara;  
si cobarde no callara  
el guayre, ni la extranjera  
con Guanarame se uniera  
ni Guadarfía reinara”.

- “Esa piedad no es piedad,  
es tiranía inclemente  
que de la ley, insolente,  
destruye la autoridad:  
si Ico es guayre, la verdad  
al punto aparecerá  
que a Tite le mostrará  
Guayajiraxí, el ser sumo,  
si es que en la prueba del humo  
vida y nobleza le da.

“Sufra la prueba al momento  
junto con las tres villanas,  
robustas, fuertes y sanas,  
según legal mandamiento:  
si todas en el tormento  
mueren, claro dice el cielo  
que Ico mintiera su duelo;  
si vive sola, en el día  
será mencey Guadarfia,  
Tite-roi-gatra en el suelo”.

El pueblo grita  
con vocería

- “Salga la madre  
de Guadarfía;

“Venga a la prueba,  
que Abora ordena;

será su triunfo,  
será su pena.  
Quede en su albergue  
hasta mañana  
mientras se apresta  
la paja y <sup>[la]</sup> caña,  
y en el recinto  
del mandamiento  
con las villanas  
sufra el tormento\*.

Los guayres van sin demora  
a llevar tan triste nueva  
a la reina, su señora;  
más hermosa cuando llora  
su hijo, su esposo y la prueba. [...]

...

Cuando el inconstante vulgo,  
pasado el furor primero,  
a la cabaña retorna,  
su luz el sol escondiendo  
y, en sus reflejos, la luna  
y los nocturnos luceros,  
y de la esfera el zafiro,  
vierten regalado sueño;

y de Tite los villanos,  
así que los guayres fieros,  
gofio sabroso aprestaban,  
asado cabrito y queso [...]

...

Álzase despavorida  
Y, asiendo de un zurrón  
oculto bajo el tamarco,  
tardos pies tristes moviendo,  
al palacio se encamina;

y mirando con recelo,  
pregunta: —“¿De Ico la Hermosa,  
dónde queda el aposento?”.

De lanza y tabona armado,  
le responde un tite fiero:  
— “¿Qué busca aquí, ¡bruja vieja!,  
a tal hora y en tal puesto?”.

Guadastiza le suplica  
con suaves llorosos ecos:  
— “¡Hijo!, piedad, y permite  
que a Ico dé el último beso.

“Yo la criara en mis brazos,  
fue mi amor y mi recreo;  
<sup>[deja]</sup> que la abrace antes que muera  
sofocada en humo denso.

“Si tienes hijos, y sabes  
la fuerza de amor materno,  
hazme esta gracia, así Abora  
los guarde de tal aprieto”.

El Dios que tiene en su mano  
el corazón del guerrero  
tierna compasión le inspira  
y dejó libre el sendero;  
y a las siervas de Ico dice  
que conduzcan a su dueño  
aquella vieja importuna,  
que verla quiere en su duelo. [...]

...

Al fin, Guadastiza alarga  
la seca mano diciendo:  
— “Deja el llanto, hija querida,  
que Abora envía el remedio;

”Alza los ojos y mira  
tu Guadastiza, que un tiempo  
amabas como a la madre  
que te llevara en su seno.

”¡Ay, mírame, desdichada!  
No desperdicies momentos,  
que aquí traigo con que salves  
tu vida y tu honor ilesos”. [...]

— “¿Quién eres tú?”, le pregunta.  
“¿Eres Guayota protervo?  
¿Qué guañoth puedes traerme  
contra los guayres y el pueblo?”

— “No soy Guayota, hija mía;  
soy Guadastiza. ¿Un recuerdo  
no te queda, ¡ingrata!, solo  
de tanto amor y desvelo?”

— “¿Tú, Guadastiza, mi madre?  
¿Dónde estuviste? ¿Qué suelo  
te ocultó que para el mundo  
yacías entre los muertos?”

— “La historia es larga, amor mío.  
Direte pocos sucesos  
para que sepas tu origen  
y lo que debes al cielo. [...]

”No temas, Ico la Hermosa,  
que infalible es el remedio.  
Fuerza y valor necesitas  
para conseguir tu intento;  
mas todo será perdido  
si no tomas alimento.  
Aquí traigo el necesario  
que te fortalezca el cuerpo.

”Escúchame; y cuando acabe  
de Fayna el triste suceso,  
borrarás de tu memoria  
tan doloroso recuerdo”.

...

Luego le dice: —”Ico la Hermosa,  
lo que ahora importa es mirar  
cómo se puede salvar  
tu hijo, vida y honor.

”Cata bien lo que te advierto”.  
Y luego, el zurrón abriendo,  
fresco queso y gofio oliendo  
a la reina presentó  
obligándola a comer  
por más que se resistía.  
Grande esponja seca, fría,  
del zurrón también sacó.

— “Aquí está tu salvación”.  
Con gran misterio le dice:  
”Y a Guadastiza bendice  
por tal prueba de su amor.  
Esta esponja de agua henchida  
(la que ocultas llevarás),  
en tu nariz la pondrás  
y beberás su licor.

”Cuando los guayres crueles  
enciendan la paja y lana,  
y en humo su rabia insana  
te quisiera sofocar,

”plañe y gime sin medida,  
muestra desesperación  
para ahuyentar la ocasión  
de que puedan sospechar.

"Ni el humo te dañará,  
 ni te abrasará el calor...  
 ¡Guarda! No tengas dolor  
 de ver morir las villanas.  
 Finge que sufres con ellas;  
 mas luego que estén sin vida,  
 gritarás con voz fingida:  
 "¡Ico murió, estamos sanas".  
 Y cuando el pueblo llegare  
 y sola te halle, gritando  
 le dirás al cancha bando  
 que Achamán te guardó;  
 y que, piadoso en tu angustia,  
 un aire fresco esparciendo,  
 humo y calor destruyendo,  
 tu vida y honor salvó". [...]



### ÁLBUM DE LITERATURA ISLEÑA<sup>2</sup>

63 | JOSÉ PLÁCIDO SANSÓN (1815-1875): «LOS ESPOSOS»

¿Ves aquel campo frondoso  
 que en la vecina llanura  
 convida con su frescura,  
 con tanto laurel pomposo,  
 con tanta fruta madura?

Allí los dos, ¡vida mía!,  
 las manos entrelazadas,  
 mi labio en tu labio, un día  
 horas pasamos preciadas  
 lejos de esa tierra impía.

---

2. Varios autores: *Álbum de literatura isleña*. Las Palmas de Gran Canaria : Imprenta de la Verdad, 1857. Preliminar "A los lectores" de Carlos de Grandy y Guiraud, responsable quizás de la edición. Págs. 26-27, 46, 59-60 y 68-70.

Bellos son los arbolados  
en sabanas de verdura  
como estatuas levantados,  
bellos los tendidos prados,  
bella el agua que murmura.

Hermoso es un limonero  
con su corona amarilla  
y con su aroma primero;  
dulce, el canto lastimero  
de enamoradaavecilla;

magníficos, los parrales  
con sus racimos colgando,  
las uvas de oro ostentando  
y, a lo lejos, los perales  
graciosos grupos formando...

Ven, llega, esposa del alma,  
y juntos nos sentaremos  
al pie de la erguida palma;  
y allí, en apacible calma,  
mil cosas nos contaremos.

¿Observas, di, cómo el día  
lentamente va muriendo  
inundado de armonía?  
¿Sientes la melancolía  
que la noche va esparciendo?

Música se oye en los mares,  
música se oye en los montes  
que al cielo sirven de altares.  
El aura toda es cantares;  
cantares, los horizontes...

Ven, llega, esposa del alma,  
y juntos nos sentaremos  
al pie de la erguida palma;  
y allí, en apacible calma,  
a ese mundo olvidaremos.

64 | RAFAEL BENTO Y TRAVIESO (1782-1831): «A LA SRTA. D<sup>a</sup>. FRANCISCA P.»

Este, Fani -¡oh, dolor!-, lúgubre canto,  
que numen melancólico me inspira,  
yo te consagro, porque fiel suspira  
mi corazón por la que amaba tanto.

Ni tu cariño ni mi amargo llanto  
vencer pudieron la celeste ira,  
que no hay deidad que al mísero que expira  
pueda eximir de funeral quebranto.

Mas, no llores; no ha muerto toda entera  
nuestra amada Tiresia, porque vive;  
su más noble porción no se ha deshecho.

Pues que tú eres su imagen, considera  
también que el destino te prohíbe  
buscarla en otra parte que en mi pecho.

65 | RICARDO MURPHY Y MEADE (1814-1840): «AMOR Y DESENGAÑO»

Ven conmigo al campo ameno,  
dulce prenda de mi vida,  
que al deleite ya convida  
la estación primaveral;  
    en el campo libremente  
puro el aire se respira,  
no es como este, cara Amira,  
aire infecto, sepulcral.

Las pasiones turbulentas,  
las políticas tormentas,  
ya me infunden negro horror;  
    no sentencias de los sabios,  
sí palabras de tus labios  
quiero oír, que son de amor.

Un estanque tú verás  
    en la quinta  
con mil peces de colores,

que en sus claras aguas pinta  
del jardín  
las palmeras y las flores;  
allí esparcen sus olores,  
invisibles en la maceta,  
la violeta,  
el cantueso y el jazmín.

Y también allí te ofrece  
grata sombra de emparrado  
un sencillo senador;  
y tan bello que parece  
fuera un día allí formado  
por la mano del amor.

Allí juntos ha de vernos  
por la tarde el sol poniente;  
allí juntos, cuando aliente  
fresca el aura matinal.

Ven conmigo al campo ameno,  
dulce prenda de mi vida,  
que al deleite nos convida  
la estación primaveral.

66 | JOSÉ BENITO LENTINI LINDO (1835-1862): «HOJAS MARCHITAS»

Oye: era un tiempo en que, al tender la aurora  
sus dorados encajes,  
anhelaba mirar a la Natura  
bañada en mil torrentes de luz pura,  
oír el trino alegre y melodioso  
de la turba canora;  
e internarme del bosque en los ramajes.  
Y la oscura violeta,  
el rojizo clavel, la blanca rosa,  
eran lozanas flores  
que ornaban con sus nítidos colores  
mi frente de poeta.

Entonces, ¡ay!, vertía dulce lloro  
oyendo los arrullos  
de la paloma viuda y solitaria;  
sonreía mirando los capullos  
que tiernos y nacientes se enlazaban,  
y apoyo a los arbustos demandaban;  
el bramido del mar me estremecía,  
el suspiro del aura me adormía,  
el néctar de las flores me embriagaba  
y ante el carro del sol me prosternaba.  
Todo era Dios y, en mi anhelar profundo,  
el Dios que iba en mi mente  
*un bello porvenir cantaba al mundo.*  
Hoy, nada queda, nada; el Dios ha muerto  
y el mundo se ha tornado en un desierto.  
¿Sabes lo que es amar? ¿Sabes, amigo,  
lo que es guardar la acariciada idea  
de nuestra mente férvida al abrigo?  
¿Sabes por desventura  
lo que es faltar esa ilusión querida;  
esa ilusión que nuestro afán recrea  
con su lumbrera pura,  
pura como el armiño,  
como el halago de la madre al niño?  
La llama del amor tranquila y blanda  
conviértese en antorcha calcinante  
que se apodera audaz del pecho amante  
y lo aprisiona, y lo deshace en trizas;  
y el corazón le arranca ya humeante,  
y en juguete da al viento sus cenizas.  
¡Amor! no. ¡No hay amor! ¡Fiero, inmutable,  
preséntase el Destino formidable!  
¡Pues bien, dadme deleites! Sí, beodo  
la copa apuraré de los placeres;  
y ciego aspiraré, libaré lodo.  
¡Venid, venid, mujeres!

Las de mirada ardiente,  
las del turgente y desceñido pecho,  
aromas esparcid sobre mi frente,  
recostadme amorosas en el lecho.  
En vano, georgiana, no me hechizas;  
aparta, hebrea, tus velados ojos.  
Si buscáis corazones por despojos,  
del mío solo quedan las cenizas.  
¡Gloria, gloria inmortal! Detén tu vuelo.  
¡Oh, musas, amparadme,  
y en las alas del genio remontadme  
hasta el empíreo cielo!  
¡Benvenutos, venid, alzad mi estatua;  
elevad, Garcilasos, mil cantares  
y consumid incienso en mis altares!  
¡Loca imaginación! ¡Demencia fatua!  
Huye, esplendente Gloria, si electrizas  
con tu poder el corazón del hombre;  
el mío, aunque te asombre,  
para ti solo guarda sus cenizas.  
¿Felicidad, dó estás? Virgen amada,  
dame admirar el brillo de tu frente,  
posa tus labios en mi sien cansada.  
En vano largamente  
te demandé a las aguas cristalinas,  
al monte altivo y a la selva hojosa.  
Quise aspirar tus flores purpurinas  
y mi pecho punzaron sus espinas;  
quise libar tu néctar de consuelo  
y apuré la cicuta ponzoñosa  
que en mitad del camino,  
con mano airada y corazón de hielo,  
me presentó impertérrito el destino.  
Mas, ¡ah!, ¿qué importa que apurando hieles  
sucumbiera rendido a mi quebranto?  
La sociedad, en tanto  
adornada la sien de cascabeles,  
con risotadas acogió mi llanto... [...]

## NICOLÁS ESTÉVANEZ Y MURPHY

65 | *Canarias*<sup>3</sup>

III | Con las atlánticas brisas  
llegó hasta Europa la fama  
de las deliciosas vegas  
de las siete islas hermanas.

Oscuros aventureros  
y valentones de daga  
soñaban, como era moda,  
en las conquistas lejanas;  
y, levantando bandera  
para las Afortunadas,  
partieron a la conquista  
en nombre del rey de España.

Un caballero normando,  
que Betancur se llamaba,  
fue el primer conquistador  
que desembarcó en sus playas;  
y después otros caudillos  
y repetidas armadas  
combatieron en las islas  
con furia hasta conquistarlas.

Dominaron y vencieron  
con perfidias y matanzas,  
valiéndose de la astucia  
y de sus mejores armas;  
pero les costó más tiempo  
que a César rendir las Galias,  
que a Aníbal vencer a Roma  
y a Alejandro toda el Asia.

---

3. Nicolás Estévez y Murphy [1838-1914]: *Canarias*. Poema publicado en la *Revista de Canarias*, año I, núm. 2º, del lunes 23 de diciembre de 1878. Págs. 19-22.

En la epopeya de un siglo  
de la defensa canaria,  
cien veces los invasores  
perdieron las esperanzas;  
y mientras hubo un isleño,  
hubo resistencia brava,  
pues todos dieron la vida  
por la independencia patria.

Y cuando los invasores  
pusieron al fin su planta  
al cabo de una centuria  
en el monte de Guajara,  
no quedaba a los isleños  
ni una flecha en sus aljabas,  
ni en sus cuevas un cuchillo,  
ni hierro para sus lanzas.

...

Castillos hay desde entonces  
en las poéticas playas;  
y no resuena en los riscos,  
de los pastores, la flauta.

Desde entonces, por las cumbres  
no va el montañés de caza,  
ni la indígena matrona  
mora libre en su cabaña.

Todos son esclavos viles  
en aquella tierra ingrata:  
del hacendado, los unos;  
los otros, de la ignorancia.

Nadie esgrime por la gloria  
las libertadoras armas  
que las razas ennoblecen  
y el espíritu levanta.

¡Malhaya el mercantilismo,  
que envilece y que degrada;  
maldito el normando sea  
y maldita sea su raza!

IV | Cantan los vates isleños  
las glorias de la conquista,  
y olvidan los gratos nombres  
de sus héroes y heroínas.  
Aquellos aventureros  
que ensangrentaron las islas  
y legaron a la historia,  
más que proezas, rapiñas,  
con su Fernández de Lugo  
y su brioso Buendía,  
no merecen los aplausos  
ni la admiración sentida  
que mi corazón tributa,  
lleno de melancolía,  
a Bencomo y a Tinguaro,  
y a la hermosa Guayarmina.  
De los fuertes invasores  
celebremos la energía,  
y su valor y constancia  
en tan penosa conquista;  
pero paguemos tributo  
de admiración y justicia  
a los que honraron la patria  
dando por ella la vida.

VII | La patria es una peña,  
la patria es una roca,  
la patria es una fuente,  
la patria es una senda y una choza.  
Mi patria no es el mundo,  
mi patria no es Europa;  
mi patria es, de un almendro,  
la dulce, fresca, inolvidable sombra.

A veces por el mundo,  
con mi dolor a solas,  
recuerdo de mi patria  
las rosadas, espléndidas auroras.

A veces con delicia  
mi corazón evoca  
mi almendro de la infancia;  
de mi patria, las peñas y las rocas.

Y olvido muchas veces,  
del mundo, las zozobras;  
pensando, de las islas,  
en los montes, las playas y las olas.

A mí no me entusiasman  
ridículas utopías  
ni hazañas infecundas,  
de la razón, afrenta, y de la Historia.

Ni en los Estados pienso,  
que duran breves horas  
cual duran en la vida  
de los mortales las mezquinas obras.

A mí no me conmueven  
inútiles memorias  
de pueblos que pasaron  
en épocas sangrientas y remotas.

La sangre de mis venas  
a mí no se me importa  
que venga del Egipto  
o de las razas célticas y godas.

Mi espíritu es isleño  
como las patrias rocas,  
y vivirá cual ellas  
hasta que el mar inunde aquellas costas.

La patria es una fuente,  
 la patria es una roca,  
 la patria es una cumbre,  
 la patria es una senda y una choza.

La patria es el espíritu,  
 la patria es la memoria,  
 la patria es una cuna,  
 la patria es una ermita y una fosa.

Mi espíritu es isleño  
 como las patrias costas,  
 donde la mar se estrella  
 en espumas rompiéndose y en notas.

Mi patria es una isla,  
 mi patria es una roca,  
 mi espíritu es isleño  
 como los riscos donde vi la aurora.



BENITO PÉREZ GALDÓS

68 | *La desheredada*<sup>4</sup>

[...] Silencio terrorífico. Los muchachos todos se quedaron yertos de miedo. Al principio no comprendían la realidad abominable del hecho. Cuando la comprendieron, los unos echaron a correr llevados de un compasivo horror; los otros rompieron a llorar con ese clamor intenso, sonoro, dolorido, que indica en ellos la intuición de las grandes desdichas.

Aquello no era una travesura; era algo más. Aquello de que estaba manchado Zarapicos no era el almagre de que se pintaban alguna vez para jugar; era sangre, ¡sangre! Zarapicos no jugaba al muerto, no hacía gestos para hacer reír a sus compañeros, no decía con voz doliente: «¡Madre!», para representar una comedia; era que se moría realmente... Temblando, pálido y siniestro, con los ojos secos, sin tener clara idea de su ac-

4. Benito Pérez Galdós [1843-1920]: *La desheredada*. Se ha utilizado la edición madrileña de la Librería de Perlado, Páez y C<sup>a</sup>., 1909. Págs. 121-130.

ción, Pecado arrojó el arma que había sido juguete. El instinto le mandaba huir, y huyó.

Alborotose en un instante el barrio de las Peñuelas. Salieron todas las mujeres a la calle, gritando, algunas con el cabello a medio peinar. Los hombres corrían también. La Guardia Civil, que tiene su puesto en la calle del Labrador, se puso en movimiento; y hasta un señor concejal y un comisario de Beneficencia, que a la sazón paseaban por el barrio eligiendo sitio para el emplazamiento de una escuela, corrieron al lugar del atentado. ¡Horror y escándalo!

Las mujeres clamoreaban alzando al cielo sus manos, los hombres gruñían; la Sanguijuelera misma salió de su tienda a buen paso, medio muerta de terror y vergüenza, y por todas partes no se oía sino: «Pecado, Pecado». [...]

—Terrible es el matador-hombre; pero el matador-niño, ¿qué nombre merece?... Dicen que este tiene trece años.

—¡Qué país!

—¡Pero qué país!

—En Málaga son frecuentes estos casos.

—Y en Madrid lo van siendo también.

—¡Y nos ocupamos de escuelas! ¡Presidios es lo que hace falta!

—Escuelas penitenciarias o cárceles escolares... Es mi tema. [...]

—El asesino, el asesino, ¿dónde está? -gritó el concejal dándose gran importancia y brujuleando en la muchedumbre con fieros ojos-. Guardias, busquen ustedes al criminal... ¡Qué país!... Pero, guardias..., los del Orden Público, ¿dónde están?

Pero ya la Guardia Civil había comenzado sus pesquisas. Los chicos, que en estas cosas suelen ser más diligentes que los hombres, indicaban la dirección que siguió Pecado en su fuga. Las opiniones eran diversas: unos decían que se había refugiado en la Quinta de la Esperanza; otros, que había tomado por la vía férrea adelante. Un naranjero, que con su comercio portátil de naranjas, cacahuets y caramelos largos se había acercado al lugar de la pelea, aseguró haber visto al matador saltar la tapia de una corraliza inmediata a las huertecillas de coles y acelgas que rodean el arroyo. Fundada era la declara-

ción del naranjero. Acercáronse hombres y mujeres a la corraliza: unos empinándose sobre la punta de los pies; otros, subiéndose a una piedra, miraron por encima de las bardas de adobes y vieron al terrible chico tratando de esconderse en un ángulo. Pecado miró con receloso espanto la hilera de cabezas que en el borde de la tapia se le aparecía y ante aquella visión de pesadilla se sintió domeñado, aunque no cobarde. [...]

Así, cuando vio aquel cerco de semblantes fieros; cuando se vio amenazado por tantas manos e injuriado por tantas lenguas, desde la provocativa de las mujeronas hasta la severa y comedida del guardia civil; cuando notó la saña con que le perseguía la muchedumbre, en quien de una manera confusa entreveía la imagen de la sociedad ofendida, sintió que nacían serpientes mil en su pecho, se consideró menos niño, más hombre, y aun llegó a regocijarse del crimen cometido. Cosas tan tremendas como desconocidas para él hasta entonces, la venganza, la protesta, la rebelión, la terquedad de no reconocerse culpable, penetraron en su alma. Por breve tiempo la ocupaba el miedo y lágrimas de fuego escaldaban sus mejillas; pero pronto la ganó por entero el instinto de defensa. Entrevió, como un ideal glorioso, el burlar a toda aquella gente escapándose y aumentando el daño antes causado con otros daños mayores.

Esta era la situación moral de Pecado cuando el comisario de Beneficencia, llevado de un celo que nunca será encomiado bastante, se empinó como pudo sobre una piedra y, asomando la cabeza y hombros por encima de la tapia, dirigió al criminal su autorizada y en cierto modo paternal palabra diciendo:

—Mequetrefe, sal pronto de ahí o verás quién soy.

¡Cuánto habría dado el criminal por que cada mirada suya fuera una saeta! Quería despedir muertes por los ojos. Cogió un ladrillo y, apuntando a la, por tantos títulos, respetabilísima cabeza del apóstol de la Beneficencia oficial, lo disparó con tan funesta puntería que el buen señor gordo gritó: «¡Carástolis!», y estuvo a punto de caer desvanecido. Testigos respetables dicen que en efecto cayó. ¡Víctima ilustre, ciertamente!

¿Nos atrevemos a decir que la agresión inicua y casi sacrílega de la que había sido objeto el señor comisario provocó algunas sonrisas y aun risotadas entre aquella gentuza, y que hubo quien entre dientes dijo que había tenido el chico la mejor sombra del mundo? Digámoslo, sí, para eterno baldón de la clase chulesca. [...]

—¡Guardias, guardias, reventad a ese miserable! ¡Vaya un monstruo! ¡Carástolis! [...]

Entre tanto, Pecado, rápido como el pensamiento, se subió al cobertizo y se dejó caer en el arroyo por una vertical de más de cinco metros, deslizándose por la escabrosa superficie de tierra. Dieron vuelta hacia la otra parte los guardias y el público para cogerle; pero él se escurrió por el borde del arroyo, metió los pies en el agua cuando le faltó el terreno y buscó un refugio en el agujero negro de la alcantarilla por donde aquella agua blanquecina y nada limpia desembocaba. [...]

Pecado había entrado con ánimo de no parar hasta verse en un lugar seguro, aunque tuviera que ir a las entrañas de la tierra. Pero la oscuridad y el espanto de aquel sitio acongojaron su corazón, aún no suficientemente varonil para arrostrar ciertos lugares. Se detuvo; viose entre dos especies de muerte, y vaciló... Le consolaba que los guardias no podían entrar a cogerle. ¿Y si le hacían fuego?... Entonces se achicó tanto que volvió a ser niño y a tener miedo. Dirigió la mente a ciertas ideas confusas de su tierna niñez; pero aquellas ideas estaban tan borradas, tan lejanas, que poco o ningún alivio encontró en ellas. De Dios no quedaba en él más que un nombre. Era como un rótulo escrito sobre un arca vacía, de la cual, pieza por pieza, han ido sacando los ricos tesoros. Nada sabía. Su tía le hablaba poco de Dios y el maestro de escuela le había dicho sobre el mismo tema mil cosas huecas que nunca pudo comprender bien. Las nociones de su tía y las palabras del maestro se le habían olvidado con el penoso trabajo del taller de sogas y aquella vida errante de juegos, raterías y miseria.

Sin saber cómo, este orden de ideas llevole a reconocerse culpable. Algo chillaba dentro de él que se lo decía. Era crimi-

nal y sus perseguidores tenían razón en perseguirle, y aun en matarle atándole en un palo y estrangulándole. Esto le hizo estremecer de espanto, ¡a él, que había visto una y otra ejecución en el Campo de Guardias sin conmoverse!... Pero, aunque se reconoció bien perseguido, su orgullo estaba allí para aconsejarle no entregarse... ¡Fuera miedo!... Desgraciadamente para él, estos fieros pensamientos se aplacaban con el agotamiento de las fuerzas físicas. Estaba cansado; en todo el día no había comido más que el currusco de pan que le dio su tía al ir al trabajo. ¡Y había dado tantas vueltas a la rueda en el aposento oscuro del soguero!... ¡Y corrió tanto después para ir desde la calle de las Amazonas a su casa!... ¡Tenía un hambre tan atroz y una sed! Sobre todo, una sed de padre y muy señor mío.

A estas insufribles molestias se unió el frío. Sus pies desaparecían en el agua, y desde lo interior del cañón de ladrillo venía un aliento glacial que le empujaba hacia afuera. ¿Qué haría?

Determinose entonces en él ese fenómeno de observación retrospectiva que suele acompañar a las situaciones de gran perplejidad. El espíritu turbado abandona el palenque de la duda y se refugia en los hechos que han precedido inmediatamente a la situación terrible. Espantose de no haber previsto lo que le pasaba y comparó la serenidad de la mañana con el apuro y desasosiego de la tarde. *¡Qué lástima haber vivido aquel día!*... ¡Qué lejos estaba de que iba a cometer barbaridad tan grande! No había ido con gusto al trabajo por ser domingo. Nunca iba con gusto porque él daba a la rueda y su tía cobraba; pero, al fin, con gusto o sin él, allá fue tranquilo, pensando en que por la tarde se divertiría en el Canal o en la Arganzuela. Había estado toda la mañana esperando con mucho anhelo la hora de soltar el trabajo. Contaba los segundos por las vueltas de la odiosa rueda. Créase motor del misterioso reloj del tiempo. Dale que le dale, había llegado al fin la hora; y la manivela, que para él era parte de sus propias manos, se había quedado sola en el taller, quieta y muda.

Sin decir adiós al maestro, porque el maestro no le saludaba a él a ninguna hora, Pecado había salido y bajado a saltos por

la Ribera de Curtidores. Aún le parecía ver los puestos rastrosos y las manos recogiendo cachivaches. Era día de toros. Aquellos barrios estaban muy animados. Todo lo recordaba perfectamente; todo lo veía, como si lo tuviera delante, revivido a sus ojos en la oscuridad de su escondite. Se acordaba de que, al llegar a la Ronda, le había detenido el paso un perezoso carromato de cinco mulas, de esos que no acaban de pasar nunca. El muchacho, impaciente y atrevido, atravesó por debajo de la panza de una de las mulas, que por más señas era torda. Después vio un entierro; luego encontró a dos chicas del barrio que le dieron un cacahuete, y él..., él les había administrado un par de nalgadas a cada una porque eran muy bonitas...

Representábase luego la llegada a su casa. Recordaba que su tía, antes de darle de comer, le había anunciado el hurto del ros; y que él, sin poderse contener al oír tan atroz noticia, abandonó la comida y, subiendo otra vez la Ronda, se lanzó por el barranco abajo en busca de la cuadrilla. Lo demás, por ser más reciente y desagradable, se le representaba con matices aún más vivos. El ensangrentado cuerpo de Zarpicos no se quitaba ya de delante de sus ojos [...]



### LUIS Y AGUSTÍN MILLARES CUBAS<sup>5</sup>

69 | «EL ETERNO CÍRCULO»

Levantábase a las seis todos los días y, después de ponerse la americana negra de cuello grasiento y el pantalón verdoso con mucha rodillera, encendía un virginio y se dirigía al colegio. A las siete empezaba a enseñar gramática, doctrina, lectura y aritmética a sucesivas generaciones de chiquillos indolentes, maleducados, tan semejantes los unos a los otros que todos formaban en su memoria, a través de los años, como una confusa neblina. A las nueve volvía a su casa a almorzar un huevo

---

5. Luis y Agustín Millares Cubas [1861-1925 y 1863-1935, respectivamente]: *Antología de cuentos de la tierra canaria*. Edición de Pablo J. Quintana Déniz. [Santa Cruz de Tenerife] : Viceconsejería de Cultura y Deportes del Gobierno de Canarias, 1990. Págs. 61-64 y 90-93.

frito y una taza de té, y a la hora siguiente entraba de nuevo en clase. A las cuatro, se sentaba otra vez a la mesa con sus dos tías, delante de la eterna sopa y del eterno puchero, descolorido e insípido. A las ocho, terminada su tarea en el colegio, se dirigía lentamente al muelle, con la espalda encorvada, el paso incierto y soñoliento. Llegaba hasta la punta, siempre solo, y deteníase un rato ante la inmensidad atlántica que ondulaba vagamente en las tinieblas, recibiendo en plena faz la brisa penetrante, fresca, juvenil, que venía desde el fondo lejano e indefinido como una invitación al viaje, a las aventuras en países remotos, llenos de sol, de vida y de movimiento. Y luego, volviendo la espalda al mar, regresaba a la ciudad, amontonada al pie de los riscos que en el oscuro fondo encendían todas las noches centenares de luces, luminarias de una fiesta que nunca llegaba a celebrarse.

Y así pasaban los días, los meses y los años. Los domingos los ocupaba en tocar la guitarra o en leer las novelas que le prestaban traducidas del francés.

A los treinta años comenzó a perder el pelo, y sus dientes, a causa del abuso del tabaco, se tiñeron de negro y amarillo. Usaba un paraguas todo esmaltado de agujeros y un reloj de plata heredado de su padre. Sus tías trabajaban en sombreros de señoras, y los tres vivían juntos en una casita terrera del barrio de San José.

Durante el verano, los jueves y los domingos por la noche, cuando había paseo con música en la Alameda, acostumbraba a pararse con sus dos tías por fuera de la verja para oír las polcas, los valeses y las fantasías de la banda municipal, y contemplar el desfile sempiterno de las mismas personas, todo el señorío atlántico, mil veces visto y mil veces comentado. Y mientras las dos viejas analizaban y discutían en animada charla los vestidos y los sombreros, él, con el ansia con que el condenado debe mirar, desde el negro fondo, el paraíso inaccesible, seguía con la vista las parejas de muchachas elegantes, que le parecían seres de un mundo superior. A él nunca le había mirado una mujer como las mujeres deben mirar a los hombres. Nunca

había sentido temblar a una entre sus brazos, con la faz empalidecida por la divina angustia del deseo. Y hubiera dado muchos años de su triste vida por ser uno de aquellos pollos, abogados o médicos, militares, estudiantes o empleados que entraban en el temible paseo como en su propia casa, vestidos a la moda, manejando el bastón con naturalidad y desembarazo, con derecho a recibir las miradas, las palabras y las sonrisas de la brillante juventud que para ellos se ataviaba.

Decían sus vecinos que él era un santo. Sus tías se lamentaban de que no se hubiera hecho sacerdote; y él, sin embargo, hubiera estimado como una felicidad inaudita el penetrar en el cuarto de cualquiera de las descocadas muchachas que alguna vez se encontraba por las calles, vestidas de almidonada zaraza, apestando a perfumes baratos, con zapato recortado y media de colores chillones. Ni esas tampoco le miraban.

Y así pasaban los días, los meses y los años. Cuando llegó a los cincuenta tenía una calva amarillosa, como de santo vetusto y sedentario, una barba gris y rala, y unas manos secas surcadas por gruesas venas verdosas. Una enfermedad de la vista le obligó a usar gafas negras. Y era un tipo conocidísimo en Atlántica, de esos que se ven diariamente por las calles y en los que nadie fija la atención. Era Anselmito, profesor de primeras letras en el colegio de San Isidoro.

A veces, al salir de su casa en las mañanas luminosas de septiembre, se detenía un minuto ante la muralla del paseo, frente al mar. El sol besaba aún la línea del horizonte, trazando en la superficie del mar un ancho camino de oro. El cielo parecía más alto, más lejano, y en los cercados lucía más negro el verde de las plataneras. Flotaba sobre todas las cosas una suerte de vaga expectación. Y entonces, con paso más ligero encaminábase al trabajo, con el extraño presentimiento de que algo nuevo, extraordinario, le iba a suceder en aquel día. Y el día pasaba como todos los demás, monótono, incoloro.

Murieron sus tías, con intervalo de tres años, y él continuó viviendo solo en la casita terrera del barrio de San José. Y entonces, a los sesenta años, empezó a soñar despierto en el cole-

gio, en la calle, en todas partes. Él no era él, Anselmito, el profesor de instrucción primaria; era un marino, un piloto, de anchas espaldas, de barba negra, viviendo a bordo medio desnudo, en diario combate con los elementos, desembarcando en lejanos puertos en el barullo de una turba pintoresca, sembrando por todas las partes del mundo su virilidad poderosa, en amores frenéticos con mujeres de los trópicos, de andar ondulante y perezoso, de mirada meditabunda y fascinadora.

Y así, soñando despierto, fue poco a poco acercándose a la tierra, esperando siempre lo nuevo, lo extraordinario, que nunca llegaba.

Entró en la agonía al comenzar una mañana de agosto, espléndida, sofocante. Era un lunes. Crujía en la calle el látigo de los arrieros; oíase la charla bulliciosa de los chicos que, deteniéndose a cada paso, se dirigían a la escuela próxima; pasaban a intervalos vendedoras ambulantes pregonando sus mercancías con acento monótono y plañidero; sonaba a distancia el ritmo acompasado de los martillos de una herrería. Era la vida del pueblo que comenzaba, el cumplimiento maquinal de los mismos deberes, la lucha por la vida, sin más incentivo ni más recompensa que la vida misma, el círculo eterno que el insecto humano describe en un rincón perdido en la inmensidad pavorosa del Universo.

Y así murió, casi a la misma hora en que empezaba su trabajo en el colegio, y hasta la última congoja, en el fondo de la alcoba crudamente iluminada por el sol, esperaba lo nuevo, lo extraordinario, que nunca vino.

70 | «CRISTOBALITO MOLINOS»

[...] IX / Así pasó más de un año, desfilando las horas y los días como las cuentas uniformes y grises de un rosario interminable. Siempre lo mismo: los hombres y las cosas viviendo monótona y oscuramente en el seno de la admirable naturaleza atlántica. Ni frío ni calor: días luminosos y cálidos en el corazón del invierno, noches de luna extraordinarias e ideales, flores y hojas verdes en todas las estaciones. Y de vez en cuan-

do, interrumpiendo aquella tranquilidad de agua tibia y dormida, el latigazo formidable del dolor estallando sobre las espaldas de este o del otro, en medio de la conmiseración egoísta de los demás.

Así fue que una mañana, a eso de las once, trabajaba Cristóbal en su oficina cuando oyó una voz que no reconoció, que le llamaba desde el patio, que se acercaba rápidamente, alternando con violentas y desiguales pisadas en la escalera.

Levantóse con ímpetu, derramando el tintero sobre los papeles, al tiempo que entraba como un torbellino una mujer lívida, desencajada, con la cabeza descubierta y los brazos extendidos hacia adelante.

—María del Pino... ¡Ay, Dios mío de mi vida, otra desgracia!

Y apenas la muchacha, sofocada por la carrera, hubo murmurado con acento de abominable angustia «el niño, el niño», Cristóbal corrió como un insensato, sin sombrero, dando un alarido de terror como esos que desgarran la garganta durante las pesadillas.

En su precipitada marcha por las calles, caldeadas por el sol implacable del verano atlántico, entre la consternación de los transeúntes, enterados ya de la desgracia, Cristóbal sólo pudo conseguir que la muchedumbre le dijera, con la voz desfigurada y anhelosa:

—El tranvía, el tranvía...

Cuando llegó a la puerta de su casa, sin aliento, Cristóbal cayó como una avalancha sobre el ancho pecho de Vega, que le aguardaba en el zaguán.

Quiso desasirse. El otro le agarraba con fuerza, trémulo el labio inferior, con cierta dureza en el semblante color de caoba.

—Quieto, quieto.

—Pancho, déjame entrar. Pancho, mira que soy su padre, mira que es lo único que me queda.

—Pero, hombre, déjame hablar... Si no es lo que tú te figuras... Si no ha sido nada. Palabra que ya está mejor.

—Eso es mentira, Pancho. Si ya sé que está muerto. Pero quiero verle... Déjame, por la Virgen, por tu madre.

El otro, llorando, le soltó, con gesto de repentino desaliento.

Cuando Cristóbal entró en la alcoba, tuvo una sorpresa indescriptible al ver a Pepito tendido de espaldas en la cama de matrimonio, cubiertas las piernas con una manta, con las mejillas rojas y los ojos brillantes, charlando sin parar con una vecina que de pie y junto al lecho le miraba con expresión de lástima profunda, cruzadas las manos debajo del delantal.

—Niño de mi vida, ¿qué es eso? ¿Qué has tenido? Pero, ¡Pancho, si está bueno, si está bueno! ¡Dios de mi corazón, yo no sé lo que me había figurado!

Y el chiquillo charlaba, charlaba sin descanso, refiriendo con orgullo los detalles del accidente: que se le había escapado a María del Pino en persecución de una paloma, la paloma blanca que su padre había comprado el día anterior a una mujer del campo; que atravesaba corriendo la carretera cuando de repente, al doblar la esquina, un pitido... Era el tranvía: una muralla negra con letras doradas, cerca, muy cerca de su carita. Quiso correr, oyó gritos, muchos gritos de angustia: «¡Paren, paren; el niño, el niño!»; y después dio vueltas, vueltas en el polvo, como cuando uno juega en los montones de arena, y se le llenaran los ojos de tierra. Y no le dolió nada, papaíto, nada...

Entonces el padre comprendió, recordando otros casos, otras desgracias causadas por la horrible máquina, de que había sido testigo, ocurridas casi en el dintel de su puerta. Cayó de rodillas, cubriéndose los ojos con ambos puños cerrados, conteniendo los aullidos de terror que se le subían a la garganta. Sintió luego, medio desvanecido, que Pancho Vega le llevaba a rastras hasta la habitación próxima.

En aquel estado singular de torpeza dolorosa percibió una cara nueva, la de un hombre de barba negra, con ojos grandes de miope que le miraban compasivamente detrás de los cristales de unas gafas de oro.

—Don Pedro, ¡por la Virgen! Dígame que no es nada, que usted lo curará. Piense en que usted también tiene hijos en el mundo.

El médico se detuvo, quiso decir alguna frase engañosa de consuelo, cerrósele la garganta, y con arranque desesperado abrazó como a un hermano a aquel hombre que hasta el día antes era para él un desconocido.

Pepito se moría a toda prisa. Cuando los tres hombres entraron de nuevo en la alcoba, había desaparecido la excitación que desataba su lengua en frases joviales y sin enlace, como las que se dicen bajo el influjo de una borrachera.

Ahora no decía nada. Movía de un lado a otro su cabecita lívida, empapada de sudor, como si dijera una y otra vez que no, que no quería marcharse.

El sol iluminaba la cama, trazando en la colcha una ancha faja amarillosa. Veíase a través de los cristales de la ventana el cielo puro, sin una mancha, lejano e indiferente. Pasó una ráfaga de brisa, que levantó humareda de polvo en la carretera y agitó levemente la cortina blanca, con el pausado movimiento de una mano que dice adiós, y el médico cubrió violentamente, con ademán brusco de impotencia y rabia, el rostro de Pepito, que se había quedado inmóvil, con expresión casi divina de serenidad e inocencia. [...]

=====INTERMEDIO IV=====

(...) Canarias es por definición **contraste**: en su geografía y desde el influjo geográfico en el mismo ser del canario. Ese contraste es el que es necesario comprender y vivenciar, porque es requisito y exigencia fundamental para comprender la identidad psicológica de nuestro pueblo.

Es un pueblo "cerrado" y "abierto". Cerrado por mandato de la propia geografía: islas pequeñas, lejanas, limitadas, montañosas. Pero es que, además, la geografía isleña ha arrojado el psiquismo canario hacia adentro. Parece como si hubiera dibujado en cada espíritu el contorno cerrado de sus islas: montañas levantadas como barreras que incomunican. Incomunicación por duplicado: con otros continentes, con otros mundos, con otras culturas e incomunicación con los pueblos isleños limítrofes. Cerrazón porque el mar a una con las montañas ha sido separación, frontera, horizonte cerrado. Las convulsiones sociales, ideológicas en Europa y del mundo llegan a las islas con ritmo retardado.

(...) El canario es, por tanto, **aislado, incomunicado**. Pero, a la vez, es un pueblo **abierto** a comprender nuevas rutas hacia

otros continentes, porque el canario descubrió en el mar no solo separación, frontera, sino ruta de conexión con otros pueblos, ruta de apertura para los visitantes de fuera, y ruta de salida para los propios isleños. Quizás esa doble realidad "incomunicación de los pueblos" y, a la vez, "apertura a nuevos mundos" sea símbolo o causa explicativa del ser canario: hombre de **comunicación abierta** y espontánea y, a la vez, hombre de **grandes silencios** que guardan realidades y experiencias de las que nunca se habla.

Y en la misma línea de su psicología de contrastes, el canario es **recio** y a la vez **inseguro**.

El trabajo de la tierra, en una geografía ruda y montañosa, dura y hostil, acuñó en la entraña canaria la **austeridad** y el **sacrificio**. Trabajo en el que ha necesitado basarse durante siglos la actividad productiva del canario. Es un pueblo que, desde sus comienzos agrícolas, vive, junto con la dureza, la gran incertidumbre de la lluvia y del movimiento oscilante del mercado extranjero, al ser su agricultura eminentemente de exportación. Así, el hombre canario ha vivido como a impulsos de la esperanza y del temor, de la inseguridad y del riesgo. Tensión viva que se traduce a la hora del compromiso y del contrato en un ser indeciso, temeroso del riesgo, dosificando la palabra definitiva por el miedo de no cumplimentarla, y la inseguridad de que le complimenten.

\*\*\*

(...) Ante la pérdida de verdad histórica de que adolece nuestra historiografía canaria es preciso aprender a leer en el libro vivo del "inconsciente colectivo del pueblo canario".

Hay una historia de Canarias recogida en los libros, pero existe otra realidad canaria que los libros no supieron recoger. Los libros recogieron hechos aislados de nuestra historia, el "inconsciente colectivo" recogió la "vivencia" de los hechos experimentados por el pueblo en su propia carne. Por lo mismo, el "inconsciente colectivo" es más lúcido, más lumínico y más completo que los libros de historia. Estos están escritos casi siempre desde una ideología de intereses y una óptica reduccionista y, por lo mismo, incompleta. El "inconsciente colectivo", sin embargo, repite fielmente la realidad histórica y su consecuente constelación de connotaciones psicológicas.

Tampoco recogieron las crónicas todo el complejo de reacciones emocionales: miedos por las amenazas de las incursiones asaltadoras, traumas del expolio operado por la Conquista, complejos creados por la marginación, inhibiciones psíquicas provocadas por el dominio. Todo este complejo anímico ocurrido en el útero de nuestra historia, olvidado por los libros, fue recogido fielmente en el "inconsciente colectivo" del pueblo canario. (...)

=====

---

# SIGLO XX

---



ÁNGEL GUERRA

71 | *La lapa*<sup>1</sup>

Y llegó el alba. Una luz pálida comenzó a clarear sobre el confín lejano de los mares, todavía revueltos y clamantes.

Los ojos de Martín, antes que la incierta luz primera llegase, ávidamente rompieron la sombra, escudriñando anhelosos, los contornos y la vaguedad del horizonte.

Rompió en llanto. Sus lágrimas parecieronle más amargas que el agua salobre que, desprendida de las greñas y resbalando por su rostro, mojaron antes su boca.

Fue inmensa la desesperación de su desengaño. No le mentían los ojos. Muy familiar le era aquel rincón del mar, que tantas veces, en días de paz, alegremente navegara bordeando la costa.

Estaba en el Roque del Oeste. ¿Cómo? Era, sin duda, un milagro. Nadie creería en un naufrago salvado en aquel peñón alto, escarpado, inabordable.

Pero, era cierto. Allá, al fondo, surgía la línea sinuosa de la costa de Lanzarote. Aquí La Graciosa, después Montaña Clara, luego Alegranza. Y distante alzábase la mole del Roque de Este, como un centinela de la tierra firme que ha avanzado en el mar.

---

1. Ángel Guerra [José Betancort Cabrera, 1874-1950] : *La Lapa*. Edición de Antonio Cabrera Perera [1929-]. Madrid : Cátedra, 1991. 5ª edición. Págs. 117-122.

Difícil era la salvación. ¿Quién lo iba a socorrer? ¿Cómo rescatarlo? No se alcanzaba a ver una barca en los contornos. Sin duda, el temor a las ráfagas del vendaval, todavía vivo, las tenía aún varadas prudentemente en la playa. De *El Cometa* ni vestigios quedaban.

Despojose de la camisa. Mejor estaba así. El sol secaba misericordioso sus ateridas carnes. La agitó al aire, en la esperanza de que en alguna de las playas fronterizas donde se asientan las rancherías de pescadores iban a divisar la señal y acudirían las barcas a prestarle auxilio.

Se arrojaría desde la altura, aunque se estrellase, y a nado ganaría la barca que se acercara a recogerlo. Al asomarse al cantil para medirlo, Martín quedó horrorizado y largo rato estuvo viendo el macabro espectáculo.

Las olas de la rompiente empujaban, a cada vaivén, contra la roca un cadáver. A cada golpe, el duro cráneo sonaba de un modo extraño y la piel desgarrada manaba sangre. En la roca quedaban pegados los manojos de cabello.

Lo conoció. Era Pepe Manuel, el contraamaestre.

A más comenzaba el festín de las sardas. Se las veía revolverse bajo el agua y asomar a ras de onda sus negros lomos o sus blancos vientres de una blancura escalofriante.

Los monstruosos peces, a mordiscos, con sus dientes de sierra, tiraban de las ropas y de los tirajos de piel del pobre ahogado.

No quiso ver más. Era horrible. Morir así, herido, magullado, despedazado, infundía un hondo espanto.

Martín pensó en su suerte. Sería acaso igual. Ahora, famélico el vientre, le acosaba el hambre. Fue peor. Sintió de un modo horrible la sed. ¡Imposible!, no podía prolongarse suplicio tan grande.

De nuevo agitó al aire la camisa, como una bandera de señales. Otra vez probó a dar voces, por si la onda las llevaba a las fronterizas playas.

—¡Favor!

Tan débil era su voz que apenas él mismo la oía. Inútilmente, sondeaba el horizonte. No se alcanzaba a ver en la lejanía una barca.

Sus ansias de sediento lo volvían desesperado y loco. Intentó pegar los labios a la humedad de la roca. ¡Fatal idea! El sabor del agua salobre acrecentó sus ansias.

Entonces sintió el vértigo de la demencia, la pasión del suicidio a la desesperada. Mejor era arrojarle desde la altura estrellándose contra las rocas o sumergiéndose para siempre en el fondo de los mares que la soledad y el desamparo infinito en el islote salvaje e inhospitalario.

Sin embargo, el instinto de conservación aún vivo le hizo esperanzarse. Resistiría.

Cuando ya no pudo más, cuando la sed le acosó, intensa, desesperante, pensó morir a todo trance. Su horror entonces le sacudió hasta la propia raíz del alma. Sus ojos, febriles, extrañados, ya casi no tenían fuerza para abrirse y se cerraban fatigados como si quisieran adormecerse para siempre.

Mesose con rabia los cabellos. Con tal furia tiraban sus dedos, aferrados a las crenchas, que entre las manos quedaron algunos mechones.

Martín tembló. ¡Sus cabellos estaban blancos! En unas cuantas horas de horror y sufrimiento había envejecido. Sus negros cabellos color de azabache estaban como el albor limpio de la espuma del mar.

Luego, débil su cerebro, el rumor continuo del mar parecía desgarrarle los oídos y darle golpes en la cabeza con una dureza de martillo. Su cuerpo, de rozar la roca, inmovilizado casi, dábale la impresión de estar en llaga viva.

Y la sed en aumento. No se calmaba ni respirando a pleno pulmón el aire que se había humedecido al correr sobre el haz inquieto de las aguas.

No había más remedio. Acudió al recurso supremo. De morir, que fuese una muerte dulce, en que la vida, sin sentirlo, se fuese escapando poco a poco. Todo era preferible a la muerte

brutal bajo el acoso desesperante de la sed, babeando, como un animal hidrófobo.

Decidiose. Hincó con furia los dientes en el brazo. A la primera mordida, los dientes no desgarraron la piel, acartonada, recia. Con nuevos bríos, hundiendo la dentadura con mayor ahínco, lograron la dura incisión en la epidermis, hasta la misma carne. Comenzó a sangrar la herida. Los labios de Martín se pegaron tenaces a los bordes del desgarrón sorbiendo con delicia su propia sangre. Pero la codicia hacía que el ahínco con que la boca se pegaba a la piel desgarrada impidiera el brote en abundancia de la sangre. Comprendiólo y se entretuvo en dejarla manar para después sorberla con gula porque refrescaba plácidamente sus secas fauces, mientras teñía sus bigotes y manchaba de rojo, un rojo vivo y repugnante, las comisuras labiales y la rala barba que cubría míseramente el mentón.

Con el hambre que arañaba el vientre y desangrándose, Martín sintió que lentamente las fuerzas le iban faltando; que se le caían los párpados, que todo el cuerpo desmadejado y dolorido parecía insensible y como muerto.

Casi no se daba ya cuenta de nada. Sobre los ojos cerrados, como una hermosa visión, sentía posarse aún la alegría de la luz del sol, pero dentro, en los rincones del cerebro, como martillazos, seguía oyendo el rumor colérico de los golpes de mar abajo en las rompientes, estrellándose contra el peñascal.

¡Qué bien! Sentía un abandono, un reposo, algo así como si el sueño llegase, pero un sueño extraño, mezcla de vida y muerte, un aletargamiento en que de vez en cuando sentía la impresión de la realidad.

Como en sueños, oyó rumores. No pudo precisarlos. Parecían voces humanas discordantes y también semejaban graznidos de aves que se acercaban, que pasaban volando.

Después el sueño se hizo más profundo. Tuvo la impresión de que rozaban su ropa, de que cosquilleaban en sus pies, de que algo blando pasaba por su cara. Era como la sensación de una caricia. Y aquella mano tenía blanduras de plumaje, como la mano de un niño. Como en un delirio calenturiento, confu-

sas las ideas, inciertas las imágenes, vio al chico recién nacido, el suyo, que todavía no había visto, a su lado dejando caer su mano sobre el rostro del náufrago como velando el largo sueño de descanso. ¿Por qué no cantaba? ¡Ah, si le hubiese enseñado sus viejas canciones de mar!

De pronto sintió un agudo dolor. Era en los ojos, como si un dedo brutal los hundiera, como si un torvo pico los arrancara de cuajo. Quiso abrirlos; distendió los doloridos párpados, y nada vio. No oyó más que el rumor como de graznidos de cuervos que antes le parecieron voces humanas.

Bajo la impresión del dolor, incorporose loco, con movimiento rápido de huida.

Después sintió la sensación del vacío, del espacio libre en que se despeñaba; luego el desmayo, la insensibilidad, la muerte, nada.

---

DOMINGO RIVERO GONZÁLEZ<sup>2</sup>

72 | «YO, A MI CUERPO»

¿Por qué no te he de amar, cuerpo en que vivo?  
 ¿Por qué con humildad no he de quererte  
 si en ti fui niño, y joven, y en ti arriba,  
 viejo, a las tristes playas de la muerte?

Tu pecho ha sollozado compasivo  
 por mí en los rudos golpes de mi suerte,  
 ha jadeado con mi sed y, altivo  
 con mi ambición, latió cuando era fuerte.

Y hoy te rindes al fin, pobre materia,  
 extenuada de angustia y de miseria.  
 ¿Por qué no te he de amar? ¿Qué será el día  
 que tú dejes de ser? ¡Profundo arcano!  
 Sólo sé que en tus hombros hice mía  
 mi cruz, mi parte en el dolor humano.

---

2. Domingo Rivero González [1852-1929]: *Homenaje a Domingo Rivero*. Colección al cuidado de Fernando Ramírez Suárez [1933-2010] y Lázaro Santana [1940-]. Las Palmas de Gran Canaria : Imprenta Lezcano, 1966. Págs.: 35-37.

## 73 | «COMO LAS OLAS»

Son nuestras vidas  
 como las olas: afán y espumas.  
 Las olas nacen diciendo: «ahora»;  
 y de pronto mueren diciendo: «nunca».

## 74 | «EL HUMILDE SENDERO»

Nunca aspiré a la gloria, ni me atrajo  
 de la fama el estruendo,  
 ni soñé que mi nombre  
 pueda en su libro recoger el tiempo.  
 De esa ambición mi corazón no sabe...  
 Pero cuando contemplo  
 por la noche, del campo en el retiro,  
 el humilde sendero  
 que hollaron pobres pies que ya descansan,  
 borrado en parte, que blanquea a trechos  
 a la luz de la luna y que condujo  
 a un apartado lugar, ahora desierto,  
 mi terrenal raíz se reverdece  
 y acaso a veces pienso  
 con humana emoción: *así quisiera  
 que en la tierra quedara mi recuerdo...*



TOMÁS MORALES CASTELLANO<sup>3</sup>

## 75 | «CRISELEFANTINA»

Unge tu cuerpo virgen con un perfume arménico,  
 muéstrame de tu carne juvenil el tesoro  
 y rueda sobre el mármol de tu perfil helénico  
 la cascada ambarina de tus bucles de oro.

Eres divina, ¡oh reina! Tu carne es nacarina  
 y tienen tus contornos olímpicos los bellos

3. Tomás Morales Castellano [1884-1921]: *Las rosas de Hércules*. Madrid : Imprenta Clásica Española, 1922. Págs. 78-79 y 107-108.

contornos de una estatua. ¡Oh reina, eres divina,  
desnuda, bajo el áureo temblor de tus cabellos!

Nuestro tálamo espera bajo un rosal florido,  
donde una leve luna trémulamente irradia  
aquel claror tan plácido que iluminara un nido  
en un vergel recóndito de la amorosa Arcadia...

También un nido aguarda a los nuevos esposos.  
Es un tálamo blanco de blancas flores lleno;  
de olorosos jazmines y nardos olorosos,  
casi tan albos como la albura de tu seno...

Serás reina entre flores, serás la compañera  
de las rosas más blancas; la más fragante y pura.  
Ya el lecho que te ofrenda la dulce Primavera  
suspira por la breve carga de tu hermosura.

Yo amaré, entre las flores, tu perfume abrileno;  
y al verte entre mis brazos, ilusionada y loca,  
yo te daré el rimado búcaro de un ensueño  
a cambio de las mieles de tu exquisita boca.

El cielo será un palio sobre nuestra fortuna;  
un surtidor lejano dirá una serenata,  
y al sentirnos dichosos, bajo un rayo de luna,  
abrirá nuestras venas un alfiler de plata...

Yo besaré tus labios tierna, cupidamente  
-tus senos en mis manos, con languidez opresos-;  
su plegaria nocturna suspenderá la fuente  
para aprender el ritmo de tus últimos besos.

Un salmo acariciante preludiarán las hojas;  
y moriremos viendo cómo las albas flores,  
al fluir de la sangre, se van tornando rojas  
como el lecho de púrpura de los emperadores...

## 76 | «PUERTO DE GRAN CANARIA»

Puerto de Gran Canaria sobre el sonoro Atlántico,  
 con sus faroles rojos en la noche calina,  
 y el disco de la luna bajo el azul romántico  
 rielando en la movable serenidad marina...

Silencio de los muelles en la paz bochornosa,  
 lento compás de remos, en el confín perdido,  
 y el leve chapoteo del agua verdinosa  
 lamiendo los sillares del malecón dormido...

Fingen, en la penumbra, fosfóricos trenzados  
 las mortecinas luces de los barcos anclados,  
 brillando entre las ondas muertas de la bahía;

y de pronto, rasgando la calma, sosegado,  
 un cantar marinero, monótono y cansado,  
 vierte en la noche el dejo de su melancolía...



ALONSO QUESADA<sup>4</sup>

77 | <sup>A</sup>«ERICKA, 1882-1902»

¿Quién será esta mujer de veinte años  
 que han enterrado en este oscuro nicho  
 y cuyo nombre no sabremos nunca,  
 de qué patria será y quién lo ha escrito?

En todo el cementerio, no hay más triste  
 lugar que este lugar tan conocido  
 para mis ojos, que porfiados buscan  
 la transparencia en este mármol frío.

Allá, en la lejanía, está el recuerdo...

Todos, al mencionarla, la habrán visto

α dulcemente llegar, como esa brisa

α que, al nublarse, del sol se ha desprendido.

4. Alonso Quesada [Rafael Romero Quesada, 1886-1925]. Poemas A y B: *El lino de los sueños*. Madrid : Imprenta Clásica Española, 1915. Págs. 27-28 y 129-130; para los versos α: edición de la ULPGC de J. L. Correa, pág. 65. Poema C: *Los caminos dispersos*. Las Palmas de Gran Canaria : Ediciones "Gabinete Literario", 1944. Págs. 93-94.

—El nicho está al entrar, junto a unas flores;  
desde allí se ve el mar. El mejor nicho  
que hallé fue para ella; las mejores  
flores para ella fueron...

Esto ha dicho

el que la acompañó y tornó sin ella,  
al darles cuenta de lo sucedido...

Y todos en las mentes se forjaron  
el lejano lugar, bello y distinto...  
¡Mas ninguno atinó con las prisiones  
donde tiene la muerta el buen olvido!

—*Ericka*, puse sobre el mármol negro  
-ha de decir el hombre con quien vino-;  
fue en un pueblo lejano... ¡Tan lejano,  
que tiene el mayor mar como camino!...

78 | <sup>B</sup>«TIERRAS DE GRAN CANARIA»

Tierras de Gran Canaria, sin colores,  
¡secas!, en mi niñez tan luminosas.  
¡Montes de fuego, donde ayer sentía  
mi adolescencia el ansia de otros lares!...

Campos, eriales, soledad eterna;  
-honda meditación de toda cosa-  
¡El sol dando de lleno en los peñascos  
y el mar... como invitando a lo imposible!  
¡Todos se han ido! Yo, desnudo y solo,  
sobre una roca, frente al mar, aguardo  
el mañana, ¡y el otro!...

¡Horas amadas

no nacidas aún! Ansias secretas  
de esa perfecta orientación humana...

Tierra de amor, en lejanía -siempre  
llena de luz para mis ojos crédulos-,  
en estos campos sin color, mi alma  
tiene el eco engañoso del Desierto...

En el azul están mis ideales  
tan invisibles como las estrellas  
en este atardecer... ¡Y sin embargo,  
allí brillando están eternamente!

Campos de Gran Canaria, sin colores,  
¡secos!, en mi niñez tan luminosos...  
¡Montes de fuego, donde ayer sentía  
mi adolescencia el ansia de otros lares!...

Soledad, aislamiento, pesadumbre...  
El corazón siempre en un punto misterioso  
y el alma sobre el mar ¡blanca!... ¡El velero  
que no pasa jamás del horizonte!...

79 | <sup>c</sup>«SIEMPRE»

Siempre es la palabra última,  
la honda palabra de la raíz eterna.  
A ti se te metió el *siempre* en el alma  
como un arpón agudo que la fijó en la tierra.

Tu pequeña sonrisa,  
tu sonrisa de niño  
que tiene huertos dilatados  
y una amplia casa gris  
en el solar antiguo de la heredad austera  
-niño que abre los ojos a los frutales ebrios  
y alza hacia ellos las manos vivamente  
con la novelería de las sorpresas-,  
tu sonrisa tranquila es un hueco terroso  
que ya el Siempre ha llenado de lividez perpetua.

¡Oh!, tu amor campesino por la humedad nocturna  
se hizo humedad nocturna,  
-¡la salud de la tierra sobre tu frente yerta!-.  
Y se cubrió de *siempre*  
el camino de tu pensamiento,  
camino claro  
como el bienestar de tu vida, recta.

¡Tu corazón se esparce ahora  
 lentamente, bajo la tierra...!  
 ¿Qué fue de la graciosa dejadez de tu alma  
 que hizo del tiempo divino  
 una alba bolsa sin fondo  
 donde el oro  
 vertió tu mano joven y entera...?

En el arca hermética  
 donde encerramos tu cuerpo  
 de marinero rudo y pensativo,  
 penetró, cauteloso, el silencio.  
 El silencio es: *Siempre*,  
 con un velo negro.  
 ¿Y después? Vanidad.  
 Imposibilidad. Tristeza.  
 Sobre la tierra y las flores  
 cayó la enorme losa  
 de los amigos literarios de la muerte...  
 Pero Dios no puede librarnos de nada.  
 Dios es una estrella lejana y pequeña;  
 yo miro la estrella y sonrío  
 porque acaso pudiera apuñarla en mi mano.  
 Te quedó solo y verdadero el *Siempre*.  
 Tus ojos cerrados  
 apretaban el *Siempre*  
 como un sollozo de hombre unos labios...



SAULO TORÓN NAVARRO

80 | «AL DEJAR LA ANTIGUA VIVIENDA»<sup>5</sup>

Al dejarte, vivienda de mi antiguo respeto,  
 donde pasé los años más puros de mi vida,  
 quiero, como homenaje de cordial despedida,  
 ofrendarte el divino tributo de un soneto.

5. Saulo Torón Navarro [1885-1974]: *Las monedas de cobre*. Madrid : Imprenta Clásica Española, 1919. Pág. 45.

Bajo la paz augusta de tus viejos maderos  
surgió, como un milagro, mi juventud en flor;  
en ti soñé las gracias de mi primer amor,  
en ti labré el tesoro de mis versos primeros.

Tú guardas en silencio todo el pasado mío;  
tu barro es carne mía, que hoy tirita de frío  
en este lento viaje hacia la senectud...

Por eso, aunque te deje desolada y desierta,  
vendré todas las noches a llamar a tu puerta,  
¡a ver si me responde dentro mi juventud!

81 | «LAS ÚLTIMAS ORACIONES»<sup>6</sup>

II Señor, ¿para qué haces  
los días tan pequeños  
que apenas he nacido  
y ya me estoy muriendo?  
¿Por qué no haces las horas,  
en el rodar del Tiempo,  
tan diáfanos y eternos  
como esos universos  
que en el azul se mueven  
al soplo de tu aliento?  
¿Por qué me das el ansia  
y el imposible empeño  
si nunca ha de ser mía  
la eternidad que espero  
y he de perderlo todo,  
palabra y pensamiento,  
tras de esa intensa niebla  
que encubre tu misterio?...  
¿Por qué, Señor, la vida  
si ya me estoy muriendo?

---

6. Saulo Torón Navarro [1885-1974]: *El caracol encantado*. Madrid : Tipografía de Juan Pérez, 1926. Págs. 117-118.

82 | «A LÁZARO SANTANA»<sup>7</sup>

Jovenzuelo que emprendes arrogante  
 el camino por mí tan conocido,  
 detén la marcha y óyeme un instante,  
 que quiero que mi voz llegue a tu oído.

Quiero decirte en claro consonante  
 lo que acaso por ti no sea sabido,  
 pues no se suele ver lo muy distante  
 ni hallar lo cierto en lo desconocido.

Si tu afán es triunfar, lucha; y procura  
 que no te cause vértigos la altura  
 si logras escalarla, o es tu sino.

Mas si caes... ¡No importa! Sigue..., avanza,  
 que vale más que un logro una esperanza...  
 No oigas mi voz y sigue tu camino.

83 | «EL DOBLE»<sup>8</sup>

Ya no sé si soy yo o es aquel hombre  
 que está ahí, frente a mí, o en cualquier parte;  
 aquel que se disfraza con un nombre  
 que no es el mío, aunque mi ser comparte.

Aquel ser temeroso y reverente  
 que mi amistad tímidamente implora,  
 que unas veces me mira indiferente  
 y otras sonrío, o desespera y llora.

El ser que me acompaña y me persigue  
 fatalmente en la ruta, donde sigue  
 la duda ahondando el porvenir incierto...

---

7. Saulo Torón Navarro [1885-1974]: *Frente al muro*. Las Palmas de Gran Canaria : Tagoro, 1963. Sin paginación. En *Poemas* [Gran Canaria : Cabildo, 1970. Pág. 465], la composición se titula: "A un poeta que empieza". Mantengo sin mucha convicción el sintagma "en claro consonante" original porque me faltan elementos de juicio sólidos para decantarme por el gramatical "en clara consonante".

8. Saulo Torón Navarro [1885-1974]: *Poemas*. Las Palmas de Gran Canaria : Ediciones del Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria, 1970. Pág. 469.

No sé quién soy ni sé quién esto escribe,  
 si soy yo o es el otro, que concibe  
 y labora por mí porque yo he muerto.



JOSEFINA DE LA TORRE MILLARES<sup>9</sup>

84 | <sup>A</sup>«SI HA DE SER, QUIERO QUE SEA...»

Si ha de ser, quiero que sea  
 de pronto. Cuando yo piense  
 en horizontes dormidos  
 y en el mar sobre la playa.  
 Si ha de ser, que me sorprenda  
 en mis mejores recuerdos  
 para hacer de su presencia  
 un solo signo en el aire.  
 Dormida, no; ni despierta:  
 si ha de ser, quiero que sea.

85 | <sup>B</sup>«ME VOY A HACER UN COLLAR...»

Me voy a hacer un collar  
 con lágrimas de mujeres.  
 Campanitas que me canten  
 el mal que nunca se duerme.  
 Con toda lágrima inútil  
 del querer de los quereres.  
 Desde el primero hasta el último.  
 -¡Amorcito de mi frente!-  
 ¡Qué collar de siemprevivas  
 para mi garganta y sienes!  
 ¡Estrellitas de los cielos,  
 luceritos de las fuentes!  
 Me voy a hacer un collar  
 precioso, que no se pierde.

---

9. Josefina de la Torre Millares [1907-2002]. Poemas A y B: *Poemas de la isla*. Las Palmas de Gran Canaria : Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, 1930. Págs. 7 y 60; poemas C y D: *Poemas de la isla*. Edición de Lázaro Santana [1940-]. [Santa Cruz de Tenerife] : Viceconsejería de Cultura y Deportes del Gobierno de Canarias, 1989. Págs. 122-123 (de *Marzo incompleto*) y 151-152 (de *Medida del tiempo*).

86 | <sup>c</sup>«MORIR Y TRAS LA SOMBRA...»

Morir y, tras la sombra  
de lo que todos ignoramos,  
contemplar a los que lloran.  
Ver cómo aquellos ojos  
que miraron sin fe,  
cómo aquellas sonrisas,  
cómo aquel ademán...  
Estar quietos, mirando  
a los demás llorar  
cuando ya no se llora.  
Descansar una vez  
de este tormento oscuro  
y ver cómo son otros  
los que sufren.  
Ser niebla, sombra, nada,  
cuando otros despiertan.  
Y dormir apoyada en el hombro de Dios,  
sin años, ni recuerdos...

87 | <sup>d</sup>«DIOS, AL DARNOS LA VIDA...»

Dios, al darnos la vida,  
nos da la muerte.  
No al final de la vida,  
sino en la vida misma.  
Morimos cada día,  
en cada minuto,  
lentamente.  
No en una muerte rápida,  
apresurada o breve,  
sino agónica,  
hiriente densa muerte.  
Morimos por los que amamos;  
por lo que no alcanzamos;  
por cuanto quedó atrás.  
Es una muerte apasionada,  
intensa.

Es una muerte «viva».  
Con todo ese dolor  
del vivir cotidiano.  
Morimos frente a una mirada,  
una palabra, un gesto.  
Morimos por la luz que recordamos,  
por el rumor aquel,  
por la música  
o el aire que nos trae evocaciones.  
Morimos recreativamente,  
con dolor de creación,  
de cruel alumbramiento.  
Morimos por nuestra propia entrega,  
o por nuestra torpeza o ignorancia.  
Por no querer morir sin redenciones,  
se muere, condenado injustamente.  
Se muere  
con la dedicación de cada hora;  
con el afán inútil de una sonrisa estéril;  
por nuestro desengaño  
y por la ingratitud.  
Se muere,  
en esta vida que Dios nos da,  
para que nos la crucifiquen.



FERNANDO GONZÁLEZ RODRÍGUEZ<sup>10</sup>

88 | «ELEGÍA DE LOS LAURELES»

Laureles de la alameda  
rendidos a la violencia del indomable huracán;  
primogénitos augustos de la espléndida arboleda,  
el recuerdo sólo queda  
ya de vosotros, laureles de la plaza de San Juan.

---

10. Fernando González Rodríguez [1901-1972]: *Poesías elegidas*. Las Palmas de Gran Canaria : Ediciones del Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria, 1966. Págs. 49-51 y 111-113.

Ayer, cuando yo era niño, bajo vuestra sombra grata  
tuve un amoroso amparo para mis sueños primeros.  
Bajo vosotros, al viento di la pueril serenata  
que puso a mi alma en la ruta de los líricos senderos.

Por vuestro influjo mi alma fue toda ternura sana.  
La savia de vuestros brazos tengo en mis venas, ardida.  
¡Fuisteis la risa y el llanto de la olorosa mañana  
de mi vida!

Erais el pasado vivo de cuatro generaciones  
que a vuestra sombra aprendieron a amar, como amar debían;  
y de vuestra reciedumbre nutrieron sus corazones  
que ante vosotros, ya ancianos, como las rosas se abrían.

Vosotros el adiós último disteis a los que se fueron,  
cuando la brisa agitaba vuestros penachos de gloria,  
y coronasteis las frentes de los hijos que volvieron  
con una estrella en la mano para clavarla en la Historia.

Todos supieron un día de vuestro amor de patriarcas  
-cuando vagaron perdidos por caminos inseguros-  
y ante el sagrado recuerdo volcaron las hondas arcas  
que encerraban el tesoro de sus cariños más puros.

Erais la alegría máxima de la alameda florida.  
Erais el orgullo nuestro y el honor de nuestra raza.  
¡Cuando en la guerra del tiempo quedó la ciudad vencida,  
erais un resto guerrero que custodiaba la plaza!

...Y esta mañana ha temblado la ciudad, súbitamente...  
¿Quién estremece las almas y al pueblo llena de espanto?  
El corazón, angustiado, una tragedia presente...  
Hay un dolor que se mira en las pupilas sin llanto.

¡Son los laureles ilustres que el huracán ha vencido!  
¡Están en tierra! ¡Sobre ellos el sol se deshace en oro!  
¡Hasta la tierra parece quejarse en un vago ruido  
y el propio viento en las ramas deja susurros de lloro!

Las campanas de la iglesia de San Juan lloran al viento;  
los hondos valles devuelven, en un eco, su amargura...  
El campo, sobrecogido, siente un estremecimiento  
que de los árboles hace caer la fruta madura...

Ante los restos gloriosos hay un desfile de duelo.  
Toda la gente ha venido, sollozando, esta mañana  
a la plaza de San Juan, a contemplar en el suelo  
¡a los que un día retaron a la estrella más lejana!

Mañana no quedará ni una sola rama vuestra,  
¡abuelos, padres, hermanos, amigos y compañeros!  
¡Hasta el último pedazo rajaré el hacha siniestra!  
¿Iréis, como otros patriarcas, a sentaros a la diestra  
de Dios, por algún camino tembloroso de luceros?

Laureles de la alameda  
rendidos a la violencia del indomable huracán,  
primogénitos augustos de la espléndida arboleda,  
¡el recuerdo sólo queda  
ya de vosotros, laureles de la plaza de San Juan!

89 | «LAS PIEDRAS DE ESTA CALLE»

Las piedras de esta calle  
se sabían mi nombre de memoria,  
de tanto que mi madre me llamaba  
en los años primeros,  
cuando yo de la casa me salía  
sembrando la inquietud dentro de casa...

¡Cómo corrí, descalzo, por las piedras  
de mi calle natal! -Éramos pobres,  
y de niños teníamos zapatos  
sólo para calzarlos los domingos-

Las piedras de esta calle  
han sabido las páginas primeras  
del libro de mi vida; las perdidas  
páginas que yo nunca leeré,

donde acaso decía: «...nació el niño  
en el cuatro de enero... Fue en el año  
1901...».

Tal vez más adelante... «y habló el niño;  
dijo: “papá”, “mamá”, “pan”, “agua”, “leche”».  
Donde se añadiría: ... «empezó a andar...».  
Y de este modo contarían todos  
los infantiles acontecimientos...

¡Las piedras de la calle en que nací  
me han olvidado ya, de tanta ausencia!  
Ellas amaron a un muchacho imberbe,  
de rostro enjuto y de mirar sombrío,  
que partió de mi casa una mañana  
siendo ya un hombrecito -quince eneros-  
y al que mi madre despidió llorando  
cuando comenzó a andar el coche de horas  
que a una mayor ciudad se lo llevaba...

Y este yo que está aquí ya no es el mismo.  
En la afeitada faz se me señala  
la barba moza y el bigote oscuro.  
Es más recia la voz y la sonrisa  
tiene más gravedad, y las palabras  
una mayor firmeza y un acento  
de tierras o de mares  
que estas piedras jamás han conocido...

Y hasta el nombre, de tanto  
rodar de boca en boca, no es el mismo  
nombre con que mi madre me llamaba  
en los primeros años de mi vida...

Las piedras de esta calle  
ya no saben mi nombre de memoria  
porque mi madre no me llama ya  
en alta voz, como antes, sino que  
dentro de casa, y en voz baja, dice:  
«Fernando...».

Y sabe ya que no me pierdo  
 en las pequeñas calles de mi barrio,  
 ¡pues ahora llego sobre el mar del mundo!



MERCEDES PINTO

90 | *EL*<sup>11</sup>

Ven acá, dolor tan injustamente tratado por los hombres; acércate a mí que tan bien te conozco y a quien tú has cuidado desde niña como a la flor preferida de tu jardín.

Tú me has elegido como a una novia desde que abrí los ojos a la luz... Tú me has alimentado dándome a beber en tu cáliz más áureo las lágrimas más amargas y excitantes; tú me has vestido, poniéndome la túnica que más mordiere mi carne y ciñéndome la cintura con el cilicio que más desgarrar pudiera mis entrañas; tú me has acariciado la frente con mano de hierro que taladra las sienes y pincha las células hasta hacer enloquecer; tú has extendido delante de mis ojos los más bellos telones, en donde la locura y la maldad se entretenían en presentarme la cinta cinematográfica más espantosa que mente alguna pudo concebir, y conseguiste que ese film aterrador se quedase grabado en mi cerebro.

Tú, dolor amigo, me has despertado violentamente de mi plácido sueño juvenil para poner ante mí, en las sordas negruras de la noche, cuadros mil de violencia y de furor; y con deteniimiento de privilegio has hecho nudos, y heridas y sutiles desgarraduras en aquellas telitas de mi corazón, las más delicadas, las más queridas y, por lo tanto, las más dolorosas de tocar...

Todo eso has hecho conmigo y yo te lo agradezco, dolor amigo, porque es siempre de agradecer el puesto de honor que concediste a quien, como yo, ha podido elevarse sobre los demás mortales con las alas sangrantes que le prestaste, y estiliza-

---

11. Mercedes Pinto [María de las Mercedes Josefa Francisca del Pilar Pinto Armas de la Rosa y Clós, 1883-1976]: *El*. Montevideo : Casa del Estudiante, 1926. He manejado la edición facsímil que realizó la Viceconsejería de Cultura y Deportes del Gobierno de Canarias en 1989. Págs. 21-25, 46-48, 117 y 158.

do mi espíritu, comprender desde arriba lo que sin haber bebido de tu cáliz fortificante no hubiese comprendido ni, por lo tanto, gozado jamás...

¡Desgraciados de aquellos que no han sido acariciados por tus manos de acero! ¡Desgraciados de aquellos que bebieron la vida en el cáliz mediocre de las penas vulgares!

¡Oh dolor bendecido, bienamado dolor, que por ti veo pequeños los que un día me parecieron grandes; y hermoso lo que me aterraba por no comprenderlo, y dominado bajo mis ojos lo que me deslumbraba la vista!

¡Bendecido dolor, que por ti subí...!

¡Bienamado dolor, que por ti soy quien soy...!

...

Cuando hicimos el hoyo para plantar el rosal blanco, al pie del laurel grande, que está junto a la fuente, fue cuando encontré el cofre de metal con este manuscrito que hoy publico, por si aparece el dueño y quiere completar estas notas, que pudieran servir de aclaración a muchos casos en que aun se confunde al malvado con el irresponsable; por si pudiera ser bandera noble de una causa justa; por si pudiera ser defensa de una vida; por si pudiera ser verídico bozal ensangrentado que una mano doliente colocase en ladradoras bocas maldicientes, que con sus babas manchan todo lo que no saben ni comprenden...

A manera de título, el manuscrito empezaba con esta palabra escrita en color rojo, no sé si con tinta o con sangre:

“EL” ...<sup>12</sup>

12. Respeto la no acentuación del término “El” del original, como si fuese un determinante sin sustantivo al que concretar. Aunque el hecho de que aparezca suelto nos lleve a pensar que se trata del pronombre personal tónico y, en consecuencia, que debe ir acentuado, el hecho de que se leyese en el manuscrito «“El”...» con puntos suspensivos más la naturaleza del contenido literario de la novela me mueven a ser cauto a la hora de poner la tilde al vocablo, aunque no dejen de asaltarme las dudas, pues bien puede deberse esta ausencia a una simple consideración ortográfica muy asentada hasta hace bien poco en los usuarios de la lengua española: que las mayúsculas no se acentúan. Lo reconozco: hay en la novela pronombres y complementos indirectos en forma de pronombres átonos que nos conducen a pensar en un *Él* antes que en ese ambiguo *El*, mas no puedo dejar de sentirme

Tuve escritas unas cuartillas donde reseñaba la noche de mi boda. Se las enseñé a un Magistrado modelo de rectitud y pro-rumpió enrojando de ira:

—No publiques eso, porque cien manos honradas se alargarán justicieras a estrangular su garganta...

Se las enseñé después a mi confesor y me aconsejó en voz baja:

—Rompe eso enseguida; esto pide castigo y el castigo sólo Dios puede darlo

Luego las leyó el médico que asistió a mi nacimiento y me dijo:

—Publica estas páginas, porque las aberraciones miradas con los ojos de la ciencia pueden evitar en su día males mayores.

Pero releí las cuartillas y, haciendo más caso del magistrado y del cura que del médico, las rompí en pedazos y durante un momento vi volar la historia de infamia y locura de mi noche de bodas...

...

«¿Cómo resistir?», me preguntaba yo continuamente.

«¿Sufrirán así todas las mujeres...? ¿Qué es esto...?».

Y la inocencia que las buenas madres españolas quieren cristalizar en las vírgenes, tendiendo aún sobre mí su espeso velo, me impedía separar, distanciar, seleccionar...

[...] De todos mis momentos de tortura, ninguno lo recuerdo tan agudo como el de la noche en que murió la compañera de mis juegos de niña, el otro yo de mi adolescencia, la sombra de mi cuerpo, el gemelo capullo del materno rosal... mi hermana.

Vi caer sobre la almohada su amada cabecita, y avancé trémula hasta su lecho, increpando a la Vida que dejaba cobarde su puesto a la Intrusa esquelética; lloré, gemí, me retorcí las manos implorante, y le rogué en delirio, enloquecida, que no se fuera ni me dejase sola ante el camino árido y escarpado que tenía ante mí...

---

seducido por la idea de que la autora, en un magistral ejercicio de plasmación literaria del trauma que padece la protagonista, ha hecho que su personaje opte por no mentar al agente causante de su inestabilidad emocional con un sustantivo, sino con un determinante que nada concreta, que todo lo envuelve de incertidumbre.

Tibia aún su mano que entre mis manos estrechaba, la voz de “El” me levantó del suelo, aquella voz imperativa que era el clarín de guerra de mi vida. «Vamos a casa. ¡Ya nada tienes que hacer aquí!».

Yo lo seguí como con el espíritu sujeto a horrenda pesadilla y ya en mi casa me eché sobre mi lecho dando rienda a mi agudo dolor...

Por un brazo me levantó violento.

—¡A la mesa! -ordenó-.

Y yo aterrada: «No puedo cenar. Esto es horrible. ¿Cómo sentarme a la mesa cuando estoy torturada? ¿No ves mi angustia?».

—He dicho que a la mesa y tardas ya. No acostumbro a sostener discusiones inútiles...

Me llevó casi a rastras, y entré en el comedor. La luz eléctrica, blanca y fría, caía sobre el nítido mantel iluminando el cristal las frutas, las flores... ¿Y yo había de sentarme allí, «como si nada hubiera pasado», cuando aún el espíritu de mi hermana estaba cerca de su cuerpo amado y cuando los lamentos de mi madre resonarían lúgubres “allá”, en la “otra” casa...?

Miradme un instante, un minuto no más, seres que habéis sufrido en este mundo, y ved si glosando las palabras del Evangelio: «¡Hay dolor como mi dolor!»... Todas las demás angustias de mi vida eran más de lucha y más exteriores. Este dolor produciase al intento brutal de elevar la animalidad y la materia sobre el dolor moral y el momento tenebroso de mi espíritu en cruz...

Y, sin embargo...

Fue un momento cruel en que luché valientemente conmigo misma y pensé este dilema: fácil es el negarme... (lucha, frases groseras, gritos, escándalo...), ¿y “ella”, que ronda a mi alrededor...; “ella”, toda paz, toda dulce quietud espiritual, me lo agradecerá? Difícil es en cambio el acceder... (Sentarme ante esta mesa, hacer que como; oírlo a “El” estrangulando mi pena en una media hora que será larga como la cuesta que subió con su cruz el Nazareno...). Pero, en cambio, habrá una ofrenda para la siempre muy amada que verá desde arriba mi

cuerpo sentado ante la mesa cargada de manjares, y mi alma de rodillas ante su lecho de muerte bebiendo en su mejilla la última lágrima de cristal...

Y me vencí... y me senté... y mientras “El” comía y charlaba, yo, sin oírlo, partí el pan despacito y con unción sagrada lo desleí en mi boca pronunciando las palabras sagradas: «Tomad y comed, que este es mi cuerpo...». Y ofrecí por “ella” mi sacrificio y tengo la certeza de que jamás, cuando de niña y con el alma blanca comulgaba, subió hasta Dios mi espíritu como aquella noche, desprendido de mí, pudo subir crucificado...

¿Llegará hasta las almas este mi dolor?

¿Se hará tangible este martirio como los otros donde hay violencia y sangre...?

[...] Cuando entré en la habitación donde había sonado el tiro, “El” estaba en el sillón con la cabeza caída sobre el pecho; sobre la mesa un revólver humeaba aún y al acercarme vi un hilo de sangre que del costado izquierdo del herido caía hasta la alfombra.

—¿Qué has hecho? -grité sin darme cuenta de lo que decía-

Y “El”, casi ahogándose, murmuró:

—¡Terminar... de una vez...! Son muchos mis enemigos... Lucha tú con ellos... A mí me han vencido...

[...] Yo paseaba por nuestro huerto, mientras mis hijos jugaban cerca del estanque, con un hilito de agua que brillaba a la clara luz de la mañana.

Los miraba jugar, saltar y divertirse como corderillos en libertad y recordaba aterrada aquellos trágicos años pasados bajo una poderosa garra, cuando los juguetes eran desterrados por peligrosos; los juegos, por innecesarios; y hasta mis besos sobre los frescos labios de mis niños prohibidos por... (Dios o Satán, poderes sobrehumanos, si existís, estremeceos) ¡¡por inmorales!! Y pensaba en su posible salida del manicomio con espanto indecible. Y ahora más que nunca, porque jamás se borraría de mis ojos, al verlo acercarse a mis hijos o a mí, el arma homicida que su mano pudiera oprimir...

AGUSTÍN ESPINOSA GARCÍA<sup>13</sup>

91 | 'PRELUDIO A UNA ELEGÍA'

Estaba casado con una mujer lo arbitrariamente hermosa para que, a pesar de su juventud insultante, fuera superior a su juventud su hermosura.

Ella se masturbaba cotidianamente sobre él, mientras besaba el retrato de un muchacho de suave bigote oscuro.

Se orinaba y se descomía sobre él. Y escupía -y hasta se vomitaba- sobre aquel débil hombre enamorado, satisfaciendo así una necesidad inencauzable y conquistando, de paso, la disciplina de una sexualidad de la que era la sola dueña y oficiante.

Ese hombre no era otro que yo mismo.

Los que no habéis tenido nunca una mujer de la belleza y juventud de la mía, estáis desautorizados para ningún juicio feliz sobre un caso, ni tan insólito ni tan extraordinario como a primera vista parece.

Ella creía que toda su vida iba a ser ya un ininterrumpido gargajo, un termitente vómito, un cotidiano masturbarse, orinarse y descomerse sobre mí, inacabables.

Pero una noche la arrojé por el balcón de nuestra alcoba al paso de un tren, y me pasé hasta el alba llorando, entre el cortejo elemental de los vecinos, aquel suicidio inexplicable e inexplicado.

No fue posible que la autopsia dijera nada útil ante el informe montón de carne roja. El suicidio pareció lo más cómodo a todo el mundo. Yo, que era el único que hubiera podido denunciar al asesino, no lo hice. Tuve miedo al proceso, largo, impresionante. Pesadillas de varias noches con togas, rejas y cadalsos me atemorizaron más de lo que yo pensara.

Hoy me parece todo como un cuento escuchado en la niñez y, a veces, hasta dudo de que fuese yo mismo quien arrojó una noche por el balcón de su alcoba, bajo las ruedas de un expreso, a una muchacha de dieciséis años, frágil y blanca como una fina hoja de azucena.

---

13. Agustín Espinosa García [1897-1939]: *Crimen*. [Madrid] : Taller de Ediciones Josefina Betancor, 1974. Págs. 37-41 y 71-72.

Pero ni el recuerdo de ella ni el retrato del muchacho de suave bigote oscuro se han separado jamás de mí.

En mis farsas peores, les hago intervenir a los dos, disfrazándoles a mi gusto, y decepcionándoles premeditadamente con finales demasiado imprevistos.

En una hora de inconsciencia y olvido pasajeros, he hecho la elegía a María Ana, que doy en este libro. Una elegía a una María Ana que viviera ahora, en 1930, pero anterior, en mis recuerdos, al crimen, aunque no al vómito y al salivazo. Una María Ana de mis ajenos años de estudiante de Filosofía y Letras. La María Ana, en fin, del joven del suave bigote oscuro. O mejor aún: la elegía que a María Ana hubiera podido hacer tal odioso y feliz mancebo.

Para salvarla de mi crimen -de la presión del tren sobre ella y del pánico de la caída- he escrito el relato titulado «Revenant o el traje de novio».

Aquí muere María Ana en su cama blanca de prometida, arrojando el adiós con una sonrisa prestada. Si la he disfrazado de Miss Equis, ha sido para desnudarla de algún modo de su andalucismo moreno, que me hubiera obligado a volverla a tender de nuevo bajo otros trenes de la madrugada.

Luego sólo he tenido -y he realizado- el capricho explicable de reunir en mi casa, una noche, a mis buenos amigos en el anonimato. A mis desconocidos camaradas en el crimen impune: un cable eléctrico, un jazminero, una hoja Gillette, una cuna, un pene de 63 años, etc.

Frente a todos los crímenes anónimos de mis criminales huéspedes de una noche, ha permanecido mi crimen en su sitio propio de sensacional, único y gran asesinato pasional. De crimen tipo. De crimen de novela más que de crimen ocurrido.

Sobre él y sobre mis lectores caigan desde hoy mis futuras maldiciones y persecuciones, la miseria actual y las pústulas pretéritas de mi cuerpo senectuoso de narrador emocionado del asesinato propio y de los crímenes ajenos.

Yo ya sólo vivo para un estuche de terciopelo blanco, donde guardo dos ojos azules, encontrados por el guardagujas la menstrua alba de mi crimen, entre los últimos escombros sanguinolentos de la vía.

92 | «LA MANO MUERTA»

Yo busco una mano desesperanzadamente. Imitada sin fortuna en mármoles, ceras y bronces. Una mano lívida, fría, yerta. Que descorra las cortinas de mi alcoba, que guíe mis deslucidos pasos, que quiebre en el aire, entre sus dedos dulces, saetas enemigas, que se apoye en mis horas peores sobre mis desvelados hombros.

Una mano pálida, fina y trágica. Una mano recién mutilada. Aún anillados sus dedos y rojas aún y espejeantes sus uñas. Una mano de novia que se ha querido hace ya mucho tiempo. Una mano que ha olvidado ya la caricia del guante. La que me cierre un día los ojos que no podrá la muerte cerrarme; ni mis amigos más fieles, ni mis padres, ni mis hijos, ni mis hermanos. Sino sólo tú, mano de muerta, errante; mano de mis sueños del alba, mano que espera, como una estrella de mi alma, mi cuerpo.

Yo conozco una mano, pero no es ésta.

Yo conozco una tibia mano, una mano rosada y blanda. Para mis labios, para mis manos y para mi cuello. Para mis noches de amor, en torno a mi cabeza o sobre mi espalda.

Pero no es ésta.

Yo busco otra mano. Ala de mis pies. Apaciguadora de mis ansias. La que se apoye sobre mi hombro sólo y deshaga mis postreros quebrantos.

La que cierre mis ojos y vista mi cuerpo muerto y preceda mi entierro.

Una mano mutilada y única. Pálida, fría.

Una mano olvidada ya de que fue mano de amante.

Una mano angustiosamente blanca.

PEDRO GARCÍA CABRERA<sup>14</sup>93 | <sup>A</sup>«5»

Viaja el viento  
sin equipaje  
y sin carnet de identidad.  
Sólo un pijama de cristal.  
Y sin recuerdo  
de cuando fue sirena de navío,  
bocina de automóvil  
o suspiro.  
Blanca mudez total.  
Kodac ciego. Contraseña  
del frío.  
Por la hondura del agua  
huye su entierro.

94 | <sup>B</sup>«ETERNIDAD DESNUDA»

Despejada la incógnita del tiempo,  
porvenir para ti no tiene nombre.  
Siendo tú, eres lo exacto. Y andas, lenta;  
pero sin horas, sin minutos que midan  
tu casco silencioso, tu enquistado  
cariño sin meses ni estaciones.  
Ni sombra tienes que te rapte el cuerpo.  
Entregada a su masa permanente,  
la roca goza un paraíso eterno.

---

14. Pedro García Cabrera [1905-1981]: *Obras completas*. Preparada bajo la dirección de Sebastián de la Nuez con la colaboración de Rafael Fernández y Nilo Palenzuela. Cuatro tomos. [Madrid] : Consejería de Cultura y Deportes del Gobierno Autónomo de Canarias, 1987. Los poemas escogidos se ubican en los dos primeros tomos de la colección. Poema A: de *Transparencias fugadas* (1934), pág. 55; poema B: de *La rodilla en el agua* (1934-1935), pág. 68; poema C: de *Romancero cautivo* (1936-1940), pág. 129; poema D: de *Entre cuatro paredes* (1968), págs. 193-194; poema E: de *Las islas en que vivo* (1971), págs. 250-251; poema F: de *Ojos que no ven* (1977), pág. 294; y poema G: *Hacia la libertad* (1977), pág. 302.

95 | <sup>c</sup>«CON EL ALMA EN UN HILO. CUARTO CRECIENTE, I»

De las prisiones flotantes  
-mar dormida, cielo claro-  
de Tenerife salieron  
treinta y siete deportados.  
Fue un diecinueve de agosto,  
día de mi cumpleaños.  
Luces de duelo y de tierra,  
de la ciudad, de los barcos,  
por el aire, sobre el agua,  
tendían sus largos brazos.  
En medio de la bahía  
el trasbordo presenciaron,  
la luna del desconsuelo  
y un pelotón de soldados.  
En la tercera del «Viera»,  
uno tras otro, encerrados,  
entre un río de fusiles  
y un bosque de sobresaltos,  
camino de Río de Oro  
hacia Las Palmas zarparon.  
Atrás quedó la familia,  
quedó el amor desvelado.  
Y todo el mundo fue llave  
sobre los hombros amargos.  
Azotea de mi casa,  
calle alegre de mi barrio,  
si el viento por mí pregunta  
decid que voy desterrado.

96 | <sup>d</sup>«CASA DE ALQUILER»

En esta casa en la que ahora habito  
vivieron antes otras gentes;  
pero tan pocas huellas han dejado  
que, en lugar de marcharse por la puerta,  
debieron de salir por los espejos.

Sus nombres aún figuran en recibos,  
nombres como vestigios prehistóricos,  
perdidos rostro y voz, sombra y ternura,  
en los neutros estratos del olvido.  
Las letras de esos nombres  
están vueltas de espalda  
y no las deletrea ni el recuerdo  
de un clavo en la pared ni una mota  
de angustia en los rincones  
en donde los silencios se desangran.  
Recibos que debieron de pagarlos  
lo mismo que nosotros  
para tener derecho a lavarse la cara  
y no morir de sed  
o para que en la noche se encendiesen,  
con la fiebre del niño, las bombillas,  
acaso en los arenales del suelo  
si eran pocas las camas y mucha la familia.  
Agua y luz no debieron malpagarse y medirse,  
sino ser gratuitas como el sol y las fuentes,  
esas dos libertades a las que el hombre ha puesto  
la camisa de fuerza del esclavo  
y que vienen llorando de razones los ojos  
y los labios sedientos.  
Mis ojos, nacidos para la luz,  
puestos en órbita de estrellas,  
visionarios del rostro del amor y las cumbres,  
ahora amordazados por la sombra,  
y mis labios, nacidos para el beso y la palabra,  
para darle ternura  
a nuestro instrumental de soledades.  
Sí, en esos recibos de la luz y del agua  
ha rubricado el hombre sus demonios,  
los demonios que cobran el que vea a mi esposa  
respirar el silencio blanco de la almohada,  
batir el mar del sueño tras la frente,

contemplarla dormida,  
en su total entrega,  
hecha toda colina y horizonte,  
en la alberca indefensa del reposo.  
Y he de pagar por eso, por decirle a mis libros  
que los quiero tener entre las manos,  
leyéndoles las venas oscuras,  
siguiéndoles el rastro a las ideas,  
taladrándoles las sienes.  
He de pagar para sentirme vivo,  
para ser menos noche,  
antes de que oscurezca totalmente  
y me vaya también por los espejos  
a desnacerme en nadie.

97 | <sup>E</sup>«HOY ES LA MUERTE DE UNA MARIPOSA»

Hoy es la muerte de una mariposa  
volando sobre el mar  
lo que ha llenado el día.  
Buscaba una ola quieta  
en que poder posarse  
y no volvió del agua.  
No hubo suicidio,  
lucha  
ni tristeza.  
Llegó tan sólo al borde de sí misma,  
al ras con ras de su silencio,  
con esa sencillez con que el cielo es azul,  
nube la nube y pájaro el sonido.  
El mar no la hizo suya,  
no pudo dominarla.  
Cuando cayó estaba ya cumplida  
la mariposa que era,  
el preludio de libertad de su vuelo.

98 | <sup>F</sup>«ISLAS DEL DESPERTAR»

Basta de ser colillas apagadas  
del cenicero de los mares.  
Ombligos de la sed,  
sólo un placer de humanidad nos puede.  
Vivimos como ardemos y pensamos,  
con nuestro sentimiento de volcanes  
y la melancolía de estar solas.  
La pirotecnia de un amor de fondo  
nos acelera el ir aunque parezca,  
de tan veloz, cronómetro parado.  
Esperar no es un fin.  
Borrón y cuenta nueva a la molicie  
de rumiar soledades.  
Nuestro matalotaje de esperanzas  
no oculta el puño de la rebeldía.  
Y hemos roto el pijama del silencio.  
Ni somos descendientes  
de una lengua cortada  
ni queremos sudar hiel y vinagre,  
ni seguir siendo súbditas  
de una feria de olvidos.  
No deseamos otras pertenencias  
que no sean las alas de los vuelos.

99 | <sup>G</sup>«AMNISTÍA»

Pido amnistía para los que llevan  
plomo en las alas, para los que han roto  
los pantalones de las pesadumbres.  
Pido amnistía para el trigo limpio,  
para las frutas del amor caídas  
en los zarzales que nos aprisionan.  
Pido amnistía para los que beben  
el café sin azúcar de su sombra  
y se tragan el rancho de sus penas.

Pido amnistía para los que luchan  
por tener un colchón donde descansen  
las sonrisas abiertas de sus hijos.

Pido amnistía para los fortines  
del pecho de las madres, esas patrias  
sin polución de cárceles y espinas.

Pido amnistía para los exilios  
de los que amamos para la ternura  
de quien nos dice adiós en una carta.

Pido amnistía para el verbo libre,  
para los locutorios de las rejas  
y los taladros de las soledades.

Pido amnistía, en fin, para la sed  
de los que están buscando día y noche  
el vaso de agua de la libertad.



### PANCHO GUERRA<sup>15</sup>

100 | «DE CUANDO PEPE MONAGAS LE HIZO LA  
CUENTA DE LA PATA A SOLEDAD, SU SEÑORA»

Cierta vez se le ofreció a don Manuel el Batata albear y pintar su casa. Don Manuel tenía fama de gorrón, hasta el punto que Monagas, que le conocía todos los trasteos, dijo de él en una ocasión que por no dar, no daría ni las boqueadas en la hora de irse listo. Como Pepe no era fijo en el oficio, sino que según le daba agarraba escobas y brochas para un cáido, y cobraba menos por eso mismo, don Manuel, que perdía una perra chica y cogía un desvelo, lo aguaitaba hasta verlo muy atrabancado, y entonces le hablaba. Por la mitad del precio corriente le levantaba el blanqueo y la pintura de los huecos del frontis.

15. Pancho Guerra [Francisco Guerra Navarro, 1909-1961]: *Los cuentos famosos de Pepe Monagas*. Tomo V. Madrid : Ediciones "Asociación Peña Pancho Guerra", 1972. Págs. 99-101.

Resulta de ser que trataron el renuevo de la casa. Monagas cobraría por semanas el ajuste. Este convenio era con don Manuel, que otro había con Soledad, la mujer de Pepe, que le tenía más miedo a los sábados que a unos fríos y calenturas, y había arreglado con él para que le entregara, limpio de polvo y paja, la mitad de lo cobrado, con lo que atendía los potagitos de enredaderas, pudiendo él darle libremente jilo a la otra mitad.

Pero el diablo la había de hacer. Un sábado, Monagas se encontró ahí por alrededores del Pabellón a Vitorio el del Pini- llo, que venía de una diligencia.

—¿Los echamos un estampíto, Pepe?

—Cabe.

Los dos entraron, se pegaron y dada la una larga el dueño del timbeque tuvo que echarlos.

—A mí lo que me jeringa son los abusos, ¿oyó? -rezongaba Pepito, por jeringar al dueño, trabada la lengua, pesado como una potala-. ¡No jase farta que arrempuje! ¿No es así, Vitorio?

—Masiao que sí...

—Póngalos la arrancaílla, ¿oyó?

—No hay más. A la calle.

Y en la calle y sin llavín se vieron los dos compinches, allá pa las dos. No había nada que hacer con esto del cierre a raja- tabla. El catre dio la única y definitiva solución.

Excusado es decir que mi comadre Soledad lo esperaba como un erizo, sentada en medio de la cama, con el rodete ente- rito todavía y el camisón, que como sábado, se había puesto limpio, sin una arruga pa una medicina. ¡Aquella entrada! Ella como un aguillilla, él con la boca cambada en una mueca de sinvergüenza que hasta las perinolas del catre se enfriaron. Y callado como un tocino, con apenas tal cual rezongo:

—¡Vaya un guineo, mano!

Hasta que ella alivió la cargazón del sentimiento, se viró con un remango y pegó a llamar el sueño. De pronto, al verlo acercar medio vestido con ánimo de compartir el lecho conyu- gal, saltó como un gatillo:

—¡Asquí no te queas! ¡A la estera, perdulario, bandío!

—Ta bieeen... Pero túpase de una ves, señooora, que está poniendo en planta too el portón con esos esperriós...

La noche echó una tupida pañoleta sobre el escorroso.

Y a la mañana siguiente...

—¿Onde está la mitán del jasnáa ? -preguntó como una escopeta Soledad-

—¿Qué jasnáa, ni jasnáa, si no me han pagao?

—¿Que no te han pagao?

—¡No, señooora! Y no pegue otra ves con el griterío, ¿oyó? No me deje calentáa.

—Pero, ¿y por qué no te pagaron?

—Porque don Manué tuvo que dir pa Teror, a la finca, y se alcontró con un señor que subía. Por no desperdisiar, se queó jasta sin almuerzo.

—¡Tú no me digas mentiras, Pepe!

—¡Oh, padrito! ¿Por qué no va y pregunta?

—¿Que si pregunto? Como que voy jasta a cobrar.

—No arme líos, ¿oye? Déjese dir, déjese dir.

—¿Y con qué comemos hoy?

—Los remediamos.

—¿Qué dises túuu?

Hecha una fiera y trancada, sin una palabra más, Soledad se echó la pañoleta y tiró pa ca doña Agustina, la mujer de don Manuel.

—Su marío se fue sin pagasle a Pepe. Y estamos sin poer comprar naa. A vee si usté quería darme la semana, asín Dios le salve el alma, usté, que Pepe arregla mañana con don Manué.

—¡Esus, mujée!, ¿por qué no?

...

—Toma tu parte-dijo Soledad a su marido tirándole delante las pesetas, según entró de recalada.

Monagas se quedó asmado:

—¡Pero muchacha!, ¿cobraste?

—¡Naturáa!

—Y van dos -rezongó Pepe-

Cuando bajó don Manuel, a su señora le faltó tiempo para pintarle, con voz sentimental y ojos de pájara echada, la “caridad” que había hecho cubriendo su olvido.

—¿Cuálo? ¡Ya te engañaron como a una china! Pero si yo le pagué, muchacha. ¡Ya, santísima! ¡Vaya una cara de baqueta, caballeros! ¡Y tú tamién, bobática!

Naturalmente, mi compadre Pepito Monagas fue llamado a capítulo. Y explicó la cosa.

—Mire, don Manuel. Pasa que Soledá, mi mujee, lleva de tiempo la contabilidá de mi casa, ¿oyó? Y últimamente, sin haber visto la Escuela Comersio ni por el forro, le ha dao por llevarla por “partía doble”. ¡Fíjese usté!



### ANTOLOGÍA CERCADA<sup>16</sup>

101 | AGUSTÍN MILLARES SALL: «EL MARTILLO DEL MINUTO»

II Aunque mi decisión jamás vacila,  
 aún presiento un oído que me engaña,  
 y que una pesadilla en la pupila  
 en mi razón lo insólito destila,  
 haciendo de la hora una montaña.

Si pregunto, no logro una respuesta.  
 Si levanto la voz, hallo el vacío.  
 De la exasperación llego a la cresta,  
 lamido por un mar de escalofrío.

Creo en la indignación del que despierta  
 porque mis ojos nunca se han cerrado,  
 y el alba que los gallos han cantado  
 ha pisado la noche de mi puerta  
 antes de haber sus límites cruzado.

16. Varios autores: *Antología cercada*. Las Palmas de Gran Canaria : El Arca, 1947. Agustín Millares Sall [1917-1989]: págs. 12-13; Pedro Lezcano Montalvo [1920-2002]: págs. 19-20; Ventura Doreste Velázquez [1923-1987]: págs. 26-27; José María Millares Sall [1921-2009]: págs. 39-40.

Soy el más largo insomnio conocido  
y el dolor que más lejos ha llegado;  
soy el más alto grito levantado  
y el llanto que más lluvias ha vertido.

Tengo el labio más seco y más mordido,  
y el corazón que más apresurado  
el camino del rayo ha recorrido;  
el silencio más veces perturbado,  
y el descanso más breve interrumpido. [...]

102 | PEDRO LEZCANO MONTALVO: «EDICTO»

Ciudadanos, seguid gallardamente  
de pie sobre la acera,  
y vestid a ese muerto  
de etiqueta.

Columnas sois, pilares  
de la ciudad moderna;  
sostenéis en los hombros  
las altas chimeneas,  
y no podéis moriros  
como un hombre cualquiera.

Queda prohibido terminantemente  
morir en calles céntricas.

Sufrid, llorad, amad privadamente,  
bajo la axila de las escaleras,  
en las lejanas tapias,  
en las cunetas.

Besad, gemid sin ruido,  
que nadie se dé cuenta.  
Cuando, al edicto de la noche, alumbren  
simultáneas estrellas,  
llorad, amad, sufrid, matad acaso,  
calladamente y en tinieblas.

A oscuras, en el hueco designado,  
donde nadie os vea,  
gesticulad, gritad ante un espejo,  
acuchillad muñecos de madera,  
pisotead los códigos civiles,  
desnudaros de telas.  
Pero al regreso de la luz se exige  
vuestro antifaz, vuestra antialma puesta.

Las mujeres sean firmes  
cariátides de cera,  
con el hogar y todas sus virtudes  
sobre la cabellera.  
Cuando ríen las flores en la lluvia,  
guardaros las doncellas.  
Ni una mujer tan solo se desnude  
cuando la lluvia besa  
en una entrega al cielo de su cuerpo.  
Prohibida toda entrega.  
Prohibido a todo hombre  
dormir sobre la hierba,  
y más si es con la nuca  
posada sobre el lomo de una oveja.

Se prohíben los sueños a deshora;  
para soñar ya hay decretadas fechas,  
hay parques con sus pájaros y novios,  
hay líricos poetas.  
(Esculpidos en mármol de los bares  
los artistas se sueñan.  
Flor de papel, su eternidad soñada,  
como la siempreviva: siempre muerta).  
Prohibido todo sueño. La vigilia  
perenne se decreta.  
(Se tomarán medidas radicales  
contra la primavera).

Ilustrísima muerte: los esclavos,  
de tu bondad reconocida esperan  
únicas vacaciones merecidas.  
Concedidas les sean.

103 | VENTURA DORESTE VELÁZQUEZ: «GUERRA EN LA PAZ»

Donde la sangre cálida se hiela,  
donde no reconoce el hijo al padre,  
donde son los hermanos enemigos  
y Dios casi se olvida de sí mismo:  
son ya los hombres lobos de los hombres.

Donde la mano pega como un puño,  
donde el cuello se abate sometido,  
donde son libres los puñales negros,  
dueñas del aire balas asesinas:  
son ya los hombres lobos de los hombres.

Donde respiran sangre los pulmones,  
donde la boca exhala mil blasfemias,  
donde los niños mueren solitarios  
y andan las madres con los pechos muertos:  
son ya los hombres lobos de los hombres.

Donde tampoco predicar podría  
el Cristo si volviese nuevamente,  
donde Judas se alegra sin rebozo  
y el fariseo goza de renombre:  
son ya los hombres lobos de los hombres.

Donde el aire asesina como bala,  
donde el suelo traiciona torvamente,  
donde el seno no acoge la cabeza  
ni acarician la frente dulces manos:  
son ya los hombres lobos de los hombres.

Donde el día y la noche son lo mismo,  
donde el rayo persigue diariamente,

donde los ríos son serpientes turbias  
y el mar cuerpo vastísimo de cólera:  
son ya los hombres lobos de los hombres.

Donde las aguas queman las gargantas,  
donde los vinos saben como sangre  
y está sangre con aire confundida;  
donde muere la voz guillotizada:  
son ya los hombres lobos de los hombres.

104 | JOSÉ MARÍA MILLARES SALL: «LABIOS DE ACERO»

Detenido el clamor del agua en la ribera,  
las heladas cinturas de unos ojos despiertan  
los ríos de la tierra desnudos hasta el mar.  
Los árboles dormidos en la niebla  
y en lo alto del aire la campana rodando.

Abrid, que tengo el puño metido en las entrañas,  
la cintura agotada de estrecheces,  
los ojos como yunques dolorosos.  
Abrid, porque me asfixio,  
que unos labios de acero madrugando me esperan  
y el parto de mi alma me traiciona.

Nerviosas bayonetas de orillas encendidas  
clavaron su agudeza de sombríos metales  
en una aurora muerta, sepulta en las montañas  
que no amanecen nunca.

Se estrecharon los muros a medida  
que el frío centinela sus pasos remachaba  
como horas de hierro contra el suelo.  
Se estrecharon los huesos, de coraje, fornidos,  
y atronaron sus ojos los martillos hinchados  
de las yertas culatas descansando,  
en espera de puños opresores que dieran  
vigor a sus inmóviles silencios.  
Se despiertan las voces, los pasos, los fusiles.

Se agrupan, en un patio de baldosas heladas,  
 las suelas dolorosas por secas contorsiones.  
 Uniformadas sombras.  
 Pelotón voluntario de muerte.  
 La palabra  
 se hiela entre los labios. Violáceos caminos  
 se abren cuando suenan las maduras espuelas,  
 las cinchas, las polainas plateadas,  
 las negras cartucheras, archivos de la muerte.  
 Se hielan las paredes que sufren la mañana  
 y rodando se aplastan contra el suelo,  
 y de escombros podridos los caminos  
 abren sus lentas fauces a la hoguera  
 de los ojos del reo que avizora  
 más allá de la niebla su sendero,  
 el fin de un horizonte de inhumanas torturas,  
 por defender un sol de causas, con sus labios  
 de fecundos principios para el hombre,  
 la tierra repartida por iguales cosechas,  
 los frutos despojados de cónicas cortezas,  
 por ciudades de luces y apagados infiernos,  
 por viñas de esplendores para el alma.

---

PEDRO LEZCANO MONTALVO<sup>17</sup>

105 | <sup>A</sup>«CONSEJO DE PAZ»

1 Muchachos que soñáis con las proezas  
 y las glorias marciales,  
 bajaos del corcel, tirad la espada;  
 los héroes ya no existen o están en cualquier parte.  
 Llegará la hora cero de ser héroes  
 cualquier día cruzando cualquier calle.

---

17. Pedro Lezcano Montalvo [1920-2002]. Poema A: *Consejo de paz*. Las Palmas de Gran Canaria : Imprenta Pedro Lezcano, 1965. Págs. 82-85. Poemas B, C, D y E: *Paloma o Herramienta*. Edición de Teresa Cancio León [Santa Cruz de Tenerife] : Viceconsejería de Cultura y Deportes del Gobierno de Canarias, 1988. Págs. 116, 154-157, 183-184 y 185.

2 Contables misteriosos  
cerrarán un balance.  
Decretarán la nada entre los hombres  
misteriosos contables.  
Cuando en los hondos sótanos,  
valientes y cobardes  
recen al Alto Mando  
por un soplo de aire.  
No los oirá ni Dios, que está más cerca;  
no los oirá ya nadie.

3 Negación de los nombres.  
Negación de las frases.  
Si no sois primavera, espuma o viento,  
Fuerzas de Tierra, Mar y Aire,  
si el vendaval no sois ni la semilla,  
ni la lluvia que nace de los mares,  
usurpadores sois de las palabras  
nobles y elementales.

4 Homicidas sin culpa se disfrazan  
del color de la tierra y de los árboles,  
con floridos ramajes en la frente,  
como en las bacanales...  
Pero no son alegres las canciones  
que inspira el mosto de la sangre.

5 Muchachos soñadores de epopeyas,  
escuchadme:  
el pecho es el lugar que se designa  
para el balazo de los mártires.  
El pecho, nave heroica  
donde retumba el corazón amante,  
donde el piorno penetra limpiamente  
como en el templo de sangre...  
Pero sucia de barro y excremento  
cae la estatua de Marte.

Vuestras definiciones,  
vuestras sabias verdades,  
la inteligencia es pus sobre las frentes  
de miles de cadáveres.  
Y en la tierra abonada por la muerte  
sólo he visto crecer la flor del hambre.

Muchachos soñadores,  
bajaos del corcel, tirad el sable.  
Cuando las botas pisen los olivos  
y su símbolo aplasten,  
coged su savia espesa, echadla al mar  
y veréis cómo aplaca tempestades.

106 | <sup>B</sup>«AL GRUPO MESTISAY»

Que no me pida licencia  
quien quiera cantar mis versos.  
Mis palabras son de todos,  
si no, ¿para qué las quiero?

Me pertenecen mis manos,  
que se irán conmigo al cieno;  
pero mi voz, ¡que se quede,  
sonando en labios ajenos!

De ustedes es la canción  
de la que yo soy un eco.  
Al pueblo van mis palabras  
porque vinieron del pueblo.

¿Qué más inmortalidad  
que un grupo de compañeros  
haga resonar mi voz  
cuando yo esté en el silencio?

Nada queda de los hombres  
si no es palabra en el viento,  
si no es voz en la memoria,  
si no es música en el tiempo.

107 | <sup>c</sup>«LA MALETA»

Ya tengo preparada la maleta.  
Una maleta grande,  
de madera.  
La que mi abuelo se llevó a La Habana;  
mi padre, a Venezuela.  
La tengo preparada: cuatro fotos,  
una escudilla blanca, una batea,  
un libro de Galdós y una camisa  
casi nueva.  
La tengo ya cerrada y, rodeándola,  
un hilo de pitera.  
Ha servido de todo: como banco  
de viajar en cubierta,  
y como mesa y, si me apuran mucho,  
como ataúd, me han de enterrar en ella.

Yo no sé dónde voy a echar raíces.  
Ya las eché en la aldea.  
Dejé el arado y el cuchillo grande,  
las cuatro fanegadas de la vieja...  
¡La hostelería es buena!, me dijeron,  
y cogí la bandeja:  
«sí, señor», «no, señor», «lo que usted mande»,  
«servida está la mesa»...  
Yo por vivir entre los míos hago  
lo que sea.  
Vi a las mujeres pálidas del norte  
arrebatarse como hogueras  
y llevarse las caras como platos  
de mojo con morena,  
tanto que aquí no dejan ni rubor  
para tener vergüenza.  
Vi vender nuestras costas en negocios  
que no hay quién los entienda:  
vendía un alemán, compraba un sueco,  
y lo que se vendía era mi tierra!

Pero no importa. Me quedé plantado.  
Aquí nací. De aquí nadie me echa.  
Hasta que el otro día lo he sabido,  
y he hecho de nuevo la maleta.  
He sabido que pronto  
van a venir de afuera  
técnicos de alambrar los horizontes,  
de encadenar la arena,  
de hacer nidos de muerte en nuestras fincas,  
de emponzoñar el aire y la marea,  
de cambiar nuestros timplés por tambores,  
las isas por arengas,  
la palabra de amor por ultimátum,  
por tumbas las acequias...

Si se instalan los técnicos del odio  
sobre nuestras laderas,  
los niños africanos, desvelados  
bajo la lona de sus tiendas,  
mirarán con horror las siete islas,  
no como siete estrellas,  
sino como las siete plagas bíblicas,  
las siete calaveras  
desde donde su muerte y nuestra muerte  
indefectiblemente se proyectan.

Yo, por mi parte,  
cojo la maleta.  
La maleta que el viejo  
se llevó a las Américas  
en un barquillo de dos proas.  
¡Qué valientes barquillas atuneras!  
Tienen dos proas, una a cada lado,  
para que nunca retrocedan.  
Vayan a donde vayan siempre avanzan:  
«¿Quién dijo popa? ¡Avante a toda vela!»...

Y yo, ¿voy a marcharme reculando?  
¿Voy a dejar que crezca  
sobre la tierra mía  
toda la mala hierba?  
¿Voy a volver la espalda al forastero  
que vendrá con sus máquinas de guerra  
para ensuciar de herrumbre las auroras,  
de miedo las conciencias?

Pensándolo mejor, voy a sacar  
de la vieja maleta  
el libro, la escudilla, la camisa,  
la batea...

Voy a pintar y a barnizar de nuevo  
su gastada madera.

Voy a quitarle el hilo y a ponerle  
la cerradura nueva.

Y con ella vacía  
me acercaré a la Isleta  
y al primer forastero de la muerte  
que llegue a pisar tierra  
se la regalo, para siempre suya,  
que la use y nunca la devuelva.  
¡No quiero más maletas en la historia  
de la insular miseria!

Ellos, ellos,  
que cojan ellos la maleta.  
Los invasores de la paz canaria  
que cojan la maleta.  
Los que venden la tierra que no es suya  
que cojan la maleta.  
Los que ponen la muerte en el futuro  
que cojan la maleta.  
Que cojan la maleta,  
*¡que cojan para siempre la maleta!*

108 | <sup>D</sup>«ROMANCE DE LA PAZ CONDENADA»

La boca puede besar  
cuando de besar se trata,  
puede comer si le dan  
y puede escupir de rabia.  
Pero lo que da razón  
a la boca es la palabra.  
Sin ella, la mía es  
mortal herida en la cara.

Por eso cantó mi boca  
la paz, ¡y vuelve a cantarla!

Pero no hay palabras buenas  
para entendederas malas.  
Si digo rosa, la rosa  
se pone tan colorada  
que hasta la rosa se olvida  
de que hay también rosas blancas...

Yo dije: «buscad la paz».  
Y la paz que aconsejaba  
¿no era la blanca paloma  
apostólica y romana?  
Tiñeron la paz de rojo,  
vistieron la paz de máscara.  
Dije y digo: «quiero paz  
a la puerta de mi casa.  
La paz no tiene color,  
ni bandera ni morada.  
La paz no tiene vergüenza  
de desnudarse en la plaza.  
La paz es madre de todos,  
pero de ninguno ahijada.  
Por la razón de mi boca,  
digo que la paz se haga.

Que la semilla sea mies  
y la mies se eche en la parva,  
y la trilla la navegue,  
y julio aviente la paja,  
y el grano grávido quede,  
y se muele junto al agua...  
Y la mano de los hombres  
modele cada mañana  
esa escultura de amor  
que es el pan de quien trabaja.  
Que desde que abran los ojos  
hasta que acuesten la cara,  
pan y paz hagan los hombres.  
(Tan parecidas palabras  
son la paz y el pan, que entiendo  
que de lo mismo me hablan)».

Pero vistieron de rojo  
la paz que yo aconsejaba.  
Y alguna razón tuvieron  
para mirarla encarnada.  
¡La paz será siempre roja  
mientras sangre como sangra!

109 | <sup>E</sup> «CRÓNICA DE UNA GUERRA»

Tonto,  
te declararon tonto.  
Te dieron un fusil, de puro tonto.  
Disparaste, so tonto, más que tonto.  
Asesinaste a tus amigos tontos,  
a tus hermanos y a tus tontos padres.  
Y así has quedado solo,  
tonto superviviente, tonto único  
¡rodeado de listos!

## AGUSTÍN MILLARES SALL

110 | «NO VALE»<sup>18</sup>

Te digo que no vale  
 meter el sueño azul bajo las sábanas,  
 pasar de largo, no saber nada,  
 hacer la vista gorda a lo que pasa,  
 guardar la sed de estrellas bajo llave.

Te digo que no vale  
 que el amor pierda el habla,  
 que la razón se calle,  
 que la alegría rompa sus palabras,  
 que la pasión confiese: «aquí no hay sangre».

Te digo que no vale  
 que el gris siempre se salga  
 con la suya, que el negro se desmande  
 y diga CRUZ Y RAYA  
 al júbilo del aire.

Vuelvo a la carga y te digo: «aquí no cabe  
 esconder la cabeza bajo el ala,  
 decir NO SABÍA, ESTOY AL MARGEN,  
 VIVO EN MI TORRE, SÓLO Y NO SÉ NADA».

Te digo y te repito que no vale.

111 | «SALUDO»<sup>19</sup>

I Yo te saludo, amigo, te saludo y te canto  
 igual que si te hubiera de siempre conocido.  
 No puedo equivocarme después de haberte oído.  
 Tú eres parte del sol que yo he esperado tanto.

---

18. Agustín Millares Sall [1917-1989]: *Habla viva*. Barcelona : Joaquín Horta, 1964. Pág. 26.

19. Agustín Millares Sall [1917-1989]: «*La estrella y el corazón* (1949)» en *Poesía unánime, 1944-1966*. Antología realizada por Manuel González Barrera. Las Palmas de Gran Canaria : Imprenta Lezcano, 1967. Págs. 31-34.

Yo te saludo amigo, te abrazo emocionado  
a través de la niebla por donde pasa el día.  
Con tu enorme caudal de luz y poesía  
el rincón más oscuro se hubiera iluminado.

La senda que me enseñas no me es desconocida.  
He marchado por ella sin conocer la calma.  
Antes que tus palabras me llegaran al alma  
ya habían tus ideas incendiado mi vida.

Es verdad que estos años no los hemos vivido,  
sino sólo pasado, que el tiempo nos supera,  
que hay estrellas más altas sin sospechar siquiera  
que forjando el gran siglo, muchos han transcurrido.

Diste tu libertad, que es como darlo todo,  
para que la alegría repique en la campana.  
Un trozo de tu vida brindas cada mañana  
para que el mundo entero pueda salir del lodo.

Yo te aseguro, amigo, que nunca había estado  
tan cerca de la vida como en este momento.  
No es posible la duda donde llega tu aliento.  
Tú vas por la llanura de un cielo despejado.

Yo, poeta, declaro que tu acento es profundo,  
que llevas en las venas los ríos de un planeta.  
Yo, poeta, declaro que tú eres poeta  
porque anuncias y cantas el mañana del mundo.

II Yo, poeta, declaro que escribir poesía  
es decir el estado verdadero del hombre,  
es cantar la verdad, es llamar por su nombre  
al demonio que ejerce la maldad noche y día.

El poeta es el grito que libera la tierra,  
la primera montaña que divisa la aurora,  
la campana que toca la canción de la hora,  
el primer corazón que lastima la guerra.

Colocado en vanguardia, sin que nunca desate  
 su unidad con los pueblos, su visión del conjunto,  
 el poeta es el hombre que primero está a punto  
 para hacerse con bríos a la mar del combate.

El poeta es el pueblo que a morir se resiste  
 en la súbita noche donde todo se olvida.  
 Donde no hay libertad no hay poeta con vida.  
 Ningún pájaro vuela donde el aire no existe.

Yo, poeta, declaro que la cólera es una  
 cuando hay algo que atenta contra el sol que nos guía.  
 Languidece el poeta si la tierra se enfría,  
 cuando no hay corazón ni justicia ninguna.

Yo, poeta, declaro que en el duro camino  
 del tiempo, en el poeta se llama siempre un hermano.  
 Yo, poeta, declaro que el poeta es humano,  
 conduciendo a los hombres hacia un claro destino.

112 | «RECUERDO DE JUAN EL NUESTRO»<sup>20</sup>

Doblo el pliego,  
 le impongo cuatro cabezas  
 y en una cuartilla nueva,  
 remando sobre el acuario,  
 pongo las primeras letras  
 de una historia que conservo  
 como sangre de mis venas,  
 como verbo de mis labios.

Juan García el Corredera,  
 Juan el Nuestro  
 -así le llamaba el pueblo-,  
 con su biografía en vela,  
 con su heroísmo despierto

---

20. Agustín Millares Sall [1917-1989]: «Desde aquí (1977)» en *La palabra o la vida*. Edición de Jesús Páez Martín. [Santa Cruz de Tenerife] : Viceconsejería de Cultura y Deportes del Gobierno de Canarias, 1989. Págs. 143-145.

aún tiene alas que vuelan  
como vuelan los espejos  
cuando retratan las penas.

Todavía tienen señas  
los que le dieron por muerto  
con las garras en su cuello,  
los enanos del planeta.

Antes que el hombre dijera  
del sol que zarpa del puerto  
abierto de las ideas.

Aún su cuerpo delinea  
de Guanarteme una cueva,  
aún el calor de sus huesos  
pone freno a la marea  
en un rincón de mi tierra.

Juan García el Corredera,  
Juan el Nuestro  
-así le llamaba el pueblo  
bien cargado de cadenas-,  
tuvo la muerte más negra  
en un patio carcelero  
-garrote vil- porque era  
un ser que tocaba el cielo  
con sus ojos de tristeza,  
con su pecho gigantesco.

Mi casa abierta a los fuegos  
de una pacífica guerra,  
con la protesta en el viento,  
sin pestañear siquiera,  
se mantuvo siempre alerta.  
Un insomnio sin remedio  
la mantenía despierta.

Mas fue imposible dar vuelo  
a tantas rojas estrellas.  
Era firme la sentencia.  
Juan García      Juan el Nuestro  
Un obrero      Un simple obrero  
pagó muy cara su cuenta:  
ponerle un muro al infierno  
en la misma carretera  
donde asomaban los cuernos  
del demonio en su siniestra  
embestida contra el tiempo.

Juan García      el más amado  
-aquí los sexos no cuentan-,  
pusiste un grano de arena,  
el grano de valor más alto  
en pro de una vida nueva.  
Échanos hoy una mano,  
Juan el Nuestro    Juan hermano,  
desde tu latente ausencia;  
con tu sacrificio alienta  
la España que edificamos.

Juan García      Juan el Nuestro  
-así te llama aún el eco-,  
sigue por siempre ocupando  
el corazón de tu pueblo;  
mantenlo siempre ocupado,  
guía todos sus alientos  
en la copa de aquel árbol  
que volviste monumento  
con un rayo entre las manos.

Levanto el puño cerrado  
en tu honor y contra el miedo.  
Échanos, Juan, una mano  
junto con Julián Grimau  
y tantos camaradas muertos

por tantos años de espanto  
 desgarrando nuestra tierra,  
 para sembrar nuevos campos  
 en la eterna primavera  
 del mundo nuevo soñado.  
 Hoz y martillo en la estrella  
 de nuestra roja bandera  
 de nuevo al aire ondeando.

Por ti y por tantas ausencias,  
 levanto el puño cerrado.



MANUEL PADORNO NAVARRO

113| «VÍSPERA TERCERA (CENA EN SAN SEBASTIÁN DE LA GOMERA)»<sup>21</sup>

EL candil contenía luz sumisa.  
 En un extremo de la larga mesa  
 sentada Beatriz de Bobadilla, bella  
 señora sanguinaria, el único  
 alimento; al otro lado, enfrente, yacía  
 él, Alonso Fernández de Lugo, Gobernador  
 de las Islas Canarias, El Adelantado  
 de la Violencia; en medio, pensativo,  
 con los ojos abiertos en la niebla  
 fiel, Cristóbal Colón, El Navegante  
 del Abismo, el elegido oscuramente  
 en Occidente para tal faena,  
 desde San Sebastián de La Gomera  
 última la más regia travesía tercera.  
 El aire mueve el palmeral, de sitio,  
 la playa rumsosa continúa, cerca,  
 festeja el fuego artificial, procede  
 a sellar el espacio, cuánta  
 espuma dotada de silencio, temerosa

21. Manuel Padorno Navarro [1933-2002]: «*El animal perdido todavía (1980-1987)*» en *El naufrago sale, 1980-1988*. Las Palmas de Gran Canaria : Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria, 1989. Págs. 81-82.

bordea el derrotero decidido  
 en La Corte, lacrado; *parto mañana, dice*  
 al fin, la lámina va limpia, clara,  
 ni precipicio, monstruo alguno o cuidado,  
 no llevo ni veneno ni cuchillo,  
 tampoco el alma, sólo llevo el mapa  
 del sueño que podría prolongarse  
 algún día, quizá católica paciencia  
 embride entonces la marinería  
 a la navegación, a la medida  
 (Beatriz toma el vaso y bebe. Alonso  
 corta silencio, pica sal despacio)  
 empujada la calma que se abre  
 el viento llevará la nave mía  
 hasta el final de la *inocencia*,  
 también desconocida todavía.

114 | «TOAST FUNÈBRE (LANCIOTTO MALUCCELLO)»<sup>22</sup>

La vi siempre una llama transparente,  
 oh nicho de silencio, región pura,  
 lámina azul la carretera enfrente,  
 paso que da cobijo a la aventura.

Isla del sol volcánica, rusiente,  
 mar tenebroso sobre la llanura  
 las Canarias de arriba, puerto ausente,  
 fuego la sed, el agua su escritura.

Aquí yace el caballero errante, a medio  
 paso lunar, al pie del mar tendido  
 aquél que fue a salir, *pisar afuera*.

Tierra de los volcanes entremedio  
 de la manzana azul, verbo dormido,  
 el caballero de la luz espera.

---

22. Manuel Padorno Navarro [1933-2002]: *Esfigie canaria*. Las Palmas de Gran Canaria : Ayuntamiento de Las Palmas de Gran Canaria, 1994. Pág. 95.

*Para mayor gloria*<sup>23</sup>

115 | «GANAR EN SOMNOLENCIA»

Yo trabajo en abrir, sin disciplina  
alguna, mis sentidos. En soltarlos.  
Yo trabajo, sin darme cuenta, en eso.  
Es un trabajo inútil, todo pérdidas,  
sin remuneración alguna, en blanco,  
aunque no sé por qué me gratifica  
oscuramente. Abriendo, sí, el olfato  
a la vista (y ésta a lo que no se ve);  
abrir la vista al oído (y éste a lo  
que no se oye); abrir el gusto, abrirlo  
al palpo (y a lo que no se tacta); abrir  
cada sentido al otro que está al lado.  
Es un trabajo inútil, sin poderes,  
sin reconocimiento ni aparente  
gratificación, pura gratuidad,  
pura licencia, liberación, alquimia,  
pura magia mental; es ir abriendo  
los sentidos al ser desconocido  
que uno se es, tan cerrado, cada día.  
Abrirse poco a poco y esponjarse  
en sinrazones, en la somnolencia.

116 | «UN SOLITARIO MUCHAS VECES»

Yo soy un solitario muchas veces.  
También mi mano lo es, también mi ojo.  
También lo es cualquier parte de mi cuerpo,  
cualquiera de mis miembros por su lado.  
Y a veces quiero yo, mi cuerpo entero,  
salir a cualquier sitio, y se interponen  
deseos imperiosos, de mi mano,  
de mi pie, de mi pierna, de mi ojo;

---

23. Manuel Padorno Navarro [1933-2002]: *Para mayor gloria*. Valencia : Pre-textos, 1997. Págs. 26, 47-48 y 63.

entonces ya no tengo más remedio  
que dejarlos marchar, levanten vuelo,  
asistan, participen donde quieran,  
a la fiesta o festín que más deseen,  
tal acontecimiento, tal comedia.  
También mi brazo, cierto, es solitario.  
A veces quiere ser él solo, sólo  
quien dé el abrazo a no sé quién. Al viento.  
Irme yo solo, entero, cuando quiera  
se me hace más difícil cada día.  
Porque es raro que no desee irse  
también alguna parte mía, afuera.  
Qué difícil quedarme cada vez.

117 | «YO, A MI CUERPO CANSADO»

Demasiado cansado para siempre.  
Una reunión de amigos, cuerpo mío,  
en donde cada miembro, por su lado  
se va cansando cada paso solo.  
Un hombro a veces, una mano, un pie  
me pesan demasiado personales  
con su carga de siglos, debería  
dejarlos por allí, por la avenida  
descansar por su cuenta, sí, con tal  
de que se recuperen, puedan, luego  
seguir hasta mi casa. Pero pesa  
demasiado mi mano izquierda, el ojo  
derecho; pesan mucho. Es imposible  
dar unos pasos más, seguir con ellos  
viendo, palpando la ceniza. De agua.  
Debo dejarlos descansar, un rato  
mientras la noche se termina. Exhausta.  
Dejarlos descansar ahí, en ese  
banco de piedra, de las soledades,  
recuperar las fuerzas, ir a casa  
donde por fin, total descansarí.

## 118 | «FANTÁSTICA, LA NOCHE»

Nostálgica, fantástica, la noche  
 en que salí de mí, me fui, lejano  
 donde yo ya no era, ni sentía  
 como siempre, muy lejos de mí mismo.  
 Aquella noche que no fui, por fin  
 quien era. Sólo me ignoraba. Menos  
 mal, sí. Sin aguardarme más también.  
 Sin aguantarme más, por fin. Ajeno.  
 Haciendo lo contrario que debía,  
 quemándome los dedos, tan gustoso.  
 Harto de mí, cansado de escucharme,  
 de oírme, congraciarme, resaberme,  
 de descansar, de servirme, fiel,  
 de hacerme mucho caso, tanto daño:  
 por fin salí de mí, bendito sea.  
 Por fin salí de mí aquella noche,  
 la noche más fantástica, secreta.  
 Y anuncio, precavido por ahora  
 que a lo mejor tan pronto como pueda  
 -con tal de serme todo lo contrario-  
 volveré a descolgarme, en el vacío.

POESÍA CANARIA ÚLTIMA<sup>24</sup>

## 119 | MANUEL GONZÁLEZ BARRERA (1936-2012): «SI AÚN EN ESTE DÍA»

Si aún en este día yo volviera a nacer,  
 yo sé que nacería en esta isla.  
 Yo sé  
 que antes, mucho antes de que el sol  
 incendiara mi piel, de que el viento  
 apretase el polvo a mi contorno,  
 el mar  
 de siempre,  
 había cercado mi corazón  
 en sus dominios.

24. Varios autores: *Poesía canaria última*. Las Palmas de G. C. : Ediciones El Museo Canario, 1966. MGB: págs. 36-37; LzS: págs. 71-72; EPN: 83-85; JRP: 100-101.



Así

empiezo a vivir

cada día:

no sintiéndome

solo.

121 | EUGENIO PADORNO NAVARRO (1942-):

«M.S. TRANSEÚNTE SIN PRISA»

Lo he visto por aquí, justo por esta calle  
de Albareda,

caminar entre la luz de agosto y detenerse.

Como un castigo, allí la ondulación del mar  
rompiendo con justicia,

libre y soñada, contra grandes espejos. Como  
bajo la cúpula de un templo vibra la música

en un rayo de sol,

aquí, la sal acaso de la hospitalidad,  
acogedoramente amarga.

Cosas que un día le dieron la sencilla  
compañía del vino,

la tranquila ebriedad de sus proyectos  
para hoy,

han sido humo, pólvora hiriente  
de la implacable realidad de ayer,

cuando acaso diera los mismos pasos  
que ahora da,

aunque sin fe, porque para qué iba  
él a necesitarla.

Vasto y virgen el reino de su ocio  
ahora transita

entre reclamos que lo hacen extraño:

*On Sale,*

*Flat to let.*

Una playa cercana y, congregados  
en torno a ese cálido diamante del mar,  
los que encontraron un amor pasajero  
ni aun en apariencia noble.

La mañana y toda su hermosura natural,  
y el delicado oro de los árboles,  
como un viejo retablo provincial y monótono,  
daña  
muy en lo hondo del que nada posee,  
del que ahora camina  
bajo esta luz muy hecha al lucro,  
del que ahora me mira con la tristeza  
del que va cesante, definitivamente  
despedido.  
Tomará el autobús hacia su barrio alto  
de Schamann,  
lo sé,  
inventaría su vida  
porque único es el argumento del dolor:  
a un lado y otro de la calle,  
las inquietas gallinas del suburbio  
alzan sus ojos de cristal y vibran el estúpido  
párpado viscoso de la indiferencia;  
alucinado, beberá su café; leerá de nuevo  
nuevas ofertas de trabajo.  
Sobre su rostro, todos nuestros rostros.

122 | JORGE RODRÍGUEZ PADRÓN (1943-): «EL VENDEDOR»

A la mañana, sube  
hasta el desván para encontrarse solo.  
Una vez allí, mira,  
va conociendo cuántas cosas hay  
amontonadas y revueltas; puestas,  
puede ser, por él mismo.  
Anda a tientas. El techo  
es muy bajo y entra una  
débil luz matinal que no le deja  
orientarse entre tanto cartón viejo.

Al tacto, examina  
uno por uno todos los disfraces,  
se prueba, una a una,  
todas las máscaras. De vez en cuando,  
ante un trozo de espejo  
colgado en la pared,  
ensaya algún gesto. Abandona.  
Decepcionado tira aquella máscara.  
Se prueba otra. Decide  
vender la mercancía.  
Conoce los lugares que frecuentan  
sus clientes. Lo que quieren.  
Prepara la maleta y se va.  
En la calle ofrece el cargamento.  
Lo muestra a los asiduos del café,  
a los que viajan en el metro, a quienes  
suben al autobús.  
No compran. Lo rechazan  
todo con desagrado.  
El vendedor calla y se vuelve a casa.  
Como si la maleta se vaciase  
poco a poco, le cuesta tirar de ella.  
Imposible llegar hasta su cuarto.  
Tiene que abandonarla.  
Y las máscaras dejan oír su risa  
corriendo calle abajo, sueltas, libres.  
Él sube lentamente  
hasta el desván para encontrarse solo.

«[...] Antes se procuraba que importase cada verso y la agregación de versos que constituyen el poema; en nuestros días, lo que se persigue es el poema como tal poema. Los líricos algo anteriores (Agustín Millares Sall, Pedro Lezcano), y otro que casi pertenece a la promoción última (Manuel Padorno), elaboraban o suelen elaborar versos de valor independiente, ya por lo sentencioso, ya por lo intuitivo. No es ésta la norma de los poetas posteriores [...]». [Ventura Doreste en el prólogo a la ya referida edición de *Poesía canaria última* (vid. nota 24), Pág. V].

LÁZARO SANTANA<sup>25</sup>123 | «3» DE *NOTICIA DE UN AMOR*

Pasaré yo, el próximo  
destruido, el de ojos  
de ceniza, ojos  
donde la muerte tiene  
su fidelidad copiada, como  
un vuelo de gaviotas  
sobre el mar.

Pasaré yo, el  
hombre, la sombra,  
la cal y  
el silencio: el pasto  
para el hambre  
de Dios.

Y quedarás  
tú: el brote  
revelador, el grito  
limpio, el nuevo  
hecho.

La brasa  
necesaria  
para que no se apague la eternidad.

124 | «LOS CUERVOS» DE *EFEMÉRIDES*

Más tarde, cuando todo  
hubo pasado y el viento  
arrastró los olores de la pólvora,  
fueron llegando los cuervos, voraces  
augures del infierno.

---

25. Lázaro Santana [1940-]: *Bajo el signo de la hoguera*. Edición de Eugenio Padorno Navarro [1942-]. [Santa Cruz de Tenerife]: Viceconsejería de Cultura y Deportes del Gobierno de Canarias, 1989. Págs. 47, 60-61, 94 y 132-133.

## Picaron

con fruición, lentamente, lo que había  
 quedado sobre el campo: hombres muertos  
 vencidos

y vencedores, todos  
 en confuso montón sobre las ruinas.

(Dejaron

sensatamente a un lado  
 cañones y banderas, todo cuanto  
 sería de difícil digestión,  
 aplicándose  
 sólo a aquello que era  
 familiar desde siempre a sus narices).

Luego, cuando tuvieron  
 bien repleto el estómago, calmada  
 su sed hasta la hartura, levantaron  
 el vuelo, y dieron gracias  
 a Dios  
 por todas las mercedes recibidas.

## 125 | «QUE NO HABREMOS VIVIDO»

Han pasado los años  
 y seguimos lo mismo.  
 Mañana es el ayer  
 duplicado:  
 un rostro que nos mira  
 desde el espejo y toma  
 nuestro sitio.  
 Sin pasión, sin desdicha,  
 unimos nuestras nada  
 veraces como un miedo.  
 Familiar nos amamos  
 menos fieramente,  
 con alguna ternura  
 antes desconocida.

Buscamos ahí alivio  
de la angustia  
como el viejo las últimas  
brasas por el parque.  
Estamos despidiéndonos  
conscientes de las breves  
estampas que nos quedan.  
Mañana será un día  
que no habremos vivido.

## 126 | «EL ÚLTIMO VIANA»

Nada me une a la isla:  
su inhóspita cultura,  
su sociedad ruín, de políticos  
libidinosos y escritores  
mezquinos, comerciantes  
avaros, sin espíritu de empresa,  
sacerdotes celosos  
de rango como dioses  
-en la penumbra, el pueblo amorfo  
¿aguarda?- me alejaron  
de allí dichosamente.

Nada me une a ese colectivo  
falto de fe, de espíritu impotente.

Pero en mi exilio estéril  
-nada he escrito después de mi *Poema*-  
echo de menos algo indefinible  
que mi ánimo dispone a la escritura.

La idea está ahí, enriquecida  
por treinta años de viajes, tierras, gentes,  
costumbres: experiencias  
nuevas que han hecho grande  
mi horizonte marino. Mas no salta  
la chispa necesaria  
para que mano y pensamiento  
trabajen al unísono.

¿Qué hechizo tienes, isla amarga?  
 Contra él se desploma  
 la voluntad más libre.  
 Nada me une a esos seres  
 que en ti vegetan, astillados  
 por sus propios rencores.  
 Mas mi mente arde sólo  
 en tu aire: necesito  
 volver -ciego a su lázaro-.

---

EUGENIO PADORNO NAVARRO<sup>26</sup>

127 | <sup>A</sup>«IV» DE *HABITANTE EN LUZ*

Como la luz, el hombre.  
 Como la luz, sabe  
 su oficio de última claridad.

Como el maíz que ansía  
 su amarillo definitivo  
 y desde mucho antes  
 mal viento lo acechaba,  
 a nosotros también.

Alguien le cava al hombre  
 por el aire sitio donde morir  
 en cada resplandor de este momento.

128 | <sup>B</sup>«PLAZA DE OTRO TIEMPO»

Van por su laberinto las palomas;  
 y es lo justo.  
 Esta es la plaza de otro tiempo;  
 aquí se llega con el hueso esencial;  
 huelo presente sólo.

---

26. Eugenio Padorno Navarro [1942-]. Poemas A y B: *Para decir en abril*. Santa Cruz de Tenerife : Litografía Maype, 1965. Colección Mafasca. Págs. 21 y 37; poema C: *Teoría de una experiencia. Metamorfosis*. Edición de Jorge Rodríguez Padrón [1943-]. [Santa Cruz de Tenerife] : Viceconsejería de Cultura y Deporte del Gobierno de Canarias, 1989. Pág. 89.

Esta es la plaza  
donde el ahora se desnuda  
del ayer, del mañana.

129 | «LOS DONES DEL INSOMNIO»

Ahora mismo escucho el mar, miro debajo de su música la perpetua sucesión de las olas; su seminal espuma siempre triste; su soledad, tan parecida a la del hombre.

Recuerdo el argumento de la caña y el viento, el olor del incienso, el aire de aquel patio sajado por las tocas, el dedo del profesor acariciando las rodillas del niño.

Como el hueso en el fruto habito la caliente penumbra de este cuarto.

Remotamente se va haciendo la luz: bien oigo cómo empieza a caer el manantial, la leche de la ubre, el orín en yacija de acero.

Mano que ahora sale a la calle para robar, no va a quitarme - para obscena memoria de mi tiempo- los dones del insomnio.



### MARÍA DOLORES DE LA FE BONILLA<sup>27</sup>

130 | «LA PERFECTA CASADA»

«Casi todas las novias españolas reciben, entre los regalos nupciales, un librito admirable, *La Perfecta Casada* del maestro Fray Luis de León», escribió el Dr. Marañón.

Sí, lo reconozco: yo misma he incurrido en el error, para comprobar, algo más tarde, que la beneficiaria del regalo no había mirado el tal librito «ni por el forro». Algunas lo abrieron, con la esperanza de comprobar que se trataba de uno de esos «Libros-truco» que vienen vacíos en su interior y sirven luego para guardar guantes, medias o copitas de coñac. Otras, honradamente, lo repasaron unos segundos, para terminar exclamando: «*Horreur!* ¡Si está escrito en antiguo!». Y ahí acabó su carrera.

---

27. María Dolores de la Fe Bonilla [1921-2012]: *Happenings para Jacob*. Madrid : Editorial Magisterio Español, 1972. Págs. 181-190.

Por tanto, sin ser pesimista ni derrotista y tras haber hecho a lo largo de los años varios intentos de leer todo el libro -por fin lo terminé estas vacaciones de Semana Santa-, la experiencia me hace reconocer que ese oficio de «perfecta casada» cada vez tiene menos partidarias, menos «fans», para emplear el lenguaje «in» que es donde estamos de momento.

¿Qué marido actual y corriente podría hoy enfrentarse con una perfecta casada -aunque esté casado con ella- sin sentir la anacrónica tentación de hacerle una reverencia de rigodón y tratarla, por lo menos, de «vos»? (Excluyo a los maridos argentinos, por supuesto, ya que entre ellos el «vos» parece ser cosa corriente. Y tres-cuatro-ocho, además). ¿Qué otra cosa podría hacer un marido de hoy, por mucho que admire la literatura clásica y admire también teóricamente las virtudes de una casada perfecta? Si hasta los prototipos de aviones construidos no hace diez años se están quedando completamente anticuados, ¿cómo no va estarlo este prototipo de mujer, preconizada y puesta en libro en el siglo XVI? Quizás sea una lástima, seguramente, pero hay que reconocerlo: la perfecta casada ya no se usa.

¿Y por qué no? Los motivos son muchos, sutiles, diversos, psicológicos y hasta sociales. Pero aseguraría que una de las principales razones que puedan tener las casadas actuales para no alistarse en el partido de las «perfectas» -aunque se autorice este asociacionismo- es lo que Fray Luis llamaba «sus excesos decorativos, sus afeites y acicalamiento». Si la perfección empieza por no pintarse, ¿quién sale hoy día a la calle «en crudo», con la cantidad de maquillajes tan estupendos y favorecedores que ofrecen las tiendas, y la dura competencia que nos trae el turismo en su sección juvenil? No hay que olvidar tampoco que «la mujer compuesta quita el marido de otra puerta». Esto hay que tenerlo muy en cuenta, hermano.

Fray Luis no parece sentir gran simpatía por el sexo femenino, aunque es de suponer que su natural religioso le impulsara a amar al prójimo sin discriminación de sexos. Con algo que llamaré ironía dice de la mujer que «es de su natural flaca y deleznable más que ningún otro animal, y de su costumbre e

ingenio es una cosa quebradiza y melindrosa». Y continúa: «y cosa de tan poco ver como es esto que llamamos mujer, nunca ni emprende ni alcanza cosa de valor ni de ser».

El librito de Fray Luis de León, por supuesto, no es dogma de fe: es compendio de consejos que quiso dar a una sobrina suya que iba a casarse, «empeñada en tan arriesgada travesía» y dada su inexperiencia y falta de cordura, «para que alumbre y enderece sus pasos por todos los malos pasos de este camino». Pero, ¿pueden aplicarse las afirmaciones del párrafo anterior, por ejemplo, a Santa Teresa de Jesús, que emprendió empresas espirituales de envergadura sobrehumana? ¿O a la Reina Isabel de Castilla, de tan definitiva y recia intervención en aquella loca empresa de descubrir nuevos mundos o crear la unidad nacional? O, poniéndonos muy frívolos y en el momento actual, a Sofía Loren, que, por el contrario, es «cosa de mucho ver»...

Menos mal que, posteriormente, Fray Luis, que cantó la vida del que huye del mundanal ruido, reconoce que en la mujer puede darse «un amontonamiento de riquísimos bienes». Lo que no deja de ser cosa de mucho agradecer.

131 | «CUANDO EL MARIDO NO HA SALIDO AFICIONADO A LA COCINA»  
Si tu marido es de los que ni siquiera saben dónde queda la cocina, no te preocupes: ya se enterará. Para ello hace falta promocionar la campaña adecuada, y, luego, disponer de una jaqueca ligera, que te atacará precisamente en domingo o fiesta de guardar.

Para la previa campaña publicitaria no contaremos con la prensa, radio ni televisión, porque son organismos generalmente regidos por hombres y no les va a hacer ninguna gracia. Así que, solas ante el peligro, hay que empezar con ánimos. (Si es que te gustaría ver qué tal queda tu cocina con un hombre dentro). Para esta breve pero intensa campaña de promoción tienes que recurrir a revistas de peluquería y a inventar una frase, un eslogan que haga impacto. De las revistas recortarás las fotos de los famosos del mundo cinematográfico y televisi-

vo, principalmente, en posición y atuendo de cocinar. He visto cientos de ellos, hasta Joaquín Prats salió no hace mucho.

Estas fotos las enseñarás con frecuencia en casa, y las comentarás con tus hijas, diciendo cosas así de sibilinas: «Qué guapo resulta Fulanito delante del horno, ¿verdad? Hasta parece más joven»; «Qué feliz será la mujer del famoso Menganito sabiendo que los domingos, ay, cocina su marido...»; «Estoy segura de que en todo hombre se oculta un cocinero fabuloso, aunque se dedique a otras actividades el resto de la semana», etc., etc.

Y luego, la frase-impacto. Por ejemplo: «Cuando el marido hace el guiso, la casa es un paraíso»; «La comida marital, siempre resulta genial», y cosas así.

Una vez preparado el terreno, con muchísimo tacto, por supuesto, hay que facilitar las cosas un horror, para las primeras tentativas. Por tanto, compra desde el sábado todo lo necesario para el primer plato, incluso, a ser posible, cosas ya hechas, y coloca todo lo del segundo plato -el plato fuerte para el futuro cocinero- bien a la mano en la despensa y en la nevera. No olvides ni un segundo que la gran coartada masculina es que nunca saben donde ponemos las cosas. Pero si las tienen delante de los ojos, no habrá escapatoria posible. Y como quien no quiere la cosa, deja sobre la nevera, artísticamente colocado, el libro de cocina, abierto por la página donde está la receta que hayas elegido. Que sea fácil, ¿eh?

Te advierto de antemano que el hombre, hasta el menos dotado para cocinar, lo hace siempre mejor que la mujer, esto no tiene vuelta de hoja. (Lo mismo pasa con los pianistas, reconócelo.) Repasa la lista de grandes «chefs» y no encontrarás faldas entre ellos. Podrás replicar que la Marquesa de Parabere no es ninguna tontería, pero si vamos a ver, la Marquesa es, aparte del Enemigo Público Número Uno de la esbeltez, una magnífica repostera, nada más. Te lo digo con tiempo para que luego no te dejes dominar por la envidia cuando pruebes los resultados.

Otra advertencia honrada: piensa también en la gran cantidad de cacharros que utilizará el marido cocinando. Es algo inevitable, así que si no quieres hacer el intento, todavía estás a tiempo. Si eres tú la que tiene que fregar después, piénsalo bien, no sea que esta segunda y deprimente parte te amargue la triunfal sensación de éxito.

Pero si consigues esa jaqueca dominical tan oportuna, seguida de la entrada marital en la cocina, obtendrás una compensación fabulosa: probar un plato exquisito que no has hecho tú y sentir esa atmósfera eufórica, inenarrable, de verdadero «día de fiesta» que irradia el marido que ha cocinado algo bueno de verdad. Así que no le escatimes el incienso, la loa... ni el bicarbonato.

---



---

ISAAC DE VEGA GIL

132 | *Fetasa*<sup>28</sup>

Aquella mañana se encontró, sin saber cómo, atravesando un paraje solitario, sin bullir de vida, ni siquiera del viento. Iba ascendiendo una larga pendiente, falda de una montaña antigua y desgastada, de sucia tierra amarilla y piedras blanquecinas. A ratos, al abrigo de las peñas, aparecían algunos matojos de hierba reseca y matorrales sarmentosos. Tenía la sensación de muchas horas de marcha. Entonces sentía cansancio y maravilla, porque dentro de su agotamiento vislumbraba un manantial de energías ignorado. Existía una fuerza extraña que le impele a caminar. Caminar incansablemente, sin meta fija. Algo fantástico se estaba atravesando en su metódica vida. No le molesta aquel cielo sin color, ni el páramo triste, ni el silencio completo. Todo queda amortiguado por una emoción entrañable, interna, que le impulsa a seguir. El polvo iba cubriendo su cuidado traje negro y la frente sudorosa. No le importaba. Se sentía muy lejos de los mármoles de su oficina, de las grandes mesas cubiertas con planchas de cristal, de su meticulosidad exigente, de los amables saludos de los subordinados.

---

28. Isaac de Vega Gil [1920-2014]: *Fetasa*. Santa Cruz de Tenerife : Editorial Interinsular Canaria, 1984. Págs. 56-67.

Estaba olvidado. Aspiraba la enorme, la íntima alegría de aquel ascenso inacabable.

Entonces no pensaba en nada. Su pensamiento se reduce a la percepción de la estrecha faja de tierra que va hollando, como un pensamiento sólido, confundido y a la vez creado con la tierra y, ésta, creación de su espíritu.

Durante unos momentos anduvo más despacio para gozar del silencio porque se sentía sumergido en él, traspasado su pecho por sus incontables agujas.

Después el sendero embocó por parajes menos penosos. Culminó la curva de la montaña. Apareció ante él una pequeña meseta de bordes difusos y tan árida como el campo recorrido. En la distancia, divisó una construcción gris, achatada. Era un gran edificio, cubiertas sus fachadas iguales por muchas ventanas que se alejaban en innumerables ringleras. El tiempo destiñó las pinturas de puertas y ventanas. Emanaba de su cuerpo una tristeza solemne y un abandono desolador. Se introdujo por una amplia puerta de gruesas maderas. Recorrió muchas estancias. En todas ellas las paredes estaban cubiertas hasta el techo de grandes estanterías llenas de pesados libros, unos modernos y otros con la señal de los muchos años. Finalmente, al entrar en una amplia sala, idéntica a las demás, unas palabras amables le llamaron desde un rincón.

Se encontró ante un anciano venerable. Tenía por única vestidura una especie de sábana, impolutamente blanca, en torno a su enteco cuerpo. Su cabeza era grande, potente, dotada de inteligencia, rezumadora de un gran poder anímico. Sus ojos claros sonreían cariñosos. Pasada la sorpresa, se sentó, a instancias del anciano, en una silla de madera tallada, separado de él por una pulida mesa de exquisito material. El anciano, mientras extendía sobre la mesa un amplio libro de registros, le tranquilizaba con miradas bondadosas. Se siente beatíficamente cómodo después de la larga caminata. Su interlocutor sacó un brazo descarnado de entre los pliegues de la sábana, empuñando una pluma de ave que mojó en un tintero. Mientras efectuaba estas operaciones le dirigía miradas tranquilizadoras.

—Yo sé, mi buen amigo, que muchas personas sienten un terror desmesurado al tener conocimiento de cierto hecho capital. Por eso quiero tranquilizarle, demostrarle lo infundado de tales aprensiones. Pero usted mismo puede asegurarse. Ahora se encuentra bien, perfectamente. Usted no siente nada raro. La vida, querido amigo, no es una cosa extraña, como tal vez haya oído centenares de veces, sino algo sencillo y sin trascendencia. Es un simple fluir que en un punto determinado cambia de dirección.

Con su cuidada mano alisó innecesariamente el folio del registro y, por unos instantes, quedó como estudiando lo antes dicho. Después, con estudiada suavidad, continuó:

—Y usted, estimado señor, ha cambiado de dirección. Fíjese bien: únicamente cambiado de dirección. Es un cambio inevitable y fatal. No fatal por lo horrendo y terrible, sino porque tiene que cambiar. ¿Qué cosa es la que no cambia? Hasta las mismas piedras, hasta lo inerte, nunca es lo mismo. Yo diría que durante la vida se muere muchas veces, que es un ciclo envuelto en otros ciclos. Se anuda con un ayer que ya no existe, si no es en la imaginación. Así es que... Pero sobran las palabras.

Ramón siente como una mano fría que le anda por las entrañas y que luego se agarrotaba en la garganta. A la vez comprende alguna cosa hasta entonces incomprendible.

El anciano seguía hablando. Él no le oía. Quizá todo fuese cierto. Sí. Se recuerda tendido en la cama, en su casa. Entonces lloraba. Porque tenía miedo. Porque sentía espanto ante las tinieblas. Rodeado de médicos fríos y displicentes, dejaba sin vergüenza deslizarse las lágrimas. Sentía hacia ellos un rencor profundo, vengativo. Su amarga esperanza consistía en que todos habían de seguirle, tarde o temprano. Era un pobre consuelo, pero el único a su disposición. Toda aquella raza inútil y gorda, cruel, sería pasaportada con la misma indiferencia con que ahora le arrojaban a él. Los médicos se fueron. Ya todo se acababa. Entonces habían estado las tres parcas a visitarle. Hombre de pocas letras, no las reconoció. El ambiente estaba lechoso, como si hubieran esmerilado el aire. Tomaron asiento a sus pies y comenzaron a trabajar con sus madejas.

Las voces del anciano rompieron su recuerdo. Le hablaba vehemente. Le suplicaba. Había cierta babosa amabilidad en toda su persona. Creyó notar en sus ojillos bondadosos un destello de malicia y de maldad.

—Querido amigo -hablaba con voz temblorosa de ansia-, es una única ocasión que no se me presentaría en muchísimos años. Usted aún puede hacerlo porque todavía tiene la inocencia de la muerte. Mañana será para ello un ser tan inútil como yo. ¡Ahora, tiene que ser ahora!

Casi se arrastraba a sus pies, suplicándole. Ramón, hundido en sus tenebrosos pensamientos, no le entendía. El anciano rogaba, mientras en sus ojos apagados brilla una lucecita de astucia. [...]

Está en la playa para cumplir la promesa que le arrancó el anciano de la meseta. Frente a la punta que se adentra en el mar hay hundido, desde el tiempo de los fenicios, un navío conteniendo el tesoro que tanto ansía. Cuando las mareas son muy bajas, se descubre el extremo del roto mástil. Dentro, en la cámara, una plancha de oro que tiene grabados signos y dibujos antiguos. A cambio de ella, le dará cuantas riquezas desee. Quizá la plancha tenga un valor mágico en el mundo de los muertos.

Siente frío. Una paz solemne domina el ambiente.

Quiso engañarle. Con más de cuarenta años, enclenque ser de oficina, la inmersión en las profundidades del mar le resultaba intolerable. Permanecería en la playa hasta el día siguiente. Luego se disculpará diciendo que sus buceos resultaron infructuosos y que allí dentro no encontró nada. El esfuerzo resultaba muy grande para emplearlo en los caprichos de un viejo. [...]

La inocencia de la muerte. ¿Qué sería que tan presto desaparece? La visión del viejo le molesta ahora como algo blando y mucoso. A pesar de su benevolencia, adivina en él la maldad de los muchos años. Teme que aparezca. Se decidirá, pase lo que pase. Si de todas formas está muerto... [...]

A la mañana siguiente, lo despertó el ruido de las olas. Ya el sol luce alto y, sin nubes, cae directo sobre la tierra; el mar está

movedizo, agitado. Se estrella con fuerza sobre los peñascos y contra la estrecha playa. Por lo demás, el mismo silencio e idéntica soledad. Al principio, le pareció sueño la pasada aventura. Pero esta se le representó vívidamente con su cúmulo de emociones en un instante. Arrojado por las olas, tendido sobre la arena, estaba el cadáver vislumbrado la noche anterior en la cámara del navío. Distorsionado, hinchado, deshecha la ropa en una pasta que, a trechos, deja ver la piel corrompida. Su liberación trajo consigo la del ahogado.

Hubiera querido enterrarlo. Ponerlo fuera del alcance de las aves marinas, de la putrefacción al aire. Era su obligación. Pero tenía miedo, repugnancia. Se encontraba enfermo. [...]

Sigue inmóvil, para no atraer la atención del desconocido. Mas sus rodillas tiemblan y su frente se ha cubierto de sudor. Siente los golpes en su pecho, irregulares, pero firmes y sin parar. Poco a poco, se vuelve a introducir en la casita y se deja caer en su piso de tierra. Para evitar la angustia piensa en el viejo que le envió a la muerte. Ahora cree comprender la malignidad de su expresión... Parece que el ahogado, allá afuera, se mueve. [...]

Permanece indeciso junto a él, de pie sobre el parapeto. Los primeros intentos de hablar le fracasan, estrangulada su voz por la emoción.

—Señor...

Finalmente, el ahogado vuelve la cabeza. Lo mira con indiferencia. Después vuelve a fijar la vista en el horizonte. El traje está tan podrido que, completamente deshecho, cubre su cuerpo con churretones de pintura. Toda la piel está agrietada, corrompida, hendida la carne como la de un leproso.

Ramón ya no tiene miedo. En su mirada indiferente, tal vez ingenua como la de un niño, no hay maldad. Hay interrogación, ira. Le molesta el mutismo que se prolonga. Quizá no entenderá su lenguaje. Será extranjero.

—Lo creí muerto -dice Ramón-. Pensé que usted era un ahogado que encontré preso en un viejo navío, hundido cerca de aquí.

El hombre volvió a mirarlo. Ya su mirada no era indiferente. Sus manos golpearon contra el muro, pero se contuvo con un gesto de dolor.

—Yo era el preso en la cámara del barco -sus palabras fuertes apenas eran inteligibles-. Allí he permanecido eternidades, día tras día... Otros quedan. El mar los habrá lanzado hacia las playas...



VÍCTOR RAMÍREZ RODRÍGUEZ

133 | *Nos dejaron el muerto*<sup>29</sup>

Ahora don Lucio Falcón había muerto, que descanse en paz, y Eloisita Peralta descansaría por un tiempo de los sufrimientos que le ocasionaba su marido. Esto susurraban las vecinas entre ellas. Así y todo, dieron el pésame correspondiente a Eloisita Peralta, la viuda. Los niños no podíamos dar el pésame, nos limitamos a mirar a las dolidas, escudriñarles el dolor. Fue a mi madre a quien primero le contó sin rodeos la alegría que estaba sintiendo en la sangre por la muerte de su marido don Lucio. Se lo confesó con lágrimas de dicha inaguantable, lágrimas sueltas, por la tardecita y delante del cuerpo presente allí en el ataúd más barato.

«Se lo digo a usted, Isabelita, porque si no se lo digo revienta. Usted sabe mejor que nadie la vida maldita que nos daba el endino ése de los infiernos», la oí mientras merendaba yo el agua de nogal con gofio y aceitunas negras de todas las tardes y en la habitación chica, y mientras escuchaba la radio bajita. Aún no sabía Eloisita Peralta que estaba algo rica de dinero.

Y después de confesarle su alegría por la muerte de su marido don Lucio, salió Eloisita Peralta otra vez a dar un vistazo a cómo lo pasaban las niñas y dejando de nuevo a mi madre velando en solitario a don Lucio Falcón de cadáver. Poquito después vendrían dos de las santurronas de don Viviano Segura para acompañar al muerto y seguir con los rosarios. Una de

29. Víctor Ramírez Rodríguez [1944-]: *Nos dejaron el muerto*. Islas Canarias : Imprenta Pérez Galdós, 1984. Págs. 23-26.

ellas, Sinforosita Puente, había puesto al cuello de don Lucio Falcón una medallita en evitación del mal de amores, peor en los muertos que en los vivos. Yo miraba a mi madre, que ya no tenía vista para verme mirándola. Parecía rezar, seguramente chupaba millo como de costumbre.

Eloisita Peralta no procedía de aquí, de la isla. Hubo nacido en la península, muy adentro de la península, y no conocía el mar cuando tuvo que subir al barco para venirse acá. Se casó jovencita, casi niña, a causa del hambre cuando la guerra, se casaron allá. Dijo en una ocasión que don Lucio se había hecho malo después de volver a pisar su tierra, cuando hubo de ponerse la camisa azul. Allá era cariñoso y atento, y cantaba y reía fuerte, con ganas. Aquí ya no le vi cantar jamás, ni reír saludable.

Cuando hirieron a don Lucio Falcón en el hombro, les mandaron para la isla y ya Eloisita Peralta venía embarazada del hijo que nació fenómeno de cabezudo y que moriría al poco de haber nacido. Hubo quienes aseguraban que lo mató don Lucio Falcón, que lo había estrellado contra el piso una noche de calentura por los lloros inaguantables de la criaturita. No le pasó nada a don Lucio Falcón porque ya estaba de falangista.

Se quejaba Eloisita Peralta de su soledad aquí tan lejos de su gente y sin nadie a quien recurrir para que la defendiese de los abusos de su marido don Lucio. «Si yo tuviera alguna familia mía cerca a quien ir, si yo la tuviera, Isabelita, seguro que no se atrevía a ponerme la mano encima el cobarde abusón ése» y tomaba otro buchito de la infusión de hierbaluisa calentita y dulce. Venía a lamentarse con mi madre a ocultas de su marido don Lucio.

«A usted le tengo buena ley, Isabelita; la aprecio como a un familiar», y mi madre la consolaba con agüita de hierbaluisa o de poleo normalmente. A veces, Eloisita Peralta llegó a envalentonarse cuando tomaba alguna copita de anís o de licor de plátano. Y juraba por Dios y la Virgen Santísima que algún día lo abandonaba. Era al hablar enojada que se le notaba un algo su procedencia peninsular. Cuando se le iba la valentía, se la-

mentaba de sus años, «ya mi edad de aventura pasó» decía, «además están las niñas».

Yo escuchaba desde mi enfermedad acostado o jugando a los soldaditos con la baraja en la estera de palma amarillenta. Yo solía estar recogido por lo mío, a menudo en aquella época. Hubo un tiempo en que no pude salir de casa por casi más de tres meses seguidos. Y llegué a estudiar con los jesuitas, parecerá increíble.

Permanecí estudiando con los jesuitas durante dos cursos completos. Estudié en la parte de abajo, la parte gratis, San Estanislao, la de los pobres que pudieron entrar a estudiar con los jesuitas. Y aprendí bastante, me gustaba estudiar, por no aburrirme, superar lo mío en algo, olvidarme de lo mío, me resultaba bonito aprender, responder correcto a las preguntas del hermano Coronado. Nos prohibían mezclarnos con la otra parte, con la parte de arriba, la de los que podían pagar.

134 | *Cada cual arrastra su sombra*<sup>30</sup>

...Me eché novia demasiado joven. Mal asunto éste de echarse novia muy pronto. Apenas unos chiquillos los dos. Era de mi mismo barrio. Su casa en la esquina de arriba, la mía casi en la esquina de abajo. Siempre fue la más bonita, mal asunto. No te aconsejo que tu novia sea la más bonita. Conoces a las mujeres, viejo. La buena es el tesoro que no brilla. La otra, la que encandila, es oropel, puro sebo barnizado. Linda como el arcoíris sobre el Atlántico, y yo hacía mi faena, aquel trabajo en el Sequero. Y ella me la jugaba mientras. Dice ella que no. Y dice mi vieja que no puede ser. Que la honradez rezuma en su mirada. Anda, hijito, anda. Suda ilusiones, suda. Que tu novia te espera con impaciencia. Se la come la impaciencia, viejo. Con los ojos en blanco, ansiosa de tu calenturiento cariño. Haz guardia, arrúllale al desierto. Que ella suspirará sobre su mullido lecho por tus arrumacos. Y no te acuerdes de tu vieja, viejo, ¿para qué?...

---

30. Víctor Ramírez Rodríguez [1944-]: *Cada cual arrastra su sombra*. Edición e introducción de Ángel Sánchez [1943-]. [S.C. de Tenerife] : Viceconsejería de Cultura y Deportes del Gobierno de Canarias, 1988. Págs. 33-55.

[...] ...Sí, resulta tan pesado escribir a la vieja. Y la novia engañando. Ella decía que no. Ni que yo fuese tolete. Tanto ir a misa para eso. Nada, que ésas son las peores. Pero yo la quería mucho. Y es tan bonita la condenada. Y parece modosita, la vista en el suelo, no fuese a derramársele. Si la vieses dirías: buena muchacha, sí señor. Todo el mundo lo decía. Ah, a mí no me engañaba, lo reconozco. La quería mucho, a lo ciego. Eso duele, querido. ¿Tú me entiendes? No. No me entiendes. Nadie entiende a nadie. Es la vida. ¿Y por qué?, vamos a ver. A fin de cuentas, tú también tienes un alma, ¿no? Tu dolor es dolor también, y el mío. Pues ya está. Puedes entenderme. Lo malo es que uno sólo ve con sus propios ojos y ¡claro!...

[...] ...Y la vieja ponía cara de circunstancias. Llevas siete años con ella. Decía la vieja regañándome. Eso no se hace, dejarla por nada. Y yo le digo a usted que no, madre. Esa no me conviene. Usted me quiere, ¿no? Pues déjeme con lo mío, madre. Sé lo que me traigo. Que las mujeres de hoy no son como cuando usted. Son mulas las mujeres. Y la vieja se ponía mohína conmigo. Ahora la culpa es suya. No, es mía, por zoquete. La vieja tenía razón. Por eso fastidian los noviazgos largos. Te amarran. Pero yo la quería, cada vez más. Claro: conmigo era muy decente: no toques, está mal. Y yo, bobo, no tocaba. Me consumía, pero creciendo el fuego. Si un día te pones de novio, procura que tu vieja no se encariñe con la novia. Es una jodienda de las grandes. Es un robo grave lo que haces. Le has hecho perder contigo sus mejores años de vida para ahora dejarla por boberías tuyas. Por celos sin fundamento, me decía. Y Dios te castigará, me repetía. Que Dios no tiene por qué castigarme, madre. Yo lo vi con mis propios ojos, madre. Y no me deje calentar, por favor. Es perro enamorarse para total leche. Y lo tristemente gracioso es que te casas y se acabó. Lo que tanto ardía se apaga, fuuuus, con un soplo...

[...] ...Y a mí se me había clavado hondo, mal asunto. Pero lo más que me jeringaba era que la vieja cogiese el partido de enfrente. Si hubieses visto con qué afán la defendía. A una hija propia no le tendría tanta ley. Yo reventaba. Y me aguantaba

porque era la vieja de uno, y soy lo único que le queda en el mundo. Si no, me las hubiese pirado. ¡Qué pena no haberme pirado! Pero deja. Deja que te siga contando. Cuando llegué a la isla, era de tardecita. Y oscureció en un santiamén. En apenas dos horas salté del desierto al paraíso, me decía. En mi pecho se desbocaba la alegría. Pesaban los maletones y cogí un taxi. Casa, a oscuras, con su albeado mate, me pareció un cielo chiquito cuando me paré a contemplar la puerta canela, cerrada, las dos ventanas con macetas de helechos y ñameras. La sangre se apelo-tonaba en mi cuello; casi me ahoga la emoción. Era mucho el tiempo fuera. Toqué con los nudillos y no con la palma de la mano según era mi costumbre. No me esperaba, la pobre. La vieja, apenas faltó para caer desmayada cuando me vio ante ella, inesperado. Se me quedó sin resuello, sin poder reaccionar. Luego habría las lágrimas. Y hubo unas risas nerviosas, torpes. Sué-nate, que pareces un chiquillo mocososo; sécate los ojos. En un momento te preparo un café. Siéntate, hijo. Madre, me doy un salto a casa de mi novia. Por cierto, ¿estuvo hoy por aquí? Todos los días viene, es muy buena, y trabajadora. Si vieras cuánto me ha ayudado. Pero estate, que yo mandaré un niño a buscarla. No, madre. Yo voy. Quiero darle una sorpresa. En persona. Luego, y me la traigo. Prepara tú, mientras, el café...

[...] Los dos borrachos vieron surgir por la esquina de abajo dos hombres todo vestidos de blanco en la noche y con sendas tale-guitas al hombro uno y a su peso en la mano el otro. Eran pan-aderos que comenzarían ahora, a las tres y media, su trabajo en la panadería del barrio. Los dos borrachos pararon su guineo. Miraron, a lo vacuno, a quienes ascendían en la soledad, por la cuesta, con el andar dormitado, silenciosos, con quizá el resabio de un café tomado a la prisa entre la carie de sus muelas. Uno de los borrachos sintió el escalofrío de la compasión hacia aquellos dos pobres diablos, seguro que agriados en sus corderas almas por la monótona libertad yugada a vaya quién a saber qué mal-dición de ganarás el pan tuyo y el del que te pisa con el sudor de tu frente y con la sonrisa embaucadora, paternal, o la reprimen-da severa y justiciera del que te pisa. El borracho compasivo les

dijo adiós alzando la mano; vayan con Dios, también les dijo. Y los dos panaderos oirían soñolientos y no contestaron en su mutismo, tal vez pensando qué le pasa al bodega ese. Buena gente, éstos, aseguró con cierta petulancia compasiva el borracho disculpando el desprecio a su saludo, al tiempo que limpiaba con el dorso de su mano izquierda un moquillo cosquilloso que le asomaba por la nariz. Sí, contestó el otro, con el tono grave, sí; guárdame una cría de ellos.

[...] En nuestro verano amanece pronto y sobre el océano ya el cielo se fogueaba coloreado de rojo y amarillo jaldado; el sol aproximaba su aparición y las estrellas parecían irse desliendo con la claridad lechosa que se levantaba desde el oriente. Cuantos bajaban a sus trabajos, el obrero madruga, miraban a aquellos dos pobres echados a perder tan pronto con el vicio de la bebida: ¿qué se estarían diciendo uno a otro, a la vez? Allá ellos con sus problemas, que cada cual arrastra su sombra, a veces ésta precediéndote a modo de guía, a veces siguiéndote cual perdiguero que te husmea cazador. Haya luz, haya penumbra, siempre habrá una sombra que se arrastre, delante o detrás, a un lado o a otro. Y en la tiniebla todo será sombra, y tu sombra ya no es tuya, eres tú mismo: había dicho un alguien al otro alguien que lo acompañaba, comentando ambos tanta negrura que es el hombre al ver a los dos borrachos. [...]

---

  
 RAFAEL AROZARENA DOBLADO  
 135 | *Mararía*<sup>31</sup>

«CAPÍTULO III»

En Femés no hay gallos para cantar la madrugada; en Femés este oficio es para los perros, que perros sí que hay, delgados, asustadizos, con las orejas puntiagudas y más de cuatro garrapatas en el cuello. En Femés los perros son los amos porque son muy dueños de sus vidas, porque son los amos de sus amos, aunque de patadas, piedras y variscazos tengan el lomo más que satisfecho. Los perros de Femés son amigos de las

---

31. Rafael Arozarena Doblado [1923-2009]: *Mararía*. Las Palmas de Gran Canaria : Edirca, 1982. Págs. 27-29, 37-41, 49-52, 55-58, 59-65, 120-122, 141-142 y 191.

moscas, a quienes nunca espantan por verdes que estas sean. Los perros en el pueblo son los señores, porque si es verdad que no comen, también es verdad que no trabajan. Los hombres y los perros cuando se cruzan por los caminos se saludan interiormente con una reverencia porque ambos se saben guardadores de secretos especiales. Durante la noche los perros de Femés no ladran a la luna, porque la luna no es forastera en el pueblo, ya que la luna es de Femés y nació en lo alto del monte Tinazor en la fecha misma que nacieron ellos. Pero al alba es otra cosa. El alba en Femés comienza con un tono claro en el horizonte y un color azul frío como el acero. Es como si apareciese una espada o un largo pez luminoso. Entonces los perros salen de las casas, de los grandes patios donde han pasado la noche y se reúnen en la plaza, si plaza puede llamarse al llano de tierra apelmazada que hay frente a la iglesia. Desde allí ladrarán furiosos a la torre, que en esos instantes se vuelve negra y hasta más alta. Los perros ladran mirando hacia arriba, hacia el campanario. La gente del pueblo dice que los perros a esa hora confunden la torre de la iglesia con Mararía la Bruja, porque ella tiene la silueta alta y oscura, y los ojos le brillan como los bronces de las pequeñas campanas. Luego, todo vuelve a quedar en silencio. La cima de la montaña es lo primero que adquiere un tono rosado. Las casas del pueblo se van perfilando mejor y la torre de la iglesia termina por perder su tetricismo. Entonces los perros salen del pueblo, enfilan el camino y siempre con el hocico pegado a la tierra, se pierden por la amplia y desolada llanura de secadales.

Isidro abre la venta cuando el sol comienza a anunciarse en el horizonte. Los hombres del pueblo se levantan a la par y, sin excepción, se dirigen a lo que ellos llaman su casino, en busca del primer trago de la mañana para humedecer, quizá, aquella tierra resequida y huraña que se les presenta en los sueños y donde cada uno, irremisiblemente, cava su propia fosa.

Aquella mañana, en casa de Isidro, conocí a todos los hombres de Femés. Son tan pocos los habitantes que si nos pusiéramos a contarlos aún nos sobrarían dedos. Señor Sebastián es principal por ser alcalde. Luego está Isidro, que es el dueño de

la venta; señor Alfonso, que sabe leer; y Marcial, que es jorobado. Los demás no son nadie en el pueblo. Las mujeres todas son iguales; todas, menos una: Mararúa. Mararúa es larga y seca como la isla de Lanzarote. No es muda, pero hace ya mucho tiempo que no pronuncia una sola palabra. Vive en un mundo aparte, un mundo que le ha valido el nombre de bruja. Durante el día permanece en su casa, encerrada a piedra y cal, y es difícil saber lo que hace allí dentro una mujer sola, tan vieja y misteriosa. Algunas comadres, llevadas por ese fatídico instinto de la curiosidad y la maledicencia, se han atrevido a mirar por las rendijas de la carcomida puerta y aseguran haberla visto amamantando, unas dicen que a lagartos y otras que a murciélagos. Cuentan que pasa las horas tendida sobre las losas de una habitación completamente vacía. Pero las comadres... ya sabemos cómo son las comadres. Ellas tienen la culpa de lo que pasa en el pueblo. Aquello no es para hombres jóvenes y los muchachos desde que cumplen los catorce años se van a Playa Blanca para enrolarse en los veleros que cargan la cal de Fuerteventura o en las panzudas goletas que fondean frente a las salinas de María Peralta. Algunos acaban aficionándose al mar y pasan su vida navegando, pero los demás desembarcan en las islas mayores y se quedan a vivir tierra adentro, a la sombra de unos árboles que soñaron desde niños. Por eso, los hombres que hay en Femés o son niños o pasan de los sesenta.

«CAPÍTULO IV»

—De este pueblo tengo yo unos recuerdos de juventud que me han estado mortificando toda la vida. Hace muchos años que no subo a Femés. Hay cosas aquí que jugaron un papel importante en mi existencia. Cosas y gentes que existen y otras que desaparecieron. Pero todo está en mi corazón, flotando como los restos de un naufragio. [...] Por eso me ha entrado en el alma esta isla de Lanzarote. Es una isla sola, desamparada, como yo mismo, como un barco abandonado. Aquí hubiera formado mi hogar con mucho gusto. Sí, señor, aquí, en Femés habría echado el ancla si a esa mujer a quien ahora llaman bruja y cuerva no le llega a ocurrir aquello. Entonces no le decían

Mararía sino María de Femés y su nombre corría de boca en boca por toda la isla porque no había otra que fuese más real moza que ella. [...]

Los sábados por la noche había la costumbre de hacer baile. Lo celebraban en la casa de Pedro, que tenía un salón grande, vacío y muy aparente. El piso era de tierra apelmazada y por la tarde lo regaban para que, llegada la hora, estuviese duro como los caliches. Las muchachas se encargaban de arreglar los adornos. Ponían sillas y cajones alrededor, y colgaban carburos de las paredes y unas guirnaldas hechas con banderitas de papel, que siempre estaban descoloridas y más entristecían que alegraban el salón. Al fondo, se disponían unas cuantas barricas vacías y, sobre ellas, se aupaban los tocadores como montados a caballo. En aquel tiempo vivía en el pueblo un mozo llamado Justo, que en paz descansa, que para tocar la guitarra yo no he visto cosa igual. Se unió a nosotros aquella tarde en casa de seña Carmen y todos los hombres en piarada recalamos por el baile ya de noche, borrachos y sin tino. Pedro llevaba la camisa manchada y salida del cinto por detrás, y así mismo penetró en el salón. Justo hizo su entrada afinando la guitarra y yo, como forastero, me arrimé junto a la puerta y allí estuve rezagado tratando de acostumbrarme al ambiente. Había muchas personas apeñuscadas en el salón y un tufo a sudor que tumbaba a cualquiera. Las mujeres alegraban los ojos con los colores de sus trajes, más apreciados cuanto más chillones, rojos, azules o amarillos, ese amarillo fuerte que llaman canario. [...]

A mi izquierda, sentadas sobre los cajones, había varias viejas forradas de negro que no perdían detalle. Acompañaban la música dando pataditas en el suelo. A Sebastián lo vi muy arremado a una gorda que llevaba un traje brillante de color salmón y con los sobacos manchados. Tenía la cara de fiesta el muy pícaro y me hizo un guiño al pasar. También vi a Alfonso, tan enguirrado entonces como ahora, que se había emparejado con una muchacha espigada, de mucho cuello y con las paletas huedas y salientes. Iban la mar de ridículos los dos, tan serios y dándoles saltitos la cintura. Al pie de las barricas estaba Marcial

el Petudo, cayéndosele la baba como siempre y lanzando ajijides cuando no venían a cuento. No sé el tiempo que pasé allí parado y con un aburrimiento tan grande que ya se me cerraban los ojos. Y no se extrañe usted. A pesar de que cuando joven fui buen mozo y siempre andaba metido en bulla con los amigos, nunca me atraieron las fiestas con mujeres porque las faldas eran cosa que me aturdía como la mar en tormenta.

Aquella noche estaba yo con mucho alcohol en la cabeza y una especie de modorra que, como le digo, no me dejaba ni ver. Apoyado seguía en la puerta, contemplando ya con desgana el baile, cuando se presentó María. ¡Qué mujer, amigo! ¡Para despabilar a un muerto! Entró en el salón seguida de una vieja que era tía suya y quien, según las lenguas del pueblo, había echado a perder a la muchacha consintiéndola desde muy niña. Tomaron asiento a mi izquierda, a continuación de un grupo de brujas atisbadoras que más parecía corro de cuervos. La María tenía una mirada que parecía un desafío, con aquellos ojos tan redondos y tan negros que encendían la sangre a cualquiera. De los hombres que estaban sin bailar, ninguno le quitaba la vista de encima y a las mientes me vino seña Carmen abarruntando desgracias. Se lo juro. Cuando comenzó la siguiente pieza, que también era pasodoble, vi que Pedro se acercó a María y la invitó a bailar. Ella lo miró con desdén, arrugando el gesto como si le apestara la cercanía de aquel hombre, y mi amigo se vino hasta la puerta con aire de rasgado, metiéndose la camisa entre los pantalones. [...]

Y sin darse mucha prisa abandonó el salón y se fue hacia la plaza. Isidro lanzó una carcajada y me pasó el brazo sobre los hombros.

—¿Has visto, forastero? -me dijo-. Tu amigo está engallado.

Las viejas comenzaron otra vez a dar pataditas en el suelo siguiendo el ritmo de la música. Yo no era bravucón, se lo aseguro, aunque fuerzas y tipo para serlo no me faltaban en aquel tiempo. Si hice lo que ahora voy a contarle fue por otra causa más poderosa que la de dárme las de flamenco. Ocurrió que una de las veces que yo estaba contemplando a la María, ella

levantó la vista y se me quedó mirando de una manera tan mansa que empecé a sentir un extraño hervor por el cuerpo. Cuando me vine a dar cuenta, ya estaba yo a su lado invitándola bailar. No me dijo nada. Dejó a la vieja un pequeño bolsito que tenía en la mano, se levantó y, poniendo su cuerpo frente al mío, esperó a que la tomase por la cintura. ¡Y qué cintura! La mano derecha se me quedó como envarada, apenas sintiendo la carne debajo de la tela. Yo no era bailarín, no señor, no lo fui nunca, pero arrastrar los pies es algo tan fácil que no hace falta aprenderlo. Bailamos sin mirar a nadie, con los ojos fijos, diciéndonos cosas de mucha importancia en un momento. María tenía la piel tan suave y blanca que me recordaba la de una Virgen que había en la iglesia de mi pueblo. Al pasar junto a las barricadas, Marcial, el jorobado, lanzó uno de aquellos ajijides suyos, tan fuerte y sostenido esta vez que tuvieron que zarandearlo para que cortara. A mí me llegó al alma aquel grito porque más me pareció queja de animal herido, que muestra de alegría por ver bailando a la moza.

Cuando terminó la pieza, los hombres dejaron a las mujeres en sus respectivos asientos y luego se dispusieron en grupos por las esquinas del salón. Yo permanecí como atontado frente a María, sin saber qué hacer ni decir. Estuve esperando que comenzaran de nuevo las guitarras y los timplés, pero se hizo un silencio tan hondo y prolongado que empecé a sentir un soplo de mal agüero. Usted sabe lo que es eso, ¿verdad? Es como si le entrara a uno una bandada de cuervos en la cabeza, con un vuelo negro y calladito. Las viejas que estaban al lado de María tenían ahora los ojos muy abiertos y una de ellas sacó un rosario y lo apretujó con mano nerviosa. Dirigí una sonrisa al coro de brujas y salí a tomar un poco de aire. Afuera la noche estaba clara y daba gusto contemplar el cielo tan lleno de estrellas. Pensé entonces que no sería mala cosa estar casado y vivir en paz y tener hijos con aquella mujer tan hermosa, y envejecer, y morir, y que me enterrasen en Femés. Todo bajo aquellas estrellas, en el silencio de las noches, a bordo de esta isla que siempre me pareció un barco naufragado, como yo mismo,

como mi propia existencia... ¡Maldita mi existencia! Me apoyé en la pared blanqueada de la casa y allí estuve esperando, sin saber a ciencia cierta qué, pero seguro de estar cumpliendo las reglas de un juego que me alertaba en la sangre. Pasados unos minutos, sonaron de nuevo las guitarras y en la puerta apareció Isidro. Se vino hacia mí. [...]

«CAPÍTULO V»

—Isidro era el más celoso. Se hizo matón por su culpa. Nos tenía atemorizados a todos. Él era fuerte, el más fuerte y la vigilaba día y noche, y nos vigilaba. Pero ella no hacía caso de ninguno del pueblo. Un día llegó un árabe a Femés; uno de esos hombres que andan por las islas, de aquí para allá, por pueblos y aldeas, con una maleta al hombro llena de cosas para vender: sábanas, telas, collares, trabas, agujas, de todo. Era un mozo débil de cuerpo, con rostro de señorito, con un diente de oro. Estuvo en casa de María y ella le compró algunas baratijas y hablaron demasiado. Volvió a los pocos días y, luego, otra vez, y otra. Logró enamorarla con suerte de forastero, con sus artes de charlatán. La tía de María, aquella vieja que no la dejaba ni a sol ni a sombra, se encargó de pregonarlo entre las comadres del pueblo: «se me va a casar la sobrina», decía; «con un hombre rico, con el árabe»; «se la va a llevar a Las Palmas de Gran Canaria, a vivir como debe». Y se hicieron los preparativos de la boda. Y enjalbegaron la casa, y compraron sillas; todo con el dinero del árabe. A mí me dio una rabia tremenda todo aquello, y a Isidro, y a Alfonso, y a todos los hombres de Femés. Y cuando hablábamos de ella la arrastrábamos por el fango y decíamos que si era esto y lo otro, y lo de más allá. ¡La perra! Nos enteramos que estaba encinta de tres meses. [...]

Llegó el día de la boda -siguió contando-. Habían avisado al cura que oficiaba los domingos en Femés y que vivía en Yaiza, y que ahora está loco de remate. Llegó al pueblo a media tarde y arregló la iglesia con unas pocas hierbas y flores de tuneras, y con hojas de palmas que le consiguieron los chicos. La boda estaba anunciada para las ocho y el patio de la casa de María lucía adornado con banderitas de papel como para un baile.

Había una mesa muy larga, con mantel y todo, y con muchas botellas y bandejas con dátiles, higos porretos, pejines, pan de huevo y sandía. De las paredes colgaban algunas lámparas de carburo y formaron un techo con arcos de palmas. Las mujeres del pueblo entraban y salían a la casa, unas llevando cosas y otras nada más que por meter las narices y confirmar los tres meses de embarazo que tenía la novia.

Los chicos se arremolinaban en las puertas y miraban como asustados aquel derroche de comida; pero los hombres andábamos hoscos, metidos en la venta, bebiendo, cantando, echando pullas de mal agüero y metiendo insultos en las coplas. En la venta de seña Carmen estábamos Sebastián, Alfonso, Isidro, Marcial y yo; y también Justo, el tocador, que era quien más diablos tenía metidos en el cuerpo. Fue a él a quien se le ocurrió la idea de ir en parranda a recibir al árabe. Apuramos los vasos y salimos chillando coplas para María, para que allá, dentro de su casa, se avergonzara de habernos despreciado a nosotros, los del pueblo. En la puerta de la iglesia estaba don Abel, el cura, que nos vio pasar y no nos dijo nada; pero yo me acuerdo de su mirada, que era triste, como si al vernos se hubiera puesto enfermo. Allí se quedó, en la puerta, con los brazos colgándole a lo largo del cuerpo y la cabeza baja, y así me quedó su imagen en la memoria. [...]

Al pasar por la casa de María, los chicos se apartaron de la puerta creyendo que íbamos a pasar, pero nosotros nos quedamos algo retirados, siempre cantando y pidiendo a gritos que se dejara ver la novia. Mala fama debíamos tener porque todas las mujeres se escondieron en el fondo del patio y la única que se asomó fue la vieja, la tía de María, que al vernos de belingo achicó los ojos con rabia y nos mandó que siguiéramos camino y nos llamó «cachos de cabrones». De las palabras de la vieja nos reímos de buena gana y proseguimos con lo nuestro, que era salir del pueblo para hacerle un buen recibimiento al árabe. Cerca de la palmera que hay en el camino nos topamos con el hombre. “El morito”, como lo llamaban, venía solo y a patitas desde la carretera principal. Tenía puesto un traje azul

con rayadillo blanco y camisa de seda cruda. Parecía un niño de tan afeitado que traía el rostro y con aquel bigotito tan fino sobre el labio. Se llegó hasta nosotros con una sonrisa, como si se alegrara de vernos. Pero yo le noté el miedo porque hacía mucho esfuerzo en el respirar y aparentar que estaba tranquilo. De repente, Justo, el tocador, lanzó un tremendo berrido:

—¡A mí este no me quita la María!

Y alzando la guitarra con las dos manos le dio tan fuerte leñazo en la cabeza que el árabe no pudo decir ni pío. Aquello fue la señal y todos a una nos lanzamos sobre el hombre y nos despachamos a gusto. Marcial lanzaba gritos de contento y siempre que el morito quedaba boca abajo le daba tremendas patadas en el culo. A Justo le dio por tomar una piedra del tamaño de un puño y con ella darle golpes en la cabeza. No pudo decir ni pío. Cuando nos cansamos de pegar, Sebastián se agachó y le levantó la cabeza al moro, le miró a los ojos y dijo:

—Este hombre está muerto.

Estábamos borrachos. Todos estábamos bien borrachos. Y yo mismo me acuerdo de que me eché a reír y dije que si estaba muerto, mejor; que si lo habíamos matado, mejor; que así ya no podría llevarse a la María. Alfonso dijo entonces que lo que podíamos hacer era enterrarlo allí mismo y que volviéramos al pueblo como si nada, como si el morito hubiera dejado a la María compuesta y sin novio. En eso quedamos y en guardar el secreto. Marcial entró en el pueblo y, sin que nadie lo viera, se llegó hasta el cementerio y se trajo una pala. Cavó un hoyo de dos o tres metros junto a la palmera y enterramos al morito. A Marcial pareció gustarle el oficio y con él se quedó. [...]

#### «CAPÍTULO VI»

—¿María? ¿María una bruja? ¡Ay, Señor! ¡Cómo pasa el tiempo y cuántas cosas entierra! ¡Si usted hubiera conocido a esa mujer cuando joven! ¡Una mujer guapa y hermosa, cristiano! Los hombres se la rifaban y ese fue el mal, porque ella empezó a consentirse y a creerse una reina, y a despreciar a todos. Y fue muy desgraciada, la pobre. Se enamoró de un forastero, un árabe o turco, como decimos por acá: un vendedor ambulante

que, según se comentaba, tenía mucho dinero. Y estuvo a punto de casarse la María. Pero el muy malandrín de hombre se burló de ella y la dejó plantada el día de la boda. Y con tres meses de embarazo. ¡Ay! A mí nunca me gustó aquel hombre porque tenía los ojos pequeños y siempre como de burla; y, además, era moro, y los moros todos son baladrones, que por algo los echó de aquí nuestro Santo Patrón. [...]

Yo era buena amiga de María -continuó- y la había ayudado a hacerse el traje para la boda. Un traje muy bonito con una tela brillante que le había regalado el moro. Cuando se lo puso aquella noche, parecía mismamente una reina. En la habitación, con ella, estábamos algunas amigas y nos quedamos asombradas de aquel traje tan precioso que brillaba con la luz de las velas. María no sabía otra cosa que reír de lo contenta que estaba, sabiéndose tan guapa y tan envidiada por las mujeres y admirada por los hombres. ¡Ay! ¡Qué cerquita andaba de la felicidad y qué arrimadita a la desgracia! La mesa se puso en el patio y había de todo. Los hombres jóvenes ya se habían emborrachado desde por la tarde y pasaron por la casa de María; y se pusieron pesados, cantando cosas majaderas y pidiendo a gritos que se asomara la novia. Pero María no les hizo ni pizca de caso y la tía, una tía vieja que vivía con ella, se encargó de espantarlos como a las moscas malas; y ellos se largaron para las afueras del pueblo, siempre cantando y diciendo palabrotas.

Entre las mujeres que estaban en el patio había una que se llamaba Delfina y era muy gorda, y le tenía rabia a la María. A cada momento se ponía a chillar que se estaba haciendo tarde y que el novio no había llegado, y que a ver si no iba a llegar nunca. María no se preocupaba porque daba por cierto que el novio no la iba a dejar para vestir santos. Pero a las nueve, don Abel, el cura, se llegó a la casa de María y sacó su reloj y dijo que ya eran las nueve y que desde las ocho estaba esperando en la iglesia, y que si el novio se habría olvidado. Entonces Delfina la Gorda echó una carcajada y dijo que estaría bueno que el moro la hubiera dejado plantada, a la María.

Cerquita de las diez y media sería cuando oímos a los hombres que volvían con la parranda. Se llegaron hasta la puerta y le cantaron a la novia. Le cantaron que el novio la había dejado y que se había ido para su tierra porque a los moros, moras; y para los cristianos, putas. ¡Así mismito lo cantaban aquella pila de borrachos! ¡Los muy cafres! ¡Ay!, las muchachas estábamos asustadas, pero la María siempre fue muy entera de ánimos, sí, señor. Yo creí que se iba a echar a llorar o que le iba a dar un ataque, que es lo que le hubiera ocurrido a cualquier mujer en igual trance; pero lo que ocurrió fue otra cosa. Como le digo, la María siempre fue muy entera. Se quedó seria mirándose al espejo un rato largo, oyendo cantar a los hombres; luego salió al patio y se sentó en un extremo de la mesa. Delfina, cuando la vio sentarse, me tocó con el codo y empezó a aplaudir y a gritar con mucha mala fe: «¡Que viva la novia!». Los hombres que estaban en la puerta repitieron el grito de la gorda y todos a empellones se metieron en el patio y se sentaron a la mesa, mismamente como una bandada de cuervos que cayera sobre un maizal. ¡Ay! ¡Menudo rebumbio el que se armó! [...]

¡Ay, Señor! ¡Qué asco de noche! Créame que sufrí, porque yo nunca imaginé que la gente fuera tan ruin y que no hubiera un poco de compasión para una mujer en desgracia. La María no abrió la boca en toda la noche, ni para comer ni para beber, ni para pronunciar una sola palabra. Estaba quieta, con los ojos fijos al frente, muy pálida, muy guapa y hermosa. Guapa y hermosa como nunca. Y parecía una estatua, sin una lágrima y sin un solo movimiento. Y así estuvo el tiempo que duró la burla. [...]

#### «CAPÍTULO VII»

—La preñó Manuel Quintero, la primera vez que subió a Femés. La primera vez, ¡jee! La gente creyó que el chico era del árabe. Eso creía la gente, pero yo sé la verdad, ¡jee! Me lo contó ella. Fue la misma noche que Isidro y Manuel se dieron de puñaladas en el cementerio. Yo los seguí desde el baile y me gocé la pelea alongándome por la tapia. A Manuel le tiré una

piedra cuando salió del camposanto, ¡jee! Era forastero y no me gustó que enamorase a la María. Más tarde lo vi salir del baile otra vez y acompañarla hasta su casa, junto con la tía, la vieja que ya era bruja entonces. Yo me fui detrás sin que lo notaran y vi al patrón entrar con la María. La vieja se quedó en la puerta, sentada y como echando unos rezos. Manuel salió casi al filo de la amanecida y se fue barranco abajo, hacia Playa Blanca. Después no lo vimos más por aquí. Creyó seguramente que había matado a Isidro, ¡jee!, pero no lo mató, ¡jee!, no lo mató... Cuando a María se le empezó a hinchar el vientre, ya había pasado lo del árabe... -hizo una pausa intencionada y se miró de reojo-. Bueno, ¡jee! Nació un niño varón. [...]

#### «CAPÍTULO XII»

—Todo tiene su explicación. Al principio, me refiero a mi juventud, el mundo se me presentaba lleno de esperanzas y deseos; y ocurre que, por manes del demonio, todo se pierde en el hondón de un misterioso destino, se pierde para siempre. Lo que resta de vida, a veces, es mucho; a veces, es la eternidad. Entonces es bueno sentarse a la vera del camino y estar, sencillamente. La felicidad o la desgracia pasan bajo mi ventana. Las llevan otras personas, con el saquito de sus esperanzas a cuestas. [...] Yo no soy un santo. Nunca tuve materia de redentorista. En verdad, soy un malvado, un ser ahíto de ruindad que a los setenta y más años se sostiene por ver el fin de una condena. Me divierte observar el óxido que día tras día va destruyendo el hierro, el fruto que se pudre, la flor que se aja, la piel que se arruga, el viento que deshace la piedra hasta convertirla en polvo, los cuerpos que se encorvan, la tierra que se vuelve yerma, el sol blanqueando los huesos de lo que fue un magnífico ejemplar y, allá, al final del desierto, el horizonte vacío años tras años por donde nadie ha de venir a salvarnos porque sería ridículo. Ésta es mi condena y aún me queda por ver cómo se apagan unos ojos, como se enfría del todo un volcán. [...]

## «CAPÍTULO XIV»

—[...] Aquí -Marcial señalaba su pecho terminado en punta-tengo yo una congoja. Digo yo que todo el mundo tiene su congoja menos aquellos señores que están en los cuadros de los santos y deben ser felices porque nunca hicieron cosa mala. Cuando limpio el rostro del ángel, pasándole un trapito con suavidad, como me dijo el señor cura, a veces mis dedos tocan el borde del rostro y noto la cicatriz que tanto me duele. Uno es un desgraciado y un ignorante, dirá usted, y así mismo me lo dijo la sacristana cuando ocurrió aquello, sosteniendo un garrote en la mano para partirme la cabeza. El señor cura se enteró de lo que yo había hecho y me dijo que era una profanación, y que rezara cuanto supiera si quería salvarme y no dar con mis huesos en los infiernos. Yo estoy arrepentido, señor, muy arrepentido, pero nadie me ha perdonado, ni yo mismo, lo que hice. Había pasado ya más de un año de la muerte del niño y andaba yo sin consuelo de acá para allá, confundiendo las cosas; a veces, el balido lejano de las cabras con aquel llanto suyo; otras, la luna con sus carnes rosadas o el olor de la leche con sus propias carnecitas. Gimiendo y arrastrando los pies por los caminos pasé un tiempo como un bobo, como el «tonto Marcial», alimentándome de higos chumbos y algún mendrugo de pan que me echaban en el sombrero. Así, hasta el día que me dio por entrar en la iglesia para arrastrarme bajo el caballo de San Marcial, que estaba al fondo de un gran nicho, con las crines sueltas al viento, erguido y furioso, con los cascos pintados de plata. La madre de Isidro estaba con la cabeza dirigida a San Marcial, pero tenía los ojos cerrados y un rosario en las manos, y yo la oía hablar muy bajito. Me senté en el banco de atrás y noté como un descanso y un fresquito bueno en el pecho. El sol entró también en la iglesia y se tendió en las lomas, y allí permaneció pálido y débil como yo hasta cerca de la hora nona. La sacristana apareció por una puertita que había junto al altar, encendió una vela junto a la imagen pequeñita de la Virgen del Carmen y luego le hizo una seña a la madre de

Isidro y ambas salieron, y yo me quedé solo con aquel frescor en mi pecho, contemplando cómo tan despacito se iba muriendo el sol dentro de la iglesia. Fue entonces cuando sentí como si alguien estuviera mirándome fijamente. Volví la cara hacia la pared y me encontré con el niño que me sonreía como si aún estuviese en este mundo. Tenía los brazos abiertos como pidiendo que lo tomara en los míos y acerqué un banco para poder alcanzarlo. Sonreía y parecía feliz porque había otros niños jugando con él, pero uno lo sujetaba por un pie y no quería soltarlo. Todo se había quedado muy oscuro de pronto y yo me fui hasta donde estaba la Virgen del Carmen y le pedí prestada la vela. La llama temblaba en mis manos y los niños movían la cabeza y se reían, digo yo, de verme asustado y nervioso, subido al banco y dándole besos a Jesusito. Pero la idea que me vino fue mala, señor, porque pensé que podría llevarme al niño conmigo; y sacando una navajita de mi pertenencia, comencé a recortar la agraciada figura del angelito. Por uno de sus bracitos iba cuando noté un tremendo tirón en mis calzones que me hizo caer sobre las losas. [...]

#### «CAPÍTULO XVIII»

Por los siglos de los siglos, el viento seguirá llegando de África. Amén. Así sea, porque el viento trae la arena y la arena junta sus cristalitos de cuarzo y forma una gran lente, gracias a la cual el diablo aumenta sus fuerzas. El diablo es el sol, desde luego, y el hombre se acostumbra a luchar con él y a vencerlo, a veces. Las mujeres también. Las mujeres defienden sus carnes forrándolas con telas oscuras, con faldas muy bajas y grandes sombreros de pleita. Contra la arena, el viento y el diablo, las mujeres embozan el rostro y dejan libre los ojos; eso sí, que sirven para apagar o encender el fuego, para que entre y salga el alma como una paloma.

La isla es como una mujer. Tiene su fertilidad y hay que defenderla del diablo. Para ello, le cubren el cuerpo con arena de volcán, piedra ya quemada contra la que el fuego no puede. [...]

EMILIO GONZÁLEZ DÉNIZ  
136 | *Bastardos de Bardinia*<sup>32</sup>

Y si Máximo Cruz dio comienzo a la raza -y aun antes que él, su madre Crucita-, Don Arcadio Rivero Cruz, el Cura Macho, dejó pequeña la fama de bastardía de sus antepasados. Él llevó el emblema Cruzado hasta cimas encumbradas en su abyección, tanta exacerbación derrochó siempre su conducta violenta y espermática. Su única costumbre humana era la siesta, las demás estaban signadas por el aura espiritual de lo divino o el azufrado hálito de lo demoníaco. Con su costumbre de tomar infusiones, la siesta fue siempre su ritual más sagrado. Pobre de aquel que osara interrumpírsela. En Canales, sólo Abraham Sarmiento fue capaz de levantar al Cura Macho de una siesta, por una solitaria vez. Sucedió aquel domingo de Ramos de triste memoria en que el libro del Bien Morir, hasta entonces custodiado por Isabel Cruz, pasó a poder del sacristán de San Pedro de Canales. Acaso Don Arcadio sabía que Abraham poseía cierta autoridad moral sobre él, porque si bien es cierto que se le tuvo por Cura Macho, tampoco es mentira que entre las ceras de San Pedro Apóstol, el sacristán ostentaba mayor veteranía que el párroco. Desde mucho antes de que Don Arcadio Rivero volviera del Caribe, Abraham Sarmiento sabía de él más que su conciencia. A lo mejor por eso suponía el cura que el sacristán no se le achicaría llegado el caso. A gala lo tuvo siempre Abraham Sarmiento, y así me lo volvió a recordar el día anterior a su muerte, cuando me recalcó todos estos puntos con la intención de que si eran recordados no se volverían a repetir. [...]

En aquella siesta de domingo de Ramos vinieron a suceder cosas muy señaladas. Abraham Sarmiento se atrevió por primera y única vez a sacar de la siesta al Cura Macho; no era cosa de cogerle miedo a un cura, por Macho que fuera, cuando estaba en el aire la vida de Amadeo Roque, el novio de su hija Brigidi-

---

32. Emilio González Déniz [1951-]: *Bastardos de Bardinia*. Madrid : Editorial Fundamentos, 1991. Págs. 14-23.

ta. Desde mucho antes del amanecer, los chiquillos habían enramado el exterior del templo de San Pedro de Canales. Marchaba al frente de los enramadores el bobo instituido en el pago, Nicasio el Babas, que no era más torpe que muchos, pero que desde niño se le tuvo por retrasado. Bajo su sabia dirección (Nicasio era doctor en pregones y engalanamientos) los chiquillos colocaron ramas de palmas en los barrotes de la plaza, cubrieron los contrafuertes de cemento con retamas salvajes y adornaron las arcadas con gajos de tarajal. La misa, aunque rezada, exhalaba vapores de solemnidad. Don Arcadio bendijo los ramos y dijo varias veces «Dominus tecum» y una «Dominus vobiscum». [...]

Después de las bendiciones, Canales en masa, con Don Arcadio inmediatamente detrás de la peana, acompañó al aclamado Jesús de Nazaret en su anual viaje alrededor de la iglesia a lomos de un asno hecho con tronco de morera. Durante todo el recorrido, el párroco volvió a repartir cuantas bofetadas se hicieron necesarias para así evitar que los muchachuelos imitaran con mofa el modo de agitar los ramos de palma y olivo de los azulados dibujos del catecismo. Cuando el cura dio por terminada la procesión, pocos eran los chiquillos que no habían comprobado el peso de su consagrada mano.

Al cerrar Abraham Sarmiento las puertas de la iglesia, daba el mediodía en el centro del cielo. A pesar del mandato canónico del ayuno cuaresmal, los hombres se metieron en los cafetines a entretenerse con la baraja mientras esperaban a que les llegara una borrachera, que jamás fue obra del Espíritu, siempre hizo falta la colaboración de los codos y los vasos de fondo macizo y raya a mitad de la copa. Don Arcadio Rivero compartió la mesa con el sacristán, Micaela Déniz y las dos hijas del matrimonio. Después, como era su costumbre, se encaminó al cuarto con mosquitero que estaba destinado en la planta baja para cobijarle las siestas. (Por la noche solía dormir en la solemne cama del piso superior). Y allí se quedó al punto dormido como una laja de piedra viva. Dios nos libre y guarde

si alguien se atrevía a romper una siesta al Cura Macho como no fuera para una extremaunción, un exorcismo o una pelea.

Y era eso mismo lo que pretendía María Colinga, la retorcida vieja de las covachas, cuando llegó chillando como una posesa a la casa del curato de Canales. Ante la imperturbable serenidad del sacristán -fiel velador del sueño del cura- la Colinga se deshacía en aspavientos y maldiciones que pronto se tornaron ruegos por ver si de esta forma convencía al impertérrito Abraham Sarmiento:

—¡Dígaselo, Abrahamsito! Dígale al señor cura que Vicente Peligro, sus hijos y sus entenados están amolando los cuchillos en la piedra lisa.

—¿Y a mí qué me dices con esa nueva? -volvió a responder Sarmiento con aire de indiferencia-

—Pero es que de esta hecha a Amadeíto Roque se lo cargan al descuento -insistió la vieja-. Vicente Peligro ha dicho que le va a sacar el mondongo para hacerse con sus tripas bordones de requinto y primas de guitarra.

Al oír el nombre de Amadeo Roque, el novio de su hija menor, empezó a no gustarle nada el asunto al sacristán. El tal Amadeo Roque no era trigo limpio, no señor, pero al fin y al cuento iba a casarse con su hija Brigidita que, milagro de Dios, por chiripa no lo era de Don Arcadio Rivero. Amadeo tampoco tenía la ascendencia clara en lo que a la ley se refiere; bien es verdad que en Canales todo el mundo sabía que su apellido no se correspondía con el de su padre biológico, sino con el de Jenaro Roque, el marido de su madre. Las lenguas canaleras también estaban enteradas de sus moscardoneos de yegua en yegua; exceptuando a la que estaba destinada desde siempre a ser la madre de sus hijos, ninguna otra mujer que estuviera a solas con él se libraba de habladurías, tanta era su mala fama de Cruzado sin Cruz. Todavía barbilampiño, empezó a cosechar nombre de mujeriego; no así de camorrista, más bien se le tenía por hombre de pocas agallas para la pelea. Aunque este último factor, tenido como defecto en un hombre de Canales, ahuyentaba a las mujeres, el caso era que, de una

manera inexplicable, la cobardía de Amadeo Roque poseía tanto atractivo para las damas como la bravuconería de sus antepasados de raza. Más de una vez tuvo que ser el Cura Macho quien lo sacara de las manos ofendidas de algún hombre, ya fuera novio, marido o hermano de alguna de las muchas hembras que en su todavía corta existencia había caído en sus Cruzadas manos de inagotable semental.

Lo mismo que el resto del colingaje, Vicente Peligro no hablaba por hablar. Los Colingos mentían sin tino ni mesura en todas las ocasiones, menos cuando amenazaban. Si dictaban sentencia contra alguien, a fe que la cumplían. Por eso se estremeció Abraham Sarmiento al oír a María Colinga; si Vicente se la había jurado a Amadeito, ya podía llover al revés que Peligro encordonaría guitarras con sus intestinos. Nada le haría cambiar de propósito, como no fuera la descomunal sotana del Cura Macho cruzada en su camino. El anciano sacristán pensó entonces que de todas formas su pobre Brigidita se quedaría soltera: de salir vivo Amadeo Roque, tendría que casarse con la hija de Vicente Peligro, por encima de la sotana -y hasta de la escopeta- de Don Arcadio Rivero. Mejor casado con Rosario Colinga que muerto, se dijo el sacristán pensando en Amadeo Roque, porque estaba claro que sólo entre esas dos opciones basculaba la elección. Y eso si el Cura Macho aplacaba las primeras iras de los Colingos y los sentaba a tratar. Una infinita desgracia, porque Amadeo Roque moceaba con Brigidita desde que ambos eran niños. Se querían con las venas del alma aunque sólo fuera por la costumbre de saberse predestinados el uno para el otro; pero Vicente Peligro podía hasta contra lo que el destino había decidido diecinueve años antes. Mira que ir a meterse donde todo el mundo -en las piernas de Rosario Colinga- y ser tan torpe como para cargar con la querida de medio Canales. [...]

La hija de Vicente Peligro, por su testa liviana, falta de recato y virtud aun más tornadiza que el comadreo del pueblo, andaba de continuo en lenguas de la gente. Aquel domingo de Ramos dio satisfacción, a plena luz, durante la tardía hora del

almuerzo, a la media docena de jóvenes merodeadores de la zanja tras el rastro de su penetrante olor de hembra en celo. Siempre se dijo en Canales que Rosario Colinga cogía filo en cualquier piedra, pero no se le pudo probar hasta ese día concubinato alguno. Pocos eran los canaleros que negaban conocer sus caricias, aunque a decir verdad la mayoría habían sido sus amantes de dientes afuera. En Canales, afirmar haberse acostado con Rosario Colinga venía a ser un certificado de virilidad; y esa era la rabieta de Vicente Peligro: quería personalizar en alguien la mala fama de su hija y hacerle pagar por todos. Eso dijo María Colinga cuando habló con el sacristán, aunque Abraham Sarmiento no acababa de fiarse de las palabras de la vieja. Sea por el santo que fuere, mintiera o no María Colinga, quedaba patente para el sacristán que Amadeo Roque estaba perdido, si no para la vida, sí para su hija Brigidita.

Con el reventar cálido de la primavera debió alcanzar más altas cimas que de costumbre la composición volcánica de los genitales de Rosario Colinga, a quien no le importó yacer con los muchachos casi a la vista pública. Mientras estuvo barriendo con las demás jovencitas, se agachó una y otra vez con el descaro de quien pide agua a fuerza de sed; mostró sus muslos ardientes a los ojos ávidos de los machitos y les sonrió con malicia luciferina. Cuando las otras se marcharon a comer, ella se quedó, provocativa, tendida con el pubis al sol sobre el montón de palmas bendecidas que Don Arcadio dejaba secar hasta el final del verano para luego quemarlas y que al año siguiente sirvieran sus restos calcinados como señal de penitencia en las frentes pecadoras de la misa del miércoles de Ceniza. Uno a uno, los muchachos se fueron satisfaciendo en aquel triángulo franco y voraz. Los veloces sementales cubrieron repetidamente las flamígeras ansias de Rosario, sin que por ello éstas llegaran a colmarse del todo. El único requisito -fruto de la doblez de su pensamiento- que imponía a sus amantes fugaces con sospechosa insistencia, era no acabar el apareamiento en sus entrañas, no fuera a malmeterse el diablo y la dejaran preñada. Poco sabían los implicados en tan almidonado festín

que, en palabras de Don Arcadio, antes de llover chispea, y que es de ignorantes repetir con creencia de seguridad un acto carnal sin que medie un profundo y minucioso lavatorio.

De todos cuantos desfilaron por la ardiente cavidad de aquel talle mimbrero, la vieja María Colinga dijo ver sólo a Amadeo Roque, jadeando como una bestia sobre el blanquecino reguero de esperma que sus antecesores habían vertido alrededor de aquellos muslos insaciables. Y la propia María fue la que, después de haber ido con el cuento a Vicente Peligro, y enterarlo tendenciosamente de que su hija se revolcaba con Amadeo Roque sobre las bendecidas palmas del Señor de la Burríta anegadas en vicio sacrílego, acudió a la parroquia rogando ayuda porque el padre y los hermanos de Rosario empezaron a sacar filo en la cantera a sus cuchillos de hoja de acero y cabo labrado en hueso y aluminio.

—¡Despierte a Don Arcadio! -volvió a decir la vieja para hacer reaccionar al sacristán, hecho entonces una estatua de hielo por la noticia de que Brigidita se quedaría soltera. Peligro era tan inexorable como su apodo, pero la siesta era demasiado importante como para interrumpírsela al Cura Macho sin una causa muy grave. Abraham se mantuvo en su negativa, ya no sabía si por respeto a la siesta o miedo al párroco.

—¿Y qué recoño esperabas, Colinga del demonio? -reprendió el sacristán a la vieja-, avisas a Peligro y te asustas porque se revuelve. ¿Es que no sabes la clase de bestia que es? Anda, vete por la sombrita y no me enredes con asuntos de Colingos que mi alma la quiero para Dios.

—A su conciencia lo dejo y le anuncio que Amadeo no llegará vivo al Ángelus -casi amenazó la anciana-; debería saber que una palabra de Vicente Peligro es más firme que una sentencia. Es como la ley.

—Lo que no entiendo es por qué la toma con Amadeíto; en Canales son pocos los que no se han encamado con Rosario. Yo creo que hasta Nicasio el Babas ha tomado en esa fuente.

—No me venga ahora con recuentos -atajó María Colinga-. A usted lo que le pasa es que le tiene miedo al cura. Si usted no

lo despierta, lo haré yo. ¡Por los clavos de Cristo! No se me ponga lerdo, que a estas horas, mientras usted y yo hablamos, los cuchillos habrán cogido filo y los de Peligro vendrán a media ladera.

—Está bien -dijo Sarmiento, tocado en su amor propio-, pero más te valiera callar a tiempo; así no le joderías a Don Arcadio una siesta tan sagrada como la del domingo de Ramos.

María Colinga se hincó de rodillas en el suelo y bisbiseó una jaculatoria -la única que debía saber mujer tan renegada- y fue tal su énfasis que más parecía un conjuro. Su rezo acabó de decidir al sacristán. Resignado a lo que saliera, Abraham caminó de mala gana hacia el dormitorio del Cura Macho. No confiaba en la vieja y pensó que acaso todo aquello era un cuento para reírse a costa de su miedo. Antes de acometer su heroica proeza, hizo acopio de valor y se repitió que él era el único hombre en Canales capaz de sacar de la siesta al Cura Macho. [...]



### ÚLTIMA GENERACIÓN DEL MILENIO<sup>33</sup>

137 | FRANK ESTÉVEZ GUERRA: «I» DE *COMO DEL MAR, LAS OLAS*

Chozas, cañaverales;  
 sureña estampa.  
 Origen del tomate  
 agarrado a su tallo.  
 Pedregosas imágenes  
 de sequía, talladas  
 por un dolor de manos.  
 Antebrazos que arrancan  
 de un golpe brutal, tosco,  
 las gotas de tesón que habitan en la frente.

33. Varios autores : *Última generación del milenio*. Telde/Moya : M.I. Ayuntamiento de Telde y Casa-Museo Tomás Morales, 1998. Frank Estévez Guerra [1963-2014]: págs. 31, 34 y 37; Alicia Llarena González [1964-]: págs. 45 y 52; Paula Nogales Romero [1966-]: pág. 67-68; Pedro Flores [1968-]: pág. 87; y Tina Suárez Rojas [1971-]: pág. 108.

138 | FRANK ESTÉVEZ GUERRA: POEMA DE *PRETÉRITAS SOMBRAS*

Solos mueren los que viven  
-dice el lecho mortal, vivo-.  
Si tan solo está el peligro,  
dime: ¿quién podrá sentirte?  
Solos viven los caminos  
dice el pie que los define.  
Si al andar viajamos tristes,  
dime, a solas: ¿quiénes fuimos?  
Sólo vive lo que hiciste,  
dice el árbol donde escribo.  
Si es hacer por lo que existo,  
dime: ¿quién me hará más libre?  
Sólo muere lo que vive  
dice todo el que ha vivido.  
Si mi vida fue contigo,  
dime, de ambos: ¿quién se extingue?

139 | FRANK ESTÉVEZ GUERRA: POEMA DE *DEL BARCO DEL RECUERDO*

Como niños que jugamos  
en el juego de los juegos  
nos tomamos de las manos  
con los dedos del silencio.  
De nosotros despertaron  
los dormidos sentimientos  
del ayer que nos sustrajo  
el sentir de estar viviendo.  
Cuando avanzo hacia tus brazos  
o al abismo de tus besos  
me parece que no alcanzo,  
que te tengo y no te tengo.  
Es por eso que ya extraño  
que no duermas, que no duermo,  
susurrando con tus labios  
el gemido de los cuerpos.

Me parece que nos vamos  
disipando junto al viento  
de espejismos que han callado  
por nosotros al recuerdo.

140 | ALICIA LLARENA GONZÁLEZ:

«1» DE *FAUNA PARA EL OLVIDO*

Contigo he conocido  
ese conjunto de animales  
que se disputan la quietud del cuerpo,  
su secreta agonía.

Era muy pronto entonces  
para asomarme al mundo  
y conocer sus signos  
a veces tímidos, o simplemente oscuros.  
Nada había que no fuera inocencia,  
la plenitud que ignora  
cuanto existe,  
el olor del romero  
en las esquinas de la casa.

Afuera me esperaban  
sin embargo  
la bestia y su locura.

141 | ALICIA LLARENA GONZÁLEZ:

«RELEYENDO A GARCILASO, AÑOS DESPUÉS» (INÉDITO)

*Cuando me paro a contemplar mi estado  
y a ver los pasos por do me han traído*

sé que todo está bien  
incluso el orden  
en que me fueron otorgados  
los fracasos.

142 | PAULA NOGALES ROMERO:

«GUERRA DE LOS SEXOS» DE *MANZANAS SON DE TÁNTALO*

Ellos no entienden: de siempre lo oí decir,  
como un axioma irrefutable, como un dogma de fe,  
igual que aprendimos que la tierra es redonda  
o que existen los números periódicos.

Ellos no entienden, y no querían  
jugar con nosotras: hasta el más pequeño  
nos miraba desafiante, para luego marchar corriendo  
tras las lejanas siluetas de sus camaradas.

Había que organizarse, ofrecer resistencia,  
desterrar en público las lágrimas y los mocos,  
crear redes secretas de información y logística,  
apuntar más bajo, aullar la victoria.

Ellos no entienden. Yo tampoco entiendo nada.  
No lo entendí nunca,  
ni cuando sus cuerpos eran misterios anatómicos  
de delirantes bestiarios  
en la infancia incrédula,  
ni cuando sus voces se quebraban en provocaciones  
de interés puramente antropológico.

Nunca milité en bando alguno. Me confieso apátrida.  
Algo así como una quinta columna sin base:  
asentía a todo, fingía los acuerdos,  
como un topo ciego que se escurre  
entre el dudoso *glamour* de la adolescencia.

Supongo que jamás se produjo el alto el fuego.  
Aunque en algún momento debió de perderse  
la dulce alegría de las hostilidades,  
y aparecieron los rictus en las comisuras  
de los combatientes,  
veteranos en sus cuarteles de invierno;

los pactos vergonzantes,  
la secreta claudicación de aquellos gloriosos batallones,  
de aquellas ingenuas conjuras  
que el tiempo cubrió de moho.

No más guerrillas fraternas. Soy francotiradora.  
Parapetada en una azotea de soledad.  
Ese hombre que pasa de largo  
lleva en su frente la marca divina.  
Lo sé bien: yo misma lo ungué hace un instante  
con la metralla líquida del deseo.

143 | PEDRO FLORES:

«POEMA DE AMOR BUSCA» DE *SIMPLE CONDICIONAL*

Poema de amor busca mujer:

sin límite de primaveras,  
pero de pocos otoños.

Buena salteadora de tristezas.  
Apostadora de vez en cuando a lo perdido.  
Vacunada contra el imposible.

Imprescindible sonrisa a manos llenas.  
Se valorará capacidad de confidencia.

Abstenerse corazones de oro,  
damas de respetables costumbres,  
princesas de torneadas almenas.

Se ofrece:  
despacho propio en estos versos  
con vistas a un aguacero de dudas.  
Sueldo ninguno, pero comisión en los sueños.  
Inmediata incorporación a la complicidad.

Interesadas entrar sin llamar  
no sin antes haber quemado  
todo tipo de referencias.

Poema de amor busca nombre de mujer.

144 | TINA SUÁREZ ROJAS (1971-):

«CREMOSA NATURA» DE *UNA MUJER ANDA SUELTA*

me ofrezco voluntaria  
para el tratamiento de tu piel  
mi fórmula consiste  
en acceder a tu cuerpo  
recién llegada la noche  
seré un dechado de proteínas  
vitaminas sales minerales  
tendré a favor el ph neutro  
de la luna llena  
hidrataré tu espaciosa desnudez  
con acción *anti-stressante*  
y protectora  
derramaré mis sentidos  
cual tónico suavísimo a lo largo  
y a lo ancho de tus fibras cutáneas  
quiero licuarme hasta llegar a ti  
humedecer tan desolados poros  
atravesarte los tejidos sanar  
tus sequedades limpiarte las heridas  
vencer tus asperezas  
  
amor no basta con el *after-shave*  
  
me siento  
dermatológicamente capacitada  
para formar parte de tu higiene íntima.



## FRANK ESTÉVEZ GUERRA

145 | «TELDE... PALABRAS EN EL TIEMPO»<sup>34</sup>

En Gando arribó la puerta  
 que atravesaron corceles  
 por degustar unas mieles  
 cuyo panal fue reyerta  
 y Telde, página abierta,  
 se despojó de lo oscuro  
 por ser el pueblo maduro  
 que documenta la historia;  
 hoy es Ciudad la memoria  
 que proyectó su futuro.

## =====INTERMEDIO V=====

Establezcamos desde un principio que lo canario, la canariedad, es un concepto identificable tan pronto como se intenten definir las peculiaridades regionales y se pretenda hallar las identidades y esencias de las distintas demarcaciones y nacionalidades del territorio español. Del mismo modo es evidente el planteamiento desde los presupuestos de una asumida y aceptada Literatura Canaria. Porque, en vez de caer en polémicas inútiles sobre si existe o no una literatura canaria, está claro que, al igual que entendemos de forma intuitiva lo que significan "literatura hispanoamericana" o "literatura española", en primer lugar la expresión Literatura Canaria remite a una realidad geográfica, la del Archipiélago, o lo que es lo mismo, a un conjunto de manifestaciones literarias que se han producido en las Islas por parte de creadores canarios que han nacido, vivido y elaborado sus obras en y desde el Archipiélago, contando con honrosas y valiosas excepciones (Benito Pérez Galdós y Ángel Guimerá, como primeros ejemplos). En este sentido, serían equivalentes expresiones como "literatura extremeña", "literatura andaluza", etc.

(...) Como es sabido, las Islas Canarias entran en la cultura occidental por la puerta de la leyenda y, desde la realidad histórica, el Archipiélago hunde sus más remotas raíces en

---

34. Poema compuesto por Frank Estévez Guerra [1963-2014] con motivo del 650 aniversario de la Fundación de la Ciudad de Telde y publicado por primera vez en el catálogo de la exposición bibliográfica *Telde... palabras en el tiempo*, comisariada por Juan Miguel Ramírez Benítez [1973-] y Victoriano Santana Sanjurjo [1973-], y celebrada en la Sala de Exposiciones de las Casas Consistoriales del citado municipio grancañario del 23 al 27 de abril de 2001.

el mundo grecolatino, incorporándose a la marcha de Occidente desde el siglo XV en que se considera finalizada la conquista por parte de Castilla. Es un dato relevante el que Canarias se incorpore a la Literatura propiamente escrita cuando florecen el Humanismo y el Renacimiento, cosmovisión reivindicadora del clasicismo occidental y europeo (...)

Según lo dicho, hay que concluir que cuando el creador canario se dedica al noble oficio de escribir revelará en sus escritos las improntas de su tradición intrínseca, y en ellos se gestan los parámetros que adquirirán a lo largo del acontecer de nuestra literatura insular las dimensiones de mitos que se repiten (la selva de Doramas, el mito de Dácil, el guanche "buen salvaje") al tiempo que se van definiendo ciertos temas (el mar, la conciencia de insularidad), determinadas actitudes (la "atracción de Madrid", la superación del aislamiento) y algunas constantes (los frutos tardíos respecto de las estéticas peninsulares).

Todo ello es lo que pudiera establecerse como características esenciales de la literatura canaria, cuando la analizamos desde lo que presenta como diferenciado de la literatura en la que se integra. En este sentido, y muy acertadamente, lo que apunta Andrés Sánchez Robayna para la poesía canaria es perfectamente aplicable a la literatura o escritura del Archipiélago cuando afirma en su antología Museo Atlántico que "es una unidad de sentido determinada por los caracteres geográficos, sociales, históricos, políticos y culturales de Canarias, y configurada en una tradición (no aislada ni excluyente) que comprende determinados mitos y constantes".

Cuando nos situamos en una perspectiva analítica respecto a la literatura canaria con el objeto de juzgar y valorar sus frutos podemos posicionarnos frente al objetivo de buscar aquello que le une e identifica con los frutos de su mismo ámbito cultural, contextual, etc., o bien en la perspectiva que cifra el esfuerzo analítico en matizar aquello que, por mínimo que sea, les separa o diferencia y, por ende, le caracteriza. Y en unos primeros intentos de definición y caracterización de las letras insulares concluimos que están asentadas en los puntos siguientes de su devenir histórico:

1. La literatura de las Islas Canarias se inserta en la tradición clásica de Occidente.
2. Su escritura se desenvuelve en principio y como norma general bajo una actitud y condición mimética respecto de la literatura peninsular y desde una vocación hispana.
3. Posteriormente manifiesta en los avatares del siglo XVIII o ilustrado una vocación atlántica y universalista.
4. Los movimientos ideológico-artísticos del pasado siglo, desde el espíritu del "Volk" romántico (lo que está presente en el pueblo o la nación), alientan y propician un cambio de signo: **la cosmovisión propiamente canaria.** (...)

=====

---

# SIGLO XXI

---



ANTOLÍN DÁVILA SÁNCHEZ

146 | *Una rosa en la penumbra*<sup>1</sup>

El día que nació Antuán Constantino la guerra de Corea continuaba, aunque eso era lo de menos, porque su fecundación se produjo en otra guerra más importante que se desató en el barrio de Canterías: la que sostuvieron Magdalena la Magna y Victoria-no Constantino, a la sazón el padre de Antuán Constantino.

El barrio de Canterías, desde donde se divisaba el puerto en toda su extensión, podía ser el más peculiar de la ciudad de Tornas, y quizás no hubiera otro siquiera parecido en cualquier lugar del mundo, pues en el centro de la ciudad escalonada daba la sensación de formar un todo aparte, con sus catorce casas perfectamente alineadas, aunque de diferente tamaño, idénticas con su puerta de arco de medio punto y una sola ventana de medidas desproporcionadas, pintadas todas de un color o tonalidad diferente, eso sí.

La única calle del barrio, que nunca fue asfaltada y a la que ningún coche podía acceder por culpa de la dichosa cuesta de acceso, la que vio crecer a Antuán Constantino, se llamaba la calle Sola, porque nunca mejor dicho.

---

1. Antolín Dávila [1952-]: *Una rosa en la penumbra*. Las Palmas de Gran Canaria: Anroart Ediciones, 2007. Págs. 9-18.

Cierto que, entre casa y casa, había un pequeño callejón de unos pocos metros cuadrados, producto seguramente de que nadie quería nada en común con los demás, ni siquiera una pared medianera, aunque muchos de los problemas que la vida fue fraguando allí se debieron a la posesión o propiedad de los dichosos trece callejones.

—Que le digo yo a usted que si fueran catorce callejones aquí no hubieran pasado tantas desgracias -se jactaba de decir Ramón, el barbero-.

Catorce casas, en hilera. Arriba de todas: el risco. Debajo de todas: un montículo que algún día también fue risco. Al principio y al final de las casas número 1 y 14 enormes piedras vivas que parecían tener sus raíces en el centro de la tierra, como espléndidos mojones fijando los linderos de todo el vecindario. Después la cuesta de acceso, empedrada o más bien pedregosa, estrecha, empinada y resbaladiza. Más abajo el paseo de las Camelias, bordeado de enormes y grandiosos chalés donde parecía rebosar la riqueza, todo lo contrario de lo que les ocurría a los habitantes del barrio de Canterías.

—Que le digo yo a usted que los pobres sólo se sacian con la desgracia de los suyos -afirmaba una vez más con su entrada de siempre Ramón, el barbero-.

La casa número 7 de la calle Sola tenía una doble utilidad: el salón era la barbería de Ramón, y el resto apenas un dormitorio, una cocina y un baño donde él quiso formar una familia que nunca llegó a prosperar.

—Que le digo yo a usted que no hay una mujer buena en este mundo.

Pues en el número 6 de la calle Sola se fecundó Antuán Constantino, exactamente 294 días antes de nacer, porque hasta para eso fue tímido: lo retrasó todo lo que pudo. Comentaba Ramón, el barbero, también conocido por el “Que le digo yo a usted”, que jamás hubo una pelotera igual en el barrio como aquel día.

Magdalena la Magna no había sido trigo limpio, era la verdad. Pero Magdalena, a pesar de todo, siempre fue una buena

madre y nunca mantuvo otro espejo tan limpio donde mirarse como el de su hija Clarita, al fin el producto de unos jugueteos de niña con un vecino mayor que ella que la abocaron, sin remisión, a la ruina de su vida y a una de las calles de la ciudad de Tornas donde acudían después los hombres y los marineros del puerto.

Clarita, más tarde la Magna también, aunque sin motivo, fue una niña bonita de chica y mucho más de grande, pero tuvo la desgracia de quedarse un día sola, con apenas dieciséis años, en la casa número 6 de la calle Sola con Victoriano Constantino, un estibador del puerto que al parecer presumía de músculos y de hombría, y de pasarse por la piedra a toda mujer con la que se tropezara.

Magdalena la Magna acabó de satisfacer a Victoriano Constantino aquel día y lo dejó allí solo, estando su hija dentro en la otra habitación, mientras ella iba en busca de una botella de coñac a la tienda de Juansito, sita en el número 3 de la calle Sola.

—Espera y te tomas una copa conmigo -le dijo Magdalena a Victoriano para sacarle otro servicio, sabedora de sus gustos y de que él era hombre para ello-.

El hombre se quedó, atándose los pantalones, en aquella salita de espera que contaba con un sofá destartalado donde, en ocasiones, él mismo y tantos otros llegaron a ayuntarse con Magdalena, cuando el asunto se presentaba de urgencia porque el deseo y la pasión se desbocaban y no había tiempo para llegar a la alcoba, al fondo de todo, pegada al risco.

Victoriano Constantino, nada más acicalarse ante un espejo alto y estrecho que se extendía desde el suelo al techo, empezó a observar todo lo que había en la estancia, pues a pesar de haber estado allí en decenas de ocasiones, si no cientos, nunca llegó a fijarse en otra cosa que no fuera el cuerpo grande, ostentoso, de Magdalena la Magna, a quien siempre encontraba igual, como si el tiempo no pasara por ella, ni contara con otras prendas para vestirse, porque de toda la vida lo recibió con una blusa bordada de color azul demasiado chica para su

cuerpo y sus pechos, una falda blanca medio transparente y con el mismo defecto en el tamaño y unas botas de media caña con tacón alto que la hacían más mujerona todavía.

Pero ahora, Victoriano Constantino caía en la cuenta de que, en una de las esquinas de la estancia había un esquinero de madera medio renqueante presidido por la imagen de la Virgen del Carmen acompañada de dos velitas consumidas, una flor seca que pudo haber sido de crisantemo y una fotografía de Magdalena con su hija Clarita en brazos sacada en el muelle, ya que al fondo se veían barcos pesqueros rusos y japoneses.

Más allá, medio escondido tras la puerta, colgando de la pared a una altura mucho más abajo de los ojos, un portarretrato con sus bordes herrumbrosos mostraba la imagen de un hombre bigotudo, con su sombrero calado y un cigarrillo atravesado en la boca: tal vez el padre de Magdalena.

Finalmente, además del sofá, el esquinero y el portarretrato, divisaba una mesa tan baja como negra atiborrada de cosas, donde husmeando se encontró con dos o tres lápices de labios, siempre de un rojo encendido; recortables propios de una niña para su juegos; unas braguitas que no podían ser de Magdalena, porque Magdalena nunca tuvo braguitas para ponerse, bien porque no las quería, bien porque no las necesitaba, ora porque no le gustaban, ora por comodidad, porque le costaba trabajo estárselas quitando muchas veces al día; y un cenicero de barro grande y rajado, dentro del cual había un pequeño sostén, que de ninguna manera, tampoco, sería de Magdalena, porque aquello si acaso cubriría sus pezones exagerando un poco.

Y Victoriano cogió el sujetador, lo alzó hasta la altura de sus ojos y se lo acercó a la nariz, para olerlo, quizás para sentir de cerca lo que en algún momento aquellos dos huecos guardaron, y milagroso o no así fue, porque desde la puerta de la otra habitación apareció Clarita, la hija de Magdalena, tal como Dios la trajo al mundo, provocando que el mismo diablo se personara al instante en la mente de Victoriano Constantino dominando su pasión, su lujuria y su brutalidad.

—¡Maldita sea la madre que te parió, hijo de la gran puta!

Los gritos de Magdalena la Magna se escucharon mucho más allá del barrio de Canterías, y pudieron llegar muy bien al puerto, a las dos comisarías de la ciudad de Tornas y hasta la catedral donde aquella hora se decía misa y se alzaba el cáliz pidiendo el perdón de los pecados del mundo, para mayor escarnio, pero sobre todo alteró a Ramón, el barbero del barrio de Canterías, entre otras cosas no sólo porque vivía al lado, sino porque apostado en su puerta se dedicaba a menudo a llevar la cuenta de los que entraban y salían de la casa de su vecina para comparar, a pesar de que no se valoraba lo mismo un abrazo que un afeitado o una metida que un corte de pelo, ni por asomo.

La botella de coñac se hizo añicos en la cabeza de Victoriano Constantino. Los habitantes del barrio corrieron todos a ver qué ocurría, y el primero en llegar fue Ramón, por supuesto, que alcanzó la exclusiva.

—Que le digo yo a usted que la muchacha con su cara de angelito parecía feliz, a pesar de todo -se afanaba en explicar-.

Así fue como se fecundó Antuán Constantino, en medio de dos regueros de sangre y uno de coñac, además de con un muerto y una mujer enloquecida que muy pronto se llevó la policía con las esposas puestas y el alma partida por la mitad ante las miradas atónitas de todos los vecinos del barrio de Canterías, que si pudieran, que si se sacaran la lotería, saldrían corriendo de allí y jamás volverían a aquel jodido lugar, que a veces parecía maldito.

Pues a los 294 días exactos, entonces, nació Antuán Constantino en el hospital de La Caridad, como había quedado dicho, con la guerra de Corea en su apogeo, el Caudillo felicitando al nuevo presidente del Ecuador, doctor Velasco Ibarra, y el que fuera diplomático soviético Igor Bogolepov declarando que la única manera de evitar una tercera guerra mundial sería derrocando a Stalin.

Pero ni en el barrio de Canterías ni en el hospital de La Caridad nada de eso se sabía, ni importaba, porque allí, como en tantos otros sitios, sólo imperaba la ignorancia y la vida giraba

en torno a otras cosas menos importantes, o mucho más, según el prisma con que se mirara.

—Que le digo yo a usted que la muchacha por su juventud era muy estrecha todavía -afirmaba Ramón científicamente-.

Los berridos de Clarita, la hija de Magdalena la Magna, mientras paría al que sería su único hijo y que pondría después de nombre Antuán y, contra viento y marea, de apellido Constantino se tuvieron que escuchar en todas partes, pero también los gritos de las hermanas de La Caridad que la acompañaban en aquel trance mandándola a callar, diciéndole que sufriera porque así conocería a Dios en toda su amplitud y de alguna manera podía expiar su pecado mortal: ¡traer un hijo al mundo de aquella manera sin estar casada!

—Sufre, hija, y no olvides, que Dios tampoco se olvida de las pecadoras como tú -le espetaba sor María de la Salud, la peor de todas-.

—¡Maldita sea usted y maldito el hábito que lleva, hija de puta! -replicaba con rabia la pobre Clarita con su voz rota por el dolor-.

—¡Calla, pecadora! ¡Que si hubieras tenido ropa ese pobre hombre que ahora está muerto no te hubiera hecho nada! -insistía sor María de la Salud.

—Y si usted no tuviera hábito y mi madre no estuviera en la cárcel usted estaría ahora en los mismísimos infiernos acostada en pelotas con ese maldito que defiende.

Sor María de la Salud se fue directa a abofetear a la hija de Magdalena la Magna, pero sus compañeras la sacaron del paritorio a tiempo para evitarlo, y después regresaron otras dos monjas que, con las manos metidas en las mangas de sus hábitos, sin inmutarse, esperaron horas y horas sin prestarle la menor ayuda a Clarita, hasta que asomó al mundo la cabeza peluda y picuda de Antuán Constantino para desgracia de su abuela, de su madre y de él mismo.

—¿Tiene las esposas puestas, madre? -preguntaba con pena Clarita-.

—Sí, mi hija, y la policía está en la puerta.

—¿Es feo, madre? -dijo, lastimera-

—Los niños siempre son feos cuando nacen, hija mía -susurraba Magdalena la Magna mientras intentaba limpiarle el sudor de la frente a su hija Clarita sin dañarla con las esposas-

—¿Y se parece al hijo de puta ése, madre?

—No, hija mía; se parece a nosotras.

—Ay, qué desgracia más grande, madre mía.

—No digas eso, mi hija; a lo mejor este niño nos trae algo bueno y nos ayuda a vivir.

—¿Lo regalamos, madre?

—¡Eso nunca, hija mía! ¡Jamás! Aunque tengamos que pedir limosna para alimentarlo.

Antuán Constantino apenas lloró al nacer, a pesar de la nalgada inmisericorde que le pegó la monja, y tal vez por eso siempre fue tímido, pues tuvo que notar lo, no sólo por aquel recibimiento agresivo, sino porque llegaba a un mundo donde había una guerra, un Caudillo y un loco como Stalin que podía provocar la tercera guerra mundial, además de unas monjas que defendían a un Dios equivocado. Quizás por ello no quiso soltar una lágrima más, al menos en el hospital de La Caridad.



SANTIAGO GIL GARCÍA<sup>2</sup>

147 | «MICKEY MOUSE»

Lo peor de esto es el calor y los niños sobones que pretenden descubrir lo que hay dentro de todas las cosas. Cuando acaba el domingo, siempre termino con el traje destrozado por los tirones y los desesperos de los chiquillos más ansiosos. Y eso por no hablar de las babas, de los mocos o de los porrazos que a veces me dan los propios padres. Mi esposa, que se llama Yurimar y tiene como yo treinta y ocho años, saca las fotos en la Polaroid y las vende inmediatamente por siete euros. A veces, los padres ponen pegas e intentan hacerse los locos para no comprarlas, pero según se las ponemos delante a los niños no

2. Santiago Gil García [1967-]: *El parque*. Las Palmas de Gran Canaria : Anroart Ediciones, 2005. Págs. 10-14 y 206-212.

les queda más remedio que ir sacando el dinero si no quieren que los susodichos caprichosos les terminen amargando el día con sus rabietas. Cuando se ven retratados junto a Mickey Mouse pierden el norte y no quieren otra cosa en su vida que llevarse la foto que da fe de su amistad con el ratón de la Disney. La verdad es que la mayor parte de los padres son los primeros que no se pueden resistir a la foto de colorines brillantes en la que aparece su vástago sobón e impertinente.

Dentro de este traje debo de estar ahora mismo por encima de los cuarenta y cinco grados, aunque lo peor es la falta de oxígeno y el tener que estar moviéndome todo el rato para llamar la atención de los que pasean por el Paseo del Estanque. Cada vez somos más los que nos vestimos de monigotes en El Retiro para ganar unos euros que nos permitan llegar a fin de mes. La competencia se lleva más o menos bien, aun cuando no deje de reconocer que jode un poco. Nos solemos respetar los personajes, y lo que hacen los recién llegados es rebuscar entre los nuevos héroes de la tele para estar al día y no repetirse con los que ya nos disfrazamos con los trillados personajes de la factoría Disney o con los dos o tres iconos de los cuentos infantiles más conocidos. Digamos que esto es un complemento de mi sueldo de camarero por horas en una cafetería del Centro. Mi mujer, que antes de salir de mi país era maestra, trabaja ahora limpiando casas en la Sierra. Yo allí, cuando todavía las cosas iban bien, trabajaba como dependiente en una de las principales librerías de la capital. Pero esos eran otros tiempos que no tienen nada que ver con éstos, entre otras cosas porque mi país hace años que está en la ruina y viendo cómo va el mundo no creo que vuelva a levantar cabeza jamás, o por lo menos mientras yo esté vivo para verlo y para contarlo.

Los fines de semana nos aburríamos en Madrid, y además no nos sobraba dinero para ir por ahí a comer o a tomar una copa. Ni siquiera teníamos para el cine. Por eso fue que empezamos con lo del ratón Mickey. Como no teníamos adonde ir, nos dedicábamos a pasear por El Retiro y hasta nos traíamos la comida para comer debajo de los árboles junto a otros compatriotas

que tampoco tenían plata para estar derrochando en restaurantes o terrazas. El que más y el que menos se dedicaba a aprovechar el domingo para sacar algún dinero extra para el resto de la semana: algunos cantaban canciones de nuestra tierra, otros traían figuritas de artesanía que habían estado haciendo durante la semana y luego estaban los que se metían dentro de los disfraces. Nos dejaron la ropa por poco dinero: quien hacía de Mickey había decidido cambiarse por Winnie the Pooh y nos ofrecía el disfraz del ratón mediático por si nosotros también queríamos sacar unos euros los fines de semana. Después nos compramos la Polaroid y nos pegamos varias semanas viendo vídeos con las películas del ratón de marras.

Está claro que no era esto lo que yo esperaba de los domingos en España, pero si quiero ahorrar unos euros que me ayuden a vivir un poco mejor durante la semana no me queda más remedio que estar metido debajo de todas estas telas. Mis padres querían que yo me hiciese médico, y a lo mejor si no me hubiera metido en política cuando estuve en la universidad hoy hubiera estado en mi país viviendo como un potentado. Deben ser las cosas de la vida, aunque también está claro que influye mucho la suerte y el carácter.

La mayoría de los niños, como ya he dicho, son insoportables, maleducados y pendencieros. No engaño a nadie si digo que ha habido días en que he estado a punto de quitarme el disfraz y salir corriendo lejos de todo esto. Algunos niños me escupen, y casi todos me dan patadas cuando sus padres se despistan, y eso por no hablar de los que me dicen que ya no sirvo para nada, que Mickey el Ratón es poco menos que del pleistoceno y de la época de los dinosaurios. Te nombran machangos de dibujos animados con nombres rarísimos y se mofan de mi cándida y risueña cara de tierno ratoncito amigo de los niños. He de reconocer que ha llegado un momento en que me afecta más una crítica o una burla a Mickey que a mí mismo. No es justo que después de tantos años se le separe así como así del escalafón de héroes de la infancia. Mickey será lo que ustedes quieran, pero no se puede olvidar que ha estado

dando el callo cuando los otros héroes de pacotilla que ahora aparecen por todas partes ni siquiera eran un proyecto. Y cuando digo Mickey, digo Pluto, Minnie, Donald y el resto de los dibujos de Disney que ahora rechazan los chiquillajes cibernéticos y camorristas que vienen al Retiro. Lo paso fatal, a qué engañarme, cada vez que me ignoran y me quitan de en medio como si fuera un trasto o un muñeco inservible. Por más que yo salto, gesticulo e incluso me revuelco por el suelo, hay días en que no te hace caso absolutamente nadie. Me siento como si fuera transparente y le importara un pimiento a todo el mundo, porque por lo menos los padres podrían tener un poco de consideración conmigo, ya no digo con el ratón, pero sí con quienes estamos debajo del disfraz aguantando un calor insoportable. Sin embargo, son los más despiadados, y desde que pueden aprovechan para decirles a los hijos que mi traje está desteñido, que no soy el Mickey de verdad, o que tengo una pinta grotesca que echa para atrás. Luego, para rematar, si los niños se ponen excesivamente pesados y aun a pesar de las críticas perseveran en su empeño por fotografiarse junto a mí, les dicen que les van a llevar a Eurodisney para que vean al verdadero ratoncito de la Disney, «y no esta piltrafa de tres al cuarto que sólo está aquí para sacarnos el dinero y tomarnos el pelo». Reconozco que a veces he tenido ganas de pegarles un buen puñetazo, pero no estaría bien montar esos escándalos si quiero seguir viniendo los domingos al Retiro. Yo prefiero seguir a lo mío, levantando los brazos al aire y haciendo como que la vida es maravillosa y vale la pena vivirla.

148 | «UNA PAREJA QUE PASA»

Se quieren. No pudieron tener hijos, y a lo mejor eso fue precisamente lo que les unió más. Desde hace más de cincuenta años pasean cada tarde juntos por El Retiro. Van de la mano y no necesitan decirse nada para saber qué es lo que está pensando cada uno. Él tiene setenta y dos años y ella setenta. Su historia podría ser la historia de miles de personas que se quieren, y que además lo hacen durante toda la vida. Son tal para cual,

y se necesitan el uno al otro. Ellos lo saben. Ninguno de los dos es capaz de imaginarse la vida sin el otro. En eso es justamente en lo que piensan desde hace tiempo. En los paseos de los últimos años -sobre todo después de que a él le saliera aquel tumor que parece que le cogieron a tiempo, y de que a ella le empezaron a aparecer los primeros problemas de memoria-, los dos andan pensando a todas horas en quién se irá primero. Pasen, se cogen de la mano, se miran, se sonríen y se regalan alguna caricia, pero ninguno se puede quitar de la cabeza el miedo a quedarse solo en el mundo.

Es verdad que todas las personas tienen miedo a perder el amor, a que se muera o nos deje el ser querido con quien se han planteado todos los proyectos y a quien hemos entregado todo lo que somos sin condiciones y sin pactos previos que nos cubrieran las espaldas. El caso de ellos, sin embargo, es diferente. Están viendo morir a casi todos sus amigos, y la ley de la vida les ha puesto ya en el borde del precipicio. Ellos, como digo, lo saben, y no hacen otra cosa que plantearse ese momento. Los dos desean irse primero, y al mismo tiempo los dos temen dejar con un sufrimiento inmenso a quien se quede en la tierra. Individualmente han planeado un suicidio conjunto si llegara el caso, pero no han tenido la valentía de decírselo el uno al otro.

Se conocieron cuando él tenía veinte años y ella dieciocho, y desde entonces no han dejado de verse ni un solo día. Ella estudiaba Filosofía y Letras y él Farmacia, y desde que acabaron sus respectivas carreras se casaron y se quedaron a vivir en Madrid, al lado mismo de la zona del Retiro más cercana a la calle O'Donnell. La casa tenía cinco habitaciones, una para ellos y las otras para los cuatro hijos que los dos se habían puesto como objetivo a medio plazo. No vino ninguno. Por más que lo intentaron, ella nunca se pudo quedar embarazada. Es algo que les apena mucho; pero, como en el caso del suicidio conjunto, no se lo recuerdan nunca. Ella se pone a pensar a veces en lo que hubieran cambiado las cosas de haber tenido a su disposición los avances médicos y las posibilidades de procreación que existen en estos días. Se imagina lo hermoso que hubiera sido

haber tenido al menos uno o dos hijos parecidos a ellos, frutos de su amor y de su cariño. Los amigos les hablaban siempre de la suerte que tenían por no tener pequeños, y es cierto que pudieron viajar más que nadie, y que su matrimonio siempre estuvo más unido, pero eso no le quitaba a ella, ni tampoco a él, la pena de la esterilidad, y más ahora que uno de los dos estaba a punto de quedarse irremisiblemente solo. En eso piensa cada uno de ellos mientras pasean de la mano por el Paseo del Estanque, en quién se irá primero y de qué forma. Él teme mucho el progresivo olvido de ella y, como en el caso de otros amigos cercanos, se asusta al pensar que pueda llegar un día en que no le reconozca. Ella, en cambio, está con el alma en vilo cada vez que él ha de hacerse las revisiones periódicas por lo del tumor. Caminan juntos, muchísimo más despacio que cuando con veinte años corrían a esconderse entre los árboles más alejados. Se miran y se quieren. Nunca se cansan de mirarse y de quererse. Los dos desearían con toda su alma que la vida fuese eterna.

149 | «LA MODELO»

«Nadie me mira». Me ha costado años escribir una frase tan sencilla como ésta. Hoy, por ejemplo, me he entretenido más de una hora limpiando el teclado del ordenador. Otros días me daba por ponerme a fregar, por ordenar los cajones o por empezar a llamar a todo el mundo por teléfono. Pero cada vez tengo menos gente a la que acudir y ya son pocos los números que me quedan para cuando llegan los malos momentos. Tampoco es que en los buenos anduviera sobrada, pero nunca faltaba quien te aguantara una neura o te acompañara a cenar, o al cine, o a pasear un rato por este parque que tanto sabe de mis penas y mis alegrías. Ayer cumplí cuarenta y ocho años.

Hace años creía que me iba a comer el mundo y que nunca llegaría este momento del que tanto me advirtieron las que también habían tocado el cielo y luego se vieron poco a poco relegadas al olvido y la mediocridad. Pues sí, yo pensé que toda mi vida iba a ser una reina. El psiquiatra lleva años diciéndome

que sea valiente y que escriba en este diario todo aquello que me pase por la cabeza. Al final, a lo que me he dedicado todo este tiempo es a hacer mala literatura. No había afrontado las cuestiones que realmente me atormentaban y cada vez veía más alejada la posibilidad de hacerlo. Cuando digo que nadie me mira estoy diciendo también que no hay nadie que me quiera, o que me ayude cuando llegan los malos momentos, o que me cuide en caso de gripe o fiebre alta. Antes, cuando en lugar de pasear por el Paseo de Coches o por las orillas del estanque lo hacía por todas las grandes pasarelas del mundo de la moda, todos estaban pendientes de mí, y nadie me quitaba ojo en ningún momento. Y no es que con eso colmara mi felicidad, para nada, entre otras cosas porque no he sido la clásica modelo tonta con unas buenas medidas y una cara bonita que se conforma con esas pequeñeces pasajeras. A mí siempre me ha gustado mucho leer, y de hecho, de no haber sido modelo hubiera sido profesora de literatura. Dejé la carrera de Filosofía y Letras en segundo curso, cuando ya los viajes y los compromisos profesionales no me dejaban tiempo para acercarme a la Facultad ni para prepararme al menos una o dos asignaturas por año. Gané un dineral en los más de quince años que estuve como *top-model* paseando mi palmito por todo el mundo. Luego me instalé un tiempo en Nueva York, y de hecho allí tengo todavía un apartamento adonde me escapo cuando estoy demasiado harta de la caspa política y cultural de España. Pero Nueva York ha cambiado mucho después de lo de las Torres Gemelas, y ya nada es como antes. Ha cambiado la gente, no me pregunten en qué, pero los que hemos amado Nueva York nos damos cuenta desde que ponemos los pies en el John F. Kennedy de que el palpito de la ciudad no es el mismo que había antes del maldito 11 de septiembre.

Aquí, en Madrid, me defiendo del olvido en El Retiro. Antes, hace quince o veinte años, cuando me adentraba en el parque algún domingo no paraba de recibir piropos y de esquivar las miradas de todos los hombres con los que me iba tropezando. No digo que me gustara, aunque sí es cierto que ahora daría

media vida por que tres o cuatro hombres, a ser posibles guapos y jóvenes, me miraran con el mismo deseo de entonces. Me siento invisible, y sola, muy sola. Casi no tengo amigas, y las dos o tres que todavía conservo de antes de meterme en el mundo de la moda no tienen nada que ver conmigo. Me aburro con ellas y con sus historias de hijos díscolos o empollones y de maridos o amantes infieles. Por eso estoy cada día más sola.

Vengo al Retiro todas las tardes con un bloc en el que voy anotando todo lo que luego me sirve para escribir en el ordenador. Son ideas, generalmente inconexas, pensamientos, pequeños poemas, o simples ocurrencias que después me valen para escribir lo que llevo cada semana al psiquiatra. No estoy loca, pero sí que quiero buscarme un poco más a mí misma. Ellos pasan de largo, siguen pasando. Hubo días gloriosos en los que dejaba mudos a quienes acudían a los desfiles en las grandes pasarelas de Milán, París o Nueva York. Era, si no la más guapa, sí una de las más sensuales y llamativas. Todo en mí era erotismo, y me gustaba excitar a la gente, ponerlos a cien con un gesto, un escorzo o una mirada. Claro que amé, o más que amé gocé del sexo con hombres guapos e irresistiblemente atractivos. Para historias de enamoramientos nunca tuve tiempo. Ahora, en cambio, necesito mi tiempo para ser feliz. Me busco a diario entre estos papeles, con mis muchas o mis pocas ganas de quererme. Vengo al parque con la esperanza de volver a ser admirada, pero hace tiempo que nadie repara en mí. Poco a poco me fui apagando, cada vez me miraba menos gente, y con el tiempo ni siquiera el hortera reprimido de la pastelería me mira los pechos con aquella timidez disimulada con que lo hizo durante años. Nadie me mira, ni me quiere, ni se da cuenta de que existo y paso por la calle. Madrid en eso sí se va pareciendo cada día más a Nueva York. Ni siquiera hoy, que me he puesto guapa y me he maquillado como en mis mejores tiempos, reparan en mí esos idiotas que siguen el paso desganado de todas esas jovencitas de altas caderas prietas y deseables.



## VÍCTOR ÁLAMO DE LA ROSA

150 | *Terramores*<sup>3</sup>

[...] Pero es que todo lo que está pasando había ocurrido por casualidad y azar, esa magia que une y desune sutilmente los destinos. Que él la mirara bueno estuviera, como todo el mundo, a nadie le pasa inadvertida tanta belleza por los cielos de los cielos. A nadie ni cosa ninguna, porque a estas alturas de su encaprichamiento enamoramiento piensa Inocencio que hasta las bestias, y las flores y las plantas y hasta las piedras, flora y fauna completas se encelan de celos y se percatan y envidian la redonda belleza de ella. Ella, como un eco siempre habitando sus recovecos. Y si a él le dio por ponerse a excavar el pozo seco fue porque sí, se le ocurrió y ya está, porque se lo dijo clarito la intuición. Y el hecho feliz de que después de derribar una de sus paredes el pozo le descubriera la gruta sinuosa de un inmenso tubo volcánico fue sólo casualidad, porque él de veras no lo sabía, a ciencia cierta no lo sabía. Y que esos túneles tortuosos, subterfugios del amor, fueran a dar, en una de sus mil ramificaciones, justo bajo la casa de ella, qué era sino casualidad de las buenas. ¿Juego remoto del destino? Así se sucedieron los acontecimientos, aunque algo presentía él, y de ese modo curioso sólo hubo que excavar un poco más, abrir una boca, más un poco para que también ella tuviera una boca desde la que bajar su boca, su boca roja, su boca salivante, su boca golosa en esa otra boca deseante y excavadora y perforadora y enamorada ya hasta el polvo del polvo de los huesos, qué cosas terramores ocurren, nadie lo diría, nadie lo escribiría, nadie se lo creyera.

Es cierto que ya ambos, arriba en la superficie, se habían cruzado miradas timoratas pero cómplices, buscadoras. A la luz del día y de la tarde. Es cierto que hasta una vez bailaron, en la plaza, con normalidad aparente de vecinos pero con nervios que propiciaban pisotones, torpezas, risitas picaruelas y secre-

---

3. Víctor Álamo de la Rosa [1969-]: *Terramores*. Tenerife : Artemisa Ediciones, 2008. Págs. 221-226.

tos. Es cierto que luego comenzó el gotear de regalos, poco a poco, uno a uno, cada vez más caros, hasta completar una lluvia. Porque es tu cumpleaños, porque hoy hace un mes que nos conocemos, porque sé que te gustan, porque te lo mereces, porque sí. Pero lo que él mismo no sabría explicar es por qué empezó el vínculo a hacerse cada vez más secreto y prohibido, cada vez más subterráneo, jamás mejor dicho, pues sólo se encontraban en los túneles. Él siempre tuvo buenas intenciones, aunque también es cierto que enseguida comenzó a sopesar el qué dirán, el qué murmurarán sobre él, viudo más o menos reciente, él, bastante más viejo que ella: los rumores más sibilinos, la maledicencia callejera, todo eso lo fue amedrentando, por si acaso. Pero se fue abriendo la espesura trágica del amor, de golpe dos bocas más que alimentar, que cuidar, que querer. De golpe y porrazo este verdadero hachazo para su economía doméstica, para esa poca cosa que en estos tiempos consiste prácticamente en lo comido por lo servido, poco más y a menudo bastante menos. Y por si poco fuera dos hijos haciéndose hombres, y todo, sin embargo, sobre sus hombros. Y eran, desde luego, unos hombros cansados pero felices, unas espaldas capaces todavía de jugar y subirla a la pela y hacerse el giboso, el jorobado porque niña de mi alma te vas a caer; unas espaldas capaces de convertirse en montura cuando hacía el caballito para que ella se subiera y entonces él trotar y relinchar con ella divertida a hombros del hombre que la ama la desea la quiere con locura loca. Es como de pronto retroceder sin sentir el tiempo para ser de nuevo joven, feliz, inconsciente, desconocedor de las suspicacias que acechan en el viento, de las maldades que por el mundo van, rodando y rodando en busca de víctimas. Largo misterio, tiniebla sorprendente, guarida de un amor inaudito.

Porque él la besaba y besaba ella también, conglomerados, inmarcesibles, rodando y rodando inconscientes por el suelo de la cueva alfombrado de pieles de cabra. Tan fundidos los cuerpos desnudos que será difícil saber quién es quién, si esa mano es de él o es de ella, si ese suspirar mimoso salió del macho o

salió de la hembra, si efectivamente hay hombre y mujer entrelazados, pues más pareciera un cuerpo con dos cabezas, monstruo mitológico, una cabeza por arriba y otra por abajo, sesenta y nueve veces visto, un cuerpo con cuatro piernas, dos por arriba y dos por abajo, un cuerpo también con cuatro brazos, dos por arriba y dos por abajo, pero qué hacen estos dos locos queriendo consumirse así, frotándose las hambres y las sedes mutuas, qué hacen en esa posición que no tiene ni pies ni cabeza sino ese único hilvanamiento aplastante, como si las orejas de uno fueran los pies del otro y viceversa de la viceversa, pero qué hacen al revés del revés qué hacen, comiéndose qué, bebiéndose qué, chupeteándose qué, como si no estuvieran incómodos, como si así hubiesen nacido, siameses ellos, unidísimos umbilicales, conglomerados y aglomerados sin dejar respiro a la lógica, sin dejar un espacio para la descripción normal, sin infarto sintáctico, sin apelotonamiento léxico-semántico, pero qué hacen, en fin, tan revueltos, con estos modos amoratorios inapalabrables, Dios, apurándose hasta las heces, hasta la última gota de los sudores y hasta la última de la última de todos los hervores del cuerpo a cuerpo, so brutos, so apasionados, so solamente destruyera esta fundición la muerte plebeya, la muerte vaharada hedionda que aquí ahora no entra, no que no, no podría, demasiado calor amor para soportarlo su olfato repugnante, pútrido, demasiados líquidos alegres, vitales, rebosándose y refluyéndose afluentísimos, demasiadísimo recalentón por todas las grietas de la cueva para que la parca malvada pudiese hacer de las suyas e inmiscuir su aliento apestoso en este momento de placer y vida orgasmo, imposible, seguro pero seguro, mejor que huya, rabo entre las piernas y hoz segadora envainada, que aquí por ahora nada puede hacer a pesar de que las almas estén desasidas, volanderas, flotando luminiscentes sobre ellos, esperando para darse el apretón gordo cuando llegue la consumación mística, el bullir rojo de las granadas, amada y amado por fin transformados.

151 | *El año de la seca*<sup>4</sup>

A dos días de cumplirse los habituales nueve meses, Efigenia no pudo aguantarse más la hinchida barriga porque adentro pataleaba el nuevo ser exigiendo salir. Cuatro o cinco meses llevaba ya encerrada en el cuarto más escondido de la casa, cuatro o cinco meses habían transcurrido ya desde que Cándido supo lo del embarazo abominable de su hija Efigenia. Un embarazo durante el cual su cabeza se llenaba de ladridos de perro a medida que la hora punta del nacimiento se iba acercando.

—¡Putá! -fue lo primero que escuchó de su padre al conocer la inesperada noticia-. Estarás encerrada en ese cuarto y procurando no parir hasta que la gente pueda verte sin mancillarnos el apellido -fue lo segundo que oyó de su padre, esas palabras que ahora rememora con los sollozos apagados, muy al fondo de la memoria, de su madre Gloria, presente en la escena-.

Y ahora Gloria también llora porque ve a su hija agarrándose la barriga para no parir, en pie, delante de su padre que le dice que no, que te dije que no traieras al mundo a un bastardo, a un hijo de puta, a un hijo de mala madre que no tiene padre. Efigenia recuerda ahora, como si fuese un episodio de un remotísimo pasado, un nombre, Aquilino, el hombre de sus amores, el culpable incitador de sus ardores.

Pero es ella otra vez ahora que siente que la entrepierna se le desabrocha y que agua y sangre o sangre o agua se le escurren piernas abajo mientras Cándido, a sus ojos hecho un manojito rojo de cólera, grita enloquecido:

—¡No quiero hijos de puta en mi casa! -mientras el padre chilla sus exigencias, sus imposibles órdenes-. ¡Ni se te ocurra traer esa mierda al mundo! Te lo dije, te dije que no parieras, que no llegué a viejo para que mi propia hija me ensuciara el honor, te repetí mil veces que no parieras, puta, puta asquerosa -resonaron como eternas esas palabras en los laberintos de su mente, confundándose siempre con ladridos, con ruido de perro herido-.

---

4. Víctor Álamo de la Rosa [1969-]: *El año de la seca*. Zaragoza : Tropo Editores, 2011. Págs. 13-19.

Y ella está llorando, porque le sobran las razones para llorar; como también llora igualmente Gloria en la otra esquina de la habitación, en el otro lado, porque intentó acercarse para socorrer a la hija, pero su marido se interpuso echándole una sanguinaria asustadora mirada; llorando porque no cabe hacer otra cosa, de tan grande la impotencia, porque nada puede hacerse cuando aún en pie ve por la entrepierna de su hija asomar la cabecita de su nieto, de su primer nieto, de su primer bastardo nieto, apenas averiguable la cabecita silenciosa, grasienta, rojiza, con pequeños ojos cerrados.

Y Gloria piensa que es un alivio, apenas un pequeño consuelo, que los tenga cerrados, porque así no ve afuera una realidad que es Cándido gritando desgañitado sobre su joven madre aún en pie, pero con las piernas abiertas, apoyándose ahora con la espalda en la pared de la habitación, dejándose resbalar doblada de dolor hacia el suelo mirando, mirando directo a su padre a la cara mientras recibe brutales bofetones por puta, plof, porque te dije que no parieras, plaf, que no me traigas bastardos al mundo, cacho de puta, mirándolo mientras sabe, porque lo siente, que por su entrepierna va escapando sin poder impedirlo su hijo, su hijo y la sangre espesa, y la sangre del mismo color que los ojos irritados de Cándido que histérico grita porque al niño ya se le va viendo el pecho, los bracitos, con apenas ya dentro del útero las piernecitas, blandas, suavécitas, tiernas.

Por eso, porque ya Cándido no puede negar el nacimiento, brilla rutilante ahora la navaja; a pesar de la reinante oscuridad que hace meses anidó en el cuarto más opaco de la casa ahora rielá rutilante la navaja, brilla el afilado metal que Cándido blande amenazante porque su hija desobediente, malcriada, sigue pariendo, sigue como si nada, ya casi consumando el parto que su padre terminantemente le prohibiera, le había prohibido, le estaba todavía prohibiendo.

Y fue en este instante preciso, ahora mismo, que la ansiedad por la vida hizo al niño abrir los ojos, ahora; cuando Efigenia lo agarró para desentrañárselo; para, tirando de él, desalojarlo

expeditivamente de sus adentros doloridos. Ahora mismito la criatura los abrió para ver nada, nada porque no hay tiempo suficiente en un instante para ver nada, nadería rotunda, nada de nada en un momento que solo son chillidos rasgándose, gritos que Gloria solo les había escuchado a los cerdos cuando eran degollados, chillidos del pequeño que comenzaron cuando, con un tajo hábil, abuelo Cándido cortó el cordón aquél a través del que todavía lo sentía su madre, el cordón ese por el que umbilicalmente ya Efigenia lo había comenzado a amar, a gotearle oloroso amor de madre.

Pero aquel griterío ensordecedor no duró porque no pudo durar. Desde el suelo, los ojos del niño vieron los ojos de Cándido, que en ese segundo fugaz en que ambas miradas se encontraron sintió plena la duda, la incomodidad de la incapacidad. Se vieron los mutuos ojos; unos rojeando nervios, los otros grismente vidriosos. Casi bastó aquel instante sin tiempo para que naciera la pena, el ablandamiento.

La navaja no se detuvo hasta clavarse incluso en el suelo de la habitación porque Cándido nunca pensó que el corazón de un recién nacido fuera tan tierno. Tan blando como el queso blanco que elaboraba de vez en cuando con la leche que le proporcionaban sus siete cabras.

Cuando lo miró, no miró hacia el pecho, sino que, sin saber muy bien por qué, miró hacia el centro justo de los ojos del pequeño. Los ojitos vidriosos y la boca abierta en un chillido que dolía, de tan chirriante, en un alarido de niño que se anuncia, de recién nacido que inaugura una vida, que abre un tiempo que resultó inmedible porque no le duró ni milésimas: el grito anunciador murió en el mismo momento en que la navaja lo atravesó; ni un inaprehensible instantillo más le alcanzó y casi podría escribirse que no bastó siquiera para decir que anduvo vivo entre los vivos porque instantáneamente murió.

Murió dejando los ojitos en blanco.

La boquita abierta.

Los bracitos y las piernecillas un poco estirados hacia arriba, así como reclamando un abrazo, esperando los brazos protectores de la madre. Apenas los deditos de las manos y los piececillos rollizos esbozaron una breve mueca de expiración, un hábito postrer de vida que se extingue. No brotó más sangre que la que pertenecía al propio parto, pues la navaja entró en la carne con precisión, vertical, absolutista, y apenas rodeando el final de la hoja, a unos milímetros del comienzo de la empuñadura, podía verse un poco de sangre recién nacida.

Nunca, ni Cándido, ni Gloria, ni Efigenia, habían sentido un más hondo silencio. Los sentidos ensordecidos enmudecieron para crear aquella sensación sepulcral, aquel silencio gelatinoso, masticable. Y eso que era pura impresión, solo engaño, porque en aquella habitación había todavía tres respiraciones, dos sollozos ahogados que se allegaban para doler punzantes al fondo desde ahora inhóspito de Cándido.

Buscó en la esquina los ojos de su mujer. No los encontró. Sintió que habían desaparecido. Gloria se tapaba la cara para llorar, pero para llorar un gimoteo de horror, sin darse rienda suelta, inapreciablemente, casi queriendo no respirar, dejar de existir, no seguir viviendo con la escena que acababa de sufrir para siempre a costas, repitiéndose como un eco insufrible hasta en el fondo más inaccesible de los sueños que le restaban en el alma y en los espacios de la memoria.

En Efigenia no había lugar para sentimientos. Solo ladridos retumbantes en su cabeza y en sus venas. Solo desgarró, fugas, barrancos agrietados, securas. En aquel cuerpo aparente ella no habitaba porque estaba traspasada, atravesada, viva solo porque no estaba muerta, sino sobreviviendo en la nada, en la nada indecible donde flota ese dolor que no tiene nombre, donde nace la zona en la cual ya no cabe humano sentir, franqueada ya la frontera de lo aprehensible, en el misterio milagroso de lo aún inescrible.

Cándido fue a la cocina, cercana a la habitación del parto. Con la mente alelada, sin poder pensar todavía con claridad, buscó algo donde poner aquel cuerpecillo. Vio, pendiendo de

la pared, la bolsa de tergal que Gloria usaba para guardar el pan de cada día. La cogió y sin pensarlo dos veces arrojó su contenido, media docena de codos de pan duro, sobre la mesa. Tampoco tuvo dudas, porque ya había dejado de pensar, a la hora de, una vez en la habitación del frustrado nacimiento, recoger el cuerpo del niño con una de sus manos. Nunca olvidará la levedad del cadáver recién nacido, la suavidad de la piel del niño, que lo penetró hasta profundo a través de la palma de su mano. Sin embargo, sí lo invadió la duda ahora, cuando se dispone a introducir el cuerpecillo en la bolsa del pan, porque no sabía si debía o no extraer su navaja del bebé. Titubeó un instante, pero finalmente decidió que no, que allí dentro la dejaría. El cuerpo ensangrentado tiñó de rojo oscuro rápidamente el tergal de la bolsa que lo contenía. Cándido ya había decidido que lo enterraría en su propia huerta, que estaba cerca, allí mismito, apenas había que cruzar la calle, junto al gallinero, nadie lo vería, seguro.

Antes de salir de la habitación miró a ambas mujeres y sintió como si en realidad no las viera. Parecían formar parte de las paredes del cuarto, inmóviles, planas. Enfiló el pasillo de salida de su casa y una vez en el portal asomó la cabeza y observó con detenimiento ambos lados de la calle, fijó la vista en las ventanas, en las sombras posibles tras las cortinas. Contra su pecho apretado, el bolso con el cadáver, todavía tan caliente que Cándido se lo apartó un poco porque estaba sintiendo una quemazón que comenzaba a doler. [...]

152 | *Isla nada*<sup>5</sup>

Todo empezó hace unos diez años, más o menos, porque en esta isla el tiempo es pegajoso y raro, porque a veces se estira, elástico y derretido, y otras se acorta, veloz, como aburrido de sí mismo. La noche se le había echado encima, felina y agazapada, cuando pastoreaba su ganado en la zona de El Julan, ubicada en una de las laderas del sur de la isla. Se le cayó encima la noche con toda

---

5. Víctor Álamo de la Rosa [1969-]: *Isla nada*. Zaragoza : Tropo Editores, 2013. Págs. 243-249

su espesura porque algunas de sus cabras, traviesas, se habían perdido, y el tiempo se le esfumó buscándolas, y cuando quiso darse cuenta la oscuridad se había puesto tan negra que en aquella opacidad no habrían podido verse ni los muertos.

Pero ni los muertos ni sus fantasmas, por muy blancos y alados que se presentaran. Y entonces ocurrió. Tenía que ocurrir, como si estuviera escrito en las estrellas, aunque aquella noche ni estrellas había, la verdad, porque hacía muy oscuro. Domingo Machina, aunque era un mozalbete, sabía que en aquellas laderas de la isla asomadas al Mar de las Calmas había unas cuevas, unas grutas a las que llamaban Cuevas de los Guanches. Y las buscó, tropezando aquí y allá, pensando en guarecerse para pasar la noche tan fría, que tampoco era cuestión de enfermarse o precipitarse por esos riscos y esos barrancos. Domingo Machina sabía que alrededor de esas cuevas había un tagoror, un conchero y unas lavas lisas llamadas letreiros porque sobre ellas habían escrito sus signos y símbolos los bimbaches, antiguos aborígenes de El Hierro. Lo más fácil de hallar, pensó, sería el tagoror y el conchero. Eso lo encontrará antes, seguro, porque el tagoror es una reunión de piedras más o menos grandes que los guanches utilizaban para celebrar conciliábulo y el conchero, que debía situarse a unos cincuenta metros del tagoror, no era más que varias montañas de conchas de lapas y burgados que los aborígenes recolectaban en la costa para después zampárselos hasta hartarse allá arriba, en aquella ladera de la isla. Precavidos y miedosos, desde allí podían vigilar la llegada de naos conquistadoras, porque ante sus ojos se alargaba, vasta, la explanada azulona de la mar. Tanto festejo y tanta comilona celebraron en aquel paraje que los varios siglos transcurridos no habían logrado hacer desaparecer tanta concha dura, más duras que una piedra, y la tierra permanecía alfombrada por sucesivas capas de valvas de moluscos. Buenos de estómago sí que eran esos guanches, además de magníficos aficionados al marisco fresco, a juzgar por los amontonamientos de conchas que, ahora, brillaron un poco para distinguirse de las piedras, lo justo para que Domingo Machina las intuyera gra-

cias a un hilillo de luz de luna. Se encaminó, receloso, hacia el cabrilleo lunar y al momento, antes de efectivamente ponerse a pisar conchas, se topó con las redondeadas piedras del tagoror, dispuestas en círculo, donde los jefes de la tribu asentaban sus majestades posaderas. A estos guanches les entusiasmaba verse las caras mientras conversaban, dedujo Domingo Machina. Entre el tagoror y el conchero, acercándose hacia el precipicio que se abismaba al final de la ladera, debía encontrarse con las cuevas dichas. Y no se equivocó. Allí se abrían sus bocas oscuras. Dos. Como túneles hacia lo hondo del negro. Se agachó y, gateando, no fuera a romperse la crisma con aquellas lavas afiladas, entró en la primera. El suelo era arenoso, lapilli, pura piedrecilla volcánica molida por el tiempo. Nada más adentrarse se hizo más noche la noche, tan opaca allí dentro, y un silencio denso le dolió en los oídos. Como si el aire antiguo, espeso, le presionara los tímpanos. También, el cambio de temperatura del exterior al interior era casi bruto. Dentro se sentía un calor agradable, mullido, como si las lavas aún conservaran el latido incandescente del volcán que las vomitó. Era otro mundo dentro del mundo. Buscó a tientas en su morral la vela y los fósforos que siempre llevaba consigo, aunque, en realidad, estaba tan cansado tras la caminata que solo quería conciliar un sueño plácido.

Pero encendió la vela.

Un instante.

Solo unos segundos para ver las formas curiosas de las lavas en el interior de la gruta. Segundos porque la débil llama se apagó.

Como si alguien de aliento poderoso hubiera soplado.

Domingo Machina, como si estuviera acompañado, habló para achacar el hecho a una corriente de aire imprevista, y dijo, joder, coño, qué extraño, al mismo tiempo que rebuscaba en la caja una nueva cerilla.

Y volvió a encender la vela, tras haberse recostado sobre la arenilla, y volvió a apagarse instantes después. Vista y no vista. La llama. Como si alguien invisible respirara en el interior de

la cueva. Alguien con grandes fosas nasales para expulsar un aire rápido y frío. Buscó un tercer fósforo, pero no llegó a encenderlo. Puso su morral hecho de traperas a modo de almohada y se acomodó. Sintió más calor, una calidez suave y dulce que salía del suelo para acariciarlo. Se fue durmiendo y no sintió ningún miedo a pesar de que escuchó voces, palabras ininteligibles, susurros en un extraño lenguaje.

Sintió compañía. Fuerzas. Energías.

Colores del misterio.

Y durmió.

Tan hondo.

Tan olvidado.

Por la mañana temprano fue despertado por los ruidos de su ganado. Las cabras, al desperezarse, agitaban sus cencerros ruidosos. Salían de la cueva adyacente, donde habían dormido. Todas menos una que desapareció, como tragada por la tierra. Incluso el hecho de que su ganado pernoctara en la otra gruta era un fenómeno del todo curioso, porque Domingo Machina recordaba que no había sido él quien las había dirigido hacia el interior de la covacha. Él se había limitado a reunir las y a refugiarse de la intemperie sombría y gélida en la otra cueva. Pensó en las voces que oyó en sueños y, al hacerlo, le pareció volver a escucharlas, pero en su interior, envolviendo su corazón perplejo. Los espíritus guanches estaban dentro de él y por eso se sentía fuerte, renovado, intuyó. Incluso, cuando contó sus cabras y observó que faltaba una, supo que sus nuevos amigos se la habían comido con hambre de siglos. En ese momento nació su pasión arqueológica, o más bien la despertaron de golpe, porque estaba aletargada, como esperando una invitación o un florecimiento que no llegaba y que ahora, por fin, se había dado: los ancestros querían comunicarse a través de él. Era el elegido. No había dudas. El Elegido.

Por eso se puso a excavar con frenesí. Con sus manos y sus uñas cada vez más negras. Con ahínco. Fue escarbando justo

donde había dormido y la momia fue apareciendo sin que él se sorprendiera lo más mínimo. De una manera prodigiosa, de acuerdo, pero estaba seguro de que habían dormido abrazados. Él y la momia.

La gravilla volcánica cedía, descubriendo el cuerpo envuelto en varias pieles de cabra. La calavera conservaba, largos, los cabellos, y también la mayoría de los dientes. No había ojos ya sino el hueco vacío de las cuencas, pero sí había aún piel de la cara tirando de las orejas. No daba ningún miedo. Al contrario. Domingo Machina se sentía reconfortado, como si hubiera llegado a su hogar después de realizar un penoso viaje. La momia, coligió, debía corresponder a algún mencey, uno de los últimos reyes guanches de la isla, porque en su cuello había una especie de collar de piedra con forma de triángulo. Domingo Machina no paró hasta que logró desenterrarla del todo. Los cueros de cabra formaban una especie de saco que envolvía el esqueleto, mezclándose huesos del hombre y piel de las cabras, como si, a lo largo de los siglos, se hubiera ido propiciando una simbiosis también entre ambas pieles, la humana y la animal. Domingo Machina supo que era un hombre, alto y fuerte, sobre todo por la calavera, robusta y grande, y por los pelos, pero, al mismo tiempo, se preguntó cuántas momias podía haber enterradas en aquella cueva enorme y repleta de recovecos inexplorados. Y dicho y hecho, porque la curiosidad a menudo es más ancha que la propia vida, y por eso Domingo Machina, el cabrero, el pastor, se convertiría, a partir de aquellas horas, en el principal arqueólogo de la isla, que es lo mismo que decir el único.

Durante todos estos años, su afición arqueológica no ha hecho sino confirmarse y acrecentarse hasta dibujar las confusas vueltas de una obsesión. El Elegido, no nos olvidemos.

Y por eso, en aquella misma ladera de El Julan, Domingo Machina buscó otra cueva para acondicionarla como depósito de hallazgos arqueológicos. Taponó la entrada con maderas y

le puso una especie de puerta y un candado y allí ha ido guardando los muchos descubrimientos de sus excavaciones. Tenía, por esas fechas del encuentro con Phillip, nueve momias aborígenes. Cuatro hombres, tres mujeres y dos niños de entre cinco y ocho años, el verdadero lujo de su colección envidiable. Además, había desenterrado ya cientos de objetos, rocas labradas y trocitos de piedra, collares y pulseras de conchas, punzones de hueso, fragmentos de pieles de cabra que utilizaban como vestimenta. Y una joya, la piedra angular de la civilización guanche, al menos según sus propias conjeturas. Domingo Machina había descubierto esa roca especial sobre el corazón de uno de los menceyes, acaso el principal. Al desenterrarlo vio la piedra, todavía agarrada por los dedos esqueléticos de la momia. Era una piedra volcánica, lisa y brillante, con infinidad de caracteres y símbolos tallados en su superficie. Domingo Machina imaginó enseguida que debía ser una pieza sagrada para la comunidad guanche de El Hierro. Trató de descifrar todas aquellas inscripciones, pero los únicos motivos que encontró legibles, esto es, más o menos parecidos a las letras del alfabeto español, fueron una zeta, una ene y una te. Y por eso leyó *zanata*, según sus entendederas, y así, ni corto ni perezoso, bautizó su descubrimiento, su tesoro: la piedra zanata. Para conservarla encargó a la cristalería del pueblo de El Pinar una especie de urna que la protegiera pero que, al mismo tiempo, no le impidiera verla en todo momento. Disfrutarla. Estaba seguro de que, contemplándola a diario, poco a poco aquellos grabados le irían desvelando su significado alucinante. Se la llevó a su casa de La Restinga y la colocó encima de la única mesa que poseía, la misma que utilizaba para comer. De este modo, cuando desayunaba, almorzaba o cenaba podía observarla, entretenerse fantaseando con los significados de aquellos misteriosos dibujos pétreos. Su piedra zanata habría de tener poderes mágicos, seguro, las fuerzas todas, únicas, primitivas, de aquellos aborígenes salidos de la nube del misterio. [...]

## JOSÉ LUIS CORREA SANTANA

153 | *Muerte en abril*<sup>6</sup>

[...] Sólo respondí a la tercera llamada. No me apetecía andar discutiendo con Álvarez o cotilleando con mi secretaria. Estaba roto por varios sitios y me dolía, sobre todo, el orgullo. Estuve tan cerca de llegar a algo y ahora el caso volvía a oscurecerse. Necesitaba que Malena me dijera algo bonito para adecentar el día. Me respondió una voz adormilada, borrosa. Se había quedado frita en el sillón viendo un programa estúpido de la tele. Me disculpé, lo siento, Malenilla, acabo de llegar y ha sido un día horroroso, ¿por qué?, ya te contaré mañana, y pasa que tenía ganas de escuchar una voz conocida, aunque no sé si la tuya me sirve porque pareces sonámbula, anda, sigue durmiendo, ¿qué?, no, bien, en serio, sólo un poco *herido de sombras por tu ausencia estoy*, pero me meto en la cama y se me quitan todas las penas, quedamos para mañana, ¿de acuerdo?, vente después del gimnasio, sí, ya prepararé alguna cosa y abriremos una botella de Protos, bueno, otro beso para ti.

Cuando colgué, me sobrevino una intensa sensación de desamparo acentuada por el dolor de cabeza. Me tomé un calmante y me dejé estar en el sofá. Apenas podía levantarme para ir a la cama. Tenía razón el cabrón de Pancho Viera en su catilinaria: nada justificaba morir como un perro en un callejón oscuro. Pero la realidad era que yo no sabía hacer otra cosa. Un trabajo de oficina, de ocho a tres y vuelta a casa, con fines de semana libres y un mes de vacaciones, me hubiera matado igual. O peor, más lentamente, que es una forma de morir más puta. Lo había intentado. En un par de ocasiones acepté una ocupación de éstas y ni un solo día fui feliz. De hecho, podía haber seguido con Miguel Moyano en su empresa constructora y estaría forrado como él. Pero no era lo mío. Por eso Miguel, quien por encima de todo es mi mejor amigo, me ofreció montar lo de la agencia de detectives. Fue en unas Navidades, lo recuerdo como si fuera ayer, que nos agarramos una cogorza de espanto. Miguel me miró a la cara y me lo soltó de golpe, Ricardo, sabes

---

6. José Luis Correa [1962-]: *Muerte en abril*. Barcelona : Alba Ed., 2004. Págs. 93-95.

que te considero mi hermano, ¿verdad?, tú eres hijo único y yo sólo tengo a Luisa, que es una tía cojonuda pero a la que no le puedo decir lo que te digo a ti, ya sabes, cómo vas a contarle ciertas cosas a alguien que usa sostén y se desangra cada veintiocho días, qué grima, ¿no?; pues eso, tú eres lo que más quiero aparte de mi familia, y sé que no estás a gusto en esto de la construcción, te queda fatal el casco, a ver; así que voy a mandar al carajo la primera ley de los negocios, ¿cuál?, la de no asociarte jamás con un amigo porque, con mucha suerte, o pierdes el negocio o pierdes al amigo, y casi siempre las dos cosas; pues te voy a proponer algo: tengo un dinerillo apañado que me toca los huevos declararle a Hacienda, la madre que los parió a todos ellos, mangoneadores, y me he dicho a mí mismo, *mimismo*, ¿por qué no diversificas tus negocios?, lo he pensado bien, no creas que estoy mamado, bueno, sí que estoy mamado, pero esto lo pensé sereno, ¿cuándo?, hace ya tiempo que vengo dándole vueltas al asunto, lo he consultado con la parienta y a ella le parece bien, dice que así me libro de tu influencia malsana, sí, ella cree que me dejo llevar mucho por ti, cosas de tías; y, coño, por qué no, puede ser divertido tomar riesgos, sería la primera vez que un Moyano se dedica a algo que no sea levantar edificios, de modo que piensa en algo distinto, algo en lo que disfrutes y que cubra gastos, no se trata de hacerse de oro, algo simple, ¿en qué te gustaría currar?, decídate pronto por si me arrepiento con la resaca, seremos socios, yo pongo la pasta, no te pases, unos cuantos kilos, no más, y tú lo sacas p'álante, ¿qué necesitas?, un despachito y una secretaria, búscate un local no muy grande y yo te presto a una de las chicas que trabaja conmigo, así nos ahorramos otro sueldo.

De esa tajada insigne nació la Agencia de Detectives Blanco & Moyano. Los clientes, cuando llegan a la oficina y yo no estoy, suelen preguntar por el despacho del señor Moyano. Pero, aparte de eso, la empresa funciona. Miguel le paga a Inés y yo pago el alquiler y los demás gastos. Lo que resta es mi sueldo. Mucha gente piensa que no es bastante para cubrir las magulladuras y los sustos, pero a mí me alcanza. Peor es robar, que diría el limpiacoches de la Plaza de los Patos. Sin embargo, en

noches como la de aquel miércoles me hubiera gustado ser ladrón de bancos. [...]

154 | *Muerte de un violinista*<sup>7</sup>

Le había dicho la verdad. No sólo en lo de que no tenía idea de quién había matado a Aaron Schulman. Lo había llamado, en efecto, para oírle la voz. Tengo, a veces, la sensación de ser como esos barcos solitarios que no se hallan cómodos en puerto, pero que no pueden navegar sin una luz de referencia en tierra. Y mi puerto, mi faro, la única prueba de que existo de veras es ese viejo calafate de La Isleta. El padre de mi madre. Colacho Arteaga. Su voz es esa luz imprescindible para no sentirme a la deriva. La nuestra, una relación difícil de entender. Tardía. A trasmano. Pero terriblemente profunda. La imagen de un abuelo suele andar de la mano de la de un niño chico, un parque, una bandada de palomas, un cucurucho de chocolate, un remo. La que yo guardo de él, sin embargo, es bien distinta. No tengo recuerdos de infancia a su lado. No hay en casa una sola foto de un chiquillo con las rodillas machucadas, sentado en las faldas de un viejo orgulloso y feliz. De hecho, quince años antes apenas conocía a mi abuelo. Y ese desconocimiento tenía que ver con una incompatibilidad de caracteres. Mi padre y él -parece ser que se parecían mucho, más de lo que hubiesen reconocido jamás- se tenían unas broncas estupendas. A cual más absurda y cerril. Mi madre, siempre en medio, no pudo lograr limarles asperezas. Pero tuvo que elegir. Y, claro, eligió a su marido. El caso es que justo cuando había hecho su elección, cuando había decidido que hasta allí habían llegado las cosas, cuando había despreciado a su propia sangre y se había enfrentado a su padre, murió el mío.

A ella, más allá de su dolor inconsolable, le dio tanta vergüenza, le remordió tanto la conciencia que fue incapaz de volver a Colacho. Él la hubiese acogido con los brazos abiertos. Pero el orgullo de un isletero es duro como diamante. Y el abuelo tampoco movió una ceja para reconquistar el corazón

---

7. J. L. Correa [1962-]: *Muerte de un violinista*. Barcelona : Alba, 2006. Págs. 76-80.

de su única hija. Los diez años que mi madre sobrevivió a mi padre (del ochenta al noventa) fueron, para mí, extraños, nebulosos. Como un retrato antiguo en el que uno no acaba de reconocerse, en el que sabes que eres tú quien está ahí, mirando al objetivo con ojos draculianos y sonrisa borracha, pero no logras recordar quién ni dónde ni cuándo te sacó la foto. Durante esos diez años me nació la afición al jazz, al cine y a la lectura. No es difícil de explicar: si la realidad no te gusta, te inventas una propia. Y yo me refugié en la música negra. En las películas en blanco y negro. Y en cualquier libro, sin distinción de color. En todo eso y en una infinidad de ocupaciones contrariadas que nunca sentí mías. Durante esos diez años logré ver a mi abuelo media docena de veces. Contadas. A escondidas de mi madre. Y de él. Lo espiaba. Furtivo. Clandestino. Desde la avenida lo veía recomponer sus chalanas, reparar las heridas de la madera, retocar la carena, sobre un balde del revés, con un cigarrillo sin filtro apagado, pegado a los labios. Creía que el viejo no me veía. Que, aunque me hubiese visto, no me habría reconocido.

Hasta que ella enfermó. Y ni la música ni los libros ni los trabajos esporádicos lograron compensarme de la soledad. La tarde en que me advirtieron de que el cuento se había acabado, de que debía hacerme a la idea de perderla, de que podía ocurrir al mes, a la semana, al día o a la hora siguiente, tomé la decisión. Había un cielo rojizo instalado en el horizonte. Marea baja. Y en la orilla unos niños jugando a la pelota. Me acerqué por detrás. Buscaba las palabras para explicarle mi presencia allí. Entonces, el viejo levantó la cabeza de su labor, miró al mar, dejó la brocha encima de un periódico arrugado que yacía en la arena y me dijo, muy mal debe de estar la cosa para que te hayas decidido por fin a bajar. Yo, con el alma en la boca, añurgado, un hilo delgadísimo en la voz, le respondí, mi madre se muere, Colacho. Él guardó silencio unos instantes. Suspiró levemente. Meneó la cabeza. Recogió los aperos. Se levantó. Se volvió. Me miró con sus ojos profundos. Me dio dos palmadas en el hombro. Y se echó a andar, pues vamos a des-

pedimos de ella como Dios manda, m'ijo, que no se nos vaya con esa pena atrabancada.

Lo que se dijeron Colacho Arteaga y mi madre esa noche, en la habitación del hospital, quedó guardado para siempre. Ella murió al alba con la sonrisa más limpia que le recuerdo. La enterramos un viernes de noviembre. Él. Yo. Un fraile amarillento. Y un sepulturero desganado. Cuando acabó el entierro, nos fuimos a mojarle las patas a la muerta a una taberna de Juan Rejón. Entre el desasosiego y la media botella de ron añejo de barrica -Maruca Arteaga se merecía eso y más-, nos agarramos una tajada fabulosa. De aquella conversación atesoró un recuerdo brumoso de lágrimas bebidas, de reproches lanzados al aire, de amagos de trompadas, de abrazos apretados. Al día siguiente me desperté en cama ajena, en un cuarto desconocido, en una casa que no había pisado antes. Me estaba acostumbando a la luz y a la decoración, cuando entró mi abuelo con una taza de café cargado y humeante.

—¿Cómo se amanece?

—Con un perro en la barriga.

—Eso es que aún estás vivo.

—¿Sí? Pues este café acabará de rematarme.

—Te jeringas. No sé hacerlo de otro modo.

—Colacho... ¿Puedo llamarte así?

—Si te hace feliz.

—¿Y ahora qué?

—¿Cómo que «ahora qué»?

—¿Ahora qué hago?

—Búscate un trabajo decente. Y fijo.

—Y ¿después?

—Después ya se verá. Por lo que a mí respecta, si te refieres a eso, puedes hacer dos cosas: o salir por esa puerta y no volver hasta que te llamen para decirte que me he muerto; o venir a verme de vez en cuando e invitarme a desayunar. Piénsalo bien. Te advierto que me levanto con un hambre del carajo.

—¿Te vienen bien los sábados?

Desde entonces es raro que transcurra una semana sin que desayunemos juntos. Ni siquiera lo tengo que avisar. Según él, esos días se levanta con picor de sarna y espera a que yo llegue para comer. Nunca he sabido si me toma el pelo. Si sólo desayuna cuando yo estoy. O si lo hace dos veces las mañanas que lo visito. Lo cierto es que una vez me echó una bronca porque le entró el picor y yo no fui. Y no tuve el valor de revelarle que ese día, de camino a la playa, había tenido un accidente de tráfico. [...]

155 | *Mientras seamos jóvenes*<sup>8</sup>

Salí de allí con cierto regusto de pomelo en la boca. Por Del Amo y por mí. Por su trágico relato y mi domingo luminoso. Por su futuro crudo y mis dudas sin resolver. Por la época tan antipática que nos estaba tocando vivir. Siempre he pensado que la línea que separa la desgracia de la dicha (acabar o no en la cárcel) es tan delgada como un hilo carreto.

En el jardín del Salto del Negro dos tipos se esmeraban en decorar un parterre dominado por una palma enana. Jugaban con parsimonia, con mimo, a combinar el rojo de las flores de pascua (no sabía que pudieran durar hasta marzo) con el blanco de las jaras y las margaritas. Uno de ellos levantó los ojos de la tierra para saludarme. Entre su mirada triste y la mía melancólica solo distaba acaso un error de juventud. Si yo me hubiera extraviado un poco más tal vez estaría ahora limando una condena a golpe de azadón. Si él se hubiera equivocado un poco menos habría montado un bar, sacado unas oposiciones a celador de clínica o alistado en las fuerzas armadas. Caprichos de la fortuna. La suerte. El azar.

Me interesé por el jardinero de la mirada triste. Le pregunté a la mujer que custodiaba la última (la primera) puerta de la cárcel. El tipo cumplía condena por varios delitos. Había entrado en un chalé de Tafira cuando pensaba que se habían ido todos. Pero quedaba alguien. La abuela. Ochenta años y un corazón tan frágil como papel cebolla. ¿Quién iba a pensar que la

---

8. José Luis Correa Santana [1962-]: *Mientras seamos jóvenes*. Barcelona : Alba Editorial, 2015. Págs.23-27.

dejarían sola? Pues la dejaron. Y a la señora, cuando oyó que entraban en la casa, le dio un ataque tal de ansiedad que se murió del susto. Posiblemente el ladrón ni se enterara. Y lo que se llevó (bisutería, morralla de hojalata) no valía más de mil euros. Lo paradójico del caso había sido que el matrimonio que vivía en el chalé heredó una fortuna con la muerte de la vieja. Y el ladrón, doce años por homicidio culposo. Ajá. Una época antipática y el puñetero azar.

Allí dentro penaban mil veintisiete presos. En una cárcel pensada para seiscientos. No querría contarme la portera cómo se las apañaban. Un desastre. Y el caso es que quince kilómetros más al sur había otro edificio más moderno con más celdas y más sol. Sin embargo, pocos querían mudarse allí. ¿Por qué? Porque para sus familias sería más difícil visitarlos allí. Y las visitas, amigo mío, calientan más que cien soles. Antes de marcharme pregunté precisamente por las visitas. ¿Cuántas había recibido Jorge del Amo? Yo era la primera. Sí. El preso solo llevaba dos noches allí. Quizá aún fuera demasiado pronto. O no.

Se había hecho la hora del almuerzo. Entre una cosa y otra la mañana se había ido en un suspiro. Mientras conducía de regreso a casa encendí el teléfono móvil. Me llegó el pitido de un mensaje. No hice caso. Un segundo, vaya guineo. Ya se cansarían. Al tercero comencé a preocuparme, demasiada insistencia para un domingo gris. Un coche de la guardia civil me adelantó en el cruce de Hoya de la Plata. El cuarto zumbido rayó ya en las urgencias. Al carajo la multa. Me dio por hacer recuento de mis deudos. La lista cabía en una tarjeta de visita y hasta me quedaría espacio para algún garabato. Aparqué en el arcén. De cualquier forma, había perdido la concentración.

Me aguardaba una llamada de Miguel Moyano, mi socio y sin embargo amigo. Habíamos quedado a comer en El Pote. Miré el reloj. Mierda. Iba a llegar tarde. Faltaban diez minutos para las dos (Miguel y Concha habrían llegado ya, con esa manía suya de ser impuntual a la inversa) y mi socio querría asegurarse de que no había olvidado la cita. Mentí. Claro que no la había olvidado. Pero me había distraído una cuestión de trabajo.

Sí. En domingo. El delito no respeta los festivos, coño. Iba de camino. Ya le contaría. ¿Beatriz? Ella iría por su cuenta. La noche anterior había tenido a sus hijos. No. No habíamos dormido juntos. ¿Una pareja moderna? Mucho. Y mejor: así nos duraría más. Eso sí. Conociéndola, aún no habría salido de su casa.

El segundo mensaje vino a confirmar mis pronósticos. Beatriz se preguntaba con una voz tan neutra que era imposible de rastrear (¿irritable?, ¿irónica?, ¿decepcionada?) dónde andaría yo a esas horas. Me pedía que la disculpara ante Concha y Miguel. Iba a retrasarse algo. Sus padres y el alzhéimer que no hacía rehenes. Llevaba media mañana buscando las llaves del coche. No quise ni pensar quién padecía la amnesia.

Por último tenía dos llamadas perdidas del mismo número. Alguien desconocido que no dejó recado. Marqué. Sonó tres veces hasta que respondieron. La mujer escupió mi nombre como con asco. Ese fin de semana yo debía de ser el tipo más popular de la ciudad. Y en otras circunstancias me hubiera halagado, pero llevaba prisa. Puesto que ella estaba al tanto de mi existencia, lo justo sería que se presentara. No pareció convencida del razonamiento, pero aceptó el trato. Se llamaba Sara Arrocha y quería hablar conmigo sobre un asunto que sin duda me iba a interesar.

No. No podía precisar más por teléfono. ¿Una pista? De acuerdo. Algo que habría de averiguar tarde o temprano. Sara Arrocha era la exmujer de Jorge del Amo. Joder. Eso no era una pista. Era un señuelo.

¿Cuándo podríamos vernos? El lunes. Por la tarde. En mi despacho. Claro que ella sabía dónde estaba mi despacho. Por lo oído, conocía muchas cosas sobre mí. Supuse que tendría culpa la prensa, siempre tan ávida de atrapar las noticias al vuelo. Esa sería la explicación. Pero aún estaba por explicarse cómo Arrocha me había relacionado tan pronto con Del Amo. Yo ni siquiera había oído hablar de él hasta esa mañana.

El almuerzo resultó algo extraño. La comida estaba sabrosa, el vino magnífico, la música discreta. Pero la conversación se hizo caótica a medida que los platos llegaban. Estuve taciturno

la mayor parte del tiempo con lo que me gané alguna broma de Miguel, la mirada reprobadora de Concha y un cabreo monumental de Beatriz porque todos teníamos problemas, ¿vale? No era yo el centro del universo, ¿vale? Y nos veíamos poco para, encima, tener que soportar mis silencios, ¿vale?

Llevaba razón en cada uno de sus vales. Me disculpé. Prometí enmendarme. Volví a tiempo de compartir con ella un mus de gofio y de participar en un debate sobre los exmaridos que no paran de tocar los huevos. Que no entienden que hay puertas que se cierran por completo. Que son incapaces de asumir que hay caminos que no tienen retorno, que se acabó lo que se daba. César, su ex, era de esos.

¿Continuaba amenazando con llevarse a los niños? Peor. Se había atrincherado, embrutecido, dado a la práctica obscena de sobornar a los chiquillos con regalos y gracietas que no hacían sino maleducarlos. Con él todo era diversión. No existían las tareas del colé ni los horarios. Y se hartaban todos de pizzas y hamburguesas. De tal forma que Beatriz había pasado en pocos meses de madre a madrastra de cuento. A bruja del oeste. A Cruela de Vil.

Concha vino a apoyarla con consejos que, en mitad de un almuerzo, helaban la sangre: el contraataque; la aniquilación del enemigo; la destrucción total. Si César quería sangre, sangre tendría. Las mujeres también podían luchar con artimañas barriobajeras. Pero Beatriz se negaba una y otra vez al juego sucio. Tras el ojo por ojo, todo Cristo ciego. Y César podía ser un cabrón, pero también era el padre de sus hijos. Miguel amagó con intervenir, pero se llevó un rapapolvo de su mujer. ¿Qué coño iba a decir él, si se pasaba el día fuera de casa? ¿Para ganar cuánto, para conseguir qué, tanto trabajo? No, bonito, no. Moyano (cuando se encabronaba, Concha lo llamaba por el apellido) tampoco era un padre modélico. Así que punto en boca.

Sentí alivio. Lo de la paternidad jamás había entrado en mis planes. Y ahora entendía por qué. Poca broma con eso. Me limité a guardar silencio. Pero la prudencia no me libró de otra bronca. ¿Para qué sirve un novio si se calla cuando más se le

espera? Procuré razonar. Yo era parte del problema. Aunque quisiera, no lograría ser objetivo. Adoraba a Beatriz. De verdad. No me importaría darme de trompadas con su ex en un callejón oscuro si supiera que eso iba a resolver algo. Pero no lo resolvería. Le recordé a la farmacéutica una conversación mantenida meses atrás. Había sido ella la que me había dejado al margen. Aspiraba a solucionar sus problemas sola, dijo. Sin ayuda. Nada de príncipes salvadores ni machangadas líricas. [...]



### ALEXIS RAVELO BETANCOR

156 | «GALLINA QUE CANTA...»<sup>9</sup>

Me voy a poner un poco autobiográfico. No demasiado. Diez minutitos. No más. Lo prometo.

Nací en 1971 en el barrio de Escaleritas (en la zona más humilde, la de los bloques del Patronato Francisco Franco) de Las Palmas de Gran Canaria. Soy el menor de los tres hijos de Josefa Betancor Santana y José Ravelo del Rosario, una modista y un recepcionista de hostel (él antes había sido cambista de novelas, escribiente y hasta marinero). Ya sabes, aquellas familias que tenían una *Biblia* y una enciclopedia *Acta 2000* comprada a plazos, esas familias de bocadillo de aceite y azúcar y cine de barrio cuando se podía.

Cuando acabé la Educación General Básica yo quería estudiar periodismo (había visto *Lou Grant*). Pero en mi ciudad no había universidad aún y mi familia nunca hubiera podido pagarme una carrera. Así que mis padres me sentaron en el recibidor y me dijeron que no podía estudiar BUP y COU, que sería mejor que estudiara FP, construcciones metálicas. Si me convertía en un buen soldador, mi padre quizá podría conseguirme un trabajo en los muelles, como calderero. Yo también había visto *Calderero, sastre, soldado, espía*, así que lo intenté. Igual me reclutaba el *Foreign Office*. Pero los reclutadores no aparecieron, mi torpeza alimentó mi desinterés y poco tiempo

9. Alexis Ravelo Betancor [1971-]: «Gallina que canta, gallina que pone» en *Canarias Ahora*, 22 de abril de 2013. [Online]

más tarde ya estaba trabajando en bares, poniendo copas y metiendo dinero en una casa que abandoné antes de cumplir los 18. Lo único que me llevé siempre de una casa a otra en las muchas mudanzas que siguieron fueron mis libros, comprados de segunda mano o robados. Eso y el cariño de mis amigos, porque unos y otros eran los únicos que me sacaban espiritualmente de la miseria material que me rodeaba.

Durante años, procuré darme una formación mientras ponía copas (no voy a mentir: también me bebí algunas, mezcladas con otras sustancias igualmente deleznales). Hice mi bachillerato, oposité (aprobé alguna oposición, pero jamás conseguí plaza) y asistía a talleres siempre que podía. Finalmente, accedí a hacer la carrera de Filosofía Pura en la UNED. No la acabé, por diversos motivos entre los que se incluyen los económicos, pero me encantaba.

Al mismo tiempo iba aprendiendo que más vale decir lo que tienes que decir aunque eso suponga que vas a morirte de hambre; que a los poderosos no se les respeta, se les vigila; que no valía la pena dedicarte a este oficio si tenías que ir por ahí lamiendo culos y mendigando subvenciones, y agarrándote paletas si no te las daban, que era lo que se estilaba en épocas pasadas. En los últimos quince años en la hostelería, conocí a muchos escritores mayores que yo que fueron muy benévolos y generosos conmigo. Muchos de ellos me ayudaron: me permitían participar en las revistas que ponían en marcha, me animaban a continuar o se ofrecían a presentar mis primeros pinitos literarios. Carlos Álvarez, Dolores Campos-Herrero (ella, hoy fallecida, una vez me llamó francotirador, y ese ha sido el elogio más lindo que nadie me haya hecho), Emilio González Déniz, Antolín Dávila, Eugenio Padorno o Alicia Llarena (Alicia no es mucho mayor que yo, pero ya gozaba de prestigio), se cuentan entre otros muchos.

Al fin, tuve suerte: gracias a la intermediación de Antonio Becerra (que me ha enseñado las mejores cosas que he aprendido) un día publiqué una novela con una pequeña editorial que empezaba. No teníamos (ni el editor ni yo) dinero para

promociones, ni hubo gran impacto en los medios de comunicación ni contábamos con apoyo institucional. Sin embargo, la novela se vendió bien y empezó a tener buenas críticas. El público la respaldó y, sin que nosotros lo supiéramos, los profesores de enseñanza media comenzaron a recomendarla como lectura a alumnos a quienes además les gustaba. No había trampa ni cartón, no había apoyo institucional, sino una comunicación inmediata entre texto y lectores. Si hay algo de lo que esté orgulloso es precisamente de eso.

A partir de entonces, seguí publicando libros. Unos con mayor éxito que otros. Pero uno nunca ha de quejarse: hay que tener humildad para aceptar los fracasos. Igual que hay que tener humildad cuando algún gestor no cuenta contigo para un evento: a veces es cuestión de medios materiales; otras se trata, simplemente, de que no das la talla (y hay que aceptarlo). Hubo, por ejemplo, algún encuentro de novela negra al cual no fui invitado. Hubo, también, campañas institucionales en las que se usaba dinero público para traducir a autores canarios a otros idiomas. Nunca me quejé, porque quizá alguien hubiera podido decirme (acaso no sin razón) que mis obras no estaban a la altura.

En cualquier caso, a partir de que dejé la hostelería para dedicarme a la escritura, las instituciones me hicieron encargos. No muchos, pero sí interesantes: talleres literarios, actividades de animación a la lectura, etc. Cosas, en mi opinión, útiles a la ciudadanía. Jamás pedí una subvención o una beca “para desarrollar mi obra” o solicité que alguien publicara mis obras con dinero público. Siempre he pensado que ese uso del dinero público para el lucimiento personal es muy poco serio y mucho menos ético.

Tampoco tuve nunca que dejar de decir lo que pensaba en política para que una determinada institución me hiciera un determinado encargo. Nunca fui vocero de partido alguno ni mentí sobre mis convicciones para que me dieran trabajo. Y ya se sabe cuáles son esas convicciones políticas, jamás las he ocultado. Eso supuso que algunas instituciones no me llamaran pa-

ra trabajar, pero que, cuando alguna solicitaba mis servicios para aportar un texto a un volumen, impartir un taller o diseñar una actividad de dinamización lectora, era porque realmente pensaba que era una persona competente para esos fines y, en cualquier caso, sabía que llamaba a una persona independiente que no se callaba ni debajo del agua. Y en esto incluyo a la izquierda, a la derecha, al nacionalismo, a los Rosacruces y a la Santa Inquisición [...]

157 | *Tres funerales para Eladio Monroy*<sup>10</sup>

[...] Estaban tranquilos. El plan elaborado por Monroy, que se lo había contado a Ortiz por el camino, era un buen plan. Limpio, tranquilo, sin violencia, seguro, tenía, pese a todo, un talón de Aquiles: la posibilidad de que Hernández y Fernández no entraran en el restaurante.

Ahora, mientras leían la carta, Monroy, que se había situado de frente a la puerta, se dejó preocupar por aquella posibilidad. ¿Qué haría en ese caso? Bueno, en principio, almorzar tranquilamente y pensar en otra cosa. Por el momento se propuso no traicionar las expectativas del camarero, que dejaba flotar por el comedor su mejor sonrisa profesional, sobre todo teniendo en cuenta que pagaba Ortiz. Así que comenzó por pedir Ribera del Duero, gambas de Huelva y solomillo a la pimienta.

El camarero acababa de darles a catar el vino cuando la pareja entró y se sentó en una mesa cercana a la puerta.

Bueno, ya estamos todos, ahora podemos comer tranquilos, pensó Monroy haciendo un guiño a su cliente.

—Vamos a comer con serenidad. Como si no estuvieran.

—De acuerdo. Por ahora, parece que sabe lo que hace. Es divertido, en el fondo, todo esto. Quiero decir, es como jugar a los espías, ¿no?

—Yo no suelo ser jugador.

—¿Por qué no?

---

10. Alexis Ravelo Betancor [1971-]: *Tres funerales para Eladio Monroy*. Las Palmas de Gran Canaria : Anroart Ediciones, 2006. Págs. 77-80.

—Porque no suelo tener para cubrir las pérdidas. Y casi nunca se gana.

—Usted siempre ve la botella medio vacía, ¿verdad? A mí me gusta verla medio llena.

—Se lo puede permitir.

—¿Qué quiere decir? -preguntó Ortiz-

Monroy le regaló su sonrisa más sarcástica.

—Quiero decir que, por lo menos, usted tiene botella.

Por primera vez, Ortiz pareció algo picado.

—Esos comentarios se hacen desde la envidia.

—Es muy posible... Aunque, no sé... Uno envidia lo que desea... Yo no deseo nada de lo que tiene usted... De hecho, no me gustaría nada ser como usted... Dedicarse a lo que se dedica...

—¿Y usted qué sabe? ¿Sabe realmente a qué me dedico?

—He visto suficientes tipos como usted como para hacerme una idea... Tipos que van emperchados, con la agenda electrónica llena de citas, que están todo el día al móvil haciendo tejemanejes... Los veo dirigiendo bancos y financieras, recomprando deudas para hacerse ricos con los intereses... Montando cadenas de negocios en los que juegan con la precariedad laboral... Los veo especulando con terrenos inmobiliarios en ciudades que tienen campamentos de chabolas...

—Yo me dedico a negocios honrados...

—Claro... Por eso contrata “guías turísticos” -Monroy no se privó de señalar en el aire la figura de las comillas enmarcando esa expresión con ayuda de ambos dedos índice y corazón-. Por eso alguien le paga una pasta a Steven Seagal y a Danny DeVito para que lo espíen ¿verdad? Claro... Lo que lleva en el maletín es la cura contra el SIDA y se la va a entregar a la OMS para que la reparta gratuitamente en África, ¿no?

—Me parece que no nos entendemos...

—Se equivoca. Nos entendemos perfectamente... Pero no me joda, amigo... Yo estoy aquí para hacer un trabajo y lo voy a hacer... Depositaré su culo paliducho sano y salvo en el hotel o en el avión de vuelta o donde cojones haga falta. Y, a poco

que yo pueda, nada le va a pasar mientras esté en la isla... Pero haga el favor de no insultar mi inteligencia haciéndome creer que es un “honrado comerciante”, porque los términos mercantilismo y honradez hace siglos que se contradicen mutuamente. A mí me gusta llamar al pan pan y al vino vino...

—Le dije esta mañana y le repito ahora, que no estoy haciendo nada al margen de la ley...

—Eso no quiere decir que no esté haciendo nada inmoral... Además, ya sabemos cómo están las leyes...

—¿Y cómo están?

—Están de tal manera que consagran cosas como la usura y la explotación laboral... Lo sabe usted tan bien como yo. O mejor, porque seguro que una u otra le aumentan el margen de beneficios...

—Claro, usted es muy idealista... Pero a la primera de cambio se ha pedido un Ribera del Duero.

—Por supuesto... No pensaré que soy gilipollas y que pienso pagar yo la cuenta, ¿no?

—Pues también puedo no pagarla.

—Está bien... No la pague... Pago yo, me dice dónde es esa cita tan importante y le llevo directamente...

—Ése no era el trato... [...]

158 | *Las flores no sangran*<sup>11</sup>

Diana salió justo en ese momento, guardando un libro en el bolso. Una visita demasiado corta. Evidentemente, había venido a recoger un pedido.

La chica continuó andando por Cano hasta llegar a la esquina de Malteses. Pero, una vez allí, entró directamente en la Casa-Museo Pérez Galdós, a cuyas puertas se congregaba un grupo de personas, la mayoría señoras de edad.

Diego no esperaba algo así. Se acercó a la puerta a olisquear. No tardó en ver el cartelito y los folletos que anunciaban la presentación de un libro para las siete de la tarde. Faltaba un

---

11. Alexis Ravelo Betancor [1971-]: *Las flores no sangran*. Barcelona : Editorial Alrevés Págs. 125-130.

cuarto de hora. Podía entrar en el museo, como ahora estaban haciendo las señoras de la puerta, y seguir la presentación. O, mucho mejor, buscar asiento en la terraza que había justamente enfrente, para esperar sentado a que terminara la presentación de los cojones. Esto fue lo que hizo, después de coger uno de los folletos.

El camarero era un tipo joven, de esos simpáticos y compadres. El Marqués no le dio bola. Se limitó a pedir un Nestea (un tercer ron no hubiera sido buena idea) y a concentrarse en la lectura del folleto, impreso en papel satinado y recargado de ocre, rojos y negros. Al traerle el refresco, el camarero puso ante él un cuenquito con manises, y dijo que a los manises invitaba la casa con el mismo tono que hubiese empleado si hubiese traído caviar de beluga. El Marqués se limitó a anotar el dato asintiendo con la cabeza. El camarero lo odió profundamente en silencio antes de ir a otra mesa donde una pareja de mediana edad había reclamado su atención. Justo entonces, sonó el móvil del Marqués. Era Paco.

—Aquí estamos ya -dijo el Salvaje. Tenía que ser verdad, porque ya no había tráfico en el fondo de la comunicación. El Salvaje y Felo habrían aparcado la Trade en la tranquila calle San Justo, que hacía esquina con la no menos tranquila calle de Enmedio, donde vivía la pija-. ¿Por dónde van?

—Por ningún lado, mi niño -contestó Diego, tras soltar un bufido-.

—¿Y eso?

—La muchacha nos salió cultureta. Está ahora mismo en la presentación de... Espera un momento -y leyó el folleto-. *Las entrañas de Minerva*, de Dolores Sarmiento del Puig. Según la publicidad es una «Poetisa canaria que, con valía inusitada, se ha atrevido a internarse poéticamente en el erotismo».

—Pero, ¿qué mierda me estás contando?

—Pues eso: que la niña se metió en la presentación de un libro de poesía. La escritora, por la foto del folleto, debe de tener ochocientos años.

—¿La escritora? La edad de la escritora me la refanfinfla, carajo. ¿Cuánto va a durar eso?

—¿Y yo qué coño sé? Una hora. Tres. Quince minutos. Vete tú a saber.

—Me cago en la polla santa de Cristo. ¿Y ahora qué hacemos?

—Esperar.

—Negativo. No podemos estar aquí hasta la noche. Da mucho el cante.

—Venga, coño, por ahí no pasa ni Dios.

—Por eso mismo... Va a llamar mucho la atención la furgona del fumigador aparcada aquí toda la tarde.

—Espérate un rato. A lo mejor no se queda hasta el final. Nos vamos llamando.

El Marqués dejó a medias una maldición del Salvaje y abandonó el teléfono sobre la mesa. Entendía su cabreo. Al fin y al cabo, eran él y Felo quienes se exponían. Dio un par de tragos de su Nestea y se entretuvo un poco más en leer el folleto. En la parte trasera había una muestra de la poesía de Dolores Sarmiento. La primera estrofa decía así:

*Al filo de la madrugada  
celebro sobre el cobertor  
la ceremonia callada  
hasta el último estertor  
en que mi dedo imita  
las destrezas del amor.*

Diego dio nuevamente la vuelta al folleto y volvió a mirar la foto de la poetisa, que, efectivamente, era una vieja arrugada. Casi sintió arcadas al imaginarla haciéndose un dedo, por muy en silencio que lo hiciera. No entendía nada de poesía, pero sospechaba que las rimas eran algo facilonas. La segunda estrofa era aún peor:

*Tras el dedo usurpador  
que a tu lengua se asemeja  
va otro dedo abriendo hueco*

*en la untuosa bermeja  
que semeja un miembro huero  
extático hasta el dolor.*

«La madre que la parió -no pudo evitar decir en voz baja-, esta está en el mundo porque Dios no ha pasado lista». Le dio verdadero asquito pensar en la abuela de la foto recordando alguna vez en que alguien tuvo estómago suficiente para hacerle pupita con su miembro huero en la untuosa bermeja.

Su móvil volvió a sonar. Esta vez era Lola.

—¿Qué pasó?

—Que la cosa se retrasa. La gente está donde tiene que estar, pero la pelada esta se metió en un recital de poesía.

—¿De qué?

—De poesía.

El mosqueo de Lola fue instantáneo:

—Me cago en su puta madre, de entrada.

—Bueno, no te cojas lucha.

—Yo aquí ya tengo la mesa puesta.

Diego entendió que Lola había dispuesto ya todo lo necesario en el hotel Marqués, que ya estarían en su sitio los colchones, las mantas, la comida, la palangana, la bacinilla.

—Tú espérate ahí, que nosotros vamos a esperar un rato, a ver si podemos comer pollo hoy. A todas malas, lo dejamos para mañana, tempranito.

—Vale, pero si al final hacen eso, tenme avisada, que no me quiero pasar la noche en el hotel.

—Pues claro, mujer. No te preocupes. Oye, ¿cómo estás?

—Nerviosa.

—Como todos. Tú, tranquila, que todo va a salir bien.

—Eso es lo que suelen decirte la primera vez que te dan por el culo.

—Mira que eres bruta -dijo él, riéndose. Al otro lado de la línea, ella también se rio y el eco de su risa rebotó por el techo y el suelo de hormigón de la obra abandonada-.

—Te quiero, mamón.

—Y yo a ti, pequeña energúmena.

...

La presentación había sido un auténtico coñazo, un truño de los históricos, y el único incentivo para Diana era asistir a ella sentada junto a Ernesto en uno de los asientos de la última fila. La sala estaba prácticamente llena de señoras en avanzado estado de descomposición decoradas con perlas falsas y señores que, en menor número, aunque no menos decrepitos, vestían americanas de *sport* o impolutas rebecas de Fred Perry, pero en aquella última fila solo estaban ellos y un treintañero calvo que bostezaba a cada momento.

Ernesto había adquirido un ejemplar del libro en el puesto del vestíbulo y, mientras se desarrollaba el acto, lo hojeaban, constatando que los supuestos poemas eran tan horribles como el supuesto análisis que el prologuista (una vieja gloria literaria local, a la sazón primo hermano de la poetisa) estaba haciendo desde la tarima, leyendo sus interminables apuntes entre los que había colado algunos chascarrillos más manoseados que la cadena de un váter, pero que él consideraba ingeniosos. Durante su charla comparó sucesivamente a Dolores Sarmiento («su querida Loli») con Olga Orozco, Silvia Plath, Alejandra Pizarnik, Alfonsina Storni y Pino Ojeda, mientras viejitas y viejitos a quienes les sonaban aquellas autoras que no habían leído asentían con fruición.

Diana, que echaba un vistazo a algunos versos del libro y que sí las había leído, se aguantó la risa como pudo a cada una de las menciones. Cuando el prologuista concluyó (Diana cronometró su intervención: veintisiete minutos exactos), y tras los aplausos de rigor (que sirvieron para despertar al calvo de al lado), la homenajeadada tomó la palabra para expresar su emocionado agradecimiento a todo cristo viviente, incluido el impresor y un vejestorio que estaba en primera fila y que debía de ser un poeta laureado. Luego dijo que, como ella no se expresaba muy bien en público y prefería el secreto e íntimo mundo de la palabra poética, nada sería más adecuado a las circunstan-

cias que la lectura de algunos de los poemas del libro. Soportaron el interminable recital durante un cuarto de hora. Entonces, justo en el momento en que el poderoso ariete del supuesto amante de Dolores Sarmiento perforaba la entrada de su fortaleza extática, el calvo, disimulando un bufido, despertó por última vez y, con gesto malhumorado, se levantó y salió con el mayor sigilo posible. Las miradas de Ernesto y Diana coincidieron en la espalda cargada del tipo mientras este salía por la puerta trasera y luego se buscaron entre sí para comunicarse el mismo mensaje, que no necesitaron verbalizar. Salieron intentando no llamar la atención y descendieron las escaleras al vestíbulo aguantándose una carcajada que compartieron en la calle.

Juntos, haciendo bromas sobre el acto, echaron a andar sin fijarse un rumbo determinado. Así, caminando el uno cada vez más cerca del otro, subieron la calle Malteses, doblaron a la izquierda en Peregrina y, al acabar esta, cruzaron Remedios. Solo al llegar a la plaza de Las Ranas se detuvieron y Ernesto preguntó a Diana dónde le apetecía cenar. Ella consultó su reloj. Aún no eran las ocho de la tarde. Luego miró a los ojos de Ernesto y, de pronto, se le olvidaron todos los propósitos que se había hecho de ponerle las cosas difíciles, de obligarlo a dar el primer paso. Se sentía tan cómoda con él como si lo conociera de toda la vida. Así que puso una mano sobre su hombro y le dijo:

—Se me ocurre que te voy a dejar pendiente la invitación. Tengo en casa algo de pasta y una botella de Somontano. ¿Te apetece?

—Mucho -susurró Ernesto-.

Se quedaron unos segundos en silencio, mirándose fijamente, notando cómo las pupilas del otro se dilataban. Luego, ella se le acercó y dejó en sus labios un beso leve, breve, justo antes de separarse y echar a caminar hacia la calle Muro, que los separaba de El Terrero. Él la siguió, deseando que no tardara en cumplir la promesa que aquel beso suponía.

159 | *La otra vida de Ned Blackbird*<sup>12</sup>

Era la muerte. La muerte aún no se había marchado.

Se le ocurrió que era un pensamiento realmente idiota, pero, al fin y al cabo, era el único que tenía. Sí, tenía que ser la muerte lo que había cargado la atmósfera de la vivienda durante todo el día. Como si se tratara de una nube de gas tóxico, la muerte de Celia Andrade había contaminado el apartamento mucho antes de que él viniera a habitarlo, aunque se mantuvo oculta hasta que enfermó. Ahora, al mismo tiempo que el resfriado, se iba disipando nuevamente, pero todavía había una capa cubriéndolo todo, como una pátina de nicotina, pegajosa y oscura.

Tras esta certidumbre, que lo asaltó a traición, reaparecieron la cordura, lo razonable, el sentido común. Se trataba de una estupidez. Todo aquello no era más que impresiones o, más bien, aprensiones suyas. No había oído ninguna máquina de escribir en el apartamento de al lado porque, sencillamente, en el apartamento de al lado no había nadie. Estaba deshabitado desde hacía más de un año. Un mecanógrafo allí era tan probable como un elefante rosa.

Se lo explicó rápidamente: estaba solo en una ciudad poco familiar. Había venido en una época dolorosa para él. Vivía en un apartamento viejo, donde había fallecido una anciana solitaria. A todo esto, había tenido un catarrazo y, mientras su cuerpo se defendía de los virus, había soñado con máquinas de escribir y con Ana. Y había recordado a Coltán y a Gertrude Stein. Lo demás -Satie, el teclear tras el tabique, aquella densidad mórbida en el aire- lo habría puesto la fiebre.

Se sentó en el sofá y sintió lástima por Celia Andrade y pensó que era fácil sentir lástima por ancianos que mueren solos. Que era fácil compadecerse de esos viejos solitarios sin haber hecho nada antes por ellos. Se sintió culpable. Algo tontamente, debía admitirlo, porque ni siquiera había llegado a conocerla. Pero sintió que él formaba parte del grupo de personas, de esa misma

---

12. Alexis Ravelo Betancor [1971-]: *La otra vida de Ned Blackbird*. Madrid : Ediciones Siruela, 2016. Págs. 44-50.

sociedad que no había hecho nada, que había permitido que Celia Andrade muriera en la soledad más absoluta.

Debían de ser las diez y media cuando se metió en la cama con un libro. No fue la novela de Márai; no estaba de humor para los tristes triángulos amorosos del húngaro. Esa noche, para animarse, le apeteció más releer algo de Boris Vian, que siempre le hacía sonreír, aunque fuera con una sonrisa de hiena. De Boris Vian tenía a mano una antología de cuentos. Comenzó a leer *El amor es ciego*, su favorito. En ese relato, una calina afrodisíaca invadía una ciudad, convirtiéndola en una orgía masiva. La niebla fue cayendo sobre la página con mansedumbre. Y sobre Carlos Ascanio. No acabaría el cuento. Se quedaría dormido, olvidándose ya de todo aquello que le había entristecido y asustado.

Estaba a punto de dar la vuelta a la página cuando, igual que la noche anterior, comenzó a oírse el ruido de la máquina de escribir.

...

Vale. Por la noche oía una máquina de escribir. Tendría que acostumbrarse a ello, sin buscar causas al fenómeno, igual que se había acostumbrado a aceptar como una contingencia molesta e inevitable la existencia de los objetos que lo perseguían de vez en cuando hasta la vigilia desde el sueño. La diferencia estaba en que lo de la máquina de escribir era nuevo. Y que sucedía casi cada noche y casi siempre a la misma hora: entre las diez y las once. Pudo comprobarlo a lo largo del resto de la semana, según su resfriado desaparecía completamente; al mismo tiempo que se iba acostumbrando a las rutinas de las clases y las tutorías; a la vez que los días iban volviéndose más frescos, más mansurrones y desganados, como si estuvieran preparándose para el otoño inminente.

El viernes al anochecer coincidió con Tachito en el Café Oriental. Ascanio pensó que le venía bien encontrárselo. Lo saludó y se sentó frente a él.

En el Oriental había ambiente: parejas treintañeras, matrimonios jóvenes con niños que jugueteaban a la puerta del local

y amigos que se habían encontrado después del trabajo e inauguraban el fin de semana echando un rato en el café. En una de las mesas, Ascanio distinguió a dos de los estudiantes que vivían en el tercero. Se saludaron con un gesto. Lucía vio enseñada a Ascanio y vino a atenderlo.

—¿Estás curado ya, Carlos? -le preguntó a bocajarro-.

Ascanio asintió y dijo:

—Ya estoy mucho mejor, sí.

—Entonces te puedo saludar como está mandado -anunció ella antes de inclinarse y plantarle un sonoro beso en la mejilla. Después se incorporó y sacó el bloc de comandas-. ¿Qué te apetece?

Ascanio notó que se ruborizaba. Probablemente ella también lo notó, porque hubo un brillo burlón en su mirada.

—Lo mismo que Tachito: un orujito de hierbas.

—Marchando -canturreó Lucía, antes de desaparecer hacia la barra-.

Tachito había guardado silencio, prestando mucha atención. En cuanto notó que la chica se alejaba, comentó:

—Parece que le cayó usted en gracia.

—Creo que sí.

—Y usted, ahora, está colorado como un tomate.

Ascanio dio un respingo y le dijo a Tachito que sospechaba que era un ciego de pega.

—Hombre -repuso el viejo-, hay cosas que se huelen. Usted debe de andar por los cuarenta.

—Y uno.

—Y ella tiene veintipocos. Además, tiene que estar estupefacta. Eso seguro. Es muy salerosa y huele como deben de oler los ángeles. Y lo trata con confianza... Vamos, que le tiene querencia...

El viejo hizo una pausa, como si adivinara que Lucía se acercaba con la copa de orujo para dejarla en la mesa. Cuando ella se fue, prosiguió:

—Eso sí: usted es un tío con suerte... Ya más de uno de por aquí le ha tirado los trastos. Pero esa muchacha se hace respetar...

Hubo un silencio. El ciego encendió un cigarrillo y Ascanio, por hacer algo, probó su licor.

—¿Y qué? ¿Cómo le va, profesor?

—Así, así... Todavía soy forastero. Hay que habituarse...

Tachito hizo el ademán de apartar algo molesto.

—Bah, uno siempre puede hacerse un hueco. Los Álamos no es tan mala; solo hay que saber dónde está uno y con quién se trata. Por ejemplo, una cosa que tiene que saber usted: aquí, la mitad de la gente es gilipollas. Y la otra mitad son unos cabrones. Pero, como los gilipollas no son malos y los cabrones no son tontos, con unos puede hacer una buena amistad y con los otros puede tener buenas conversaciones.

Ascanio estuvo a punto de soltar una carcajada, pero se reprimió. Fue el ciego quien se rio.

—Vaya, Tachito. Parece que no tiene buena opinión de su gente.

—Puede estar seguro, profesor. Yo no he salido de la comarca ni una sola vez. Y tengo setenta y dos años... Me pasé casi toda la vida vendiendo el cupón en la puerta del Mercado Norte, escuchando a la gente, hablando con ellos. Y sé lo que me digo: la mitad, unos melones; la otra mitad, unos ruines.

—¿Y usted?

Ascanio le clavó la pregunta pensando que lo pillaría en falta. Pero el viejo tenía la respuesta preparada:

—¿Yo? Yo estoy aquí, en el café, hoy viernes, inflándome a licor mientras mi Claudina está en casa preparándose la cena. Luego llego templado como un requinto, y la pobre no solo no me va a echar una bronca, sino que encima me va a preguntar qué tal me lo pasé y me va a reír los chistes. Así que está claro: gilipollas no soy, pero un poco hijo de puta sí, ¿no le parece?

A Ascanio le divertían aquellas ocurrencias del viejo. Se le antojaba alguien sacado de un libro sobre filósofos cínicos.

—¿Usted lleva mucho viviendo en el edificio, Tachito? -le preguntó, aprovechando que había hecho un silencio para tomar un trago-.

Tachito se pasó el índice por los labios y miró sin ver el cielorraso, haciendo cálculos.

—A ver... Desde el año 67. Calcule. Una purriada de años. Villanueva era un chiquillaje todavía.

—¿Y conoció a Celia Andrade? ¿La mujer que vivió en mi piso?

—Que sí la conocí... Pues claro... Fuimos vecinos treinta y pico años... Buena persona, Celita. Y no era tonta. Era muy inteligente y muy leída.

—Eso que acaba de decir no casa muy bien con lo que dijo antes, Tachito: o lista o buena gente.

—Sí, señor, sí que casa -saltó el ciego con la satisfacción de quien lleva los triunfos en la mano-. Porque Celita no era de aquí, sino de San Expósito. No intente cogerme en un fallo, profesor, que yo no tengo muchos estudios, pero he vivido casi una vida más que usted.

Ahora sí rieron juntos. Luego, Tachito prosiguió:

—Bien es verdad que por aquí se dice que los de San Expósito son todos unos bastardos y que por eso el pueblo se llama así. Pero no lo crea.

—No lo creo -dijo Ascanio, observando cómo Lucía servía unas cervezas en la mesa de los estudiantes-.

—Está mirando para Lucía, ¿verdad?

—Pero ¿cómo diantres...?

Tachito soltó otra carcajada.

—La veteranía es un grado, profesor. Pues bueno, a lo que íbamos: Celita. Era maestra. Se retiró hace unos quince o veinte años. Era solterona. La gente del barrio decía que tenía pinta de machona.

—¿De machona?

—Sí, hombre, de lesbiana... Por cómo se vestía. Por lo visto acostumbraba a ir en pantalones y con pulóver o camisetas sencillas. Esta ciudad es muy provinciana. O lo era. Y donde hubo, siempre queda. En cuanto alguien se sale de la norma,

ya empiezan todos a culichichear. Y, normalmente, culichichean sobre cosas que a nadie le incumben, como qué es lo que le gusta a la gente hacer en la cama, por ejemplo. Pero yo no creo que a Celita le gustaran las mujeres. Nunca me dio esa impresión. Y, en cualquier caso, me la trae floja.

—¿De qué murió?

—Creo que de algo del riego... ¿Cómo le dicen? Ah, sí: un rictus cerebral.

—Un ictus -corrigió Ascanio-.

—Eso. Un ictus de esos. Por lo visto, le dio de repente, en su casa. La encontraron a primeros de año.

—¿Quién la encontró?

—Los vecinos de arriba empezaron a notar el mal olor y llamaron a Villanueva. Fue él el que entró, junto con Segundo, el de la inmobiliaria.

—¿El tipo del tercero?

—Exacto. Fíjese: el del tercero se llama Segundo. Hay que joderse...

—Me parece que ese no es gilipollas, ¿verdad?

Tachito amplió su sonrisa maliciosa.

—No. No es nada gilipollas. En fin, que la pobre Celita se murió sola. No se pudo localizar a ningún familiar ni a ningún amigo. Al entierro fuimos Claudina y yo, la gente de aquí, del Oriental y la Encarna, la mujer de Segundo. Una cosa triste. Esas cosas dan pena.

—Sí que la da -opinó Ascanio-. Pero los ictus son repentinos. Si le ocurrió mientras dormía, al menos ni se enteraría.

Tachito perdió por unos momentos la sonrisa y negó varias veces con la cabeza antes de decir:

—No murió en la cama. Murió sentada en el despacho, escribiendo a máquina.





Esta  
*antología*  
se terminó de  
componer el  
3 agosto 2016



*Muchas gracias*  
sean dadas a  
Jorge A. Liria y  
Patricia Franz S.

